

PREGÓN

SIGLO XXI

62

3ª época

Enero
2022

ASOCIACIÓN CULTURAL NAVARRA DESDE 1943

10€

PRINCE
PRIN

DE
VIANA

VJº

Centº



PREGÓN!



- * Los hilos invisibles del Príncipe de Viana * El sueño de Peñafiel
- * El testamento de la reina Blanca * Carlos, príncipe humanista
- * Las mujeres alrededor del Príncipe * Elegía a Inés de Cleves
- * El Príncipe de Viana y Cataluña * Imaginario de un príncipe
- * El Príncipe de Viana y Olite * Las monedas del Príncipe de Viana
- * Los bastardos del Príncipe de Viana * La Institución * El Parador

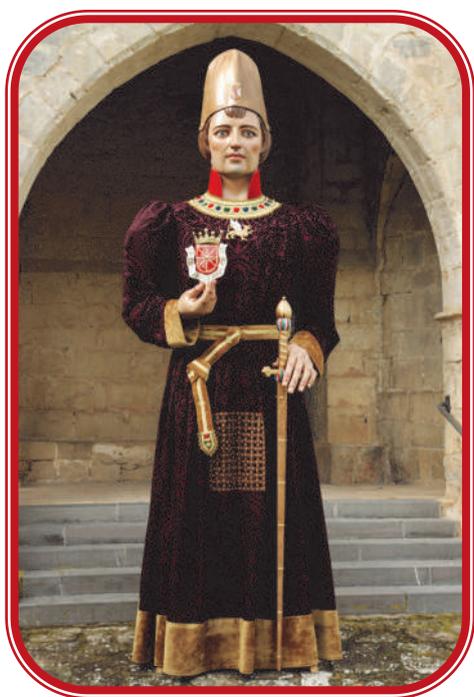
PREGÓN SIGLO XXI

ASOCIACIÓN CULTURAL NAVARRA DESDE 1943

Número 62— Enero de 2022

www.PregonNavarra.com

Síguenos por redes sociales



Gigante “Príncipe de Viana”
Obra de Aitor Calleja,
constructor de gigantes

*Portada:
Composición especial centenario del Príncipe de Viana
JIA*

“Esta obra ha contado con una subvención del Gobierno de Navarra concedida a través de la convocatoria de Ayudas a la Edición del Departamento de Cultura, Deporte y Juventud”

ISSN 1969-116X



9 771969 116002

Nafarroako  Gobierno
Gobernua  de Navarra

“Lan honek Nafarroako Gobernuaren dirulaguntza bat izan du, Kultura, Kirol eta Gazteria Departamentuak egiten duen Argitalpenetarako Laguntzen deialdiaren bidez emana”

*S.A.R. Doña
Leonor de Borbón y Ortiz
Princesa de Viana*



(Fotografía oficial de Estela de Castro)

De los antiguos reinos que integraban la España del siglo XV, fue el de Navarra el último que asignó al heredero de Reyno un Principado para su honor, distinción y también para su sustento. Lo instauró Carlos III El Noble, de la Casa de Evreux, que quiso consolidar, dar prestancia, y situar la Corona a la altura de los otros reinos europeos. Carlos III estimó que el heredero del trono debería tener un Principado singular. De este modo estableció el Título de Príncipe de Viana por mandato dado en Tudela en «veinte de jenero l'aynno del nacimiento de nuestro Señor mil quatrocientos y veinte y tres». Seguía con ello el ejemplo que habían establecido Inglaterra, que instituyó el Principado de Gales en 1283, el de Delfín para el de Francia en 1346, el principado de Asturias para el heredero de Castilla en 1388 y el de Gerona para el de Aragón en 1350.

Explicaba don Carlos: «Como el linaje humano sea inclinado, y apetezca, que los hombres deban desear pensar en el ensalzamiento del estado y honor de los hijos, y descendientes de ellos»; y lo hace en la persona del pequeño

Carlos, teniendo éste dos años de edad, «por ser hijo de nuestros muy caros y muy amados hijos el infante D. Juan de Aragón y la reina D.^a Blanca, nuestra primogénita y heredera, hayan habido entre ellos al infante D. Carlos, lur hijo nuestro muy caro y muy amado nieto.»

Establece el Principado de Viana dotándolo con el castillo y rentas de dicha población y con todas las villas, aldeas y castillos de su derredor, a las que añade otras pertenencias, Laguardia, San Vicente, Aguilar, Genevilla, Lapoblación, Marañón, San Pedro, Cabredo, Val de Campezo; y otras distantes: Corella, Cintruénigo, Peralta y Cadreita, que consoliden y mantengan al Príncipe; «y, habemos

erigido y erigimos, por las presentes, nombre y título de Principado sobre las dichas villas y lugares, y le habemos dado, y damos título y honor de Príncipe; y queremos, y ordenamos, por estas presentes, que de aquí adelante se intitule y nombre Príncipe de Viana. y tener aquellos, como cosas suyas propias; car assi lo queremos, y nos place.»

Pero no solo el Rey Noble da preeminencia premios y riquezas a los futuros herederos de la Corona sino que también les pone obligaciones, «según fuero, y costumbre del dicho reyno de Navarra, aquel es indivisible, y non se puede partir, por esto, el dicho infante, non podrá dar en caso alguno, vender, y alienar, empeynar, y dividir, ni distrayer, en ninguna manera, las dichas villas y castillos, y lugares en todo, ni en partida, en tiempo alguno en alguna manera; antes aquellas quedaren íntegramente, é perpetualmente, á la corona de Navarra».



Siguiendo el derecho y la tradición, el pasado día 19 de junio de 2014, S.A.R. doña Leonor de Borbón y Ortiz, a la edad de 9 años, de acuerdo a la Constitución española, quedó de facto

como heredera de la Corona de España y, como tal, asumió los títulos de Princesa de Asturias, Princesa de Gerona y Princesa de Viana, todos ellos integrados en la Corona de España.

Doña Leonor ha realizado ya actos como titular de los principados de Asturias y de Gerona. No nos corresponde el análisis de la tardanza del encuentro de la Titular del principado de Viana, con las Cortes de Navarra; solamente congratularnos con S.A.R. doña Leonor de Borbón y Ortiz por ostentar el Título de Princesa de Viana, y, amantes de la cosas y virtudes de Navarra, deseamos ver pronto entre los navarros a nuestra Princesa.

Tercera época
Número 62 – enero 2022

PREGÓN SIGLO XXI

Revista navarra de
cultura desde 1943

DIRIGE: M^o José Vidal Errasti

CONSEJO EDITORIAL: Juan José
Marínena Ruiz, José M^o Muruzábal del
Solar, José Miguel Iriberrí, M^o José Vidal
Errasti, José Javier Viñes Rueda.

EDITA: Sociedad Cultural Peña Pregón

www.pregonnavarra.com

COORDINA: Javier Igal Abendaño

IMPRIME: Gráficas Xavier

DEPÓSITO LEGAL: NA 2033-1993

ISSN: 1969-1161



La dirección de Pregón Siglo XXI no se vincula necesariamente con el contenido de los trabajos publicados, todos ellos realizados gratuitamente por sus autores.

EDITORIAL

Queridos amigos:

En este sexto centenario del nacimiento de Carlos, Príncipe de Viana, tenemos el placer de presentarles una revista especial de Pregón –la número 62- dedicada, íntegramente, a un personaje casi de leyenda. La revista hace el número 197 de la serie histórica de Pregón.

Amado y admirado por unos, odiado y vilipendiado por otros, Don Carlos, Príncipe de Viana, nacido un 29 de mayo de 1421, fue un hombre singular con una existencia azarosa. Protegido por su abuelo, el rey Carlos III, que creó el título principesco para su nieto, agraviado por su padre el infante Don Juan de Aragón, y honrado por su madre, la reina Doña Blanca de Navarra -hija de Carlos III-, el Príncipe de Viana recibió una esmerada educación, en el Palacio de Olite. Allí se formó con los maestros más eruditos.

Al Príncipe de Viana, en la Corte de Olite, le rodea el boato. Su palacio es uno de los más suntuosos de Europa. El Príncipe tiene en él sus propias dependencias, y se transforma en un joven sabio, prudente y generoso. A los 18 años se casa con Inés de Cleves, descendiente de la más poderosa dinastía francesa. Pero la dicha del Príncipe de Viana dura poco. Porque dos años más tarde, cuando muere su madre la reina doña Blanca, comienzan para él todos los infortunios. Su historia es tan fascinante, tan épica, que ha desgranado ríos de tinta.

En este número extraordinario de Pregón, nuestros prestigiosos colaboradores, desvelan cómo fue la intensa y triste vida de un Príncipe atractivo y cultísimo, su educación, la sorprendente hipótesis colombina, la moneda en aquella época, la historia de los infantes de Aragón, la de los Reyes de Navarra, la influencia de los grandes linajes y la repercusión de Carlos de Viana en el arte español de los siglos XIX y XX. Hay también en este número, elegías, cantos... Y están los relatos de cómo, después de 600 años, el Príncipe de Viana, cobija importantes Premios, Instituciones... y hasta llevan su nombre Cines, Plazas y Paradores. Y hay un artículo “Imaginario”, curioso, muy curioso.

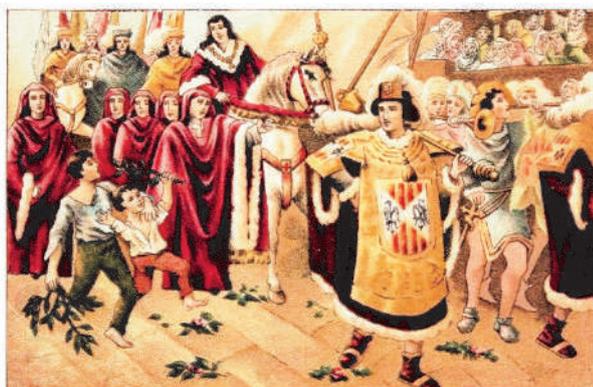
¡Lean ustedes este número 62 de Pregón.!

¡Les interesará!



EL PRÍNCIPE

- 5 CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA: EDUCACIÓN Y DESTINO**
Juan Ramón CORPAS MAULEÓN
- 11 EL SUEÑO DE PEÑAFIEL**
Jesús DE LA VILLA POLO
- 17 EL PRÍNCIPE DE VIANA Y OLITE**
Francisco Javier CORCÍN ORTIGOSA
- 24 EL PRÍNCIPE DE VIANA EN CATALUÑA**
Vera-Cruz MIRANDA MENACHO
- 29 CARLOS, EL PRÍNCIPE HUMANISTA**
Santiago EL SO TORRALBA
- 35 LA CRÓNICA DEL PRÍNCIPE DE VIANA:
UN RELATO PARA UN REY SIN REINO**
Julia PAVÓN BENITO
- 40 LAS MUJERES ALREDEDOR DEL PRÍNCIPE DE VIANA**
Raquel IDOATE ANCÍN
- 44 LOS BASTARDOS DEL PRÍNCIPE DE VIANA**
José Javier VIÑES RUEDA
- 50 EN LAS CAPITULACIONES DE SANTA FE SE REFLEJA LA NOBLEZA DE COLÓN**
Gabriel VERD MARTORELL
- 55 EL TAÑER TRISTE DE LAS CAMPANAS DE OLITE:
ELEGÍA A INÉS DE CLEVES**
José Ramón MARTÍNEZ ERRO &
Francisco Javier CORCÍN ORTIGOSA
- 59 LOS PRIMEROS AÑOS DEL PRÍNCIPE DE VIANA
(OCHO CANTOS PARA RECITAR EN VOZ ALTA)**
Víctor Manuel ARBELOA MURU



LOS REINOS DE LA ÉPOCA

- 65 LOS HILOS INVISIBLES DEL PRÍNCIPE DE VIANA**
Pedro DEL GUAYO LITRO
- 71 EL TESTAMENTO DE LA REINA BLANCA**
Juan Jesús VIRTO IBÁÑEZ
- 73 EL SIGLO XV NAVARRO**
Javier I. IGAL ABENDAÑO
- 81 CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA, Y LAS PUGNAS DE LA NUEVA NOBLEZA**
Begoña PRO URIARTE
- 87 LOS INFANTES DE ARAGÓN ¿QUÉ SE HIZIERON?**
Pascual MARTÍNEZ SOPENA
- 93 LAS MONEDAS DEL PRÍNCIPE DE VIANA**
Miguel IBÁÑEZ ARTICA



REPERCURSIÓN SOCIO-CULTURAL DEL TÍTULO

- 99 CARLOS DE VIANA EN LA PINTURA ESPAÑOLA (S. XIX-XX)**
José M^o MURUZÁBAL DEL SOLAR
- 107 PRÍNCIPE DE VIANA: ORIGEN Y PERMANENCIA DE UN TÍTULO**
Félix MARTINEZ LLORENTE
- 114 LA EXPOSICIÓN "CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA (1421-1461)": CONTRIBUCIÓN DEL ARCHIVO REAL Y GENERAL DE NAVARRA AL VI CENTENARIO**
Félix SEGURA URRRA
- 119 IMAGINARIO DE UN PRÍNCIPE**
Pedro LOZANO BARTOLOZZI
- 125 LA INSTITUCIÓN PRÍNCIPE DE VIANA: OCHO DÉCADAS AL SERVICIO DE LA CULTURA NAVARRA**
Francisco Javier ZUBIAUR CARREÑO
- 129 PREMIO A LA CULTURA DE NAVARRA "PRÍNCIPE DE VIANA"**
J. DE AYANZ
- 132 LA PLAZA PRÍNCIPE DE VIANA EN PAMPLONA**
Juan José MARTINENA RUIZ
- 137 EL CINEMA PRÍNCIPE DE VIANA (1940-2005)**
Alberto CAÑADA ZARRANZ
- 143 EL PARADOR PRÍNCIPE DE VIANA**
Íñigo MURUZÁBAL OSOZ &
José M^o MURUZÁBAL DEL SOLAR
- 148 OLITE Y EL VI CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE CARLOS**
Francisco Javier CORCÍN ORTIGOSA
- 150 ACTIVIDADES CONMEMORATIVAS DEL VI CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE DE VIANA EN PEÑAFIEL**
Pilar GONZÁLEZ DE LAS HERAS

CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA: EDUCACIÓN Y DESTINO

Juan Ramón CORPAS MAULEÓN

jrcorpasm@gmail.com

“**E**stando el infante don Juan de Aragón en este año (1421) en su villa de Peñafiel, parió la reina doña Blanca, su mujer, que posaba en el monasterio de frailes predicadores, un hijo, un jueves a veintinueve de mayo, a la hora de nona. Y llamose Carlos, como su abuelo, por la gran obstinación de los navarros, pues el infante don Juan, su padre, quería llamarlo Fernando, como el rey de Aragón su padre, pero los navarros insistieron en que se llamase Carlos, como su abuelo Carlos el Noble”. Cuenta el cronista de Juan de Aragón, Alvar García de Santamaría.

NACIMIENTO

Carlos III de Navarra, que ha perdido precozmente a sus dos hijos varones, Carlos y Luis, envía a Peñafiel para el alumbramiento una partera y cinco nodrizas nativas, acaso no confía en los cuidados que su yerno va a prodigar a su hija y sucesora. Es mucha la ilusión con la que el rey noble recibe a este heredero y la largueza con que premia al portador de la noticia del nacimiento: 4.000 florines de oro. El 11 de junio de 1422, las Cortes juran en Pamplona al niño por futuro rey y señor natural. Sus padrinos de bautizo han sido el rey Juan II de Castilla y su válido don Álvaro de Luna.

“Sea enviado a Navarra dentro del año en que hubiere nacido... criado en dicho Reyno a las costumbres de la tierra”, dictan las capitulaciones matrimoniales; en cumplimiento de las cuales el niño viaja con su madre a Olite, donde se cría y pasa buena parte de su infancia y juventud.

El 20 de enero de 1423, en Tudela, el monarca crea un título análogo a los de los sucesores de otras casas reinantes europeas: el Principado



Convento de San Pablo, Peñafiel.

de Viana, y da al infante las villas de Viana, Laguardia, San Vicente, Bernedo, Aguilar, Genevilla, Lapoblación, San Pedro, Cabredo, el valle de Campezo y los castillos de Marañón, Toro, Fitero, Ferrera y Buradón; por otro lado, don Carlos recibe de su abuelo Corella, Cintruénigo, Peralta y Cadreita, con la prohibición de venderlas, enajenarlas, darlas en prenda o compartirlas. Son todas plazas fronterizas con Castilla, y el rey vincula así estas poblaciones y sus territorios tributarios a la corona, las deja a salvo de la codicia de los grandes señores y asegura con sus rentas una posición desahogada para que su nieto y heredero pueda mantener un hostel principesco y cortesano.

En sus primeros años visita su localidad natal, Peñafiel, en la que su padre tiene corte y utiliza como centro de operaciones. Sin duda, el joven príncipe percibe una atmósfera familiar y reconocible: Un soberbio castillo en Peñafiel de la misma manera que en Olite. Una iglesia de Santa María central en ambas poblaciones. La torre del reloj, y la torre del chapitel con el primer reloj mecánico conocido del reino pirenaico, en 1403.

Con los ojos acostumbrados a las ricas yeserías de palacio, aprecia el extraordinario ábside mudéjar del convento de San Pablo, su lugar natal. También la grandeza conventual de las dos poblaciones: San Pablo, San Francisco, San Pedro. Y le agrada la presencia de bodegas que horadan la colina acastillada y sus graciosas luceras que evocan las galerías que ocupan el subsuelo de Olite. Pero si algo se le hace conocido es la presencia del vino y su aroma; en Olite se respira, de igual manera que en Peñafiel, amor y cuidado por la vitivinicultura. Basta con contemplar los relieves policromados de Santa María la Real, que muestran cepas y zarcillos, pámpanos y hojas de parra, uvas y racimos.

SU LINAJE

Su padre, Juan, es un desconocido de visitas fugaces, sin otro afán que recaudar fondos en Navarra para financiar sus obsesivas empresas en Castilla, donde protagoniza una auténtica

guerra civil en su enfrentamiento con Álvaro de Luna. El tiempo y los vientos políticos le van a hacer primero infante de Aragón, tras la coronación de su padre Fernando I en 1412, y a la vez gran señor de Castilla; después, rey consorte de Navarra (1425); y finalmente (1458) sucesor de su hermano en las coronas de Sicilia, Nápoles, Aragón, Mallorca, Valencia, Cerdeña, y el condado de Barcelona.

Su madre, culta y conocedora del fulgor del Quattrocento en sus trece años de buen gobierno de Sicilia, designa para el niño los mejores maestros. Tutor, Juan de Beaumont, prior de la Orden de San Juan; ayo, Martín Fernández de Sarasa; y preceptores como el humanista castellano Alfonso de la Torre, el poeta catalán Pere Torroella, el intelectual Pedro de Sada o el maestrescuela Fernando de Galdeano, entre otros; maestro Alfonso, preceptor de esgrima, o su montero Garchot de Murillo. Un confesor le ilustra en la fe y la liturgia, y ella misma le orienta en sus devociones y en el ejercicio de la generosidad que le acompañará toda su vida *“tan magnífico y espléndido, según le había educado su madre, que cada día daba a quien quería cinco monedas de oro”*.

En él convergen dos casas reales: los Trastámara, dinastía de bastardos de Alfonso XI, ambiciosos y tenaces, que en poco tiempo se hacen con el dominio de España; y los Evreux, antiguo linaje orgulloso de sus ancestros. Hijo de ambas, Carlos —Charles es su firma como la de su abuelo y su bisabuelo—, que se sabe de la estirpe de Carlomagno y descendiente de San Luis, en cuya copa de oro bebe y cuyo libro de horas lee, disfruta de un ambiente propicio en el palacio de Olite, uno de los más lujosos y cortesanos de la Europa de su tiempo. Desde muy joven tiene hostel propio: capilla, sala de armas, escudería y equipos de caza. Las rentas de sus señoríos le dan un holgado bienestar que reparte con magnanimidad entre necesitados, amigos y próximos.

Para las navidades de 1433, la reina Blanca regala a su hijo un dragón que se construye en Tudela. En las cavidades orbitarias se instala un artificio para alojar velas de cera de modo que los ojos expulsen fuego y humo. Hay quizás una fascinación por los dragones que explica la importancia que el príncipe da a las celebraciones del día de San Jorge. Y ofrece acaso las claves de que se represente en forma de San Jorge salvador de la doncella y vencedor del dragón en el retablo atribuido a Jaume Huguet.

Habla y escribe en latín y romance, francés, italiano y catalán. Tiene instrumentistas ingleses, tañedores de laúd navarros, músicos franceses. Y como todo príncipe, se ejercita en la caza y

la caballería. Rodeado de animales, cuida sus caballos, entrena sus jaurías de perros y sus aves de cetrería, gerifaltes, halcones, sacres, a las que llama por su nombre: Blanquette, Cabrera, Passepoint, Ferravant, Maya... Al caer la tarde escucha a sus músicos y a veces canta, acompañado por la vihuela, sus propios versos.

MATRIMONIO

Con dieciocho años casa con Inés de Clèves, sobrina de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, la más poderosa dinastía de Francia tras la casa real. La novia desembarca en Bilbao en agosto de 1439, la recibe Juan de Beaumont, prior de San Juan de Jerusalén y ayo del príncipe, con un séquito de sesenta personas y ciento veinte caballos. Llega con su hermano Juan y noventa cortesanos, amén de servidores. Son precisos seis días para cargar el ajuar en las caballerías. Carlos le aguarda en el palacio de los Reyes de Navarra de Estella, donde se encuentran los jóvenes príncipes antes de realizar un recorrido triunfal por el reino hasta Olite, y el 30 de septiembre contraen matrimonio en la iglesia de Santa María, con gran fiesta y regocijo de gentes.

En agosto de 1440 la reina Blanca viaja con su hija, la infanta Blanca, para las nupcias con Enrique de Castilla en Valladolid. Carlos ostenta el título de Príncipe de Viana, primogénito, heredero y gobernador de Navarra. Toma las riendas del gobierno a la vez que multiplica las fiestas y reitera las muestras de su proverbial generosidad con limosnas para los necesitados, favores y festejos para su círculo nobiliario, y regalos caros y suntuosos a sus hermanas y sobre todo a la princesa Inés. Pero su alegría dura poco. El 1 de abril de 1441, su madre muere en Santa María de Nieva, y se ofician en la catedral de Pamplona “los más solemnes funerales que haya tenido nunca un soberano de Navarra”. Sin presencia del rey Juan, su marido, la grandiosa despedida trasluce la inquietud por el futuro del reino.



Vista del Castillo de Olite.



Carta de pago firmada por el Príncipe de Viana como Charles.

El joven príncipe, de veinte años, es por derecho el nuevo rey de Navarra, pero una extraña cláusula del testamento de su madre indica que no tome la corona sin el consentimiento paterno. Padre e hijo se reúnen en Santo Domingo de la Calzada, donde Don Juan confirma su papel como rey y deja en manos del príncipe el cargo de su lugarteniente en Navarra en tanto que él permanezca en sus guerras castellanas.

Desde este momento gobierna como un verdadero monarca. Toma decisiones, convoca y preside cortes, hace nombramientos y administra las cuestiones del reino sin que su padre, abismado en sus querellas castellanas, aparezca apenas por Navarra, salvo por los apremios económicos para las guerras de Castilla. Estos nueve años probablemente son "los más felices de la existencia del príncipe". La descripción de Sebastián Iltung da fe del esplendor palaciego: "Caminando por dicho reyno, llegué a una buena ciudad llamada Olite en la cual estaba el príncipe que por entonces era Rey de Navarra, puesto que el reyno entero le obedecía más que a su mismo padre el cual andaba siempre enemistado con su pueblo. Llevome un heraldo ante dicho príncipe o Rey el cual era muy joven; tratome amistosamente. Seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo más hermoso, de tantas habitaciones doradas. Vilo yo entonces bien; no se podría decir ni aun se podría siquiera imaginar cuán magnifico y suntuoso es dicho palacio."

Olite es una corte ilustrada en la que se disfruta de la alta cultura de la época. Asombra la cantidad de músicos y artistas acogidos al mecenazgo y la fama del príncipe. Varios de ellos seguirán después en el séquito de su hermana Leonor o incluso de su padre Juan II de Aragón: trovadores ciegos, juglares de boca, tañedores de laúd, poetas populares o de la más elabora-

da formación aparecen en el Cancionero de Herbaray des Essarts; para los especialistas, el primer Cancionero de España.

LA GUERRA

Dos sucesos vienen a enturbiar estos años venturosos: el 1 de julio de 1447, el rey Juan contrae matrimonio con Juana Enríquez, hija del poderoso almirante de Castilla Fadrique Enríquez. El 6 de abril de 1448 muere con solo 26 años su esposa Inés de Cleves, sin haber conseguido descendencia.

En 1445, la derrota de Olmedo ha desbaratado las pretensiones castellanas del rey Juan, que vuelve a poner sus ojos en Navarra. En enero de 1450 aparta a Carlos del papel de rey de facto que venía ejerciendo, tras lo cual el príncipe huye a Castilla. Se abre un periodo de desconfianzas, acercamientos y reconciliaciones en el que emergen de forma abierta las rivalidades larvadas entre facciones nobiliarias y clanes territoriales que desembocan en una guerra civil.

Finalmente, el 23 de octubre de 1451 se enfrentan ambos ejércitos en la batalla de Aibar, donde el príncipe es derrotado y hecho prisionero junto a su condestable Luis de Beaumont. Juana Enríquez, en estado de gestación, se traslada a Sos, para que su hijo, el futuro Fernando el Católico, nazca en Aragón. El niño es bautizado el 11 de febrero de 1453 en la Seo de Zaragoza, mientras su hermano está preso en la Aljafería.

Prisionero de su padre durante veinte meses (1521-1523), Carlos revisa antiguos textos "recorrimos a las corónicas de Castilla, a las de Aragón et de Francia et buscamos los antiguos archivos desde nuestro regno et de nuestra cambra de Comptos", y redacta su crónica: "En el año del nacimiento de Nuestro Señor, de 1454 años, Nos, el príncipe D. Carlos Cuarto, propietario y

natural Señor del reino de Navarra, compusimos la presente Crónica de los Reyes de Navarra, nuestros antecesores, cuyas almas en la paz eterna del Creador reposen. Amen."



Castillo de Peñafiel.

Escrita en romance navarro, su idioma y el de su reino, aporta una revisión historiográfica de interés cuando las referencias a la historia navarra son escasas. Recoge genealogías, coronaciones, vidas y bodas, guerras, fallecimientos y sucesiones, a la vez que repasa la trayectoria de su linaje, fundamento y reivindicación de su derecho: *"et para tractar como los reyes de Navarra cuyo heredero soy y espero a regnar"*. Exalta a los príncipes Evreux, señala la prosapia y antigüedad de su linaje, que remite a Carlomagno, y refiere la batalla de Roncesvalles y el surgimiento del viejo reino: *"la diferencia entre Carlos y su padre era que el primero podía enorgullecerse de pertenecer a una rancia y longeva familia real heredera de San Luis, por un lado, y de Sancho el Mayor, por otro. Carlos era un príncipe Trastámara, es cierto, pero también un Evreux, y por tanto un Capeto. Su padre no podía jactarse de tener tan ilustres antepasados. Por las venas de Carlos corría la sangre de los reyes de Navarra, con todas las particularidades que la realeza navarra suponía acumuladas durante los últimos siglos. De ahí el interés del príncipe por exaltar al linaje de los reyes de Navarra en su Crónica"*, escribe el historiador Íñigo Mugueta.

Y desvela el origen del escudo de Navarra: *"el rey D. Sancho VII [...] conquistó las cadenas por armas, é asentolas sobre las ariestas con un punto de sinople"*. De su mano la leyenda heráldica de las cadenas, probablemente conservada y transmitida en la casa real, emerge en documentos e iconografía y perdura hasta hoy.

Su cautividad provoca la consternación en los reinos de los que es heredero, y la presión de los regidores aragoneses obliga a su padre a entregarlo a la jurisdicción de las Cortes de Aragón que fijan los términos de un acuerdo paternofilial y decretan su libertad en 1453. Carlos regresa a Navarra y desde Pamplona establece una administración paralela a la de su pa-

dre, Juan, que se titula siempre Rey de Navarra. Se reinician los enfrentamientos banderizos entre los miembros de ambas facciones. Juan deshereda a sus hijos Carlos y Blanca *"como si naturalmente fuesen muertos"*. Con su causa perdida, sus partidarios cada vez más débiles, sin ayuda en Castilla ni Aragón, Carlos busca apoyos fuera de Navarra en una nueva fuga en julio de 1456. Lo canta el anónimo Cancionero del Ateneo de Barcelona:

*"Por los montes Pirineos,
vi pasar muy aquejado
al buen príncipe don Karles
de su padre mal irado"*

HACIA NÁPOLES

El rey Carlos VII le recibe en París. En Roma, el papa Calixto III, Alfonso de Borja, buen conocedor de la situación de la corona aragonesa. En los primeros días de 1457 llega a Nápoles junto a su tío Alfonso que ha atraído a su corte a los mejores literatos y artistas del humanismo italiano. Conoce a Teodoro Gaza, Francisco Filelfo, Antonio de Palermo, Enea Silvio Piccolomini (futuro papa Pío II), Jorge de Trebisonda, Pier Cándido Decembrio, Lorenzo Valla, Bartolomé Fazio, Leonardo Bruni, Poggi Bracciolini...

Vespasiano da Bisticci escribe: *"Amaba mucho la literatura y siempre que estaba en Nápoles, hacía leer cada día a maese Antonio Panormitano las Décadas de Tito Livio, sobre cuyos capítulos luego discutía con muchos de los señores allí congregados. Se hacía leer además otras lecciones de las Sagradas Escrituras, y también obras de Séneca y de otros filósofos. Y era cosa digna de ver el mucho tiempo que empleaba Su Majestad en estos asuntos"*. Porque la trayectoria de un verdadero intelectual exige no dejar nunca de aprender, de crecer, de madurar. Estudia y traduce del latín la Ética a Nicómaco de Aristóteles, uno de los textos sobre moral más influyentes en el pensamiento de Occidente, para lo que toma el texto latino de Leonardo de Arezzo y lo plasma en un castellano culto y elegante. Dedicada a su tío Alfonso V, conlleva una reflexión sobre conducta individual y política, esfuerzo y corazón.

Enriquece y adensa su educación. Su tío intenta un arreglo entre su hermano, el impetuoso y violento Juan, y su sobrino, el culto y reflexivo Carlos. Probablemente datan de este tiempo las demandas poéticas sobre la "Cuestión de amor" de su correspondencia con Diego de Castro o Gois de Corella; esta última plantea la elección entre: *"dos damas [...] de las cuales damas fuesee la una mucho amada hi el non d'ella amado, e la otra que a ell amara hic el no a ella, ¿a qual d'estas daría la vida?"*



Heráldica de los reyes Blanca y Juan de Navarra, padres del Príncipe. Convento de San Francisco, Olite.

Pero al año y medio de su estancia napolitana Alfonso V muere, el 27 de junio de 1458, y todo cambia de nuevo. Juan II se hace proclamar rey de Aragón, el día 15 de julio, y el 27 del mismo mes otorga Fernando, el hijo tenido con Juana Enríquez, los títulos de duque de Montblanc, conde de Ribagorza y señor de Balaguer, los que ostenta el heredero legítimo de Aragón. Nada podría ir peor para el desdichado príncipe de Viana. El 20 de agosto 1459 desembarca en Mallorca por orden de su padre y permanece hasta final de marzo de 1560; intentan acordar su matrimonio con la infanta Catalina de Portugal, mientras mantiene una relación amorosa con Margalida Colón, de Felanitx.

El 25 de marzo de 1460 entra en Barcelona, acogido con manifestaciones multitudinarias de apoyo, negocia su matrimonio con la infanta Isabel de Castilla en contra de las previsiones de su padre y su madrastra que la desean para el segundogénito Fernando. El rey acude a Cataluña, junto con Juana Enríquez y su hijo Fernando y convoca cortes catalanas en Lérida, donde el 1 de diciembre, el príncipe es apresado y confinado en el castillo de Morella.

El poeta Joan Fogassot, escribe:

*“En nostre temps vists n'avem prou grans actes
Pel virtuos don Carles d'Aragó
Tan desitjat, detengut en presó
Contra statuts, libertats, leys e pactes”.*

Esta segunda prisión de Carlos desencadena una verdadera revolución. En los días 7 y 8 de enero de 1461, es proclamado primogénito por

los consellers de Cataluña. Además, detienen al gobernador general del rey y levantan en armas un ejército al que se unen contingentes navarros beaumonteses. No solo Cataluña y Navarra, los restantes reinos y señoríos de la corona de Aragón se unen a la exigencia de la liberación de don Carlos. Finalmente, a Juan II no le queda más remedio que ponerle en libertad el 25 de febrero de 1461. A su llegada a Barcelona el 12 de marzo, la recepción por la multitud enfervorizada supera a la del año anterior. Y una vez más comienzan las negociaciones para un acuerdo que se plasma en las capitulaciones de Villafranca del Penedés el 21 de junio de 1461, que nunca llega a cumplirse, pues el príncipe muere en Barcelona el 23 de septiembre de 1461.

Diego Enríquez del Castillo, cronista de Enrique IV: *“Después que el rey don Juan de Aragón sacó de la prisión al príncipe don Carlos, su hijo, y lo llevaron los catalanes a Barcelona, nunca se sintió bueno, ni tuvo disposición de salud en su persona. Bien al contrario, la enfermedad creció tanto en él que, sin hallar mejoría, falleció. Por cuya muerte todos los del principado de Cataluña tuvieron gran sentimiento y se rebelaron, alzándose en armas contra su rey, diciendo que él había sido el causante de que mataran a su hijo con hierbas. El padre se apoderó entonces de él, púsole en prisión, y como tampoco quisiera obedecerle, vino la madrastra, lo envenenó y murió”.*

Tras su muerte, se propaga su fama de santidad: “comenzó a hacer diversos milagros, que era cosa de gran maravilla. Y por causa de los dichos milagros, la devoción de las gentes era tanta que alrededor del cuerpo del príncipe se amontonó tanta gente que obligó a los consellers a rodearlo con vallas de madera con dos puertas, de forma que por un lado entrasen las gentes, y por el otro salieran, y era tal la devoción que se llevaban trozos de la tela que cubría la caja donde reposaba el señor príncipe”.

El inventario de sus bienes da fe, mejor que ningún otro documento de la Europa de su tiempo, de la naturaleza y detalles del ajuar de un príncipe, de su refinamiento y sus gustos. Indica su amor al lujo y el significado de ostentación de la majestad que ello representa. Su excepcional biblioteca confirma su altura intelectual: más de cien libros, una pequeña parte de su colección libresca que le acompaña en sus viajes. Teología y clásicos grecolatinos, literatura, poesía, relatos y canciones medievales, historia, tratados de leyes, alfabeto griego, lapidarios, y textos de los grandes humanistas: Boecio, Leonardo Aretino, Dante, Petrarca... En romance castellano o francés, en catalán, griego o latín.



Juan II y Carlos de Viana en Lérida (Juan Serra, c. 1900).

SU RECUERDO

Pocas figuras tan grabadas en el imaginario colectivo como la de Don Carlos, príncipe de Viana. Desde el siglo XV hasta hoy cronistas, narradores y poetas han glosado su historia o novelado su destino, confrontando la temible determinación de Juan II con la imagen del príncipe culto, gentil y desafortunado. La vida de quien está llamado a ser rey de Navarra y Aragón y acaso artífice de la unión de los reinos hispánicos, pero a quien todo le es hurta- do, excita la creatividad del siglo XIX, proclive a la recreación histórica y la ensoñación romántica, que lo presenta vacilante entre la defensa de sus derechos usurpados por su padre y la obediencia debida al mismo. Y es notable la frecuencia con la que aparecen cada poco tiempo nuevas obras de investigación o divulgación histórica, de ensayo o aproxima-

ción a su figura, de fantasía o de ficción. Veamos algunos textos:

Del capellán de Alfonso V el Magnánimo: *“fue criado y educado en gran virtud; era muy bello, muy sabio, muy sutil, muy agudo y de muy clara inteligencia. Excelente trovador, gran recitador, danzador, cabalgador, muy cumplido de todo amor y gracia. Poseyó gran ciencia y todo el tiempo de su vida amó el estudio. Fue un verdadero y devoto cristiano, y tuvo el amor de todas las gentes del mundo.”*

De crónicas francesas, principios del s. XVII: *“No se habría hallado en aquel tiempo un príncipe más generoso ni más instruido que don Carlos de Navarra, ya que además de sus dotes naturales de belleza, dulzura afabilidad hacia todos y grandeza de ánimo según convenía, se había formado en la santa doctrina, que regía sus gentiles costumbres, y muchas de las hermosas y encomiables ciencias por las que él era admirado en su tiempo y se hizo famoso tras su muerte”.*

Del padre Juan de Mariana: *“Mozo dignísimo de mejor fortuna y de padre más manso”.*

De Manuel José Quintana: *“con él se perdió el Príncipe más cabal que entonces se conocía [...] que recibió de sus mayores la mejor educación, que criado en costumbres pacíficas se dio al estudio, no para pasar el rato vana y ociosamente, sino para instruirse en aquella parte de la sabiduría sin la cual los estados no pueden ser bien fundados e instituidos, aquel que en los nueve años de su gobierno en Navarra dio prueba de su moderación y de su justicia, aquel a quien los votos, las aclamaciones de todos los pueblos que le conocieron llamaron al mando y al gobierno, acabó desdichado, luchando por su existencia, aborrecido y perseguido por su padre, y despojado de todo lo que era suyo”.*

Podrían citarse muchas más para recordar a un hombre de tan alta educación como tristes destinos: Carlos, príncipe de Viana. **PREGON**

El autor es poeta y ex-consejero de Cultura del Gobierno de Navarra.

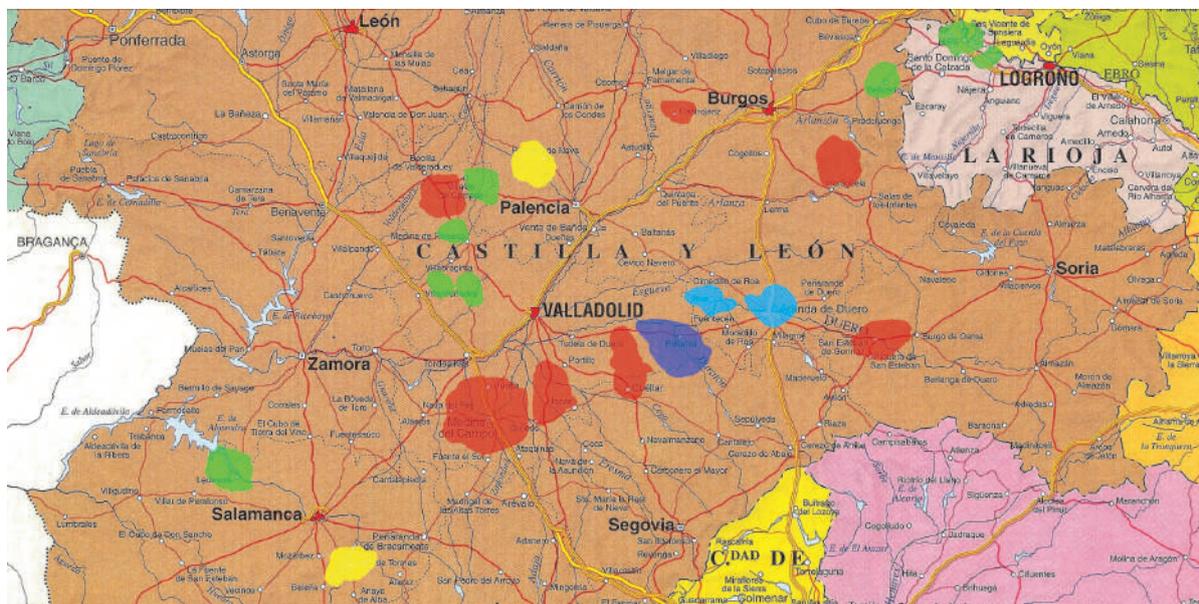


La corte del príncipe de Viana en Olite. Texto y dibujos de Sebastián Illsung. 1446.

EL SUEÑO DE PEÑAFIEL

Jesús DE LA VILLA POLO

jesus.delavilla@uam.es



Posesiones de Juan de Aragón en Castilla y La Rioja.

Pensando en el Príncipe de Viana y su tiempo, un título como el "sueño de Peñafiel" se refiere a tres realidades diferentes: el sueño del padre del Príncipe, Don Juan de Aragón, de llegar a ser rey de Castilla y cómo Peñafiel fue uno de los baluartes en el intento; pero también hace alusión a cómo podemos recuperar Peñafiel, como en un sueño, tal y como era en 1421, el año en que Carlos de Viana nació allí; finalmente, es el sueño de quien esto escribe de que alguno de los lugares y edificios que existían entonces y todavía existen, pero están abandonados o mal cuidados, como lo que fueron en su día potentes murallas de la villa, puedan algún día ser recuperados y constituir un nuevo atractivo para sus habitantes y para quienes visiten Peñafiel.

En este trabajo me voy a ocupar de cada uno de estos aspectos y trataré de responder a tres preguntas que ahora anticipo: por qué fue Peñafiel el lugar donde nació el Príncipe Carlos de Viana; en segundo lugar, cómo era Peñafiel en 1421; y, finalmente, al hilo de la cuestión anterior, qué queda hoy en día de aquello.

PEÑAFIEL, UN LUGAR FUNDAMENTAL PARA JUAN DE ARAGÓN

La figura de Juan de Aragón, que llegó más tarde, tras la muerte de su hermano mayor Al-

fonso, a ser rey de Aragón con el título de Juan II, es suficientemente conocida como para que tengamos que glosarla aquí. Pero no carece de interés saber más algo sobre él en relación al nacimiento de su hijo en Peñafiel en 1421.

Debemos recordar que Juan era el hijo segundo de Fernando de Antequera, infante de Castilla, que había sido elegido como rey de Aragón en 1412. Era Juan, por tanto, sobrino carnal del rey de Castilla Enrique III. Su madre era Leonor de Alburquerque, también de la casa real de Castilla, pues era hija a su vez del infante Sancho de Castilla, tío abuelo de su marido, así como de la infanta Beatriz de Portugal. Leonor era conocida como "la ricahembra de Castilla", por la inmensa cantidad de señoríos y posesiones que le pertenecían.

Cuando el padre de Juan se convierte en Fernando I de Aragón y pasa a vivir en su nuevo reino, cede todas sus posesiones en Castilla a su hijo segundo, Juan, el padre del Príncipe de Viana, mientras que su hijo mayor Alfonso, se queda en el nuevo reino como heredero. Juan, a la vez que recibe los bienes paternos, se hace cargo también de las posesiones de su madre, lo que le convierten, con mucho, en el señor más poderoso del Reino de Castilla.

De su madre recibió villas y tierras inmensas en Extremadura, como el Señorío de Alburquerque,

que, la villa de Medellín y los lugares de La Co-dosera y Alconétar. En La Rioja, se convierte en señor de Haro y Briones. Y, entre ambas regiones, en Castilla hereda las villas de Villalón, Urueña, Ledesma, Montealegre de Campos, Villagarcía de Campos y el lugar de Cerezo del río Tirón. Solo estos bienes, heredados de su madre, habrían hecho de él por un gran señor en el reino. Pero lo que su padre le cedió era aún más: el Señorío de Lara, el Ducado de Peñafiel, el Señorío de Cuéllar, el Condado de Mayorga de Campos, San Esteban de Gormaz y Castrojeriz. A todas estas posesiones el propio Juan de Aragón unió, a lo largo de su vida, lugares de la importancia de Medina del Campo, donde había nacido, Olmedo, Roa, Aranda de Duero, Paredes de Nava y Alba de Tormes.

Ningún otro señor de Castilla podía compararse con él. Además, sus hermanos Enrique y Sancho eran, respectivamente, maestros de las poderosas órdenes de Santiago y de Alcántara.

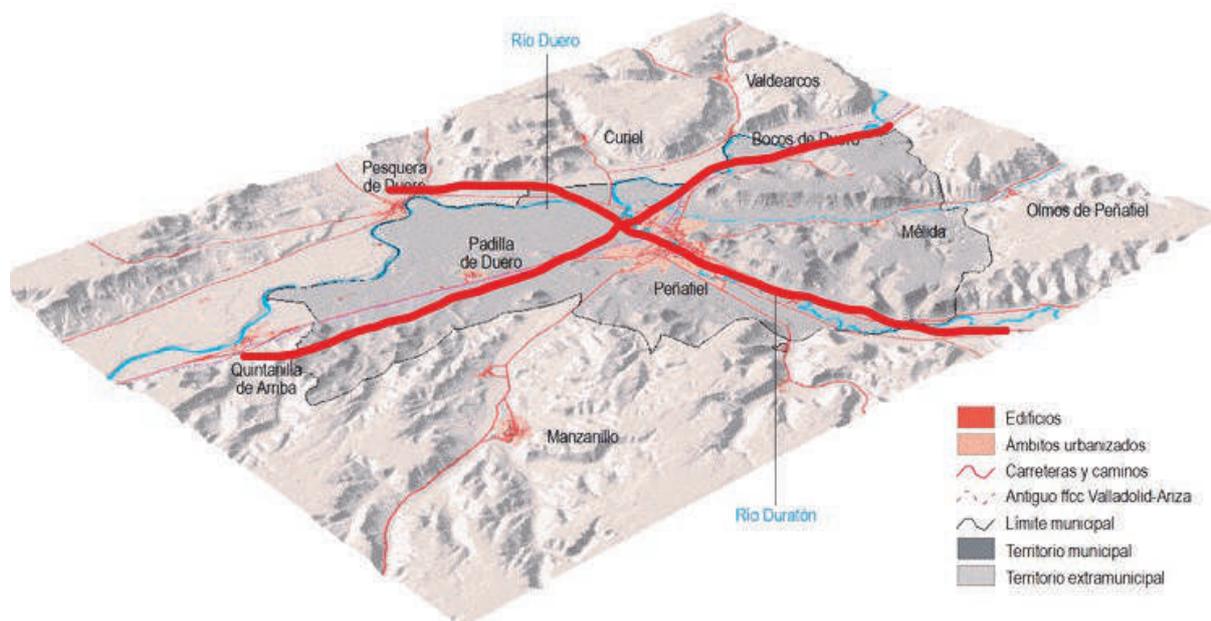
En estas condiciones era inevitable que Juan de Aragón hiciera valer en Castilla todo su poder, influencia y prestigio. Y empezó a intervenir activamente en las cuestiones del reino desde el mismo momento en que se vio señor de tanto poder, sobre todo porque la corona de Castilla estaba en manos de un niño, su primo carnal, Juan II de Castilla, que contaba apenas con siete años.

No es el lugar para relatar aquí con detalle las acciones y proyectos de Juan de Aragón, que terminaron, finalmente, de forma desastrosa treinta años después, en 1445, cuando fue definitivamente derrotado por su propio primo, el rey legítimo de Castilla, el mencionado Juan II. Pero hay dos datos que nos son de importancia

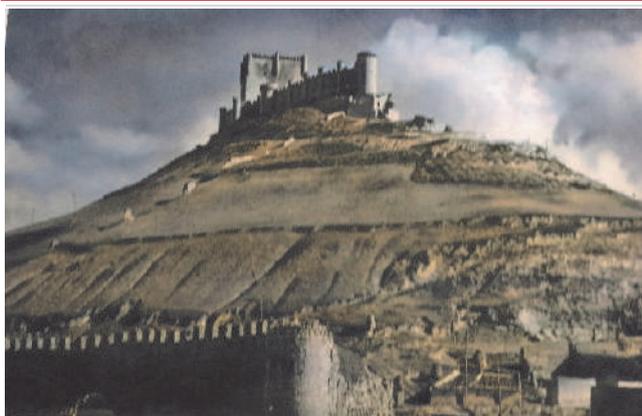
en el recuerdo de la efeméride del nacimiento de Carlos de Viana en 1421 y en los que sí debemos detenernos.

El primero es la desmedida ambición de Juan de Aragón por ampliar su influencia y poder. Dentro de esta política, fue un hecho muy importante de que contrajera matrimonio en 1420 ni más ni menos que con la heredera del trono de Navarra, Blanca de Navarra. Como resultado, cuando en 1425 murió Carlos III de Navarra, padre de Blanca, esta recibió la corona y el propio Juan pasó a denominarse Rey de Navarra, pues lo era como consorte. Este título le concedía aún mayor prestigio y le permitía tratar de igual a igual al rey de Castilla, su primo. El mantenimiento de este título será una de las causas principales del enfrentamiento con su hijo Carlos, cuando este se convierta en el heredero natural a ser rey de Navarra a la muerte de su madre Blanca, en 1441. Juan nunca aceptó ser apeado del tratamiento real y del poder territorial que le confería.

El segundo dato tiene que ver con Peñafiel. Juan había recibido de su padre, como hemos dicho, el señorío de Peñafiel con el título de Duque. No era, en principio, el título de mayor abolengo de los que recibió, pues el Señorío de Lara era más antiguo y estaba ligado a los primeros años del Condado y luego Reino de Castilla. Sin embargo, en términos de localización y riqueza, Lara no podía compararse a Peñafiel. Por otro lado, el señorío sobre Peñafiel era algo muy querido para toda la familia Trastámara: la mujer del fundador de la dinastía, Juana Manuel, casada con Enrique II de Castilla, era hija del Infante Don Juan Manuel. La autoridad sobre Peñafiel, venía por tanto de 140 años atrás y fue transmitida como un bien



Peñafiel en la encrucijada de dos grandes rutas.



Peñafiel: el castillo y restos de las murallas (hacia 1950).

patrimonial por Juana Manuel a su hijo Juan I de Castilla y este a su hijo Fernando de Antequera, luego rey de Aragón, como hemos dicho, hasta recaer finalmente sobre Juan de Aragón con el título de Duque. Era sin duda una herencia muy valorada y no debe extrañar, por tanto, que Juan habitara muy frecuentemente su villa de Peñafiel y que incluso aquí naciera su hijo primogénito, Carlos de Aragón y Navarra, más tarde Príncipe de Viana.

Pero no era su cariño hacia Peñafiel lo único que le atraía del lugar. La villa reunía, frente a otras muchas de sus posesiones, unas condiciones óptimas para su política y ambiciones.

En primer lugar, está situada en un lugar estratégico: en la zona central de las tierras septentrionales del Reino de Castilla, ese amplio círculo que abarca Segovia, Burgos, Palencia, Valladolid, Medina y Ávila. Es la zona donde se cruzan los intereses familiares de los Trastámara y de las principales casas nobles durante una gran parte del siglo XV. Peñafiel está situada en una posición muy central dentro de esta zona. Pero, por otro lado, está bien comunicada, en un cruce importante de caminos que llevan, en dirección Este-Oeste, a lo largo del todo el valle del Duero y, en dirección Norte-Sur, siguiendo una ruta que empieza en Somosierra y que, por el valle del Duratón, tras atravesar el Duero por Peñafiel precisamente, lleva hacia el Norte, hacia la Tierra de Campos. Finalmente, la villa está situada más cerca de la Rioja, donde Juan tenía también amplios intereses, como hemos dicho, que otras importantes propiedades de Juan de Aragón, como Medina u Olmedo, y, sobre todo, y más cercana a la frontera aragonesa y navarra, donde Juan podía buscar fácil refugio en caso de tener que retirarse en su enfrentamiento perpetuo con el rey de Castilla.

Pero hay un último aspecto que también hacía muy atractiva Peñafiel como lugar de residencia: su enorme fortaleza en términos militares. En efecto, situada entre la peña del castillo y el

río, protegida por el impresionante castillo, prácticamente inexpugnable, y rodeada de fuertes murallas, que el Infante Juan Manuel había mandado restaurar y reforzar un siglo antes, Peñafiel ofrecía unas condiciones de protección y defensa para Juan y su familia que difícilmente ofrecía ninguna de sus otras villas y señoríos castellanos.

Todas estas circunstancias justifican que fuera Peñafiel el lugar donde Juan de Aragón decidió que su mujer Blanca pasara su último período de gestación y donde naciera su hijo, el que sería Carlos de Viana.

EL PEÑAFIEL DE 1421

La villa de Peñafiel era en 1421 un lugar próspero. Bien protegida, como se ha mencionado, con provisión de agua sobrada, gracias al Duratón, alojaba entre su recinto amurallado y su arrabal una población que puede calcularse en unas 3500 almas. Su economía era de base agrícola y ganadera, con el ganado ovino como elemento principal, pero con amplias zonas de cereal y de viñedo. Además, contaba con importantes huertas, lo que aseguraba el suministro de verduras y frutas frescas, y con abundantes pinares, lo que le proporcionaba más que suficiente de combustible para los hogares y hornos. Finalmente, la presencia de un río como el Duratón permitió que hubiera desde tiempos muy remotos un número notable de molinos, hasta seis, fundamentales para la transformación del cereal.

Pero también era Peñafiel un centro comercial de cierta importancia, con dos ferias anuales reconocidas desde la época de Fernando III, en el siglo XIII, y con mercado todos los jueves, en una tradición que se ha conservado hasta el día de hoy.



La antigua iglesia de San Salvador de los Escapulados (hacia 1930). Desaparecida.

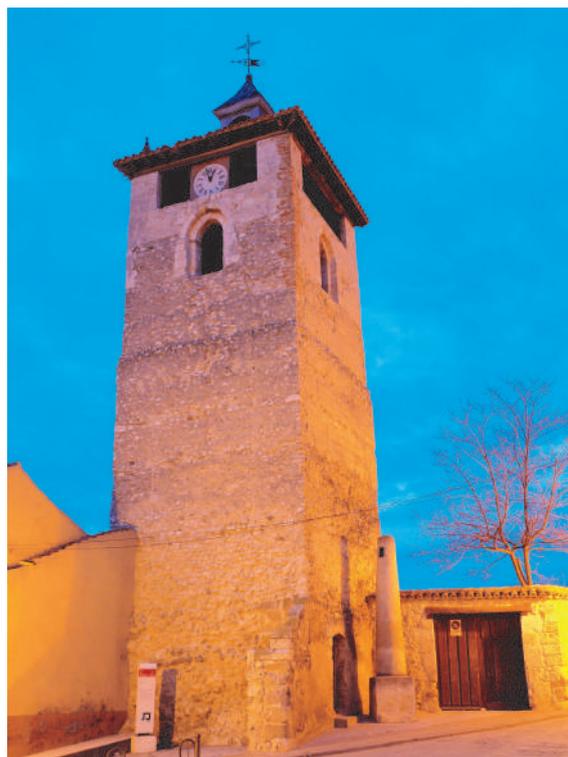
Internamente la vida de la villa se organizaba por parroquias. Tenemos noticia, en diferentes momentos históricos, de hasta once o doce parroquias y una o dos ermitas. Entre las iglesias, la principal siempre fue Santa María de Mediavilla, que todavía se conserva, y, en segundo lugar, San Salvador de los Escapulados, que se mantuvo en pie hasta 1960, aproximadamente. Otras eran San Salvador de Reoyo, San Esteban, Santa María la Pintada, San Juan, San Vicente, Santa Marina, Santa Olalla, San Andrés, San Pedro y Santiago; San Lázaro quizá fuera una ermita extramuros y lo era también San Miguel. Aparte de esto, había dos importantes monasterios, uno de la Orden de San Francisco, a las afueras del pueblo, en el arrabal, y otro de dominicos, el convento de San Juan y San Pablo, fundado por Don Juan Manuel y alojado en lo que en otro tiempo fue alcázar real.

La entrada principal del pueblo se hacía por el puente sobre el Duratón, que permitía el acceso a la villa por el arco fortificado llamado Torre del Agua. Fuera de las murallas, al otro lado del puente, estaba el gran arrabal, que poseía parroquia propia, San Fructuoso, y que se articulaba en torno a una gran plaza, el hoy llamado Mercado Viejo, donde se celebraban los mercados y las ferias. En la orilla del río había importantes tenerías, de lavado de lana.

Un barrio separado, pero intramuros, lo constituía la judería. Situada entre la plaza mayor y el río, en la parte NO de la villa; se cerraba con respecto al interior del recinto amurallado por sus propios portillos y tenía salida independiente al exterior por medio del llamado Arco de la Judería, de tal manera que los judíos podían acceder directamente al agua del río. Esta judería fue próspera y hay testimonios documentales muy interesantes de su importancia; de esta judería llegó salir uno de los rabinos mayores de Castilla.

Pero los edificios principales no eran solo eclesiásticos. También había, al menos, dos edificios civiles de una cierta relevancia: uno era las habitaciones del antiguo alcázar, luego convento de dominicos, que Don Juan Manuel había reservado para sí al hacer la cesión del convento y que fue utilizado por la reina Doña Juana Manuel y sus sucesores. Según las crónicas, fue en este lugar donde nació el Príncipe de Viana.

Por otro lado, en la parte más alta de la población, junto a la iglesia de San Esteban, se construyó un edificio palaciego, bien en la época de Fernando de Antequera, antes de ser rey de Aragón, bien ya en la época de Juan de



Torre de la antigua iglesia de San Esteban (s. XII).

Aragón, el padre del Príncipe. Este edificio, que llegó en unas condiciones bastante aceptables hasta los años 70 del siglo XX, convertido en el Hospital de la Santísima Trinidad, fue demantelado para construir el actual Auditorio Municipal y solo se ha conservado, como testimonio último, una parte de su antigua fachada, con su puerta gótica, y un escudo muy gastado, en el que parecen intuirse las barras de Aragón.

El resto de las edificaciones eran casas de piedra y adobe, sustentado en entramado de madera, como las que todavía se conservan. De la concentración de la población dentro de las murallas es testimonio el hecho de que se llegaron a construir casas de hasta tres pisos, para dar alojamiento a una población cuyo número fluctuaba entre momentos de crecimiento y otros de disminución, sobre todo a causa de las epidemias.

La imagen de las estrechas calles del pueblo podemos reconstruirla en parte si leemos las ordenanzas de Don Juan Manuel, dadas a la villa en 1345, en las que se habla de carnicerías, pescaderías, tabernas y diversos tipos de establecimientos comerciales. Por ellas pulularía, como en las demás poblaciones medievales, una muchedumbre abigarrada en la que dominarían los agricultores y artesanos, con solo algunas familias destacadas, las que se convertirían más adelante en las casas hidalgas de la villa.



Entrada tapiada al antiguo alcázar (s. XIII). Lugar donde nació probablemente Carlos de Viana.

Así era el Peñafiel que el 29 de mayo de 1421 vio nacer a Carlos de Viana. Este lugar próspero y bien situado se convirtió en uno de los baluartes de Juan de Aragón en su largo enfrentamiento con su primo Juan II de Castilla. No es de extrañar, por tanto, que éste decidiera arrebatarlo a Juan de Aragón cuando estallaron las hostilidades abiertas. En 1429 Juan II de Castilla, acompañado de su favorito, D. Álvaro de Luna, asedió Peñafiel, que estaba defendida en nombre de Juan de Aragón por el hermano de este, el infante D. Pedro y por el Conde de Castro. Tras varios días de ataques, cuando una parte de las murallas había caído, los atacantes penetraron en la población. Sin embargo, el castillo resistió. Finalmente, viendo la imposibilidad de conquistarlo, las tropas reales pactaron con los defensores la salida de estos, pero portando todo su armamento y caballerías. Es decir, fue una cesión honrosa de una fortaleza que difícilmente habría sido conquistada por la fuerza.

No acabó aquí, sin embargo, la relación de Juan de Aragón con Peñafiel. Pocos años después, gracias a la mediación de su hermana María, que estaba casada precisamente con su gran enemigo Juan II de Castilla, se pactaron treguas y Juan volvió a ser señor de Peñafiel. Al poco tiempo, sin embargo, se reanudaron los enfrentamientos, que acabaron en 1445 en la batalla de Olmedo, que representó la derrota definitiva de los infantes de Aragón, con Juan a la cabeza e, incluso, la muerte de uno de ellos, Enrique, Maestre de Santiago.

De estas guerras quedó en Peñafiel un último testimonio: el barrio y la plaza del Coso, conocido tradicionalmente en el pueblo como el Corro. En efecto, la zona en que se habían producido más destrucciones como resultado del asedio y ataques de 1429 se reconstruyó y se conoció mucho tiempo como el Barrio Nuevo. Como elemento articulador de este barrio se dejó el espacio abierto de la gran plaza que debía servir tanto para vivienda, como para tratos comerciales y para festejos y juegos de toros. La plaza del Coso, por tanto, no existía, con toda probabilidad, cuando nació Carlos de Viana en 1421, pero sí es un testimonio del paso de su familia por la villa y todavía hoy es, probablemente, el hito urbanístico más importante de la población.

LO QUE QUEDA DE AQUEL TIEMPO

Para concluir, preguntémosnos qué queda hoy de todo aquello, de lo que pudieron ver los ojos infantiles de Carlos de Viana y lo que vieron sin duda sus padres, Juan de Aragón y Blanca de Navarra. La respuesta es que queda más de lo que podríamos pensar, pero menos, mucho menos, de lo que nos habría gustado.

Queda en buen estado el castillo, desde luego, aunque no en la forma que tenía en época de Juan de Aragón, sino en la que le confirió Don Pedro Girón unos decenios más tarde, al reconstruir las ruinas que había provocado su ocupación por las tropas reales y su desmantelamiento parcial para evitar que ningún otro enemigo del rey pudiera atrincherarse en él.

Queda bastante transformada solo una de aquellas once o doce parroquias medievales: Santa María, que, a pesar de los cambios y añadidos de los siglos posteriores, conserva básicamente su planta de tres naves y sus bóvedas góticas. Se mantienen también los restos de otras dos parroquias: el ábside románico y el muro de los pies de San Salvador de Reoyo, actual parroquia bajo la advocación de San Miguel, y la torre también altomedieval de San Esteban, la popular Torre del Reloj.

Se conservan unas pocas ruinas, apenas sombra de lo que fue, del convento de San Francisco, mientras que San Pablo, el lugar probable del nacimiento de Carlos de Viana, se mantiene en pie y en buen estado, con importantes restos de lo que era en 1421.

Apenas quedan unos pocos restos del otro edificio civil mandado construir por los Trastámara, en el actual Auditorio, como se ha dicho. Pero quedan importantes vestigios de las en otro tiempo fuertes murallas. Sin embargo, ocultas muchas veces por nuevas edificaciones, en

Imagen tradicional de Peñafiel, no muy distinta a lo que sería en la Edad Media. Calle de la Judería (1925).



lamentable estado de abandono en otros casos, el circuito completo, que podría recuperarse en gran medida, espera todavía un plan general que acometa la conservación de lo existente y la recuperación, por medio de hitos o señales, de lo que fue todo el cerco que tan poderosa hizo a la villa de Peñafiel.

Y conservamos, naturalmente, la trama urbana, básicamente la misma de 1421, salvo el añadido ya mencionado del barrio del Coso. La Plaza Mayor, la de Reoyo y la del Salvador, la Calle Derecha como eje articulador de todo el conjunto y las estrechas callejas que salen de ella bajando hacia el río o subiendo por la cuesta del castillo.

Y queda, finalmente, el recuerdo, renovado en este año de 2021, del nacimiento en nuestra villa de una figura de la importancia histórica y las resonancias románticas de Carlos de Viana, una figura que ha servido, además, para acercarnos y sentirnos afines a otras importantes poblaciones navarras, como Olite, Viana o Tafalla. Mucho nos unió y mucho nos une.

PREGON

El autor es el Director del Museo Comarcal de Peñafiel



Ábside mudéjar (s. XIV) del convento de San Juan y San Pablo, construido sobre el alcázar.

EL PRÍNCIPE DE VIANA Y OLITE

Francisco Javier CORCÍN ORTIGOSA

javiercorcinortigosa@gmail.com

Carlos, Príncipe de Viana, es, sin duda, uno de los personajes de la casa real más apreciado por los navarros y por los amantes de la historia. Una vida tan azarosa e infortunada como la suya ha suscitado la simpatía de la gente y la adhesión franca a su persona.

Ha pasado a la historia como “el Príncipe de Viana”, por su relación con el principado creado por su abuelo Carlos III con capitalidad en la ciudad de Viana. También podríamos denominarlo “el Príncipe de Olite”, ya que es en Olite donde pasó buena parte de su vida. Aquí se crió, se educó, se formó, disfrutó su infancia y juventud, encontró el amor, se casó, reinó como lugarteniente del reino... y vio venir tiempos aciagos. Y aunque residiera en Tafalla, Sangüesa, Tudela, Viana o Pamplona, el palacio de Olite fue la residencia habitual del príncipe durante los años más felices de su vida.

LLEGADA A OLITE

Al año de nacer en Peñafiel, según lo acordado en las capitulaciones matrimoniales de sus padres (conservadas en el archivo municipal), vino a Navarra, a Olite, donde sería educado según los usos y costumbres del reino que había de gobernar. En cuanto llegó la noticia, se celebraron grandes festejos en la villa. Al año siguiente fue jurado por las Cortes reunidas en Olite como primogénito y heredero del reino.

En el palacio vivió arropado por su madre Blanca, acompañado de sus hermanas las infantas Blanca y Leonor. Su padre, el rey Juan, estaba tan entregado a sus intereses en Castilla que apenas pudo intervenir en su educación. Fue mucho más importante el papel desempeñado por Juan de Beaumont - estuvo siempre a su lado - o por los franciscanos del convento de Olite y otros preceptores. Dispuso, además, de un “hostal” o Casa, con numerosas personas a su servicio.

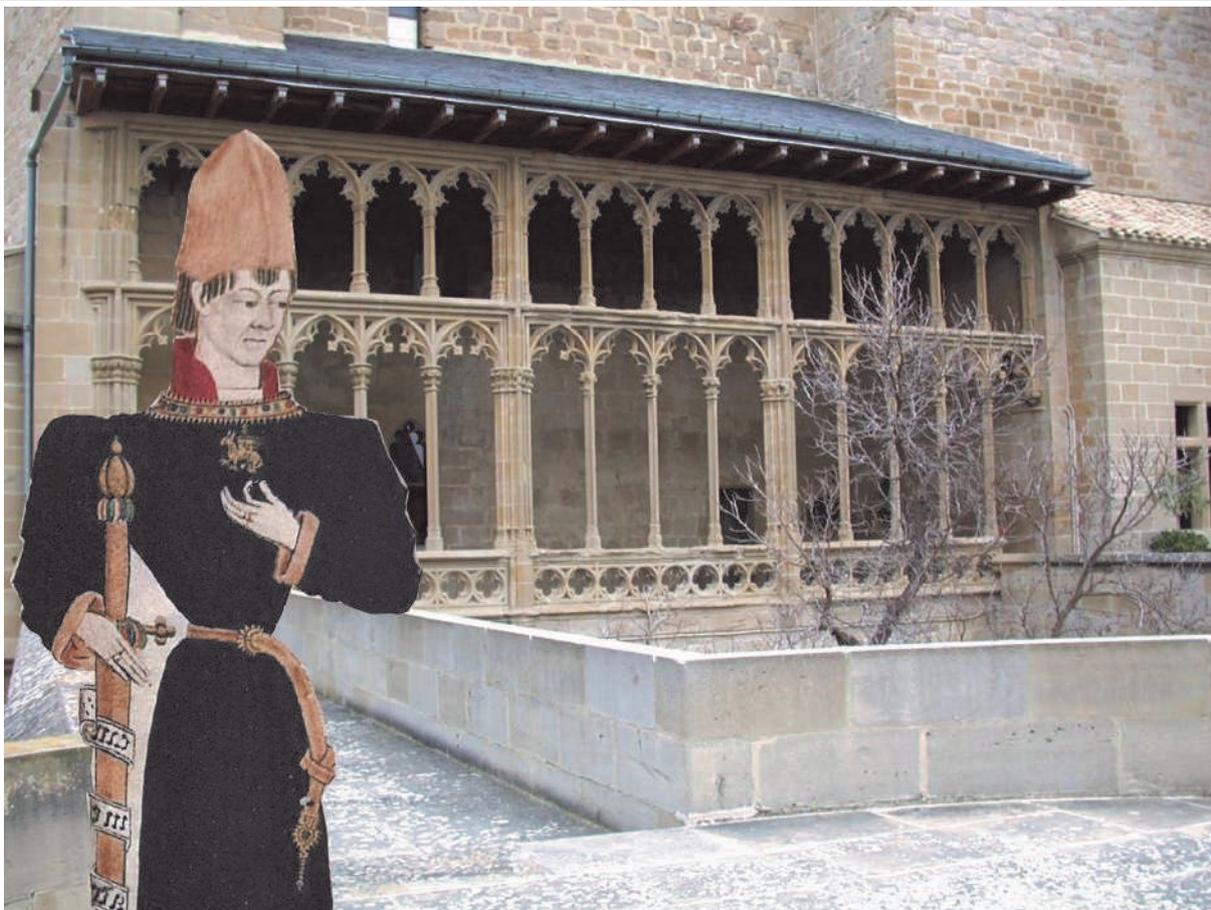
Recibió una educación orientada al ejercicio de la regencia y centrada en la adquisición de destrezas tanto en el manejo de las armas como en la administración del reino. Se formó también para ser “príncipe de las letras” a través del aprendizaje de idiomas (el francés y el



El Príncipe en Olite (detalle). Eduardo Santonja.

latín), del fomento del gusto por la lectura y la escritura, y del conocimiento y la participación en actividades artísticas como la música, el teatro, la danza, el dibujo o la poesía, y físicas como la monta, la caza, la esgrima y las justas o los torneos. Carlos completó así una sólida formación intelectual, política y moral, de la que hizo gala a lo largo de su vida.

Las cuentas reales del Archivo General de Navarra nos ayudan a recrear su vida en Navarra desde la infancia. En 1433, cuando contaba 13 años, le regalaron un juguete especial por la Navidad: un gran dragón articulado hecho de madera y tela, creado por el pintor Gabriel del Bosch, *para el servicio et plazer del seynor principe*. Y al año siguiente, por estas mismas fechas, una serpiente de gran tamaño y unos *caballeros salvajes* para acompañarla. El palacio



Representación idealizada del Príncipe de Viana en el Palacio de Olite.

de Olite se convirtió así, durante su infancia, en escenario de este modelo de ostentación y de teatralidad.

EN LA CORTE DE OLITE

Una de las actividades preferidas por el príncipe fue la caza. Frecuentaba términos de Olite como el monte encinar y la Plana para la práctica de la caza de jabalíes y ciervos, aunque también lo hacía en la sierra de Ujué y otros parajes de Navarra. En 1438 la reina eximió de cuarteles a Diego de Unzué, vecino de Tafalla, en recompensa por los buenos y gratos servicios prestados al príncipe durante las cacerías en los montes del rey, en Olite y Tafalla. El término de la Falconera era propicio para la práctica de la cetrería con halcones y otras rapaces.

En ese mundo cortesano tan floreciente en el que se desarrolló, tuvieron un protagonismo acreditado los animales exóticos, que se guardarían dentro del mismo palacio, en el Jardín Real o en los campos de Olite. Entre los habitantes de la villa, causaría asombro la presencia de animales como éstos: ciervos, puercos monteses o jabalíes, un león y una leona, osos, una mona, cisnes, papagayo, toda una algara-

bía de pájaros, enjaulados en la "gayola", y 4 búfalos, regalo del señor de Alfajarín Johan de Mur. En el Jardín Real se conserva la "pesquera" del rey. En el palacio se pueden ver todavía algunos restos de la pajarera.

EL MATRIMONIO

En 1439, en la iglesia de Santa María de Olite, se celebró, con gran pompa, la boda de Carlos con Agnes (Inés) de Clèves, hija de María de Borgoña (hermana del poderoso duque de Borgoña Felipe el Bueno) y de Adolfo, duque de Clèves. Los convites y el resto de los festejos fueron amenizados por músicos y juglares venidos de Borgoña o traídos expresamente desde Xátiva, junto a otros artistas e intérpretes moradores del palacio como John Oldfeld, el arpista londinense del príncipe. El pueblo disfrutó durante tres días de vistosos torneos.

El palacio de Olite fue la residencia habitual del matrimonio durante los nueve años que vivió la princesa en Navarra. La documentación del archivo de Pau, publicada por Mikel Zuza, arroja sombras sobre la vida "feliz" de Agnes en el palacio e incluso añade dudas en relación con el óbito de la princesa. El matrimonio no proporcionó sucesor a la corona navarra.



Dibujo de la visita de Sebastián IIsung a los príncipes en 1446. British Library de Londres.

Carlos no volvió a casarse, pero tuvo dos hijos y una hija fuera del matrimonio. En Olite mantuvo relaciones con María Armendáriz, dama de honor de su madre Blanca y después doncella de su hermana Leonor. Fruto de ese amor fue Ana de Navarra. Carlos pensó en el matrimonio y se dirigía a María como *mi señora e mi amor*. En 1452 María era *moradera en la villa de Olit*. Ella casó en 1457 con Francisco de Barbastro, secretario del príncipe, y su hija Ana, con Luis de la Cerda, conde de Medinaceli.

LAS VISITAS

El palacio de Olite fue testigo de la visita a los príncipes del magnate alemán Sebastián IIsung en 1446, en su periplo peregrino a Santiago de Compostela, con visitas a las sedes reales. En Tortosa fue acogido en la Corte de la Reina María, esposa de Alfonso V de Aragón (1416-1458), y le impuso personalmente la Orden de la Jarra y el Grifo. En Atienza lo recibió el Rey Juan II de Castilla y fue aceptado en la Caballería del Rey.

La estancia en Olite de Sebastián IIsung quedó recogida en un pequeño relato, conservado en la British Library de Londres, donde queda reflejada la preferencia de los navarros por el príncipe: *llegue a una buena ciudad llamada Olite en la cual estaba el principe que por entonces era Rey de Nabarra, puesto que el rey- no entero le obedecia mas que a su mismo padre el cual anda siempre enemistado con su pueblo*. Acompaña al relato un bonito dibujo,

único testimonio gráfico medieval del palacio, que muestra la recepción de los príncipes a IIsung. Exalta la magnificencia del palacio: *El heraldo me hizo ver el palacio; seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo mas hermoso, de tantas habitaciones doradas. Vilo yo entonces bien; no se podría decir ni aun se podría siquiera imaginar cuan magnifico y suntuoso es dicho palacio*.

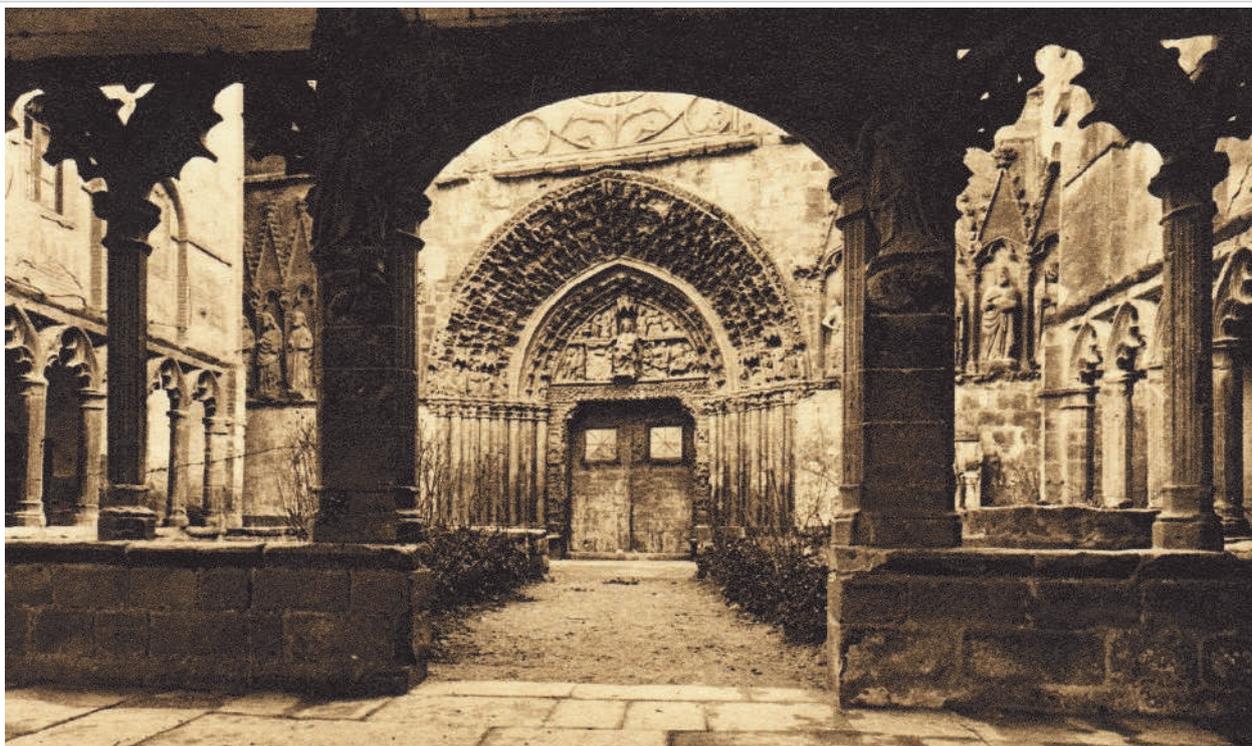
LA RELIGIOSIDAD

Las vivencias religiosas y piadosas fueron determinantes en su formación. Se sintió atraído por la intensa vida devocional de su madre Blanca en la celebración de las festividades eclesiásticas y participó activamente en el culto de los templos de Olite y en los de mayor devoción del reino.

El príncipe dio muestras de entusiasmo y respeto por Santa María de Ujué. Cuando cumplió tres años sus padres lo llevaron a Uxue para presentarlo a Santa María. En esta ocasión donaron al santuario un manto de paño de oro, un frontal y una capilla de oro. Con motivo de su boda toda la corte de Olite se encaminó de romería hacia Santa María de Uxue. La devoción a la Virgen de Ujué estaba arraigada en las localidades próximas al santuario al menos desde el siglo XIII, aunque, como romería organizada, no consta documentalmente hasta 1464 en el caso de Olite y 1480 en el de Tafalla. Es muy posible que las romerías de la casa real



La reina Blanca representada en Santa María.



Iglesia de Santa María de Olite.

de Evreux, comenzadas en tiempos de Carlos II, asentadas por Carlos III, y más frecuentes en tiempos de Doña Blanca y su hijo el Príncipe de Viana, influyeran en la institución oficial de la romería por parte de los concejos de Olite, Tafalla y otras localidades. Esta costumbre de acudir en romería al santuario se mantuvo hasta 1551.

Compartió también la devoción que sentía su madre por Santa Brígida y acudió en numerosas ocasiones a la ermita el día de su festividad: el 1 de febrero. En 1443, el príncipe ordenó al recibidor de las Montañas dar 10 libras y 10 sueldos a los hermanos de Santa Brígida de Olite, importe aproximado de 2 puercos, conforme a las ordenanzas.

En 1433, en compañía de las infantas y numerosos nobles de la corte, acompañó a su madre Doña Blanca en la peregrinación al Pilar de Zaragoza en acción de gracias por *l'accident que en vuestra persona oviemos en nuestra villa d'Ollit*. Blanca se sintió salvada de la muerte por mediación de la Virgen y en agradecimiento realizó la peregrinación. Concedió ayudas para la construcción del templo mudéjar y creó una cofradía dedicada a Nuestra Señora del Pilar. Coincidiendo con esas fechas, Blanca mandó construir el claustro de la iglesia de Santa María de Olite.

MUERTE DE LA REINA BLANCA

En 1441 murió la reina Doña Blanca en el monasterio de Santa María de Nieva. A su muerte, la corona correspondía al príncipe Carlos; pero

una polémica cláusula del testamento, en la que su madre pedía a Carlos que no se coronara sin "el consentimiento y la bendición de su padre", abrió las puertas a que Juan, contraviniendo la legalidad, retuviera y usurpara la corona al príncipe. Esta decisión fue el origen del largo y amargo enfrentamiento entre padre e hijo. Blanca mantuvo siempre lealtad a su marido y miraba por los intereses familiares.

Nombrado lugarteniente del reino en ausencia de su padre, el príncipe asumió labores de gobierno como auténtico titular del reino entre 1441 y 1450, con el apoyo decidido de Juan de Beaumont y otros linajes adictos. Fueron años placenteros para el príncipe, aficionado al lujo y a la diversión cortesana en un palacio de ensueño. Vivió en un ambiente de fiestas, músicas, danzas, banquetes, cacerías y viajes. Hasta esta fecha podemos hablar del "Príncipe dichoso".

Juan fija su residencia en Olite a comienzos de 1450. Asume el gobierno, favorece a sus partidarios y relega a un segundo plano al príncipe y a sus leales. Las desavenencias con su padre, el acercamiento a los linajes castellanos enemigos de su padre, y las rivalidades entre ambos bandos nobiliarios derivaron en una guerra civil, que se inició en 1451 con la batalla de Aibar, en la que el príncipe fue derrotado y encarcelado en Zaragoza.

EN OLITE

El libro del Registro del Concejo de Olite (1224 – 1537) —estudiado y publicado por Ricardo

Ciérbide— recoge la actividad municipal de la época del príncipe. El cargo de alcalde era vitalicio y lo nombraba el rey a partir de la terna que le presentaba el Concejo. En vida de la reina Doña Blanca era ella la que nombraba el alcalde de Olite y posteriormente fue el príncipe Carlos o, en su ausencia, un representante suyo.

La presencia del rey Juan en Olite el año 1450 no interfirió en la actividad municipal. Sin embargo, al año siguiente, en el libro del Registro se recoge que había tres concejales ausentes, Miguel Periz don Thomas, Sancho García desteilla et Guiot de Rodiziellas, por lo que era necesario nombrar dos nuevos, por el señor de Armendáriz (por el príncipe). Su ausencia puede estar relacionada con su posible adhesión al rey Juan. Los tres vecinos ausentes habían ejercido de jurados en años anteriores. Seguro que Juan encontró un ambiente hostil en la villa.

Una novedad significativa se produjo en 1452 a la muerte del alcalde Sancho López de Bearin: se admitió por vecino a Pero Pérez de Sada (Pedro de Sada) - bachiller en leyes y fiel seguidor del príncipe - para que pudiera ser nombrado alcalde por el señor de Armendáriz. Es aceptado por vecino el 20 agosto y a los dos días es nombrado alcalde de la villa. Deja el cargo en septiembre de 1453 al ser nombrado alcalde de la Corte Mayor por el príncipe, de vuelta en Navarra después de salir de la cárcel de Zaragoza. El nuevo alcalde de la villa Pero Sanz de Oroz es nombrado por el señor príncipe nuestro natural señor. A su muerte, Juan de



Rúa de la Judería de Olite.

Beaumont, gobernador general designado por el príncipe, nombró alcalde a Andreo Pérez de Boneta (1455 – 1460).

El Libro de Actas de 1444-1530 del archivo municipal - estudiado por Lorenzo García Echegoyen - se hace eco del conflicto. Se nos ofrece un testimonio preciso de las dificultades vividas en un Olite beaumontés rodeado de poblaciones fieles a su padre (don Juan): Ujué, Caparroso, Peralta, Tafalla... Esto da lugar al incremento de las medidas de vigilancia y control de los portales y de los desplazamientos de vecinos a esas localidades sin licencia del capitán al cargo de la villa, imponiendo graves sanciones: *si fuere hombre sea tomado preso y detenido y después echado fuera de la villa y sus bienes confiscados; si fuere mujer sea tomada presa, azotada y echada fuera y si fuere mozuelo que la pena la pague aquél que lo enviara.*

En 1453, Olite celebró la liberación del príncipe de la prisión de Zaragoza con un extraordinario alarde militar y la adhesión incondicional del pueblo. Salieron a recibirlo *40 hombres armados con arneses blancos a pie al Portal del Fenereo y hasta 100 ballesteros y 50 encorazados y 40 con sus paveses.* Las calles fueron bien paramentadas y adornadas, y en los cuatro portales cuatro culebrinas (pequeños cañones) que tirasen y tronasen todo por alegría. Los clérigos lo recibieron con la cruz y el palio y los judíos con la Torá. *Las puertas de las iglesias de San Pedro y Santa María fueron aparejadas en tal guisa y de tales paños de oro que memoria de gentes no había visto mejor. 40 niños muy ricamente vestidos de blanco y de grandes joyas lo fueron a recibir hasta cerca de San Lázaro y, delante siempre del Príncipe, fueron cantando coplas muy suaves hasta su cámara en el Palacio.* Por la noche fueron hechas por todas las calles hogueras y diversas danzas con entremeses que fueron gran maravilla. *De lo cual su merced fue mucho contento y tuvo gran consuelo...* En las actas se precisa que *a mayor maravilla se puede estimar que fue la guarda y*



La villa de Ujué desde el crucero.



Ermita de Santa Brígida.

defensa que de los contrarios fue hecha y el temor de esta villa recrecía a cada día. La fidelidad al príncipe se había cimentado en sus muchos años de presencia en la villa, y además en grata convivencia.

ÉPOCA DE GUERRA

No es fácil imaginar la dramática situación de convivencia que se vivió en esos años en Navarra. Aquella no fue una simple guerra de batallas. Se caracterizó por el empleo de la táctica de asedio de plazas enemigas, los secuestros, los asaltos, los robos, la tala de bosques y la quema de cultivos. Todavía hoy es posible divisar desde Olite, en el horizonte, la silueta del alto del "desolado" de Rada. En 1455 las tropas agramontesas, mandadas por Mosén Martín de Peralta, atacaron este reducto del príncipe y lo conquistaron tras una lucha sangrienta, arrasándolo casi por completo para que sirviera de escarmiento y ejemplo. En Olite se vivieron estos hechos con gran conmoción.

La recepción del príncipe por parte de la comunidad judía de Olite se relaciona con el relato recogido por Moshe Shaul "fundador i primer redactor" de la revista "AKI YERUSHALAYIM" (Aquí Jerusalén). Una revista dedicada a la difusión de la cultura sefardí. Jorge Ramón Sarasa, sociólogo, poeta y fundador del Instituto Navarro-Israelí de Intercambios Culturales (1985), recogió la evocación de Olite, expuesta por Moshe Shaul, relacionada con la fiesta que todos los años celebra el Estado de Israel y el mundo judío: la fiesta de Purim.

"En el siglo XV el Príncipe de Viana ofrecía frente al atrio de la iglesia de Santa María, una recepción a la Aljama, a la comunidad judía de Olite. Un malsín, es decir, un delator, un denunciante, informó al Príncipe de Viana de que los judíos

comparecerían no trayendo en las fundas, como era preceptivo y protocolario, los rollos de la ley, sino que por miedo a la profanación de los cristianos, vendrían las fundas pero no la ley, la Torah, dentro de ellos. Por el contrario, a los judíos, el mismo malsín, les incitó a no comparecer delante del Príncipe de Viana con el texto sagrado, diciéndoles que había animosidad por parte de los cristianos de Olite y que se cometería la profanación. Sin embargo, y aquí se bifurca la historia en leyenda, hay una versión que dice que el profeta Isaías, se le apareció en sueños al rabino de Olite y el rabino tomó la precaución de llevar realmente la ley dentro de las fundas, por lo que cuando el Príncipe le mandó abrir estas, aparecieron los rollos de la ley. El malsín fue castigado y la comunidad judía de Olite selló una vez más su amistad con el Príncipe de Viana".

Este relato, que entra en el campo de la leyenda, tiene el apoyo documental coetáneo en las palabras de las actas municipales: "Ca ultra lo antes scrypto los judios con la torah lo vinieron reçebir a la calle devant Sancta Maria".

Nada hace suponer que la relación de los judíos con el Concejo y con los vecinos fuera conflictiva, pero tenemos que tener en cuenta la situación beligerante que en 1453 atravesaban Navarra y Olite. Desconocemos el posicionamiento de la comunidad judía en el conflicto; pero es precisamente entonces, en los momentos de conflictividad, cuando surgen la animadversión, las acusaciones y la persecución de los judíos.

El agravamiento de la situación llevó al príncipe al exilio en 1456, en busca de la mediación y del apoyo a su causa. Visitó París, Florencia, Roma, Nápoles, Sicilia, Mallorca... hasta terminar en Barcelona, donde murió el 2 de septiembre de 1461. Falleció lejos del reino, con la congoja de dejar una Navarra dividida y en guerra. Acabó sus días como "Príncipe desdichado".



Representación de Inés de Cleves, por Luis Úriz.

El que fuera alcalde de Olite en 1452, Pedro de Sada, uno de los hombres más comprometido con el príncipe, fue testigo y protagonista en los momentos más difíciles. Le acompañó en el exilio hasta sus últimos días desempeñando el cargo de vicescanciller. En estos momentos, como doctor en leyes, realizó funciones de representación y negociación a favor del príncipe y de embajador en complicadas misiones.

En 1495, 34 años después de la muerte del príncipe, Olite siguió padeciendo la división en banderías —ahora dentro del partido beaumontés— con el asalto y saqueo de la villa por Luis de Beaumont, conde de Lerín, y sus tropas. Los daños y el expolio llevado a cabo quedaron reflejados en el interesante código “Inventario de bienes de Olite (1496)”, publicado por Ricardo Ciérbide.

En la actualidad Olite mantiene la memoria del príncipe dando su nombre al Colegio Público Príncipe de Viana y al Parador Príncipe de Viana. 

El autor es un gran conocedor de los entresijos de la historia de Olite habiendo publicado numerosos trabajos sobre ella.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA.

- RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa y TAMBURRI BARIÁIN, Pascual, “El príncipe de Viana”. Ed. Gobierno de Navarra. 2001. Panorama nº 30.
- DESDE VISES DU DEZERT, Georges .“Don Carlos de Aragón, Príncipe de Viana”. Traducción de Pascual Tamburri. Gobierno de Navarra, 1999.
- ZUZA, Mikel. “Príncipe de Viana: el hombre que pudo reinar”. Editorial Pamiela 2018
- MIRANDA MENACHO, Vera-Cruz. “El príncipe de Viana y su tiempo”. Editorial Sílex 2018.
- PASCAL ROS, Alfonso. *Las razones del príncipe (una biografía de Carlos de Viana)*. Fundación Mariscal D. Pedro de Navarra 1998, Arteta.

Vista de Olite desde el viñedo conocido como el Huerto del Rey (Convento de San Francisco) (Fotografía de Javier I. Igal)



EL PRÍNCIPE DE VIANA EN CATALUÑA

Vera-Cruz MIRANDA MENACHO

La figura del príncipe de Viana debe entenderse siempre desde el complejo e intenso panorama político bajomedieval hispano, pero también debe insertarse dentro de la órbita europea de finales del siglo XV. Su trayectoria personal y política se enmarca en múltiples escenarios, tanto geográficos como políticos más allá de la península. En algunos de ellos fue principal protagonista, en otros, solamente secundario, pero en todos dejó su huella. Por tanto, su biografía debe situarse entre Navarra y la Corona de Aragón, dos escenarios totalmente diferentes, pero cruciales a la hora de entender al personaje. En esa importancia que adquieren los espacios, vamos a detenernos en su breve, pero intenso, paso por Cataluña durante el último año de su vida, desde 1460 hasta 1461. Una etapa compleja en la trayectoria personal del príncipe, pero a la vez determinante en los sucesos históricos de Cataluña de ese siglo XV. Su estancia en tierras catalanas es indispensable para poder entender su vida, pero especialmente su muerte y la leyenda surgida a su alrededor. En ese escenario barcelonés comenzó el mito del príncipe de Viana, ese manto de leyenda que ha cubierto al personaje desde el mismo momento de su muerte.



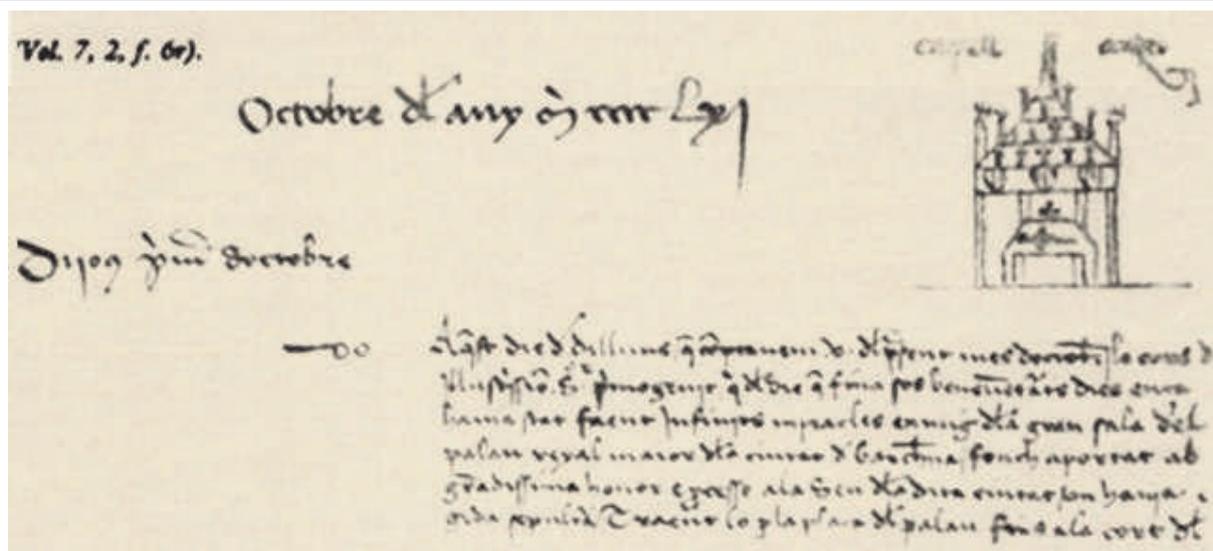
Vista del interior de la Catedral de Barcelona.

El último destino del príncipe de Viana iba a ser la ciudad de Barcelona, donde desembarcó en el mes de marzo del año 1460. Llegaba procedente del reino de Mallorca, de donde partió porque no le sentaban bien los aires de la isla, según él mismo afirmaba. Estas estancias formaban parte del viaje de regreso por el Mediterráneo desde su rápida salida del reino de Nápoles, tras la muerte de su tío, el rey Alfonso de Aragón, en junio de 1458, y tras una parada de un año en Sicilia. Se trataba del último viaje del príncipe, el que le llevó a Cataluña, donde, sin él quererlo, se convirtió en protagonista político de los acontecimientos que allí iban a suceder.

En el momento de su llegada a Barcelona, el príncipe y su padre, Juan II, habían firmado una concordia, la llamada Concordia de Barcelona, en enero de ese mismo año. Por medio de estos capítulos se pretendía poner fin a las desavenencias entre padre e hijo, más todavía en esos momentos en el que Juan II se había convertido en rey de Aragón. Se trataba de una aparente cordialidad, pues en realidad el príncipe salía muy perjudicado en la concordia, ya que se le prohibía entrar en Navarra y en Sicilia y sus derechos de primogenitura no eran reconocidos por su padre.



Interior del salón del Tinell de Barcelona.



Anotación en el Dietari de la Generalitat, el día de la muerte del príncipe y su capilla ardiente.

Esa negativa constante, por parte de Juan II, en reconocer legítimamente la primogenitura del príncipe, tanto la del reino de Navarra, que le correspondía por herencia de su madre, la reina Blanca, como la del reino de Aragón, como heredero del monarca recién coronado, no impidió a las autoridades de la ciudad de Barcelona preparar un recibimiento digno de un heredero. Se engalanaron las calles para que el príncipe las recorriera en procesión bajo palio y así entrar como el legítimo primogénito. Esta magnífica bienvenida de la ciudad indignó enormemente al rey, quien consideraba que su hijo no merecía tan fastuosa entrada, propia de los príncipes herederos, sino que debía haber sido recibido como un infante más, y así se lo hizo saber a las autoridades municipales.

A pesar de estos inconvenientes, los primeros meses del príncipe en Barcelona fueron tranquilos. Se dedicó a solucionar diversos asuntos y algunas cuestiones relacionadas con el reino de Navarra, lo que demostraba que nunca abandonaba sus responsabilidades políticas. Aprovechó también para realizar una peregrinación al monasterio de Montserrat, mostrando así la devoción mariana inculcada por su madre, la reina Blanca. Y también continuó con las negociaciones de su pretendido matrimonio con la infanta Isabel de Castilla, una niña que contaba por aquel entonces con unos nueve años, negociaciones que llevaba en secreto porque suponía un desafío aliarse con el rey castellano, eterno enemigo de su padre. Así, al mismo tiempo, y para disimular dichos negocios, el príncipe obedecía las órdenes paternas, manifestando cierto interés en un enlace matrimonial con una infanta portuguesa, de nombre Catalina.

El sosiego político de estos primeros meses pronto llegó a su fin, en parte como consecuencia de estos asuntos que el príncipe llevaba en secreto. En diciembre de ese mismo año, el príncipe fue llamado por el rey a la ciudad de Lérida. Allí estaba todo preparado para la celebración de las cortes catalanas que llevaban varios aplazamientos, creyendo el príncipe que había llegado el momento de ser reconocido y jurado como primogénito de Aragón y de Sicilia. Por ello, se dirigió hacia Lérida con una gran ilusión, ignorando que las intenciones de su padre, el rey, iban en otra dirección. Pues Juan II, al enterarse de las conversaciones de su hijo con los castellanos, decidió llamarle a Lérida con una única intención, la de detenerle y así frenar esas alianzas. Así, tras el primer encuentro entre padre e hijo, éste fue detenido en el palacio de la ciudad por los oficiales del rey.

Esta actuación de Juan II, quizá un tanto irreflexiva, aunque con razones fundadas, provocó el inicio de un intenso proceso de negociación por parte de las autoridades catalanas con el objetivo de conseguir la liberación del príncipe de Viana. Un pretexto que, en realidad, aprovecharon tanto los diputados del General como los consejeros de Barcelona para intentar mantener un pulso de poder contra el rey. Esto llevó a un continuo ir y venir de embajadores desde Barcelona hasta donde se encontrase el rey, allí donde fuera.

En un principio se acusó a Juan II de haber incumplido varias leyes y libertades del principado, lo que no podía tolerarse. Una actuación que, además, estaba provocando diversos conflictos y revueltas que se iban extendiendo por toda Cataluña, una inestabilidad que no convenía al rey, quien ya tenía un complejo



*Sant Jordi de Jaume Huguet
(dicen que se inspiró en el príncipe de Viana)*

que intercediera por su libertad, ofrecen una imagen más amable. Incluso, el mismo príncipe alabó su buen comportamiento durante su cautiverio, así lo afirmó ante los embajadores del General, a quienes les explicó que doña Juana había actuado como una verdadera madre al suplicar en todo momento su liberación ante el rey. Ese papel de la reina se intensificó tras la concesión de la libertad por parte de Juan II, ya que los diputados le encomendaron la misión de acercarse en persona a liberar al príncipe del castillo de Morella, donde se encontraba en ese momento, y acompañarlo hasta Barcelona. Así lo hizo. La reina fue a Morella a encontrarse con el príncipe. Se acercó a su habitación y juntos bajaron las escaleras del castillo, demostrando la buena relación entre ellos.

Una vez estuvo todo a punto, el príncipe y la reina Juana comenzaron la marcha que tenía como destino final la ciudad de Barcelona. El viaje fue escalonado, cada día se paraban a pernoctar en una localidad diferente, donde eran recibidos con mucha solemnidad y alegría. El príncipe era tratado como primogénito, así que todas las entradas del príncipe fueron el preludio de la entrada solemne en la ciudad de Barcelona el día 12 de marzo.

Efectivamente, el príncipe de Viana llegó a Barcelona acompañado por la reina Juana, quien se quedó a las afueras, pues le prohibieron entrar con él. Se iniciaba la última etapa en la vida del príncipe, en un momento en el que había conseguido el perdón forzoso de su padre gracias al apoyo de las instituciones. Su entrada fue victoriosa y así se celebró. El camino, desde el puente de Sant Boi hasta la ciudad, estaba repleto de gente que deseaba verle y los niños iban con cañas y pendones en las manos. Entró bajo palio y fue recibido por los diputados, consejeros, prelados, barones, caballeros y una multitud de gente. Las fiestas duraron ocho días consecutivos.

Tras su liberación, se procedió a otra negociación. Esta vez entre las autoridades catalanas y Juan II que se cerró con la firma de las Capitulaciones de Villafranca el 21 de junio de 1461. Unas capitulaciones que perjudicaban al rey, quien, entre otras cosas, debía pedir permiso a los diputados para poder entrar en Cataluña; pero en las que el príncipe finalmente era reconocido primogénito de Aragón y nombrado lugarteniente general de Cataluña, jurando su primogenitura el 30 de julio en la capilla del palacio real de Barcelona, ante la atenta mirada de los diputados, consejeros, nobles y ciudadanos.

La situación política del príncipe parecía mejorar al conseguir su ansiado reconocimiento como primogénito, pero la salud le llevó repenti-

panorama en el reino de Navarra. Pero las intensas negociaciones no daban el fruto esperado, ya que Juan II no tenía intenciones de liberar al príncipe y menos todavía por las exigencias de los diputados. Ante las constantes negativas, los diputados y consejeros cambiaron de estrategia y decidieron convocar el somatén para presionar más al rey. El 8 de febrero, a las 6 de la mañana, los diputados del General sacaron la bandera real y la de San Jorge por las calles de Barcelona, acompañados de mil quinientos hombres armados y otra gente que se iba uniendo. Las banderas fueron izadas sobre el portal de la casa de la Diputación y del Consejo de Ciento, lo que indicaba la inminente movilización de las tropas. A partir de ese momento, comenzó el alistamiento de tropas con el fin de liberar al príncipe de Viana, quien se encontraba privado de libertad en diversos castillos de Aragón, como Zaragoza, Fraga o Morella. Ante esta presión militar, Juan II no tuvo más remedio que claudicar y conceder la libertad de su hijo, lo que ocurrió el 25 de febrero.

El papel de la reina Juana, en todo este proceso de negociación, fue esencial. Su figura, recreada por el romanticismo y transformada en una malvada madrastra, adquiere en la liberación del príncipe otros tintes más generosos. Su presencia como mediadora entre el rey y su hijo, así como las continuas peticiones del príncipe de estar en presencia de la reina para

namente al lecho de muerte. En septiembre se puso enfermo con fiebres y dolor de costado. El día 23 moría en el palacio real de Barcelona. Su muerte fue consecuencia de una pleuresía. Pocas horas antes, había dicho: "mi proceso se va a publicar" y pidió el Cuerpo de Cristo para recibir su última Comuni3n. Se sacó los anillos y pidió perd3n a algunos consejeros y diputados allí presentes. Después de la Eucaristía, perdió el conocimiento y murió.

El primogénito de Aragón y príncipe de Viana había muerto en la ciudad de Barcelona. Se debían poner en marcha todos los preparativos para las exequias reales. Se embalsamó su cuerpo, como era costumbre. Se expuso en la capilla ardiente durante trece días en la sala mayor del palacio real de Barcelona para ser visitado por las autoridades y todos aquellos ciudadanos que quisieran despedirse del heredero de Aragón. Su cuerpo fue velado de día y de noche. Había toque de campanas continuo.

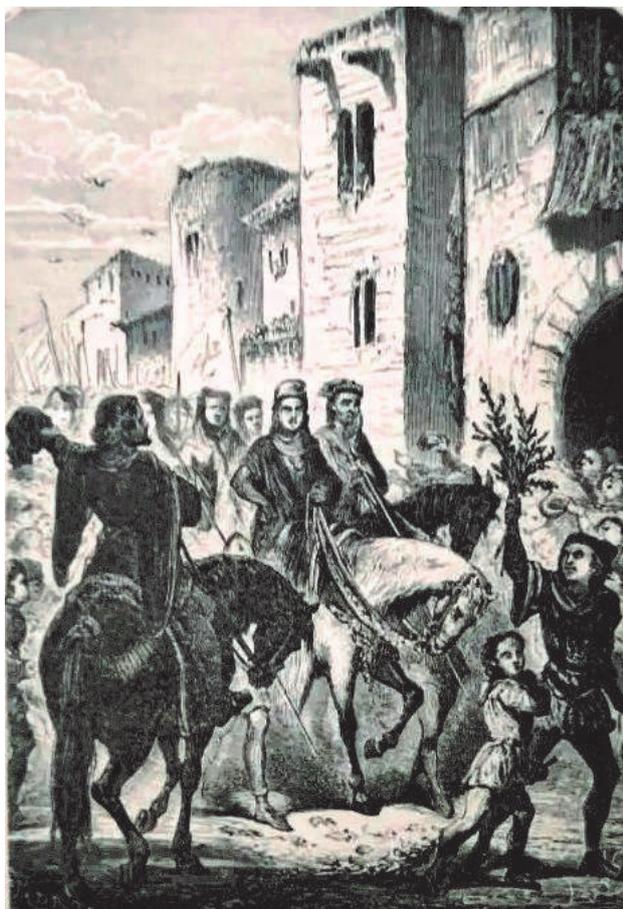
En ese momento comenzaba la leyenda del príncipe de Viana. Según cuentan las crónicas de la Diputación y del Consejo de Barcelona, el príncipe comenzó a hacer milagros y a curar a aquellos enfermos que se acercaban a la capilla ardiente, ciegos, paralíticos... Al conocerse sus poderes sanadores, comenzó un fervor popular hacia su persona. La afluencia de gente fue mayor en el palacio. No solamente querían verlo, sino que le arrancaban la ropa que llevaba puesta. Tanta gente quería acercarse que tuvieron que meter el cuerpo dentro de dos cajas de madera y colocar una reja alrededor con una puerta de entrada y otra de salida para que hubiera más orden y control. Esto no impidió que arrancaran el terciopelo rojo que cubría los ataúdes.

Los solemnes funerales fueron preparados por los consejeros de la ciudad, a comienzos del mes de octubre. El día 5 se trasladó el cuerpo del príncipe en procesión desde el palacio real hasta la catedral de Barcelona. El cortejo fúnebre recorrió las calles principales, pasando por la plaza del Blat, la capilla d'en Marcús, la calle Montcada, el Borne, la calle de los Canvis, la calle Ample, Regomir, San Jaime, delante de la Diputación, y hasta la puerta mayor de la catedral. Allí fue colocado sobre las escaleras de la cripta de Santa Eulalia con las banderas de las armas de Aragón, Sicilia, Navarra y el estandarte de su divisa. En la procesión con el cuerpo del príncipe iban primero una veintena de personas con cincuenta cirios cada una, seguidos de las cruces de la catedral, de las parroquias y de las órdenes religiosas, y después los capellanes de las parroquias, los capellanes de la catedral, los can3nigos con el obispo de Vic, y finalmente gran multitud de hombres, mujeres y niños, quienes, según del Dietario de la Generalidad, habían sido curados por los milagros del príncipe. Después de toda esta comitiva, iba el cuerpo del príncipe, dentro de un ataúd de madera con una cubierta de terciopelo carmesí y decorada con plata dorada, llevado por los tres primeros consejeros de Barcelona con otros barones, caballeros, gentilhombres y ciudadanos honrados. Después le seguían su hijo, Felipe de Aragón, Juan de Beaumont, Juan de Híjar, Juan de Cardona, Carlos de Cortes y otras personas de la Casa del príncipe. Todos llorando y gimiendo, fuerte y dolorosamente. Finalmente, el resto de consejeros de Barcelona, el obispo de Huesca, el conde de Pallars, todos vestidos con gramallas negras.

Estamos ante su última procesión por las calles barcelonesas convertidas en un espacio de



Palacio Real Mayor de Barcelona en la Plaza del Rey, con el Salón del Tinell al fondo y la Capilla Real de Santa Àgata a la derecha. Al fondo, a la izquierda, sobre el salón, el Mirador del rey Martín el Humano.



Entrada del Príncipe de Viana en Barcelona
(Litografía del siglo XIX).

zación, solicitada años antes. El brazo permaneció custodiado en el monasterio hasta el siglo XIX, cuando fue trasladado al monasterio de Valldonzella de Barcelona, desapareciendo en los incendios de 1909. Asimismo, su figura no solamente fue objeto de devoción religiosa, también fue rescatada a mediados del siglo XIX como protagonista literario porque el personaje encaja perfectamente en las directrices románticas, ya que su vida posee los componentes adecuados para una buena historia.

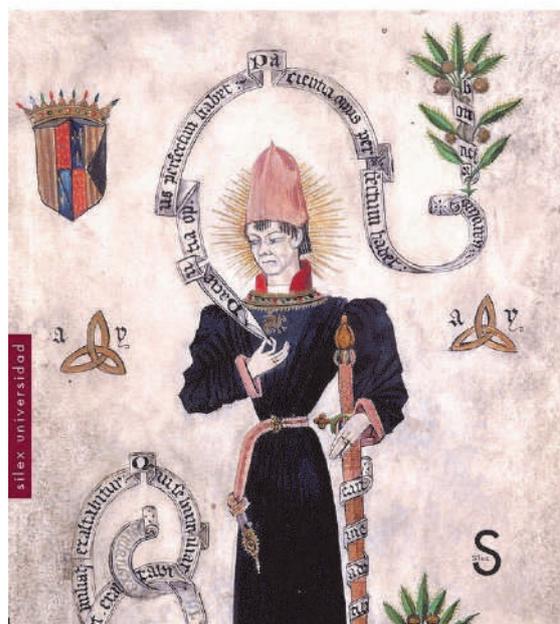
Desde el mismo momento de su muerte en el palacio real de Barcelona, el príncipe de Viana ha sido cubierto de un manto de mito y de leyenda, forjado en esos tiempos de la compleja política catalana. La fama de su figura se ha caracterizado por estar envuelta en una gran melancolía, como bien trasmite el cuadro de Moreno Carbonero, lo que ha hecho que se perdiera y, a la vez, se fuera olvidando esa parte de realidad histórica que conformó su biografía. Por ello, es un personaje que debe ser permanentemente reivindicado desde esa perspectiva más histórica, la que refleja sin distorsiones el pasado, para volver a recordar quién fue realmente.

PRE
GON

La autora es profesora de la Universidad
Rey Juan Carlos de Madrid.

El príncipe de Viana y su tiempo

Vera-Cruz Miranda



Portada del libro "El príncipe de Viana y su tiempo"
(Ed. Sílex, 2018).

duelo y de dolor. La figura del primogénito de Aragón y príncipe de Viana se había convertido en san Carlos de Viana, un príncipe taumaturgo, venerado en toda Cataluña, aunque su fama de santidad apenas traspasó las fronteras del principado. Esta imagen de santidad formaba parte de la estrategia política de las instituciones catalanas en esos antecedentes de la guerra civil. Las instituciones catalanas habían utilizado al príncipe en vida, como bandera de sus reivindicaciones, por tanto, también podría ser útil tras su muerte, pero para ello se necesitaba construir un personaje que siguiera teniendo la capacidad de convencer y mover al pueblo. San Carlos de Viana se convirtió en un símbolo de la veneración popular y la fama de sus poderes taumatúrgicos se extendieron por el territorio catalán.

A pesar de que después de la guerra civil la devoción popular fue decreciendo, la admiración hacia la santidad del príncipe perduró hasta tiempo después. En el siglo XVI, el monasterio de Poblet pidió permiso apostólico para sacar del cuerpo del príncipe el brazo derecho y montarlo como reliquia, esperando su canoni-

CARLOS, EL PRÍNCIPE HUMANISTA

Santiago ELSO TORRALBA

santielso2@yahoo.es

Fue un personaje fascinante, sin duda. Y no solo para los historiadores. Su aureola de héroe romántico ha inspirado a no pocos artistas a lo largo del tiempo. En el óleo de José Moreno Carbonero que se encuentra en el Museo del Prado, lo vemos ensimismado en su biblioteca. Y, en el mismo museo, podemos contemplar uno de sus arrestos en un cuadro de Emilio Sala Francés. En el Museo de Bellas Artes de Córdoba, frente a la magnífica pintura de Tomás Muñoz Lucena, resultará difícil no sentirse conmovido al contemplar al joven príncipe encarcelado. De Vicente Poveda y Juan es el lienzo con el que podremos asistir a sus exequias. Por otro lado, son tantos que no es posible nombrar a todos los poetas, novelistas o dramaturgos que han escrito sobre la desdichada vida de este personaje. Este príncipe navarro, escasamente diestro para las intrigas palaciegas, indeciso (incluso débil, según algunos) para el ejercicio de la política, famoso por su adversa fortuna, por su repetidos encarcelamientos, arrollado por la impetuosa y apabullante personalidad de su padre, atrapado en el difícil dilema de respetar la última voluntad de su madre, y, al mismo tiempo, de reclamar sus derechos sucesorios al trono, fue, sobre todo, un hombre sensible, culto, amante del conocimiento y del arte. Carlos es conocido por la tragedia que le tocó en suerte vivir, pero también por haber sido uno de los hombres más letrados de su época, un humanista.

El Humanismo fue un movimiento que se desarrolló en el siglo XV, que tuvo un origen laico y que fue parte de otro más amplio: el Renacimiento. Además del desmoronamiento de la concepción medieval del mundo, supuso una nueva visión del hombre como centro del universo y una nueva valoración del arte clásico. Significó, también, un nuevo modo de pensar, porque la preocupación de un humanista era poder explicar cosas esenciales, y decirlas de manera que todos pudieran entenderlas, de una forma clara, bella y elegante, en contraposición al doctor escolástico que planteaba cuestiones abstrusas o vanas, y las exponía con una jerga llena de tecnicismos. Pero ¿cómo llegaba uno a ser un humanista? Durante el *quattrocento*, con el término "humanista" se



Petrarca, el gran precursor del Humanismo.

designaba a los estudiosos de los llamados *studia humanitatis*. Dicha expresión aparece en el discurso conocido como *Pro Archia* que Cicerón pronunció en defensa del derecho a la ciudadanía romana del poeta Arquias. El alegato de Cicerón era, en realidad, una elocuente reivindicación de la utilidad social de la poesía y había sido descubierto por Petrarca en la biblioteca de la catedral de Lieja. Aunque él copió la expresión comentada, fueron otros quienes después la divulgaron. Pues bien, estos *studia humanitatis* abarcaban cinco imprescindibles disciplinas, a saber: poesía, gramática, retórica, historia y moral. Un humanista era, por tanto, un estudioso en humanidades de quien no podía ponerse en duda sus conocimientos en estas cinco materias. Pues bien, en todas ellas descoló Carlos. Precisemos algunos de sus logros.

Como futuro rey de Navarra, Carlos recibió una esmerada educación. Fue amante del estudio, y también un gran aficionado a la música, que componía él mismo y que interpretaba tocando la vihuela, la guitarra o el arpa. Dominaba varios idiomas: castellano, francés, latín, provenzal, catalán, probablemente llegó a aprender italiano y algo de griego. Una evidencia de su erudición la constituye el inventario que, después de morir, se hizo de su biblioteca. Conténía obras de teología, historia, filosofía y literatura antigua y medieval, libros de historia eclesiástica, novelas de aventuras escritas en francés, en catalán y en provenzal, y también había libros de poesía italiana.

Carlos fue lector de Tomás de Aquino, Demóstenes, Aristóteles Cicerón, Seneca, Quintiliano, Boecio, Esopo, Plutarco, Tito Livio, Tácito, Valerio Máximo o Justino, por citar solo algunos. Su vínculo matrimonial con Agnès de Clèves trajo al reino de Navarra las modas de Borgoña, que era la corte más famosa de Occidente por sus lujos y sus fiestas, pero seguramente también muchos libros. Hasta el final de su vida, la relación del príncipe con los libros fue siempre intensa. Durante su exilio, por ejemplo, mandó hacerlos: en Nápoles encomendó una traducción de la *Vida de Alejandro Magno* de Quinto Curcio, que al final no prosperó. Pero también ordenó comprarlos: por ejemplo en Sicilia, donde se interesó por la biblioteca del abad del monasterio de San Plácido, próximo a Mesina. Como en el caso anterior, la adquisición que Carlos anhelaba de esos quince libros de oradores y poetas no llegó a prosperar por dificultades surgidas para obtener una licencia pontificia. Y más tarde, cuando Carlos llega a Mallorca, el palacio real fue acondicionado para

instalar adecuadamente su biblioteca, que viajaba siempre con él. Desgraciadamente, esta se desmembró con su muerte. Los albaceas pusieron a la venta aquellos volúmenes con objeto de saldar sus deudas. Pero además de comprar libros, ordenar hacerlos y atesorarlos, Carlos los escribió. Así comienza el prólogo una de sus más célebres obras: la *Crónica de los Reyes de Navarra*:

En el anyno del nascimiento de Nuestro Señor Ihesu Christo de mil CCCC L IIII annos, nos, el príncipe don Karlos IIII propietario e natural Sennor del regno de Navarra, compusimos la presente corónica de los Reyes de Navarra, nuestros antecessores, cuyas ánimas en la eternal paz del universal Creador reposen, amen.

Carlos compiló la historia de Navarra, a semejanza de las que existían en otros reinos de la península (la *Crónica de San Juan de la Peña*, en Aragón; la *Crónica General*, en Castilla). Lo hizo, y esto es lo importante, con un método moderno, como propugnaba el incipiente humanismo. Prescindió de leyendas y de relatos míticos, y basó su estudio en datos veraces, en fuentes fidedignas y en una buena selección de documentos.

Si como historiador la tarea de Carlos fue notable, no le va a la zaga su trabajo como traductor. Sí, porque Carlos tradujo la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles. La ocasión se le presenta en Italia. El príncipe se dirige a Nápoles, donde reina su querido y admirado tío, el rey Alfonso V el Magnánimo, que simpatiza con la causa de su sobrino. Carlos vive en la corte de este monarca renacentista rodeado de músicos y trovadores, puede allí cultivar sus aficiones y talentos, y relacionarse con algunos de los más destacados humanistas italianos de entonces. Hizo amistad con el poeta e historiador Giovanni Pontano, que le dedicó uno de sus libros; y con Angelo Decembrio, que posteriormente acompañará al príncipe en calidad de bibliotecario; y con Teodoro Gaza, y con otros muchos. Menos probable, según los historiadores, parece su legendario encuentro con el vate valenciano Ausiàs March, representado en el magnífico óleo de Julio Cebrían y Mezquita que podemos ver en el Museo del Prado. Por aquella espléndida corte napolitana pasan también importantes poetas de la península: Juanot Martorell, Perot Juan, Hugo de Urries, Joan Fogassot, Joan Rois de Corella o Pere Torroella. Pues bien, al poco tiempo de instalarse en la corte napolitana, comenzó la traducción al castellano de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles a partir de la versión latina realizada por el humanista, historiador y político italiano Leonardo Bruni, obra



Éticas de Aristóteles
(Londres, British Library ms. Add. 21.120, fol. 121r).



Éticas de Aristóteles
(Londres, British Library, ms. Add. 21.120, fol. 1r).

que dedica al rey Alfonso V de Aragón, quien a su juicio reúne todas las virtudes que el filósofo menciona en su libro.

Assí que, señor muy virtuoso, ésta es propia scriptura para vos, no porque de doctrina sirua, saluo de espejo en el qual vuestros actos vereys.

La traducción del príncipe se distingue porque, por vez primera, se vierte íntegramente al castellano el texto aristotélico. También se distingue porque que Carlos añadió unas glosas, insertadas en los márgenes del libro, con la intención de aclarar el significado de pasajes oscuros y conceptos complejos, de sintetizar ideas del filósofo, de precisar cuestiones terminológicas y de facilitar el manejo de la obra mediante referencias que indicaban nociones expuestas con anterioridad o que iban a aparecer más adelante. Incluso, en algunas ocasiones, Carlos expresa su discrepancia ante ciertas tesis de Aristóteles. Pero, a diferencia de las glosas medievales, las de Carlos respetan siempre el texto original, no se mezclan con él. Este es un signo inequívoco del humanismo: la traducción fidedigna de los textos clásicos. En efecto, los textos de la antigüedad estaban adulterados por la oscurantismo de los copistas medievales, y es ahora el humanista el que, como conocedor de lenguas antiguas, los rescata, los lee, el que comprende cabalmente su sentido y los traduce, y el que pretende, luego, divulgarlos entre la gente porque opina que estos textos poseen la máxima perfección. Las traduccio-

nes escolásticas condensaban en una sola oración muchas frases, o suprimían otras a favor de la brevedad, modificando así el contenido o dificultando su comprensión. Al hombre medieval solo le interesaba hacer encajar el texto clásico con sus creencias religiosas.

Traer al verdadero Aristóteles era, pues, importante para los humanistas, porque en su *Ética* uno podía encontrar una guía para el propio comportamiento. Frente al interés meramente teológico de los escolásticos, para los humanistas el conocimiento de los textos clásicos tenía un interés práctico. Pero ¿qué otra utilidad podía tener para Carlos traducir la *ética* de Aristóteles? ¿Y qué podía reportarle a Alfonso el Magnánimo la dedicatoria de la traducción hecha por su sobrino, el príncipe de Viana? No pocas cosas. Si el Magnánimo se rodeó en su corte napolitana de algunos de los más ilustres humanistas italianos y españoles, y fue con ellos extraordinariamente generoso, es porque, de ese modo, creaba alrededor de su figura una aureola de fama, de reputación, de sabiduría, que oscurecía cualquier crítica, cualquier opinión en contra de su legitimidad como rey de Aragón y de Nápoles. El humanismo no solo era una escuela de erudición; era un instrumento político al servicio de los grandes señores. A la pregunta de ¿qué podía reportarle al Magnánimo la traducción del Príncipe de Viana?, la respuesta es: prestigio, un prestigio que Alfonso buscaba denodadamente. Y, a la inversa, ¿qué podía reportarle al Príncipe de Viana haberle dedicado la traducción a su tío? Un aliado, un aliado poderoso en su reclamación, un aliado que además era el hermano mayor de su padre, un aliado con autoridad no solo moral sino también familiar.

Después de la traducción del texto de Aristóteles, Carlos escribiría la *Epístola a todos los valientes letrados de España*. El príncipe es, asimismo, autor de otras obras: *Lamentación y planimiento por la muerte del rey Alfonso V de Aragón*; *Milagros* y *Fundación de San Miguel in Excelsis*. Se le atribuye también las traducciones del tratado *De nobilitate* y dos anónimas versiones de la *Economía* y la *Política* de Aristóteles.

Por otro lado, el príncipe heredó de su abuelo, Carlos III, y de su madre, la costumbre de ser patrocinador de poetas en la corte. El generoso mecenazgo que ejerció siempre con juglares y músicos, atrajo a la alegre y literaria corte de Navarra a muchos artistas que llegaron de diversas partes de Europa: a los franceses Simón y Pedro del Puy, García Sury, Burcassot, Petit Juan y Hanequín de Malines; y a los ingleses Thomas Ludello y Juan de Oldfield, conocido en la corte como Juan de Londres. A esta lista habría

que añadir los nombres de poetas oriundos como Sancho de Echalecu, descendiente de una estirpe de juglares que habían servido ya a otros monarcas navarros, pero también, Juan de Ursúa, Juan Sabarín, Guillermo Arnaldo de Ursúa o Francón de Bresa. De los juglares de la corte de Carlos, que no eran los mismos que los de su padre, no se han conservado sus obras. Probablemente cayeron en desgracia junto a su benefactor. Solo se han conservado las obras de los juglares directamente al servicio de Juan II. Poemas de estos poetas se encuentran en el conocido "Cancionero de Herberay", que es el primer cancionero plenamente español, según algunos filólogos, porque en sus folios desfilan por primera vez autores de todos los rincones de la península. Merece ser señalado el siguiente hecho: los poetas cortesanos que aparecen en dicho cancionero siguieron recibiendo, pese al enfrentamiento entre el padre y el hijo, regalos y privilegios tanto de uno como de otro. Sus nombres son: Diego de Sevilla, los hermanos Juan y Francisco de Villalpando, Juan de Valladolid, Mosén Pero Vaca, Diego Gómez de Sandoval, Juan de Mazuela, Francisco Bocanegra, el doncel Gregorio, Gonzalo de Ávila, García de Padilla, Hugo de Hurriés y, muy especialmente Pere Torroella, juglar que había entrado en la corte navarra siendo casi un adolescente y que fue escudero de Carlos durante toda su vida. A él le debemos, por ejemplo, la elegía por la muerte de la esposa del príncipe, la famosa *Complaynta sobre la muerte de donya Ynés de Cleves*, en una de cuyas partes, dirigiéndose al príncipe, le dice:

Doleos pues, virtuoso príncipe, e como poseedor de tan singular dono desposeído, sin speranza de recobrar, e desolado d'una compañía tanto a vuestros plazerres dispuesta, a vuestras condiciones conforme e a vuestro bien convenible. No comunas, mas estranyas e nuevas lamentaciones seguit, ca por cierto en comparación del danyo, qualquiere sentimiento menor que muerte es pequenyo.

La diosa Fortuna malquiso a nuestro príncipe y salvó muy poco de su obra poética. Nos quedan únicamente algunas de breves piezas y algunos retazos de poemas, insuficientes para valorar la calidad que atesoraban. No es improbable que Carlos fuera lírico de gran talla. De su amor por la poesía tenemos, sin embargo, pruebas bastantes. Por ejemplo, en una glosa de su *Ética a Nicómaco* advertimos, además de su pericia como traductor y exégeta de Aristóteles, su amor por la poesía. Es aquella en la que, para aclarar lo que el estagirita afirma en relación a la amistad, el príncipe incluye unos versos propios. La glosa y la cuarteta son estas:



Retrato de Príncipe de Viana. Vidriera de la Capilla Real de Santa Ágata de Barcelona. Jorge Müller, 1858.

*Ca entonce prueua el amor ser verdadero y perfecto como dize mi canción.
La fe según mi concepto
es sin la vista creer
assi bien l'amor perfecto
es en ausencia más querer.*

También sabemos que al príncipe le gustaba el debate epistolar. Tal vez conociera la obra del rey navarro, además de poeta y músico, Teobaldo I el Trovador, que durante la primera mitad del siglo XIII había cultivado este género, y es probable que Carlos quisiera emularle. No lo sabemos, pero, sea como fuere, conservamos los debates, muchos de ellos versificados, que el príncipe mantuvo con el poeta Diego de Castro y, sobre todo, con el valenciano Joan Roís de Corella. En el más extenso de estos debates, que en realidad no eran más que juegos de oratoria basados en preguntas y respuestas, ambos se plantean la vieja cuestión de qué es preferible, si amar o ser amado, mediante el siguiente dilema. Un hombre naufraga con dos damas, de las cuales solo puede salvar a una. ¿Deberá escoger a aquella a la que él ama aunque esta no le corresponde, o a aquella que lo ama a él pero cuyo amor no comparte? ¿Qué haría su interlocutor: salvar a la que él amaba sin ser correspondido o a la que lo amaba a él pese a que él no sentía lo mismo? ¿Optará por la primera, que se identifica con la pasión, o por la segunda, que lo hace con la



Joan Roís de Corella.

razón? La pregunta no es más que una excusa para desarrollar un complejo razonamiento. El Príncipe exhibe su sólida formación en retórica, su maestría en el manejo de los argumentos al demostrar que es mejor conservar a la mujer que lo ama a uno que no a la amada por uno, es decir, al defender la prioridad de la razón sobre la pasión. Roís de Corella pregunta en catalán y Carlos contesta en castellano, y hasta en tres ocasiones se interpelan uno al otro y discuten, ora en prosa, ora en verso, mostrando los dos su destreza dialéctica.

Me gustaría destacar tres aspectos más que hacen resaltar el perfil humanista del príncipe. Primero: el humanismo no se redujo a ser un simple movimiento intelectual. Fue también un estilo de comportarse en la vida, supuso una dulzura en el hablar, una nobleza en los sentimientos y en las costumbres, un refinamiento en los modales, aspecto todos en los que Carlos siempre destacó. Quienes lo conocieron en vida afirmaron que la elegancia, la prudencia, la moderación y la mansedumbre fueron características de este hombre al que, a pesar de las muchas injusticias que tuvo que soportar en vida, se le conoce un único arrebatado de ira. Ocurrió poco antes de su muerte. Carlos ha entrado triunfante de Barcelona y su padre, Juan II envía a un mensajero, un tal Antonio Nogueiras, que se presenta ante el príncipe para indicarle al príncipe que las gestiones de su enlace matrimonial con Isabel de Castilla han quedado paralizadas. Este Nogueiras era el hombre que años antes, en la cárcel de Zaragoza, ha-

bía tomado declaración al príncipe y le había imputado los delitos que sirvieron para encarcelarlo. Pues bien, nada más verlo, el príncipe dijo:

“Maravillado estoy, Nogueiras, de dos cosas: una de que el Rey mi señor no haya escogido persona más grata que vos para enviarme, y otra de que vos hayáis tenido osadía de poneros en mi presencia. ¿No os acordáis ya de que estando preso en Zaragoza, tuvisteis el atrevimiento de venir con papel y tinta a examinarme y a entender por vos mismo que yo depusiese sobre las maldades que entonces me fueron levantadas? Quiero que sepáis que jamás me acuerdo de este paso sin dejarme arrebatar de la ira; y sed cierto que si no fuera por guardar reverencia al Rey mi señor, de cuya parte venís, yo os hiciera salir sin la lengua con que me preguntasteis y sin la mano con que lo escribisteis. No me pongáis pues en tentación de más enojo: yo os ruego y mando que os vayáis de aquí, porque mis ojos se alteran al ver un hombre que tales maldades pudo levantarme.”

Segundo: Italia fue la cuna del renacimiento, pero también España participó de aquel movimiento porque la presencia española en aquellas tierras fue una constante durante varios siglos y difícilmente los españoles hubieran podido desentenderse de algo que estaba ocurriendo en su territorio. Tanto es así que en las cortes españolas se puso de moda tener un maestro de humanidades, a ser posible italiano. Pues, bien, eso es lo que Carlos hizo cuando regresó de su exilio a la península: se trajo consigo a varios humanistas italianos. Sabemos que el humanista Angelo Decembrio fue amigo personal del Príncipe y que, muerto el Magnánimo, se trasladó a Barcelona a petición del príncipe en calidad de preceptor en humanidades y bibliotecario. Y en 1461, el año de su muerte, el príncipe solicitó al humanista griego Teodoro Gaza, que había pertenecido también a la corte de Alfonso V, que acudiera desde Roma a Barcelona para darle clases de griego y efectuar así varias traducciones para su biblioteca. Y tercero y más importante: el Humanismo es laico, surge de la aristocracia. Los señores, los príncipes y monarcas son los que impulsaron esta nueva corriente de pensamiento, son ellos los que difundieron el gusto por la antigüedad, los que crearon bibliotecas con las obras de los grandes autores grecolatinos, los que protegieron las artes y las letras, los que llevaron a la corte a los gramáticos, poetas, músicos, pintores, para amenizar las fiestas y para dar satisfacción a sus gustos y a su sensibilidad estética. Con la llegada del humanismo renacentista, el príncipe ideal no es ya el guerrero de la edad



Filósofos humanistas. Fresco Zacarías de Ghirlandaio, en Santa Maria Novella (Florencia).

el sentido estricto de la palabra, sino meros aficionados a él o divulgadores del mismo. Para el verdadero hombre humanista, como lo fue Carlos, la práctica del humanismo era algo más que un mero pasatiempo cortesano. Era preciso saber lenguas clásicas para poder interpretar cabalmente los textos; era necesario un cierto grado de dedicación a las cinco disciplinas humanísticas (poesía, gramática, retórica, historia y moral); y era imprescindible haber aportado finalmente alguna obra en relación a estas materias. A pesar de la brevedad de su vida y del escaso tiempo que le dejó el ejercicio de sus tareas como gobernante, sus logros intelectuales y artísticos no fueron pocos. Por su destreza literaria, por sus conocimientos filológicos, por su erudición histórica y su sabiduría moral, Carlos es, de pleno derecho, un príncipe humanista.

**PRE
GÓN**

duría moral, Carlos es, de pleno derecho, un príncipe humanista.



Supuesto retrato de Príncipe de Viana. Antigua Colección Escudero de Corella. Tabla de 178 x 110 cm.

media, sino un hombre que sabe manejar, además de la espada, la pluma. Todo esto es algo en lo que despuntó nuestro príncipe.

Ciertamente, en los albores del siglo XV, hubo monarcas coetáneos de Carlos que, como él, destacaron por su sensibilidad hacia la cultura. Su propio padre es ejemplo de ello: aunque Juan II fue un hombre belicoso, supo rodearse en la corte de Navarra de un exquisito ambiente literario. Y su tío Alfonso V el Magnánimo impulsó el humanismo entre italianos y españoles, y fue un gran mecenas de todo tipo de artistas en su espléndida corte, admirada en toda Europa. De su primo, Alfonso V de Portugal, conocemos que amaba los libros y que fue el autor de un perdido ensayo militar. Escritores fueron también el rey francés René d'Anjou, autor del conocido *Libro del Corazón de amor prendido*, y Pedro de Portugal, que escribió la ficción sentimental titulada *Sátira de infelice e felice vida*.

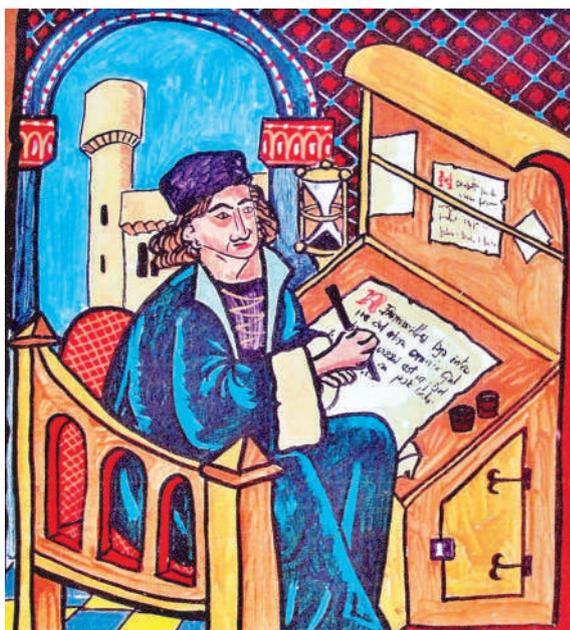
No obstante, la singularidad del Príncipe de Viana estriba en que los talentos de todos estos reyes se concitan en una única persona. Carlos fue, además de príncipe, políglota, erudito, bibliófilo, mecenas de artistas, músico, prosista, promotor de la cultura entre los reinos de la península, historiador, traductor de filosofía e intérprete de filósofos, amigo de poetas y él mismo poeta también. Todos los monarcas anteriores, así como muchos otros señores de aquella época, favorecieron la introducción y el desarrollo del humanismo; pero salvo contadas excepciones, entre las cuales hay que señalar al Príncipe de Viana, no fueron ellos mismos humanistas en

LA CRÓNICA DEL PRÍNCIPE DE VIANA: UN RELATO PARA UN REY SIN REINO

Julia PAVÓN BENITO

jpavon@unav.es

Qué duda cabe que, dentro del marco historiográfico peninsular, y por extenso europeo-occidental, la memoria historiográfica medieval vinculada al reino pirenaico de Navarra se presenta comparativamente escasa, y un tanto singular. Es posible que esta “pobreza” pueda ser vista en el sentido cuántico ya que, aunque la parquedad de los textos navarros hoy en día sigue siendo evidente, los contenidos muestran una copiosa y sutil información para conocer la historia y la imagen del reino a distintos niveles.



Representación del Príncipe de Viana en Olite.

Hablar sobre la memoria bajomedieval navarra, por otro lado, requiere una atenta consideración de la obra de Carmen Orcástegui. Durante los años setenta, y en estrecha vinculación con la preparación de su tesis doctoral acerca de la Crónica de los reyes de Navarra del príncipe de Viana, que leyó en 1975, procedió a escrutar las fuentes utilizadas por Carlos para la composición de un relato, hecho por y para unos fines legitimistas. De esta forma, la investigación, se detuvo sobre los antecedentes que conformaron la memoria histórica propia del reino durante la etapa de consolidación de la casa de Evreux, esto es sobre la Cró-

nica de los Reyes de Navarra, de García de Eugui y la Crónica de Garci López de Roncesvalles. La investigación, dirigida por José M^a Lacarra y seguida con un vivo interés por A. J. Martín Duque, acabó por sacar a la luz la edición crítica, en unos pocos años, de estas tres composiciones históricas.

LA CRONÍSTICA BAJOMEDIEVAL NAVARRA

La historiografía navarra bajomedieval comenzó propiamente a finales del siglo XIV con los trabajos de García de Eugui y Garci López de Roncesvalles, ya que las tradiciones históricas y dinásticas anteriores —del siglo XII y XIII—, además de exiguas o parciales, estuvieron ceñidas a una corriente de compilación nominal y hereditaria dinásticas. Tras estas breves informaciones hubo de esperarse a los últimos años del siglo XIV para que surgiera una narración historiográfica propia o nacional, con rasgos muy similares a la realizada en las cortes castellana y aragonesa. Fray García de Eugui (†1408), agustino de origen navarro, confesor y consejero de los monarcas Carlos II y Carlos III, escribió la que se considera como primera crónica navarra, al superar la mera estructura de anales reales, aunque sin llegar a la categoría de las obras de los otros reinos hispanos.

Esta Recuenta de la genealogía de los reyes de Navarra, se dispone, como apéndice de su Crónica General de España, (f. XIV), siguiendo la historia del reino a través del tronco familiar de sus soberanos, desde Iñigo Arista hasta Carlos II en 1387. La crónica de Navarra, en suma, se acomoda a modo de epílogo; esto es, se concibe como la parte de un todo y adaptando la organización genealógica, de gran eficacia política. El interés de la obra estriba no sólo en su originalidad dentro del panorama historiográfico navarro, sino en que da entrada a un buen número de relatos de ficción, de los que se desconoce la fuente. Dichos episodios constituyeron, con gran probabilidad, las tradiciones literarias de unos capítulos de la historia navarra, y también peninsular, imaginadas y consuetudinadas en el entorno cortesano.

La estrategia y objetivos narrativos de Eugui, fueron renovados por Garci López de Roncesvalles (†1437). Este último, tesorero de Carlos III desde 1403 y de condición laica, sería el primero en articular un texto histórico particular del reino, y en dejar atrás los moldes de los meros memoriales históricos. Su historia, que abarcaba desde los orígenes del reino hasta esa última fecha, versó especialmente los reinados de Carlos II y Carlos III, para los que contó con abundantes fuentes directas, cronísticas, archivísticas y orales. Asimismo, su propuesta fue concebida como una unidad intelectual que recuperaba el pasado de una monarquía, que no sólo regía los destinos de un solar navarro, sino que estaba comprometida a guardar los fueros, husos y buenas costumbres. Esta coherencia del relato, se aprecia en la estructura de la obra, ya que el texto comienza y termina, aludiendo y copiando, respectivamente, el juramento real.

Esta crónica, encargada probablemente por el propio Carlos III, fue ideada para prologar el volumen de los registros de Comptos que correspondía al año 1404, aportando un toque de originalidad y en el fondo un rasgo distintivo. Garci López, un hombre del entorno cortesano, recalca la vinculación de las dinastías navarras bajomedievales con Francia, origen de su alicurnia noble, además de introducir y basar una gran parte de su planteamiento narrativo a partir del texto del juramento de los monarcas para su alzamiento. Con ello la justificación política de la presencia de la casa de Evreux se mostró como eje vertebrador de la obra, dando a entender que la identidad del reino queda garantizada tanto por las raíces regias —en este caso— francesas, como por el compromiso o juramento del Fuero ante las fuerzas vivas de Navarra.

La labor de estos primeros historiadores marcaría profundamente la tradición historiográfica, ya que estos textos fueron fundamentales para la redacción de la obra en tres libros del Príncipe de Viana, escrita hacia 1454. Al margen de la recreación de leyendas y del gusto por los episodios heroicos, dichos re-

latos se caracterizaron por glorificar a la estirpe real y legitimarla como rectora natural de Navarra. Por tanto, la estabilidad y la relación contractual entre el rey y el reino, entre Teobaldo, Felipe o Carlos y los nabarros, hilvanó la estructura de unas obras nacidas para afirmar la legitimidad de una dinastía ultrapirenaica sobre este reino hispano.

LA CONSTRUCCIÓN E IMÁGENES DEL PASADO: LA CRÓNICA DEL PRÍNCIPE

Cuando hacia 1454, Carlos, el príncipe de Viana, materializa el plan de composición de una crónica de la historia y reyes de Navarra cuyo heredero soy y espero a regnar, según constata en su conocido prólogo, llevaba años de intenso pulso con su padre. De sobra se conoce un conflicto dinástico y político —alimentado por las ficciones coetáneas y más modernas—, en el que la temprana desaparición de su madre, Blanca, y la interpretación de su testamento (1441), ensombrecieron sus posibilidades de ejercicio del poder como legítimo heredero, ante una figura paterna, longeva, de origen castellano y situado desde 1458 en el trono aragonés; hablamos de Juan II.

La prisión del príncipe, tras la batalla habida en las cercanías de Aibar, en otoño de 1451, avivó la llama de los primeros compases de una lid que se extendió en diversos grados por todo el territorio navarro hasta 1461; un conflicto que enmascaró tensiones sociales por todo el reino. Su prisión itinerante (Tafalla, Tudela, Mallén, Monroyo y Zaragoza), a la que le acompañaría el conde de Lerín y condestable Luis de Beaumont, hasta junio de 1453, le imprimió a Carlos una profunda huella, propiciando la redacción, dentro de su círculo de consejeros, de un relato histórico que cerraba el ciclo iniciado por su abuelo: una crónica que recreaba la historia de su linaje justificando su derecho a reinar.

La obra promovida y dirigida por el príncipe, y cuya autoría podría atribuirse a Pedro de Sada, doctor en leyes vicescanciller del príncipe, también posee un gran valor



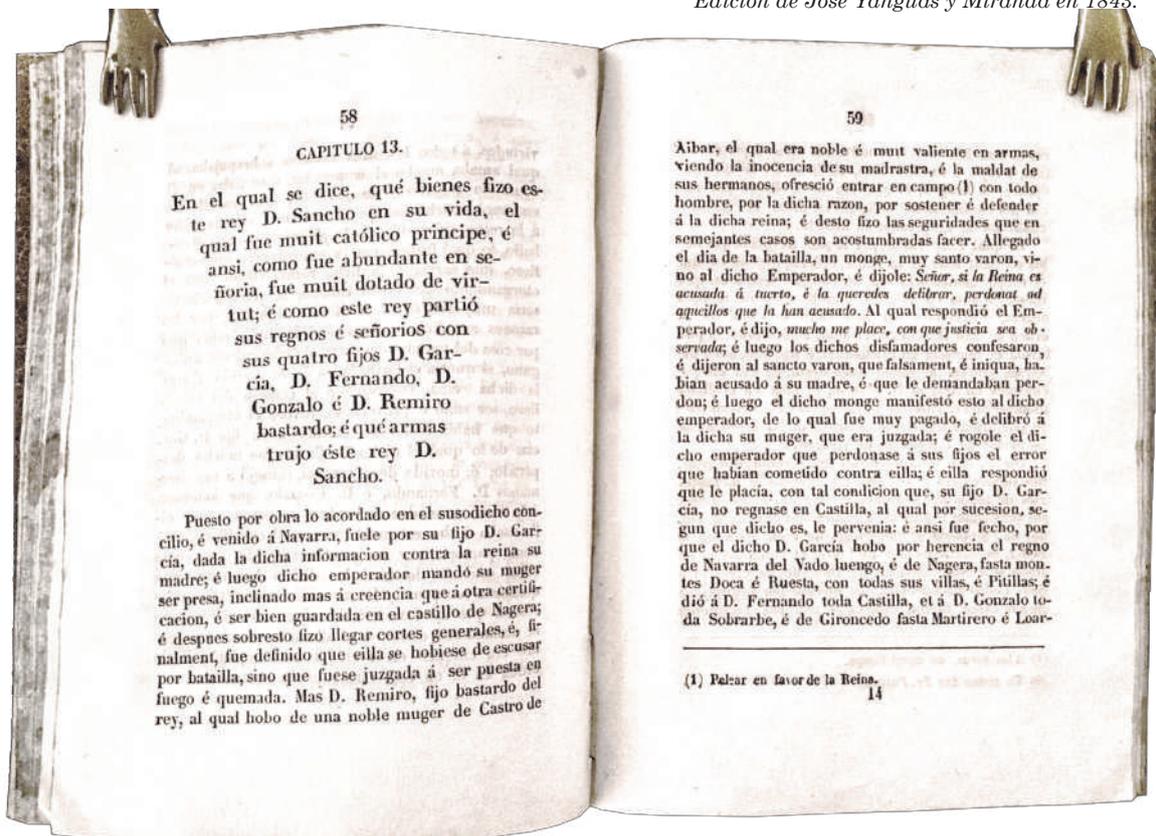
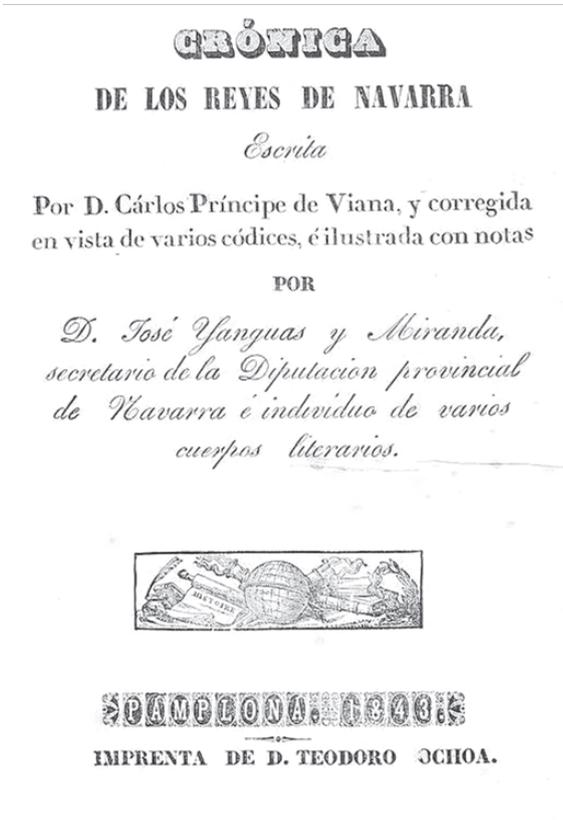
Príncipe Viana en una litografía de 1854.
Autor: Santiago Llanta

historiográfico, al margen de su intencionalidad política. Como fruto de su tiempo y bajo la influencia de las dos crónicas precedentes bebió de los modelos históricos de Rodrigo Jiménez de Rada, del corpus alfonsí y más tarde de Pedro López de Ayala, para Castilla, y del ciclo de las

“cuatro grandes crónicas” (Jaime I, Pedro Desclot, Ramón Muntaner y Crónica de Pedro IV), para Aragón. Su hilo argumentativo, entroncado con el contexto histórico, se apoyó inicialmente en superar el modelo cronístico, ampliando sus recursos de transmisión y legitimación dinásticas a través del detalle del gobierno y sus circunstancias. Por otro lado, y en muchos casos, este recurso de conexión entre el pasado y el presente marcó un afán marcadamente propagandístico, en sintonía con el contexto político, recalcando así su compromiso con la casa real a la que pertenecía. De hecho, no dudó en incluir historias fabulosas de compilaciones anteriores, probablemente como fruto de las tradiciones de los círculos familiares y de la corte.

Navarra, con esta propuesta histórica, se equiparaba al resto de los reinos hispánicos, ya que, desde los albores de la reconquista también fue dotada de identidad política, como señala el prólogo de Carlos de Viana: et tu Navarra, no consentiendo que las otras naciones de Espanna de yogoalen contigo en la antiguidat de la dignitat real ni en el triumpho e merescimiento de fieles conquistas. El texto introduce también una mayor profusión en la concepción de la trama histórica del reino, al retrotraer a la antigüedad el sustrato común de estas tierras, procurando asimismo dar un giro al plan ideado por el confesor y consejero precedentes.

Edición de José Yanguas y Miranda en 1843.



La crónica, como proyecto historiográfico de gran envergadura, se divide en tres partes o libros:

- I. De los primeros pobladores de España a la unificación de Navarra y Aragón en 1076; incluye una copia del Fuero General de Navarra (cap. 5).
- II. Del año 1076 a 1234. De la unión con Aragón a la muerte de Sancho el Fuerte.
- III. Del año 1234, con el advenimiento de la dinastía Champañesa al reinado de Carlos II (1349).

De la misma forma, el proyecto se extiende sobre algunos de los acontecimientos clave que acompañaron a la historia de corte oficialista de las obras que le precedieron. Por ejemplo, cuando se comienza el tercero de los libros, y más en concreto a partir del fallecimiento del último de los condes de Champaña, se detallan episodios como la guerra de la Navarrería, en la que también tomó partido Castilla (Lib. III, cap. 7-10), bebiendo específicamente del poema de Guillermo de Anelier. Estas pormenorizaciones tomarán como referencia, a partir de la instalación de la casa de Evreux —desde el capítulo dieciséis— casi al pie de la letra, la narración del tesorero Garci López de Roncesvalles. No hay argumentación original ni propia en ninguno de los incidentes, de forma que cabe pensarse que cincuenta años después, el nieto de Carlos III, había heredado, con las lógicas matizaciones, la imagen y el concepto de las relaciones diplomáticas construidas en tiempos de su abuelo Carlos.

Además de las fuentes mencionadas, se sirvió de obras como el Liber Regum, el Libro de las Generaciones (refundición ampliada del anterior), Lucas de Tuy y, posiblemente la Crónica navarro-aragonesa o Crónica de los estados peninsulares, así como de la Crónica de San Juan de la Peña de Aragón. Entre los textos franceses, conoció la Gestae Regine Blanche, que apareció en su biblioteca, el poema de Guillermo de Anelier y también la obra de Guillermo de Nanguis y de Joinville. Según ha estudiado Carmen Orcástegui, la crónica, en su origen, debió ser objeto de dos planes y dos redacciones sucesivas, contando también con documentos de la Cámara de Comptos y de otros lugares del reino.

De la obra, que en cierta forma quedó inconclusa, ya que inicialmente abarcaba el reinado de Carlos III (lo que hubiera sido un cuarto libro), se conservan abundantes y variados manuscritos contaminados y desvirtuados. Los copistas, por descuido o por ignorancia, fueron acumulando omisiones y malas lecturas oscure-



*Crónica de Ávalos de la Piscina.
Procedencia de la imagen: Universidad de Navarra.*

ciendo el texto original, como hizo poco después el cronista Diego Ramírez Ávalos de la Piscina en algunos de sus fragmentos.

APUNTES FINALES

Este breve recorrido por la crónica bajomedieval navarra, focalizando la atención sobre la crónica del Príncipe de Viana reafirma, en primer término, la tesis elaborada y manejada entre los especialistas que muestra que este repertorio histórico fue ideado dentro de un proyecto de afirmación política e ideológica de la casa de Evreux. A nivel conceptual, la crónica de Carlos, se insertaba conscientemente en una historia lineal del reino que arrancaba desde los orígenes cristianos. Con ello, al rescatar el pasado, y teniendo en cuenta no sólo la influencia metodológica de historiografía hispana del pleno medievo, se pretendía transmitir el mensaje de la continuidad de una casa reinante, de un linaje, el concreto el de los Evreux ante los Trastámara.

Mientras que en el resto de la península no hubo cesuras políticas que influyeran tan profundamente sobre la producción historiográfica, en Navarra tuvieron lugar una serie de acontecimientos que mermaron esa capacidad de conjugación propia del pasado para el presen-



*El Príncipe de Viana en el Castillo de Monroy.
Grabado de Juan Serra, hacia el año 1900.*

te. De manera que, cuando a finales del siglo XIV, un fraile agustino y confesor real, respectivamente, hilvanan y ponen por escrito una crónica general con un apéndice, recuenta genealógica, de la historia navarra, los modelos habían variado sustancialmente con respecto a la tradición contextual y propia de las centurias anteriores.

Bajo este influjo de los planteamientos de los nuevos proyectos memorísticos “nacionales” y, en muchos casos, autobiográficos, la “historia navarra” de la crónica del príncipe, tomará como referencia el realismo político, instrumento adecuado para la intencionalidad de su obra. De hecho, no es casual que su proyecto incluyera las dos cartas que en 1305 se remitieron a Felipe IV de Francia para que entregase el trono de Navarra a su hijo Luis señor natural nuestro, vuestro primogénito e heredero de la muy escalrecida senhora don Johana, vuestra mujer, Reyna de Navarra. Y también, además de copiar el Fuero General de Navarra, se copiase el texto del juramento prestado por Felipe Evreux y doña Juana (1329, 5 de marzo) en el que se limitaban las atribuciones del rey consorte. Las cláusulas señalaban que el hijo mayor de ambos que alcanzase los 21 años sería su “rey natural”. En suma, el relato sancionaba el depósito soberano natural en la persona de Carlos, un príncipe sin reino.

**PRE
GON**

BIBLIOGRAFÍA

ORCÁSTEGUI GROS, Carmen, *Crónica de Garci López de Roncesvalles. Estudio y edición crítica*, Cuadernos de Trabajo de Historia-Universidad de Navarra, Pamplona, 1977.

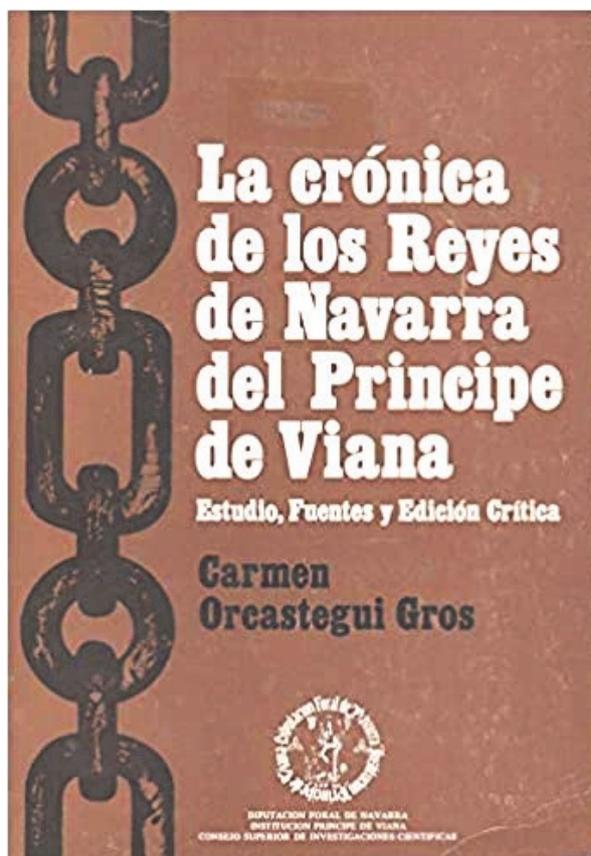
—, *La crónica de los reyes de Navarra del Príncipe de Viana. Estudio, Fuentes y Edición Crítica*, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 1978.

—, “La memoria histórica de Navarra a fines de la Edad Media: la historiografía nacional. Homenaje a José María Lacarra”, *Príncipe de Viana*, año 47, anejo 2, vol. I, p. 591-606.

LACARRA, José María, *Historia Política del reino de Navarra desde sus orígenes hasta su incorporación Castilla*, Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, 1973, vol. 3.

RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa, y TAMBURRI BARIÁIN, Pascual, *El Príncipe de Viana*, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, 2001.

La autora es catedrática de Historia Medieval del Instituto Cultural Sociedad, de la Universidad de Navarra.



LAS MUJERES ALREDEDOR DEL PRÍNCIPE DE VIANA

Raquel IDOATE ANCÍN

raquel.idoate@gmail.com

Confidentes, aliadas, protectoras, influyentes, amigas y enemigas. Las mujeres que rodearon a Carlos, Príncipe de Viana, a lo largo de su vida, tuvieron un importante impacto en su destino y en el devenir de todo un reino. Fueron varias las que marcaron su trayectoria, desde su madre hasta la última que reclamó parte de su herencia.

LA MADRE: BLANCA I DE NAVARRA

Blanca, hija de Carlos III el Noble y Leonor de Trastámara, vino al mundo en 1385 en Pamplona, y pasó su juventud en Olite. Cuando contaba con 17 años contrajo matrimonio con Martín el Joven, entonces rey de Sicilia y heredero de la Corona de Aragón. Blanca se trasladó a vivir a la isla del Mediterráneo, en la que residió incluso después de que falleciera su marido.

La muerte de su hermana, Juana de Navarra, le devolvió a su tierra, al ser la siguiente en la línea de sucesión. Así, Blanca fue jurada como heredera del reino en 1416, y solo dos años después se acordaba su segundo matrimonio, esa vez con Juan de Aragón, hermano del rey Alfonso. En los acuerdos para el matrimonio se estableció que los derechos de Blanca a la corona de Navarra pasarían, a su fallecimiento, al hijo que la pareja tuviera. Si ella moría primera sin sucesión, Juan dejaría el reino y las opciones a su sucesión. No obstante, no se aclaró el escenario si Blanca moría con hijos mayores de edad.

Una vez celebrado el enlace, en 1420, Blanca y Juan se trasladaron a Peñafiel, donde nació Carlos, el 29 de mayo de 1421. Al cabo de un año volvieron a Navarra, atendiendo a la solicitud de Carlos III, que en 1423 instituyó el título de Príncipe de Viana para su nieto. Las hijas del matrimonio llegarían después: Juana, Blanca y Leonor. Blanca fue reina de Navarra en 1425 y coronada cuatro años después, junto a su esposo, Juan II.

En 1440, Blanca viajó con su hija Blanca a Valladolid, para el matrimonio de la joven con Enrique, heredero de Castilla. A su paso por Segovia le sorprendió la muerte en Santa María la Real de Nieva, y aunque deseaba descansar en Santa María de Ujué, a día de hoy se desconoce el paradero de sus restos.

Con la muerte de Blanca llegaron los problemas para el príncipe. En el testamento, firmado en Pamplona dos años antes de su muerte, Blanca dejaba a Carlos la corona de Navarra. El posible conflicto que podía suscitarse entre padre e hijo, quedaba resuelto con la posibilidad de Carlos de intitularse rey de Navarra después de la muerte de su madre, siempre y cuando obtuviera el consentimiento de su padre. Sin embargo, Juan nunca renunció al título de Navarra, y mantuvo la disputa por el territo-



La reina Blanca, litografía (S. XIX).

rio durante muchos años. La relación entre padre e hijo, aunque tuvo altibajos, nunca acabó por restablecerse, dejando también una Navarra dividida.

LA ESPOSA: INÉS DE CLEVES

La única mujer del príncipe de Viana nació en 1422 en Cléveris (Alemania), tercera hija del duque de Cleves y María de Borgoña. El matrimonio con Carlos fue concertado por Juan II, que impidió con ello un posible enlace del príncipe con mujeres de reinos de la península. Así, la boda se celebró en el palacio de Olite, en 1439. El príncipe aportó a esta unión el ducado de Gandía, en el Reino de Valencia, otorgado por su padre para el enlace; e Inés, posiblemente, contribuyó con dinero metálico. Inés falleció a los nueve años de su matrimonio, sin haber dejado descendencia.

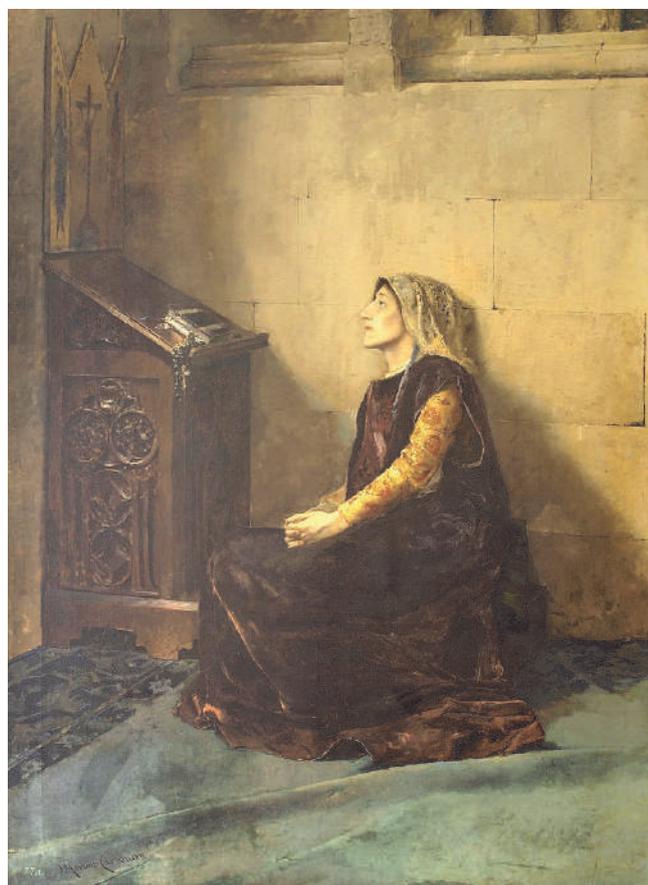
LAS HERMANAS: BLANCA Y LEONOR

Blanca de Trastámara y de Evreux, y Leonor de Navarra, tuvieron vidas diferentes, con posiciones encontradas con respecto al príncipe de Viana.

Blanca contrajo matrimonio con Enrique de Castilla en Valladolid, en 1440. Sin embargo, el enlace se anuló en 1453, y Blanca volvió a Navarra, donde halló un reino en guerra y una si-



*Representación de Leonor,
hermana de Carlos de Viana.*



Blanca de Navarra, por Moreno Carbonero (1882).

tuación muy complicada para ella. De hecho, encontró en Olite su prisión, y una nueva propuesta de matrimonio, con el duque de Berry, hermano menor de Luis XI de Francia, para alejarla de Navarra. Ante su disconformidad con este enlace, Juan II le envió al Bearn, a la compañía de su hermana Leonor y el marido de esta, el conde Gastón IV de Foix. Blanca descubrió el engaño y durante el viaje a aquella tierra, redactó una protesta manifestando ser llevada en contra de su voluntad, dejando además como heredero del reino a su exmarido, el entonces rey Enrique IV de Castilla.

El príncipe de Viana, siguiendo las últimas voluntades de su madre, nombró a Blanca heredera del reino en su testamento. Sin embargo, la vida de su hermana llegó a su fin en 1464, mientras permanecía encerrada en Orthez.

Por su parte, y como se ha indicado, Leonor se casó con Gastón IV de Foix, con quien se trasladó a vivir al Bearn. Aunque en un principio se mostró partidaria del príncipe, pronto viró hacia Juan II, distanciándose de su hermana Blanca. En consecuencia, Juan II le nombró como única heredera en 1455.

Llegado 1464, muerta su hermana y el príncipe, no tenía oposición en su camino hacia la coro-

na de Navarra. Así, Leonor se convirtió en reina de Navarra al fallecimiento de Juan II, al que solo sobrevivió quince días, pasando la corona a su nieto, Francisco Febo.

LAS AMANTES

La vida amorosa del príncipe de Viana nos ha permitido conocer a varias mujeres:

La primera de ellas fue María de Armendáriz, hija del señor de Armendáriz, que primero fue dama de la reina Blanca y, después, doncella de Leonor. Fruto del amor de Carlos y María nació en 1451 una niña, Ana de Aragón y Navarra. Ese año, Carlos envió una carta a María en la que le expresaba su afecto, pues se refiere a ella como "mi amor e señora". El príncipe volvió a escribir a María desde Artajona, prometiéndole amor por palabras: *Yo el Príncipe do mi buena fe a vos, doña María d'Armendáriz, que aviendo de vos alguna criatura o criaturas, yo vos tomaré por mujer mía.*

La segunda mujer en el plano amoroso más importante en la vida de Carlos fue Brianda de Vaca o de Vega. Nació hacia 1437 en Mayorga (Valladolid), en una familia en la que abundaban cargos de confianza en los reinos de Aragón y Navarra. Gracias a esto, pudo coincidir con el príncipe hacia 1453 en Zaragoza, ciudad en la que también se encontraban Juan II y Juana Enríquez. A partir de esa fecha, la vida de Brianda aparece ligada a la del príncipe, con quien marcha a Pamplona, donde nació el hijo de ambos: Felipe de Aragón y Navarra, que recibió el título de conde de Beaufort.

Carlos se encargó personalmente de la comodidad de Brianda y su hijo, solicitando a Francés de Esparza, recibidor de la ciudad de Pamplona, que se realizaran obras en la Torre del Rey, su lugar de residencia. Más adelante, en 1457, Martín Fernández de Dicastillo, ujier de armas del rey, comunicaba a Carlos que Brianda fue mudada de posada de casa de Johan Forment a la casa de la chantría de Santa María de Pamplona.

Carlos volvió a coincidir con Brianda y su hijo en 1461, cuando regresó a Barcelona. Sin embargo, no pudo disfrutar de su presencia mucho tiempo, pues ese año los acontecimientos se precipitaron: el 24 de junio fue nombrado lugar-teniente de Barcelona y, tres meses después, el 23 de septiembre de 1461, moría en la ciudad condal.

Brianda asistió a los funerales de Carlos y guardó luto riguroso durante un año. A pesar de que no aparecía en el testamento del príncipe, los albaceas le entregaron 18 florines y 40 libras

barcelonesas. Al cabo de un tiempo, Brianda se unió al señor del castillo de Olot, Berenguer de Peguera, junto al que continuó su vida.

Por último, cabe mencionar a Cappa y a Guio-mar de Sayas. La primera fue una doncella siciliana con la que Carlos tuvo un hijo, Juan Alonso de Aragón y Navarra, que llegó a ser abad de San Juan de la Peña y Obispo de Huesca. La segunda, fue cobijera mayor del príncipe.

LA MADRASTRA: JUANA ENRÍQUEZ, SEGUNDA ESPOSA DE JUAN II

Mujer hábil, audaz, diplomática y gran negociadora. Llegó a la vida del príncipe por su matrimonio con Juan II, hecho que aumentó la tensión ya existente en Navarra.

Juana tuvo una participación clave en asuntos que afectaron directamente a Carlos: fue mediadora en la reconciliación entre su marido y el príncipe, en la llamada Concordia de Barcelona (1460), y participó en las negociaciones que condujeron a la Capitulación de Vilafranca, alcanzada en 1461. A la muerte de Carlos, Juana continuó su labor al lado de su marido hasta su fallecimiento en febrero de 1468, en Tarragona.



Juan de Juanes. *El Príncipe de Viana curando a un joven.*
Museo Lázaro Galdiano de Madrid



Tumba del Rey Juan II y Juana Enríquez en el Monasterio de Poblet.

OTRAS MUJERES

Su tía, **María de Aragón**, hermana de Juan II, que facilitó alcanzar la Concordia de Valladolid, en la que se consiguió una paz momentánea entre padre e hijo, Juan y Carlos.

La infanta de Castilla y Reina de Aragón desde su matrimonio con Alfonso V, **María de Castilla**. Su salud fue débil y la relación con su marido casi inexistente, pues este pasó muchas temporadas ausente en Nápoles. A pesar de todo, María se dedicó a asuntos del reino, e intervino entre el príncipe y Juan II, propiciando una reconciliación entre ambos.

Otra de ellas fue **Catalina de Portugal**, con la que Juan II intentó cerrar un segundo matrimonio para Carlos ante la sospecha de que este estuviera buscando un enlace con la infanta Isabel de Castilla.

Es importante destacar a las mujeres que tuvieron en su poder aquello que el príncipe empeñaba para conseguir recursos económicos. Así, encontramos a la condesa de Treviño, a Mesa de Barcelona, a Filipa Ros, a Antonia, mujer de Guillem Moncofa, a la mujer de Bernat Bret y a Madona Roig del Borne. Ellas conservaban diferentes objetos, especialmente joyas, como collares, cadenas y coronas de oro, diamantes y perlas.

Con la muerte del príncipe aparecieron otras mujeres a las que se debía dinero y que realizaron las reclamaciones respectivas a los albaaceas: a Gracia de Aoiz, nodriza del hijo de Carlos, se le debían dos años de trabajo que realizó en Pamplona; Leonor de Toledo, costurera en 1458 también reclamaba una deuda. **PREGON**

La autora es historiadora y autora de varias obras.

PARA SABER MÁS

- BOIX SALVADOR, J. (2017). "Brianda de Vaca, la amada nuestra de Carlos de Viana. Origen e identidad. Una historia de linajes". *Príncipe de Viana*, 268. Gobierno de Navarra, Pamplona.
- BOIX SALVADOR, J. (2017). "Felipe de Aragón y de Navarra, hijo natural de Carlos de Viana y maestro de Montesa". *Íbidem*.
- IDOATE IRAGUI, F. (1954). *Rincones de la Historia de Navarra*. Tomo I. Diputación Foral de Navarra, Pamplona.
- LACARRA DE MIGUEL, J.M. (1973). *Historia política del Reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*. Vol. 3. Ed. Aranzadi, Pamplona.
- MIRANDA MENACHO, V-C. (2011). *El príncipe de Viana en la Corona de Aragón (1457-1461)*. Tesis doctoral, Universidad de Barcelona.



LOS BASTARDOS DEL PRÍNCIPE DE VIANA

José Javier VIÑES RUEDA

josejavier@vines.e.telefonica.net

La historia nos ha dado cuenta de hijos bastardos de los reyes y de la alta nobleza cuyos hijos eran reconocidos y colmados de cargos y beneficios eclesiásticos o en la milicia. Traigo el recuerdo a los primeros titulares de los linajes Beaumont y Agramont bastardos reales de la Casa Evreux; a Alfonso de Aragón, Arzobispo de Zaragoza, hijo bastardo de Fernando el Católico; a don Juan de Austria (Jeromín) hijo de Carlos V y Juan José de Austria, hijo de Felipe IV; o de Luis Enríquez Almirante de Castilla hijo de Alfonso XI, y tantos otros. Eran reconocidos de estirpe real, y en sus escudos ostentaron las armas reales. En el caso del Príncipe de Viana enviudó de Inés de Cleves en 1448, su legítima esposa, a los veintisiete años de edad. No encontró dama que conviniera a su estado para un nuevo matrimonio, pero poeta y enamorado encontró consuelo a su soledad en damas de las que reconoció sus hijos naturales..., aunque, quizás, no siempre. Vamos a repasarlos.

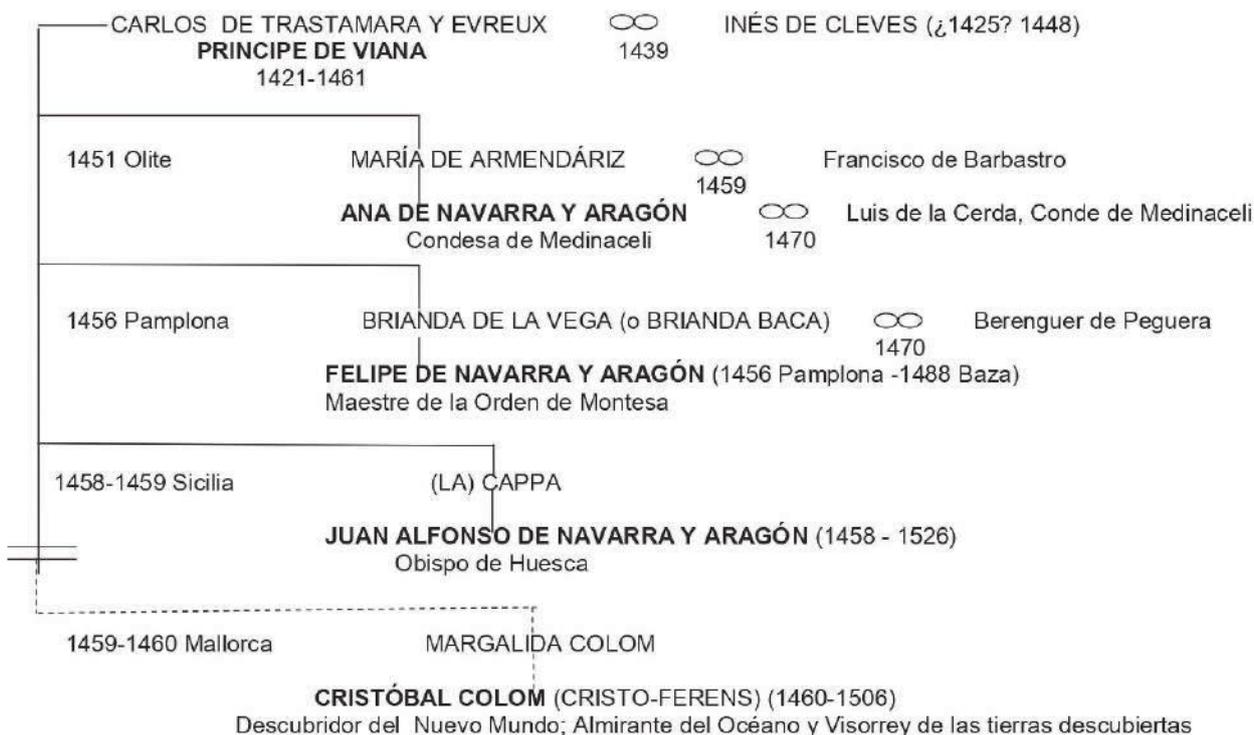
María de Armendáriz había sido dama de cámara de la reina doña Blanca, madre de don Carlos, y luego de su hermana Leonor. Por ella levantó los lutos por doña Inés de Cleves, y María de Armendáriz accedió a los enamoramientos del Príncipe. Un amor apasionado que le permite sus mejores emociones poéticas de amor. El príncipe entusiasmado dirige a su amada una misiva comprometida y exigente:

“Yo el Príncipe doy mi buena fe a Vos, doña María de Armendáriz, que aviendo de vos alguna criatura o criaturas yo os tomare por mujer mía. E por ende, fize aquesta de mi propia mano”

Nace en 1451 una niña que le dan el nombre de Ana de Navarra y Aragón. Reconocida por el Príncipe, madre e hija son acogidas en la Corte de Olite y tratadas con el rango que les corresponde como hija y madre de la primogénita del Príncipe. El príncipe se encontraba, en el momento del nacimiento, cautivo de su padre en Zaragoza, sin poder ver a su hija ni abrazar a su amada y estando en el cautiverio en el

PREGÓN 44 n.º 62 enero 2022

Árbol genealógico de los hijos bastardos del Príncipe de Viana





Ghirlandaio - Retrato de Cristobal Colon (1520).

año 1453 redactó su testamento en el que ratificaba la legitimación de su hija Ana:

“Tomen en mi muy noble e leal ciudad de Pamplona e alcen Reyna del dicho mi reino de Navarra e por Señora suya a Donna Ana de Navarra fija mia”

Los avatares del príncipe no permiten hacer realidad la promesa, pero se mantuvo en los cartularios de la familia bastarda como más adelante se relata. María Armendáriz con la lejanía del príncipe, siempre guerreando o en el exilio o en prisión, mantuvo el rango cortesano adquirido como madre de la primogénita del Príncipe, con cargo al Hostal del Príncipe en Olite. María caso en 1459, con el beneplácito del Príncipe, con su Secretario Francisco de Barbastro que recibió tal honor de casar con dama tan principal amante del Príncipe, a los que este colmó de rentas y castillos como dote.

Ana de Navarra y Aragón nace en 1451 y pasa su infancia en Olite donde convivió con su padre en cortos periodos de tiempo. A los 10 años de edad estuvo presente en los últimos meses de la vida de su padre en Barcelona. Acudió junto a su hermanastro Felipe y su madrastra doña Brianda de la Vega reclamados por don Carlos. Con la legitimidad de pertenecer a la Casa Real de Navarra, aunque bastarda, casó en 1470 a los 19 años con Luis de la Cerda, Duque de Medinaceli, el más rico armador de El Puerto de Santa María perteneciente a uno de los linajes de la más antigua nobleza de Castilla descendiente de Guzmán el Bueno, a cuyo

matrimonio aportaba sangre real. Ana pretendió y litigó, apoyada e inducida por su esposo, por el reconocimiento ante los tribunales de la legalidad de la unión de sus padres como matrimonio, lo que consiguió, por los documentos antes citados y de este modo adquirió la legitimidad plena para pretender ambos la Corona del Reino de Navarra como primogénita del Príncipe de Viana; pretensión basada en el testamento de su padre a su favor, sin bien, otro posterior a favor de su hermana doña Blanca, lo invalidaba. Murió doña Ana en 1477, dejando su legado y derecho a su hija Leonor de La Cerda quien renunció, a favor de su padre, en 1495.

Brianda de la Vega (o Brianda Bacca) ocupaba el lecho del Príncipe en el año 1455, en cuyo año, o a principio de 1456, nació el primer varón de don Carlos que fue reconocido de inmediato como Felipe de Navarra y Aragón, y conde de Beaufort. No se sabe la extracción y origen de Doña Brianda pero fue protegida y agasajada y mantenida en ausencias del Príncipe a través de intermediarios en Pamplona y en Barcelona. Por las fechas no parece se alojara en la Corte ya que en ella estaba asentada doña María de Armendáriz, su rival, de donde saldría para casar en 1459. Poco tiempo disfrutaría el príncipe de esta nueva familia ya que por los avatares de su vida de sufrimiento, hubo de exiliarse, o marchar fugitivo de su padre, en abril de 1457, a la corte de su tío Alfonso V, que había instalado Nápoles, la Corte del Reino de Aragón. En Nápoles fue don Carlos acogido con gran agasajo, a la vez que el pueblo napolitano lo recibió como príncipe heredero, ya que don Alfonso solo tenía un hijo bastardo, don Ferrante, primo del Príncipe.

Alrededor del Príncipe había cierta prevención hacia Doña Brianda por su ligero comportamiento. Los rumores le llegaron al Príncipe a través de su leal Luis de Beaumont al que recriminó: *“A lo que escribís de Brianda son burlerías y decires tales que prudente persona alguna no debe dar fe ni prestar orejas más bien puede cerrar las bocas de tantos maledicentes”*. Don Carlos, desde Barcelona, en 1460, reclamó a su presencia a Doña Brianda quien acudió ante el Príncipe con los dos hijos bastardos: Ana de 10 años de edad y su propio hijo Felipe de apenas cinco años. Asistió a su agonía a la cabecera del lecho. Tras el fallecimiento del Príncipe doña Brianda permaneció en Barcelona, separada de su hijo, tomando partido contra su suegro Juan II y por la causa catalana. En el año 1470 casó con Berenguer de Peguera y se pierde el rastro.

Felipe de Navarra y Aragón nació a finales de 1455 o en enero de 1456 en Pamplona. Pronto fue reconocido como miembro de la casa real con hostel propio en Olite. Poco disfrutó de su padre ya que este en septiembre de 1457 pasó fugitivo al reino de Nápoles. Volvió a encontrarse con su padre en Barcelona en 1461 cuando tenía 5 años de edad pocos meses antes del fallecimiento del Príncipe. Quedó don Felipe al abur de las circunstancias. Su madre Doña Brianda adoptó el partido de los catalanes en rebeldía que habían nombrado rey a Pedro de Portugal y después a Renato de Anjou quien también reivindicaba el reino de Nápoles. Acabada la contienda a favor de don Juan y de su hijo Fernando de Aragón, hermano de padre del Príncipe de Viana, acogieron en su Casa real al joven Infante bastardo para darle rango, educación y sustento. El abuelo Juan, rey de Aragón, lo orientó hacia la carrera eclesiástica bien por costumbre para los bastardos o bien por las rentas que le aportarían los cargos y nombramientos que el Papa otorgaría a don Felipe, cediendo a las presiones de don Juan, y más tarde de su tío Fernando, ambos ambiciosos de dinero y poder. Ello supuso la adjudicación para don Felipe como administrador eclesiástico de cuantiosas rentas, diezmos y frutos provenientes de parroquias arcedianatos arciprestazgos abadiatos catedrales, obispados y arzobispados en el Reino de Aragón y Navarra, cualquiera que quedara vacante que a peti-

ción y presión de don Juan o don Fernando sobre el Papa.

Su vocación era la de militar formado en la Casa y entorno de su tío Fernando al que acompañó en campañas bélicas contra las reivindicaciones francesas y de Renato de Anjou, enemigo declarado de la Corona de Aragón. Su abuelo Juan II le nombró Capitán General de Gerona. Vacante el cargo de Gran Maestre de la Orden Militar de Montesa encontró su puesto adecuado, soldado y monje, ocupando el maestrazgo en 1484. Acompañó a don Fernando como Maestre y cruzado de Montesa a la guerra de Castilla contra el Reino de Granada en la que encontró la muerte, como consecuencia de las heridas recibidas en la conquista de Baza en 1488 a los 32 años de edad.

Cappa o la Cappa fue el nombre o mote de una nueva amante cuando el Príncipe residió en Sicilia entre septiembre de 1458 y julio de 1459 de la que tuvo un nuevo hijo que recibió el nombre de Juan Alfonso de Navarra y Aragón, que nació en julio de 1459, a quien el Príncipe conoció pocos días, lo suficiente, para reconocerlo y situarlo en la nobleza de la Casa de Navarra y de Aragón, poco antes de iniciar su regreso del exilio. Se le conoció como Juan, ya que su tío Fernando de Aragón tuvo en 1470 un hijo bastardo al que llamó Alfonso de Aragón, con el fin de distinguir a los primos que sin duda convivieron.



Castillo de Santueri en Felanitx, Mallorca, donde estuvo retenido el Príncipe de Viana, por orden de su padre, entre julio de 1459 y marzo de 1460.

Juan Alfonso de Navarra y Aragón nació en la ciudad de Palermo en 1459, coincidiendo el nacimiento con la partida de regreso del Príncipe a Cataluña para reconciliarse con su padre. Permaneció Juan de Navarra y Aragón en Palermo a los cuidados de su madre bajo la protección del Gobernador y de la Corona de Aragón. Su abuelo Juan II se hizo cargo de la educación del nuevo nieto y lo orientó también para la carrera eclesiástica obteniendo las rentas y privilegios de sucesivos nombramientos de las diócesis del Reino de Aragón. No fue dado a las armas como su hermano Felipe y persistió en su vocación religiosa haciendo carrera eclesiástica adquiriendo cargos en las diócesis del reino de Aragón. A la muerte de su abuelo fue acogido y protegido por su tío Fernando de Aragón, y por su mediación ante el Papa obtuvo en 1476, a los 17 años, la abadía de san Juan de la Peña. En 1480 y 1481 desempeñó el priorato del Pilar y en 1484 fue nombrado obispo de Huesca cargo que ejerció hasta su fallecimiento en 1526. Además de su vida eclesiástica promovió bienes materiales en la ampliación de la Catedral de Huesca y la nueva Catedral de Barbastro y otras iglesias y capillas. Fue enterrado en el centro del presbiterio de la Catedral de Huesca con losa con efigie y escudos.

Margalida Colom de Felanitx (Mallorca) o Margarita de Mallorca fue descubierta como amante del príncipe por Georges Desdevises du Dezert en su investigación doctoral *Don Carlos de Aragón, Príncipe de Viana* publicada en París en 1889. En el capítulo Don Carlos en Mallorca dice exactamente al respecto: "Para ocuparse del ocio de su semi cautiverio, el príncipe parece haber tomado una nueva amante llamada Margarita", reproduciendo a pie de página la carta que dirigió el Príncipe al Gobernador de Mallorca (28 de Octubre de 1459).

"Agradecemos mucho lo que fecho haveys en recomendación de Margarita; la verdad de la cosa mostrara lo que haveys sentido de ella ser prenyada". (Archivo de Aragón, t.v, fol 24.)

Sin embargo, contradice esta evidencia Vera-Cruz Miranda Menacho que en su excepcional y excelente tesis sobre *El príncipe de Viana en la Corona de Aragón (1457.1461)* asegura que la carta la dirigió al Gobernador de Sicilia donde sitúa la doctora Miranda a Margarita en Sicilia. Pero luego veremos se llamaba Margalida, no Margherite.

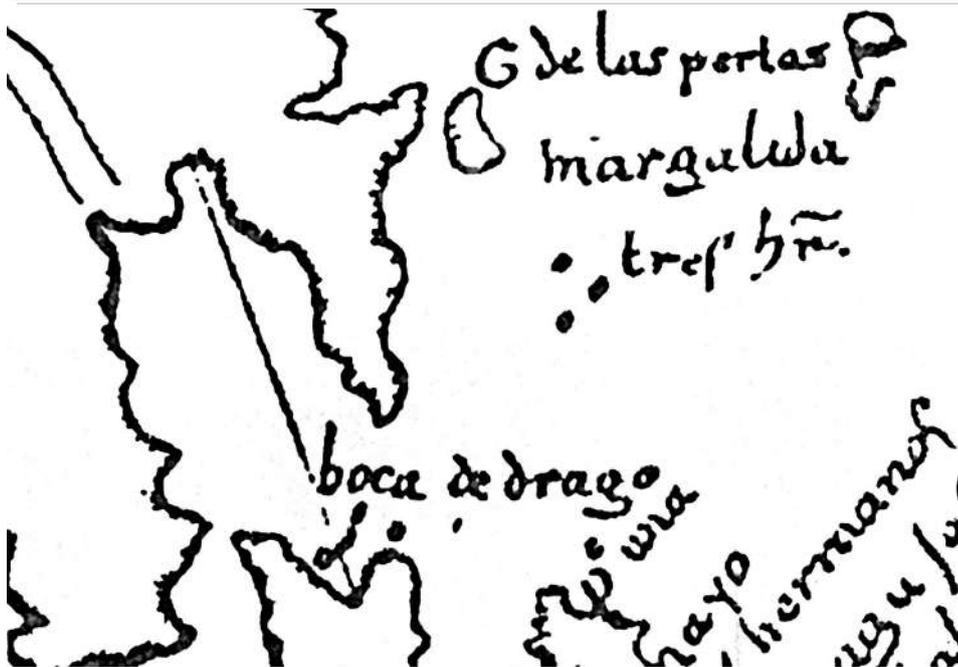
La tesis de que el bastardo de Mallorca, -no reconocido al que don Carlos no pudo conocer-, sea el descubridor de América, don Cristóbal Colón, ha sido defendida y sustentada por Gabriel Verd Martorell, mallorquín, quién sin ser historiador, pero con un tesón investigador, pru-



Escudo de armas de don Cristóbal Colom concedido por los Reyes Católicos, con los cuarteles de: los reyes de Castilla; la mar oceána, como almirante; las islas y tierras descubiertas como visorey, y, entado en punta las armas que anteriormente usaba Colom, que corresponden a las del reino de Mallorca.

dencia y acierto, durante más de treinta años en el siglo XX, ha buscado documentos, y reinterpretando los ya conocidos, explicando claves ocultas, o situándolos en la historia y en los escenarios vivos de la época, ha demostrado con evidencia historiográfica la tesis mallorquina del origen de Colón. Recopilo los fundamentos.

Cristóbal Colón (o Juan Colom) /1461-1596). Nace el bastardo en Felanitx localidad en la que el príncipe don Carlos residió entre julio de 1459 y marzo de 1460, por orden de su padre, en el Castillo prisión de Santueri, que se encuentra situado en el término de Felanitx, al amparo de la ermita de San Salvador. La familia Colom de Felanitx tomó partido por Renato de Anjou, y contribuyeron en la guerra contra Aragón con naves corsarias desde la Provenza, siendo el más conocido el corsario almirante Villeneuve Coullon. A los 9 años de edad pasa el joven bastardo "Juan Colom" al cuidado de sus familiares marinos en la Provenza, donde empieza su gran aventura marinera. Su origen noble, su experiencia náutica y su formación cartográfica están presentes cuando presenta su proyecto a los reyes católicos. La aparición ante ellos de un bastardo sobrino de Fernando de Aragón e hijo del Príncipe de Viana, que fue heredero legítimo de las coronas de Aragón y



Mapa dibujado por Cristóbal Colom asignando nombres en mallorquín como boca de drago y Margalida.

Una prueba sobrevenida es el documento que contiene la confesión de Pedro Mártir de Angleria (1457-1526) consejero de don Fernando, conocedor de los asuntos del descubrimiento, y que el ABC da a la luz, el 21 de agosto de 1931, página 17, transcrito por Manuel Rubio Borrás director de la Biblioteca Universitaria de Barcelona:

“Voglio tener perpetua memoria con confiar a la historia esser Colonus Cristophorens della Maiorca et non de la Liguria”.

LA PATERNIDAD DEL PRÍNCIPE EN MANOS DE LA CIENCIA

En tanto no estuviera en el ámbito universitario, e investigación científica, la revisión del origen de Colon cualquier hipótesis diferente a la genovesa estaba abocada al fracaso. Es por ello la importancia de que el Profesor José Antonio Lorente catedrático de Medicina Legal y Forense de la Universidad de Granada y experto en determinación genética de restos cadavéricos, inició a propuesta del historiador sevillano Marcial Castro desentrañar el origen colombino.

En primer lugar era necesaria la identificación de los restos del propio descubridor, confirmando que los restos conservados en la Catedral de Sevilla correspondían en realidad a don Cristóbal. Hito mundial contrastado por la identidad del ADN mitocondrial con su hermano Diego enterrado en La Cartuja de Sevilla. La segunda parte de la investigación es determinar el origen de tales restos, lo que ha exigido la investigación del ADN del cromosoma Y, identitario de sexo masculino, entre los posibles descendientes (hijo Hernando) y presuntos ascendientes varones del descubridor, como sostiene la tesis mallorquina-navarra; entre ellos: Ferrante I de Nápoles primo del Príncipe; o de Juan Alfonso de Navarra y Aragón, hermano de padre de don Cristóbal, cuyos sepulcros han sido identificados.

A nadie extrañará que desde que se plantea esta hipótesis la Institución Príncipe de Viana no

de Navarra, que había combatido a las órdenes de los Anjou contra Fernando, da lugar a que la discreción del origen del descubridor pase a ser secreto de Estado. Convenía que fuera un tal “vir ligur”, y fuera el secreto mejor guardado por siglos.

Gabriel Verd Martorell acierta al conjugar los documentos conocidos con los actos gestos y costumbres del tiempo histórico del descubrimiento y de ese modo explica como Colom fue acogido en la Corte a sueldo durante seis largos años, y su hijo Diego fue educado en la Corte junto a Juan primogénito y heredero de ambas coronas. Los cargos que recibe de los reyes o le otorgan por sus exigencias y presiones, corresponden a persona de estirpe real como el título de Almirante, o de Visorey y Gobernador de las tierras por descubrir; el título de Don reservado a la nobleza, o la concesión de escudo con las armas de Castilla y León solo reservado a los miembros de linaje real, a las que añadiría sendos cuarteles: de anclas por Almirante y de islas y tierras como Visorey; y entado en punta, “las armas que antes vos usaste” que no son otras que las de Mallorca. La prueba más vinculante y sensible, que Verd Martorell aporta, es que en el cuarto viaje de Colom, al dibujar la costa de Venezuela y darle nombre a su descubrimientos; al dibujar de propia mano el golfo de las perlas y “Boca de Drago”, y al encontrarse con una isla maravillosa le puso por nombre *Margalida*. Tal como trazó la costa y escribió Colon el nombre, se recoge por Juan de la Cosa en su Mapa de 1500. La isla estaba dedicada a su madre en lengua mallorquina y no Margarita, Margherita en italiano o Margarida en catalán.

ha mostrado interés alguno por apoyar la investigación.

EPÍLOGO

Estaba previsto dar a conocer los resultados definitivos del origen genético de los restos de Cristóbal Colón, depositados en la Universidad de Granada, para el 12 de octubre de 2021, con máxima difusión acompañada la noticia de un reportaje del proceso de investigación. Pero el Telediario de TVE anunció ese día el retraso de las investigaciones genéticas del Profesor Lorente, debido a que la necesaria validación científica de los resultados por otros laboratorios, uno de ellos, norteamericano, han tenido un notable retraso debido a la pandemia del Covid 19; lo que se supone se subsanará en unos meses por lo que se da por seguro que en este año de 2022 se resolverá el enigma.

Sobre este panorama una nueva investigación ha localizado en la Catedral de Huesca el sepulcro del que fuera obispo Juan Alfonso de Navarra y de Aragón, hijo reconocido por parte del Príncipe. Este presunto hermano de Cristo Ferens, debería compartir el cromosoma Y, lo puede decidir incontrovertiblemente el paren-

tesco filial, o no, del descubridor con don Carlos de Viana. Este hallazgo va a generar nuevos estudios, nuevos costes que deberán ser asumidos y financiados; y quizás nuevas demoras. Esperar y ver. **PREGÓN**

PARA SABER MÁS:

DESDEVISES DU DEZERT, G.. *Don Carlos de Aragón, Príncipe de Viana. Paris 1889.* Ed. en español: Pamplona, G. de Navarra, 1999.

IRIBARREN, Manuel. *El Príncipe de Viana.* Buenos Aires, Espasa Calpe, 1951

VERD MARTORELL, Gabriel. *Cristóbal Colón y la revelación del enigma.* Edita: el propio autor. Palma de Mallorca, 1986.

LORENTE ACOSTA, José Antonio. *Identificación genética de los restos de la familia Colón.* En: Medicina Balear, 2007, Vol. 22, núm. 1, págs. 43-65.

MIRANDA MENACHO, Vera-Cruz. *El príncipe de Viana en la Corona de Aragón (1457-1461).* Tesis doctoral, U. de Barcelona, 2011.

VIÑES RUEDA, José Javier. *La ciencia determinará el origen de Colón.* Pregón siglo XXI; 2020, nº 55, págs. 31-39.



Llora la muerte del Príncipe, a sus pies, su hija Ana de 10 años de edad; detrás, de pie, Doña Brianda con su hijo Felipe de 5 años. Vicente Poveda (1887). Fragmento.

EN LAS CAPITULACIONES DE SANTA FE SE REFLEJA LA NOBLEZA DE COLÓN

Gabriel VERD MARTORELL
gabrielverdmartorell@hotmail.com

El 17 de abril de 1492 se firmó en Santa Fe de la Vega de Granada, un importante documento de incalculable valor histórico. En dicho documento, que se conoce con el nombre de "Capitulaciones de Santa Fe", quedaron estipuladas todas las condiciones establecidas entre Colón y la Corona, mediante las cuales se llevaría a cabo la empresa del Descubrimiento.

La primera condición que registra el documento es que *"Vuestras Altezas como Señores que son de las dichas Mares Oceanas fazen dende agora al dicho don Christoval Colon su almirante en todas aquellas islas y tierras firmes que por su mano o industria se descubrirán o ganaran en las dichas Mares Oceanas para durante su vida, y después del muerto, a sus herederos e successores de uno en otro perpetualmente con todas aquellas preeminencias e prerrogativas pertenecientes al tal oficio, e segund que don Alfonso Enriquez, quondam, Almirante Mayor de Castilla, e los otros sus predecessores en el dicho Officio, lo tenían en sus districtos"*.

La segunda condición que impone el noble navegante es que *"Vuestras Altezas fazen al dicho don Christoval su Visorey e Gobernador General en todas las dichas tierras firmes e yslas que como dicho es el descubriere o ganare en las dichas mares"...*

De este contrato de Cristóbal Colón con los Reyes Católicos, algunos historiadores han llegado a decir que nunca se vio ni se verá otro parecido, habida cuenta que es un tratado sobre lo desconocido, y en el que el navegante va demandando y la Corona accediendo. Y así fue como con estos relevantes honores y codiciadísimos oficios, el hijo del Príncipe de Viana, sobrino de los Monarcas, de golpe y porrazo fue elevado a las más altas cúspides de la Grandeza castellana.

De entre todo lo expresado en las "Capitulaciones de Santa Fe", cabe resaltar tres cosas.

La primera es que se le nombra Almirante, es decir, como figura en el diccionario de la Real Academia Española; Almirante es "el que en

las cosas de mar tenía jurisdicción con mero mixto imperio y con mando absoluto sobre las armadas, navios y galeras".

La segunda es que también se le nombra "Visorey e Gobernador General". En el diccionario recientemente citado, dice que Visorrey – Virrey es el "Titulo con el que se designó a quien se encargaba de representar en uno de los territorios de la Corona, la persona de Rey ejerciendo plenamente las prerrogativas regias".



Monumento en Granada a las Capitulaciones de Santa Fe.
Autor: Mariano Benlliure.

Referentemente al cargo de Gobernador General, Jesús Lalinde Abadía en su publicación "La Institución Virreinal en Cataluña (1471-1716)" nos cuenta que "en los territorios de la Corona de Aragón se considera Gobernador General nato al Primogénito del Rey".

Con relación al mismo tema, Federico Udina Martorell, exdirector del Archivo de la Corona de Aragón, en una ponencia "Las Capitulaciones de Colom y el Mediterráneo", presentada en el Congreso Internacional de Estudios Históricos, "Las Islas Baleares y América", Palma de Mallorca, enero del 1992, organizado por el Institut d'Estudis Baleàrics, relata:

“En la Corona de Aragón, a fines del del siglo XV se halla establecido un sistema ordinario de Administración, que es el de la Gobernación general, con una larga tradición, pues arranca de mediados del siglo XIV, en que, a su vez, sustituyó al sistema de Procuración general, procedente de los comienzos del siglo.

Este sistema tiene su centro en un Gobernador general, cargo adscrito al Primogénito del Rey y ejercido en defecto de aquél por el infante a quien se le suponga heredero del Reino.

El Gobernador general, dotado de jurisdicción ordinaria, y cuyo poder tiene su origen en la ley, y no en el Rey, tiene representantes en los distintos territorios que integran la Corona, los cuales poseen características particulares, determinadas por la constitución política de cada uno de los indicados territorios”.

De los tres títulos otorgados a Colón en las Capitulaciones de Santa Fe, cabe resaltar que el de Almirante aparece en la organización castellana, y el de Virrey y Gobernador General en la Corona de Aragón. En la época del descubrimiento, en Castilla no existían los Virreyes.

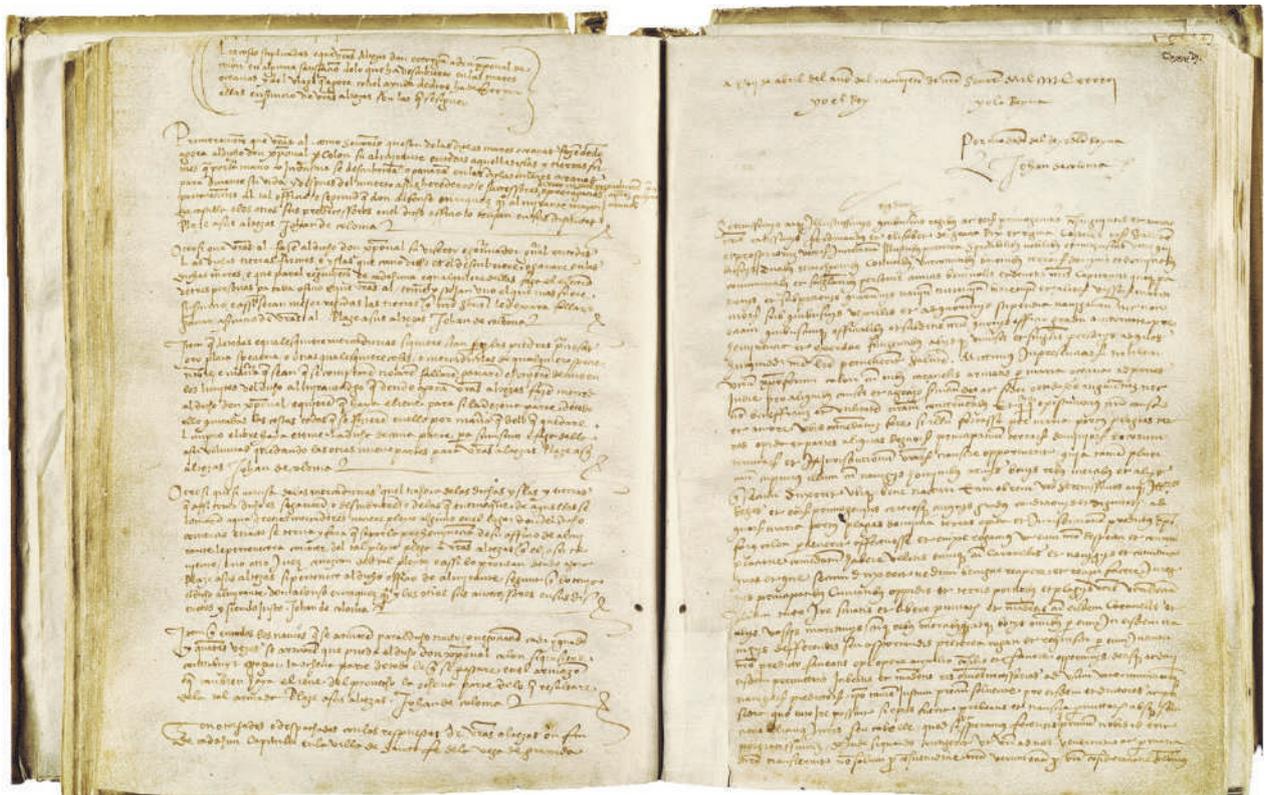
La tercera es que se le concede el título de Don.

Con relación a este asunto, Juan Manzano, en su libro “Cristóbal Colón, siete años decisivos de su vida, 1485-1492”, cuenta que “el Don, eran un título honorífico y de dignidad que antepuesto solamente al nombre, no al apellido, se otorgaba en aquella época a contadas personas, aun de la

más alta nobleza. Lo usaban los reyes y los miembros de su familia. También, los nobles de elevado rango y sus descendientes. Era muy codiciado en aquel tiempo, y solía concederse en casos excepcionales”.

Ante tales acontecimientos es inadmisibles aceptar que los Reyes Católicos, considerados por mucha gente, los Monarcas más autoritarios de aquella época, nombrasen Almirante y Visorey e Gobernador General y le concedieran el título de Don, antes de descubrir nada, a un sin papeles, extranjero, que además, y esto lo afirman muchos historiadores, había estado al servicio de Renato de Anjou, Rey de Provenza, el temible rival de la Corona de Aragón, navegando con sus corsarios.

El Almirantazgo de Castilla fue una dignidad castellana creada por el Rey Fernando III el Santo para la conquista de Sevilla, nombrando como primer Almirante a Ramón de Bonifaz en 1247 y que perduró hasta el año 1705. Este título se encontraba revestido de gran autoridad, poder y preeminencias, que aparecen especificadas por Alfonso X el Sabio en la segunda partida de las Leyes; en ella se decía que quien fuese elegido, tenía que llegar ante el Rey ataviado con valiosas vestiduras de seda, recibir un anillo en la mano derecha, en señal de la honra que se le hacía, una espada representando el poder delegado, y un estandarte con las armas reales. El almirante residía ordinariamente en Sevilla, por estar allí las Atarazanas Reales y ser lugar donde se armaban y organi-



Detalle del manuscrito de las Capitulaciones de Santa Fe.

zaban las flotas y radicar allí también el tribunal especial marítimo. Entre las múltiples atribuciones y facultades del Almirante, figuraban tener voz y voto de calidad en el Consejo.



Fadrique Enríquez, litografía de Eusebio de Letre.

Desde 1405 hasta 1705, en que este cargo desaparece, se constituyó en patrimonio de los Enríquez, descendientes del infante Fadrique de Castilla, hijo natural del Rey Alfonso XI el justiciero. Alonso Enríquez, por concesión de Enrique III, fue el primero de esta familia que ostentó el Almirantazgo.

Alonso Enríquez fue hijo bastardo del infante Fadrique Alfonso de Castilla, permaneció oculto mientras vivía su tío Pedro I de Castilla. El portugués Fernán López escribió en 1384 que el Almirante fue hijo de una judía de Guadalcanal llamada Paloma.

Don Alonso nació en 1354 en Guadalcanal. En 1389 recibe de Juan I la villa de Aguilar de Campos, que constituye el primer paso en la construcción de un sólido patrimonio personal. Hacia 1402 desempeña el cargo de Adelantado mayor del reino de León y la alcaldía del castillo de Medina de Rioseco. En 1405 Alonso Enríquez recibió de Enrique III el título de Almirante Mayor de Castilla.

En 1421, Juan II, le otorgó el señorío de Medina de Rioseco "por los muchos e buenos e leales e notables e señalados servicios que fecisteis al Rey Don Juan mi abuelo e al Rey Don Henrique mi padre e mi señor, e abuelos fecho e fazes a mi", lugar que él elige para establecerse y fundar mayorazgo a favor de sus hijos.

Don Alonso tuvo siempre gran fidelidad a la Corona. En la vida cortesana era siempre la

figura más destacada, no había gestión política, entre la nobleza, sin que antes se contase con su persona, igualmente en las fiestas palaciegas rara fue la vez en que no desempeñase un importante papel.

Alonso Enríquez se casó con Juana de Mendoza. Tuvieron trece hijos. Fuera del matrimonio tuvo a Juan Enríquez, a quien su padre, antes de ir a Sevilla, lo dejó como capitán general de la flota ya que era un "esforzado y buen caballero." Murió en Guadalupe en 1429 a los 75 años.

Su primogénito, Fadrique Enríquez, segundo Almirante y primer Conde de Melgar, heredó el título de Almirante con las posesiones y dignidades que fueron de su padre: Rico-hombre, Maestre de la Orden de Santiago, señor de Medina de Rioseco, Castroverde, Torrelobatón, Mausilla, Rueda, Melgar, Villada, Villabragima, Palenzuela, Malmanda, Castillo de Santa Cruz, Villas de Arcos y de Peñafiel, Simancas, Castilberrón y algunos más.

Esteban Ortega Gato, en un interesante artículo: "Los Enríquez, Almirantes de Castilla", describe:

"Don Fadrique estuvo casado dos veces. Primeramente con Doña Marina de Córdoba Ayala y Toledo, cuarta señora de Casarrubios y Arroyo Molinos, hija de Don Diego Fernández de Córdoba, primer Señor de Baena y de Doña Inés de Ayala; con Doña Marina tuvo una hija solamente, Doña Juana, reina de Aragón y madre del Rey Católico Don Fernando.

La primera mujer murió prematuramente, Don Fadrique contrajo matrimonio nuevamente con Teresa de Quiñones, hija de Diego Quiñones, de la Casa de Luna. De este segundo enlace nacieron Don Alonso, tercer Almirante; Don Pedro, Señor de tarifa y Adelantado de Andalucía, de quien se conserva en Sevilla la famosa casa de Pilatos, por encargo suyo erigida en 1500; Don Enrique, tío y Mayordomo mayor de los Reyes Católicos y Almirante de Sicilia; Doña María, casada con García Álvarez de Toledo, primer Duque de Alba; Doña Leonor que casó con Don Pedro Álvarez Osorio, segundo Conde de Trastámara y Marqués de Astorga; Doña Inés, mujer de Don Lope Vázquez de Acuña, segundo Conde de Buendía y señor de Dueñas; Doña Aldonza, desposada con el Duque de Cardona y Doña Blanca, religiosa en el Monasterio de Santa Clara de Palencia".

Don Fadrique falleció en 1473, sus restos se depositaron en el Monasterio de Santa Clara de Palencia.

El tercer Almirante, llamado como su abuelo, Alonso Enríquez, a quien los Reyes Católicos



Restos óseos exhumados de la tumba de Cristóbal Colón en la Catedral de Sevilla en el año 2003.

llamaban nuestro primo, participó como sus antecesores en los avatares políticos en tiempos de Enrique IV y primeros años del reinado de Don Fernando y Doña Isabel de Castilla. Murió en 1485. Le sucedió como cuarto Almirante su hijo Fadrique Enríquez.

Jesús Lalinde en su libro "La Institución Virreinal en Cataluña (1471-1716)", nos da a conocer acerca del cargo de Virrey toda una serie de interesantes datos, dignos de tener en cuenta. "El Virrey ocupa el solio real, esto es, se sienta en el mismo lugar que el rey, y goza de las mismas prerrogativas, honores y privilegios que éste, con preferencia sobre todos los preladados, y magistrados... no hay en su época y dentro de los territorios de la Corona otra figura que tenga mayor relieve, si se exceptúa el propio Rey".

"En consecuencia, el Virrey es la más alta de las magistraturas en el principado, representante de la persona del monarca en el aspecto político, considerándosele teóricamente un 'alter nos' hasta en el hecho de ser considerado su asesinato como delito de lesa majestad en primer grado."

Lalinde también haciendo referencia a las personas en quienes recae el nombramiento nos dice que *"la importancia del cargo, superior a cualquier otro dentro del territorio, presupone el que ha de recaer en personas de gran porte. Así lo indican los propios Reyes y lo recoge la doctrina contemporánea a la institución."*

En Cataluña, al igual que en los territorios aragoneses de Italia, se inaugura con una persona de la familia real: el Infante Don Enrique de Aragón. Parece como si esto quisiera dar la medida de la importancia del cargo... el principal oficio del Virrey es la administración de la justicia."

Con relación a la petición de Cristóbal Colón del cargo de Virrey y Gobernador General a perpetuidad de cuantas tierras descubriese viajando hacia Occidente, Federico Udina Martorell, afirma que esto evidencia que él conocía la estructura política de la Corona de Aragón, ya que el cargo de Virrey era poco conocido en Castilla, y el de Gobernador General, con esta denominación de General, no existía en la Corona de Castilla.

Cabe puntualizar que, a la sazón, y conforme a las Instituciones Catalanas, el heredero de la Corona asumía el gobierno de Cataluña a título de Virrey y Gobernador General. Este cargo correspondía al Príncipe de Viana, puesto que Don Alfonso V, en Nápoles, al 26 de junio de 1457, le había declarado Príncipe heredero y sucesor después de su padre, de los Reinos de Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña, Sicilia y del principado de Cataluña. Este dato nos desvela la razón por la cual Colón reivindicó con tanto ahínco a los Reyes el cargo de Virrey y de Gobernador General, bien parece con la finalidad de igualarse en cuanto a ciertos honores y preeminencias a su padre el Príncipe de Viana.



También en abril de 1492, es decir, varios meses antes del descubrimiento de América, los Reyes ya reconocieron documentalmente la nobleza de Colón.

En el Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona, se conservan juntamente con la copia cancilleresca de las "Capitulaciones de Santa Fe", dos salvoconductos que también en copia de cancillería expidieron Don Fernando y Doña Isabel a favor del Almirante y Virrey, para que nadie pusiese impedimento para realizar el viaje que en servicio de los Monarcas se proponía llevar a cabo.

El primero de estos documentos en el que lo declaran noble es el pasaporte de Colón. En un fragmento de él, podemos leer: "Enviamos al Noble Cristóbal Colón, con tres carabelas por el Mar Océano hacia las Indias". Dado en Granada, 16 de abril de 1492. Yo el Rey. Yo la Reina. El Rey y la Reina me ordenaron esto a mí, Juan de Coloma".

El segundo salvoconducto para el descubrimiento del Nuevo Mundo es una carta de los Reyes Católicos al Soberano de Catay. En este documento se dice: "Por ello hemos decidido enviaros a nuestro Noble Capitán Cristóbal Colón, dador de la presente. Desde Granada, 30 de abril de 1492. Yo el Rey. Yo la Reina. Coloma Secretario.

Las Capitulaciones de Santa Fe y estos dos mencionados Salvoconductos son los tres únicos documentos relativos al Descubrimiento de América, que se registraron en la Cancillería de la Corona de Aragón.

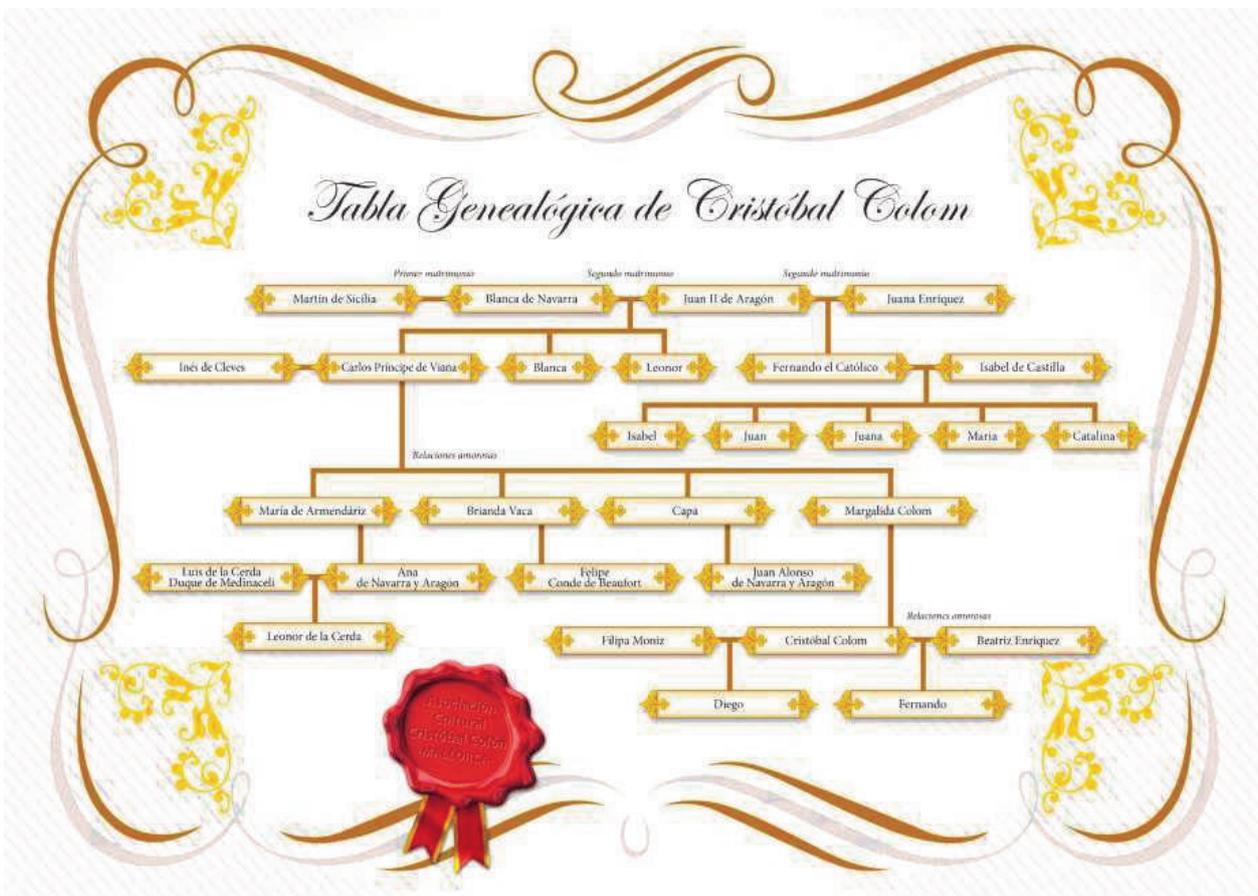
Colón se sentía como hijo de Rey. Esta es la verdadera razón por la cual reivindicó y le concedieron en Santa Fe los Reyes Católicos, títulos, honores y privilegios reservados a personas de noble alcurnia y de sangre real.

Todas estas inaceptables pretensiones no son propias de un humilde mercader genovés, hijo de Doménico Colombo que ejerció el oficio de tejedor de paños y tabernero. Y si de un Cristóbal Colón, hijo natural de Don Carlos, Príncipe de Viana (hermano del Rey Fernando) y de la mallorquina Margalida Colom, que nació en 1460 en Felanitx, Mallorca.

No cabe duda, como ya he manifestado en otras ocasiones, que son apócrifos todas los documentos que los defensores de la tesis genovesa nos presentan, con el objetivo de probar que Critóforo Colombo es la misma persona que el verdadero Descubridor de América, el mallorquín Cristóbal Colón. **PREGON**

El autor es Presidente de la Asociación Cultural Cristóbal Colón.

Supuesta genealogía de Cristóbal Colón



EL TAÑER TRISTE DE LAS CAMPANAS DE OLITE: ELEGÍA A INÉS DE CLEVES

José Ramón MARTÍNEZ ERRO &
Francisco Javier CORCIN ORTIGOSA

JOSÉ RAMÓN MARTÍNEZ ERRO "EL COCI"

Conocido popularmente como "El Coci", fue una persona que por su forma de ser y su cariño hacia Olite, se ganó el aprecio de sus vecinos.

Natural de Pamplona, a Olite le trajo la fabricación de los cubitos de caldo concentrado "Coci", de ahí su apodo, pero se entusiasmó de su historia, de su arte y, sobre todo, de sus gentes, y eso siempre lo llevó con orgullo.

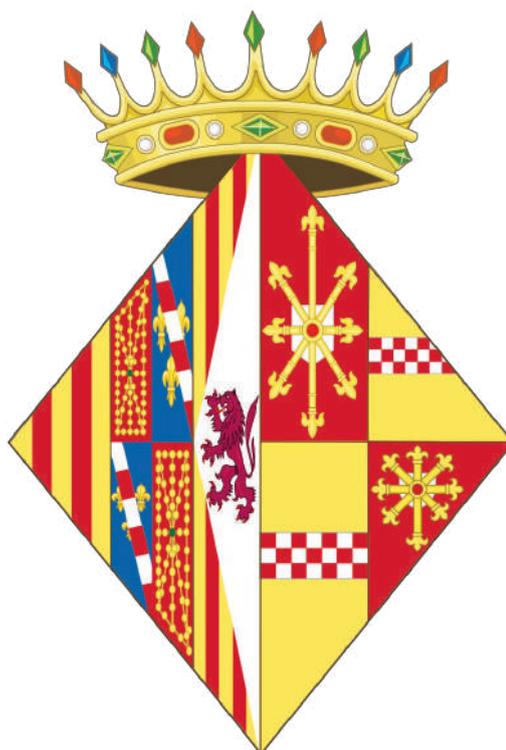
Su integración en la ciudad le llevó a formar parte de la corporación municipal, participar de forma activa en la vida local y casarse con una olitense. Fijó la residencia de trabajo en Barcelona donde falleció en 2001.

Su gran dinamismo e iniciativa lo vemos reflejado en la edición de los programas de fiestas de 1944 a 1949, cargados de un contenido cultural que sobrepasaba el festivo, con artículos de historia, arte, costumbres, deportes, crónicas, cantares, etc. Y ahí encontramos la participación de José Ramón y su pluma para hablarnos del Palacio, de doña Blanca, del príncipe de Viana, de los judíos, de los blasones nobiliarios...

Importante aportación fue la publicación del libro "Olite, Corte de Reyes", que durante muchos años fue la referencia histórica de la ciudad. Con ello contribuyó al conocimiento y divulgación de nuestra historia, arte y tradiciones.

"El tañer triste de las campanas de Olite - Elegía a Agnes de Clèves" es una de sus creaciones más apreciadas.

Su labor fue reconocida por el Ayuntamiento de Olite con la imposición del Pañuelo de Honor de la ciudad.



Blasón de Inés de Cleves.

ELEGÍA A INÉS DE CLÈVES

Recuerdo emocionado para la joven princesa Inés que nacida en lejanas tierras, vino, casó, vivió y murió en nuestro palacio.

Para su bondad y exquisito trato, quiso y se hizo querer, amó y se hizo amar, Olite no la debe olvidar.

Corría el año de gracia de 1439 cuando los preceptores de la corona navarra vinieron en acordar que el Príncipe Carlos debía acomodarse en matrimonio, para asegurar la continuidad de la estirpe.

Carlos de Viana, nieto de Carlos III "el Noble", y de Leonor de Castilla (Trastámara), e hijo del ambicioso Juan II de Aragón y de la inefable Doña Blanca, tenía dos hermanas nacidas en Olite.



*Bodas de Carlos e Inés (Olite, 2018).
Fotografía de Javier I. Igal.*

La desdichada y bien amada por los navarros, Blanca, repudiada por su marido Enrique IV de Castilla (el Impotente), por falta de sucesión, y la ambiciosa Leonor, casada con el prepotente Gastón de Foix.

De entre las jóvenes de linaje en las cortes europeas en edad de merecer, fue elegida Inés (Agnes) de Clèves, sobrina del Duque de Borgoña Felipe "el Bueno", en cuya custodia vivía desde que quedara huérfana, en el Ducado de Clèves, sito en Alemania Occidental (Renania-Westfalia), cerca de Holanda.

En nombre de nuestro Rey, una selecta comitiva mensajera se trasladó hasta el lejano Ducado con el objeto de pactar, redactar y jurar las capitulaciones matrimoniales, tan satisfactorias por cierto, para Inés de 16 años, como para Carlos que contaba con 19.

Sólo faltaba el último paso: FACER LAS BODAS.

Inés, acompañada por su hermano el Duque de Clèves, caballeros tudescos y damas de alto rango embarcaron cerca del Rhin, con rumbo a Bilbao, donde a su llegada fueron muy bien recibidos por los adelantados del reino navarro, presididos por Don Juan de Beaumont. Muy emotivo resultó el encuentro.

Tras breves días de descanso la numerosa comitiva partió de Bilbao, camino de Estella, donde, en el Palacio Real, dignamente ornamentado y engalanado, esperaba Carlos, con la gentileza que le honraba. Allí se vieron los novios por primera vez e intercambiaron los preceptivos regalos.

El 30 de septiembre siguiente se celebró en Olite el enlace. Los actos religiosos en Santa María la Real; los profanos en salones y dependencias de palacio.

Lujo, magnificencia y derroche, animaron los esponsales; juglares, artistas comediantes, moros y moras (hechos venir de Valencia), fuegos de artificio, etc. alegraron la estancia de los convidados.

No faltaron embajadores de otros reinos, obispos, priores, ricos-hombres, hidalgos, autoridades, nobleza local y pueblo llano.

El yantar ofrecido a todos espléndido.

El Duque de Clèves y sus acompañantes fueron huéspedes de honor en las estancias del castillo hasta las Navidades. Varias damas de las llegadas dieron a Inés el cariño que no pudieron darle sus padres, y quedaron a su servicio; el resto, vía Barcelona, retornó a sus lares en los primeros días de 1440.

Los años de vida matrimonial de Inés y Carlos son considerados como felices pese a algunas veleidades de él, obsesionado por tener descendencia.

Visitas regias, cantigas, torneos, anocheceres poéticos con recitales a la luz de las antorchas o de la luna, juegos y diversiones en las amplias cámaras, música, conciertos en los jardines suspendidos y otras chanzas, alegraban su estancia.

La fatalidad quiso que terminaran los buenos días para el reino y los príncipes, ya que al cabo de nueve años de matrimonio, rodeada de sus atribulados allegados, falleció Inés en palacio el 6 de Abril de 1448, sin descendencia.

Su prematuro y silente óbito contando 26 años, frustró las esperanzas del pueblo navarro, dejó a Carlos sumido en desconsuelo y precipitó la descomposición de la monarquía navarra, y la decadencia de Olite (como Corte), al no desear el príncipe, tras su viudez, volver a palacio:

"PORQUE EN EL ASALTABAN SU MENTE ACAECERES IMPOSIBLES DE TORNAR"

Marchó a sentar sus reales al Palacio de Sangüesa, acompañado del martirio que de por vida le persiguió.

XXXXXXXXXX

A tiempo de alba
clareando el día
tañen triste
campanas de Olite.
En la real cámara
donde se aposentaba
ha fallecido Inés
esposa del de Viana.

Melancólicamente
en la torre del vigía
suena cabrerizo cuerno
pregonando la muerte
por el contorno.

Se dispuso con presteza
anunciar la triste nueva
a ciudades, villas-nobles
y lugares del reino.

Caballeros mensajeros
cabalgaron ligeros,

**PARA FACER SABER EL
TRANSPASAMIENTO
DE LA PRINCESA A QUIEN
DIOS PERDONE.**

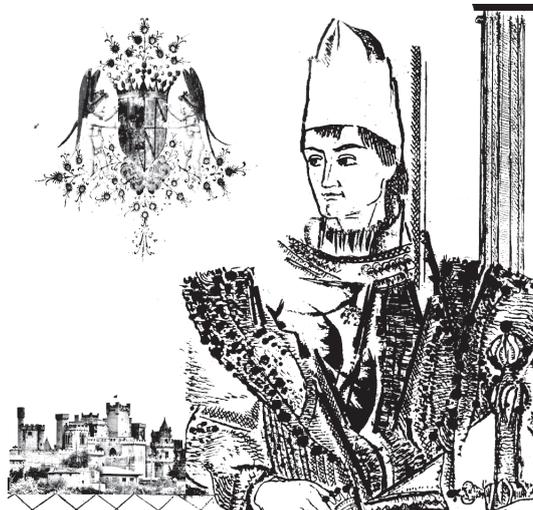
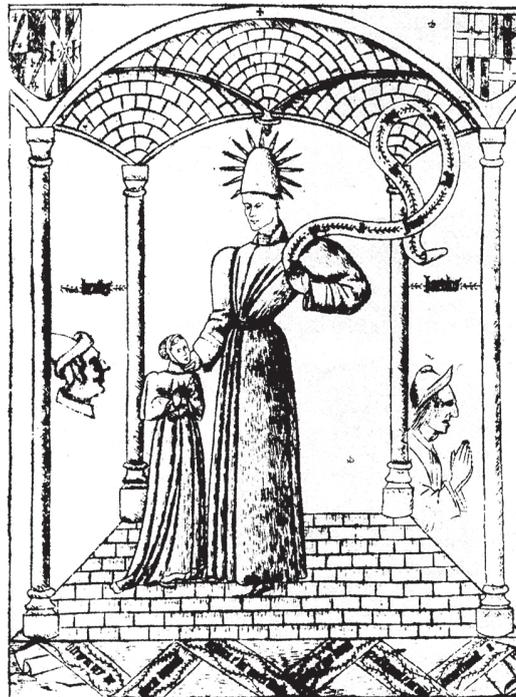
Solemne funeral
en Santa María la Real.
Clerencia, pueblo y nobleza,
alcaldes de buenos lugares
y de palacio servidores.
Oficia las oraciones
rindiendo honores
el Prior de Roncesvalles.
Mínimos franciscanos
y canónigos antonianos
velaron.

Hicieron presencia
con visible condolencia;
de la Aljama local,
hebreos,
de la sinagoga de Estella,
judíos,
de Tudela y su ribera,
agarenos.

Finados los funerales
partieron del templo
con gran recogimiento
en procesión solemne
los despojos de Inés.



Esponsales de Carlos de Viana e Inés de Cleves.
Dibujo de José M^o Iribarren.



Representación de Carlos de Viana y Olite

En urna noble, de roble,
acomodada
sobre acémilas uncidas,
pareadas,
ricamente cubiertas
con paramentos
de las armas reales.

Carlos de Viana
medita sumido en dolor.
La meditación
es su oración.

En el pueblo, desconsuelo
y plegaria del clero.
En la Ermita de Santa Brígida
del monte Encinar altozano,
el ermitaño,
hombre bueno y timorato
con fama de santo,
asegura que el aguacero
que cayó en hora oportuna
del fallecimiento,
no fue agua de lluvia,
fueron lágrimas de la luna.

Con solemnidad encabeza
emotiva comitiva
el pendón de la realeza,
(heraldo de la tristeza)
portado por el faraute
pensativo y triste.
Comienzan a andar
por el Camino Real
que pasando por Tafalla
y otras buenas villas
a Pamplona lleva.

Acompañan caballeros
portando teas ardiendo
blasonados hidalgos
emocionados.
Caminan haciendo alto
para los restos ser honrados
en lugares del trayecto.

Por sendas de abarca y herradura
entre trochas y barrancales
que unen con caminos reales,
nobleza y pueblo
acrecientan séquito
al acompañamiento.
Pasado el carrascal,
al llegar el cortejo
a la calzada romana
y cruce
que el apóstol conduce,
a la vera del camino
humilde peregrino
encubre su anonimato
tosco sayal frailuno;
arrodillado,
apoyado en su cayado,
en señal de respeto
descubierto,
por el ánima de la Princesa,
reza.

La comitiva sigue el camino
y el peregrino
toma de Santiago ruta
larga y abrupta.

*Pese al día primaveral
el frío cierzo del norte
da de frente, cortante;
el cortejo sigue su andar
para con gran solemnidad
ser en Pamplona recibido
y acompañado a la catedral.*

*Carlos, caballero solitario,
jinete cansino, distraído,
abulia y desconsuelo
en dolor sumido.
Por derecho era Rey,
y no lo fue
por desafuero de su padre,
que no por ley.*

XXXXXXXXXX

El cadáver de Inés fue inhumado muy devotamente en la nave central, en sepulcro sito delante del de los reyes Carlos y Leonor; junto a otros príncipes.

Funeral solemnísimo celebrado en la misma Seo, presidido por el Príncipe Carlos y toda la familia real, acompañados de obispos, nobleza, representantes de otras monarquías reinantes, venidas exclusivamente para estar presente en los actos. Los asistentes acomodados por estamentos. El pueblo abarrotó el templo y sus contornos.

El sepulcro conserva la lápida pétreo que desde entonces lo cubre. Consta en ella el nombre de Inés y sus circunstancias.

Las ceremonias, según el cronista, fueron solemnes y brillantes como nunca se habían visto.

Carlos momentáneamente marchó a Sangüesa, pasando el resto de su vida sin sitio fijo donde vivir, soportando un largo rosario de sinsabores y amargas.

Lucha contra su padre y su madrastra Juana Enríquez. Sufre prisión en diversas fortalezas, guerras, emigraciones a Italia, Mallorca y Sicilia; apresamiento por traición en Lérida, prohibición de regresar a Navarra, desastre en la batalla de Aibar donde cae prisionero; amores, desamores y desazones.

Reclamado por el pueblo catalán, que como heredero de la corona de Aragón lo consideraba, marchó a Barcelona, donde fue recibido con gran entusiasmo y mucho cariño. Entre aclamaciones entró triunfalmente a aposentarse en el Palacio Real, cerca de la Catedral.

Los sufrimientos, cárceles y calamidades pasados, habían arruinado totalmente su salud. En el mismo palacio y a los 40 años de edad murió destrozado de tuberculosis.

Sus restos fueron enterrados en la catedral y muy posteriormente trasladados y acomodados en una de las tumbas reales del Monasterio de Poblet (Tarragona).

Las revoluciones habidas en España en el siglo XIX, la más funesta derivada por el decreto de desamortización (Mendizábal) y en este siglo la de 1936, fueron pretexto para asaltar, profanar y destruir las tumbas. Los huesos esparcidos y amontonados en un osario.

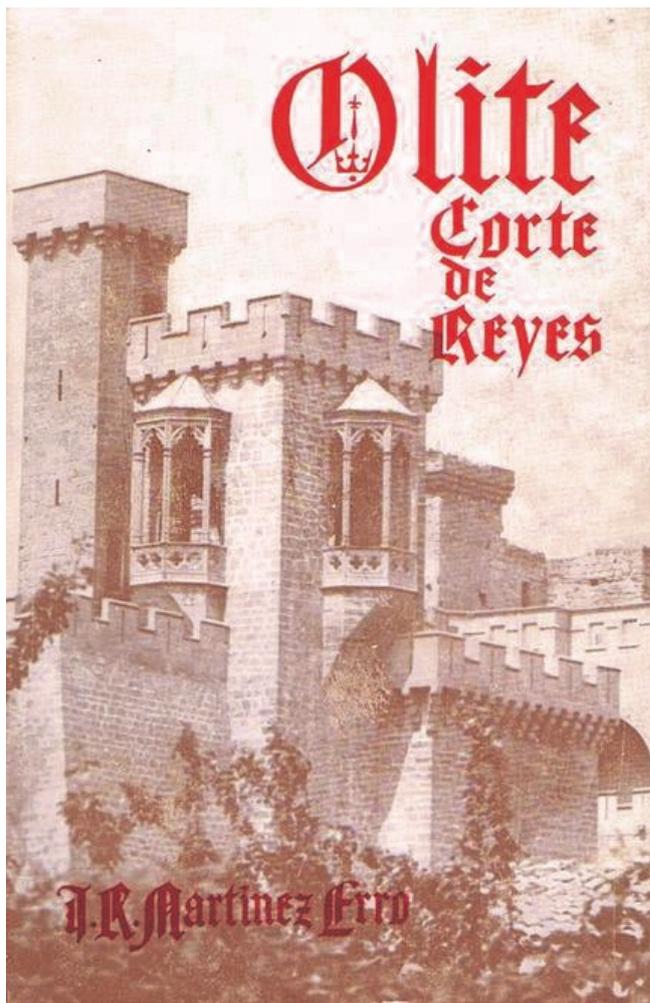
Reconstruidas posteriormente bella y acertadamente, y los restos nuevamente colocados en los túmulos; sin identidad posible como es de entender.

Su padre, Juan II, responsable de sus sufrimientos, sobrevivió muchos años. **PREGON**

nº 62 enero 2022

58

PREGON



Portada libro de J. R. Martínez Erró



LOS PRIMEROS AÑOS DEL PRÍNCIPE DE VIANA (OCHO CANTOS PARA RECITARLOS EN VOZ ALTA)

Víctor Manuel ARBELOA MURU

umarbeloa@gmail.com

CANTO I

Nació el niño en una estancia
del convento de San Pablo
de la villa de Peñafiel,
ducado de su padre,
el 29 de mayo del año del Señor de 1421.
Carlos sería su nombre,
igual que su abuelo materno,
Carlos III de Navarra, conde de Evreux,
casado con Leonor de Trastámara,
hija de Enrique II de Castilla,
quien con muchos festejos celebró el natalicio en su rico palacio de Olite.
A él volvió, solo un año más tarde,
Blanca, la madre del niño,
dejando a su esposo y sobrino
Juan de Trastámara,
trece años más joven,
nacido en Medina del Campo
-señor de Castrojeriz, infante de Aragón,
duque de Montblanc, duque de Peñafiel,
ex lugarteniente real de Sicilia-,
atrapado en su red
de infinitos intereses castellanos.

Convocó el rey de Navarra,
Carlos el Noble, las Cortes,
que el 11 de junio juraron al niño
por rey y señor natural
tras las muertes futuras del abuelo y la madre.
Con ellos vivió desde entonces
en el bello palacio de Olite,
regalado con el título regio *Príncipe de Viana*
y una espesa herencia de villas,
castillos y aldeas a su solo servicio.

El abuelo murió tres años después.
Y Blanca, proclamada reina,
envió a su esposo
el simbólico pendón real de Navarra
y las *sobrevestas*
con las armas heráldicas del reino.
En la ciudad de Tarazona,
donde Juan pactaba con su hermano Alfonso
-rey de la Corona de Aragón y de Sicilia,
recién desembarcado-
el futuro del *partido aragonés* en Castilla,
hicieron duelo, tres días, por el rey de Navarra, encerrados en sus celdas,
y, tras las honras fúnebres, montaron a caballo.
Juan fue proclamado allí rey por sus tropas
al grito del rey de armas:

*¡Real, real, real,
por el rey don Juan de Navarra
y por la reina, su mujer.*

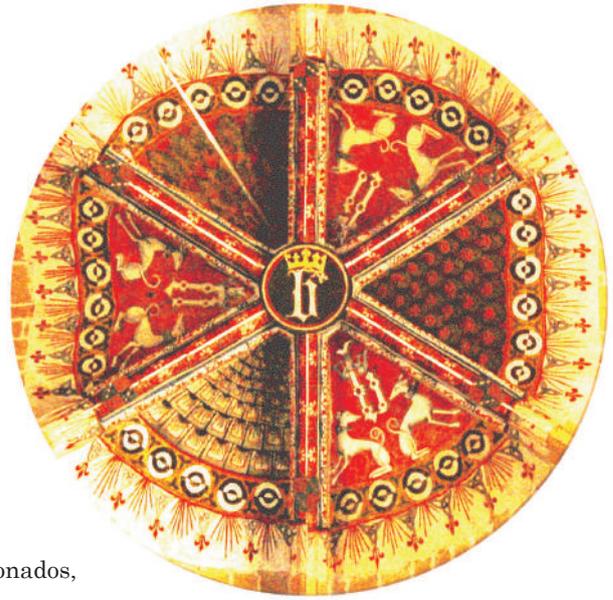
El pacto se firmó en la Torre de Araciél,
frontera navarro-aragonesa.



Carlos de Viana.
Postal ca. 1900

CANTO II

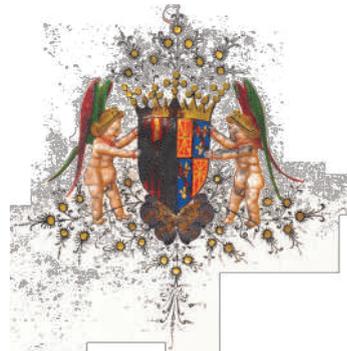
Expulsado Juan, por sus intrigas,
 desaguisados y trapisondas,
 de la corte de Castilla,
 y habiendo sido sus bienes confiscados,
 volvió a Olite, donde Blanca
 y todo el reino le esperaban.
 Era ya la hora
 de la unción y coronamiento de sus reyes.
 Juraron Blanca y Juan
 en la iglesia catedral de Pamplona,
 delante de la cruz y los santos Evangelios,
 defender y mantener los fueros sacrosantos.
 Y juraron después los tres Estados
 guardar y defender a sus señores
 teniendo a doña Blanca por *reina*
señora natural
 y a don Juan como rey por esposo de la reina,
propietaria del reino de Navarra.
 Ungióles el prelado pamplonés. Y con su propias manos coronados,
 teniendo en las manos los cetros del poder,
 subieron a los escudos
 y fueron levantados sobre el pavés del templo,
 al triple grito ¡*Real, Real, Real!* de los presentes,
 que cantaron después el solemne *Te Deum.*



Emblema Armas de Blanca I
 ("b" coronada) con lebreles blancos
 Catedral de Pamplona.
 Fotografía de Javier I. Igal

CANTO III

¿Quién declaró la guerra a quién? Lo cierto es que hubo guerra,
 casi siempre guerra de fronteras,
 entre Juan II de Navarra y Juan II de Castilla,
 su primo carnal,
 un genuino garzón de los Trastámara.
 Hubo invasiones mutuas.
 Laguardia, Gorriti, San Vicente la Sonsierra
 Tudején, Oyón, Cabredo o Genevilla
 fueron cayendo en manos castellanas,
 mientras el rey castellano sitiaba Peñafiel.
 El tesoro del reino de Navarra
 estaba exhausto.
 Se pusieron a la venta
 vasos de plata y oro,
 joyas y piedras preciosas
 -algunas de la Corte-,
 prendas personales, imágenes de santos,
 libros y espadas,
 hasta la plata de las iglesias.
 Blanca de Navarra y María de Aragón,
 la esposa de Alfonso V,
 gobernadoras de sus reinos,
 hostiles a la guerra de maridos y cuñados,
 enviaron embajadas de paz
 a la corte castellana.
 La tregua acordada en Majano,
 un lugar de Soria,
 con Alfonso de Aragón y Sicilia
 como gran componedor,
 detuvo la guerra,
 pero dejó las cosas casi como estaban.



Relieve representando al
 Príncipe de Viana en el antiguo
 Archivo General de Navarra.

CANTO IV

Desde la muerte de Carlos III el Noble
regía el reino con pulso firme
su hija Blanca I de Navarra.
Siete años estuvo casada con Martín el Joven,
rey de Sicilia, hijo del rey de Aragón,
y con plenos poderes gobernó
aquel reino turbulento
tras la muerte del rey,
con peligro, cien veces, de su propia vida.
No era nuevo para ella ni el mando ni cualquier compromiso.
De salud delicada,
vivió largos años la ausencia de Juan
por Castilla, Aragón e Italia,
entregada a sus hijos, Carlos, Blanca y Leonor,
y a sus santas, frecuentes devociones:
Santa Brígida, de Olite;
Nuestra Señora, de Ujué;
Nuestra Señora de Rocamador, de Estella;
la Virgen del Pilar, de Zaragoza,
en gratitud a la cual
fundó la Orden caballeresca
-enseña azul y pilar bordado en oro-de *A ti me arrimo*.

Era Carlos de Aragón y de Navarra,
de Trastámara y Evreux,
el hijo primogénito,
de estatura más que media, cara delgada,
aspecto sereno y grave,
y expresión melancólica.
*Muy bello, muy sabio, muy agudo
y muy claro de entendimiento.
Gran trovador y buen músico,
danzante y cabalgador,*
le vio el capellán de Alfonso V,
semejante a sus padres, tíos y abuelos.
Un tutor, de muy niño, le eligió su madre,
y, al cumplir los diez años, le dio un confesor,
agustino o franciscano.
Tutor de sus estudios fue
Fray Juan de Beaumont,
prior de la Orden de San Juan,
hermano del condestable,
y entre otros preceptores:
el bachiller Alfonso de la Torre,
escritor y humanista castellano,
autor de un libro enciclopédico,
Visión deleitable de la filosofía y artes liberales,
o el poeta y militar catalán Pere Torroella.

Muy joven, tuvo Carlos *casa* aparte
dentro del palacio
y una densa corte palaciega
cuidando de su persona.
Gustaba de la elegancia
en todos los aspectos:
armas nobles, muebles preciosos,
lindos paños de Ypres o de Courtrai
y lenes vestidos de seda.
La corte real de los Evreux-Trastámara en Olite
era hartamente galante, amena y festival.
No faltaba la caza con perros y halcones,
ni un parque zoológico
desde tiempos del abuelo,

con leones, camellos, jirafas, osos y búfalos,
ciervos, jabalíes, cisnes y loritos.
Fiestas y espectáculos,
bailes, recepciones,
justas de caballeros,
eran cosas proverbiales en palacio.
Músicos y trovadores,
coro de niños, juglares, ministriles,
sonadores de órgano, arpa o laúd,
actores de teatro.
trepadores, volteadores, jugadores de pértiga,
magos y bufones, enanos y hasta astrólogos
hacían las delicias de grandes y pequeños.



Pendón del Príncipe de Viana



Vista del Palacio de Olite, Genaro Pérez Villaamil, en *España Artística y Monumental* (1850).

CANTO V

Confirmada la tregua de Majano, tras cinco años de paz,
se firmó también el compromiso
entre el príncipe Enrique, heredero de Castilla
y la infanta Blanca de Navarra,
12 años de edad.
Pocos meses antes, la pequeña Leonor
había sido prometida
al niño Gastón de Foix,
hijo del conde viudo de Juana, la hermana mayor de la reina Blanca.
Las bodas de estas niñas
se celebrarán varios años más tarde.

No había, en cambio,
princesas casaderas para Carlos
ni en Castilla, Francia o Portugal.
Hubo que buscar más lejos: la elegida
fue Inés (Agnes) de Clèves,
un año más joven que el príncipe,
hija tercera de Adolfo de Clèves
y María de Borgoña,
hermana del duque Felipe III el Bueno,
vasallo del rey de Francia.
La boda de Carlos e Inés, celebrada en Olite,
en el año de gracia de 1439,
fue, al decir de los cronistas de la época,
fastuosa y retumbante,
a la manera de la corte borgoñona,
y sorprendió a los invitados
de Castilla y Aragón.
Carlos e Inés no tuvieron hijos
ni parecía en buen hora su coyunda.
A los pocos años de la boda,
el príncipe de Viana prefería
los mimos amorosos de María de Armendáriz,
una dama del servicio de su madre y, después, de su hermana Leonor.

A mi señora e mi amor
-le decía en una de sus cartas-:
La queja de mi deseo atormenta a mi persona,
de la cual no se espera otro remedio...
No fue solo una aventura pasajera:
Ana de Aragón y de Navarra,
-casada, en su día, con Luis de la Cerda,
quinto duque de Medinaceli-
fue su fruto principal.
Quiso Carlos casarse con ella, como indica
un billete amoroso, enviado
en mayo de 1451: *Yo el Príncipe*
do mi buena fe a vos,
dona María de Armendáriz,
que aviendo de vos alguna criatura
o criaturas,
tomaré por mujer mía...
Pero no lo consintieron
hombres fuertes de su corte:
Juan de Beaumont,
Camarero Mayor entonces,
hermano del condestable de Navarra,
o Juan de Cardona, maestre del Hostal.
Y Carlos prefirió casarla
con Francisco de Barbastro,
caballero a su servicio.
Pero fue, además, doña María
siempre una fiel confidente del príncipe,
y en momentos difíciles diligente protectora.

Agnes, la triste Princesa de Viana,
se apagó en el lustroso palacio de Olite,
el 6 de abril del 1448,
con solo 26 años de edad.



El Príncipe de Viana en la Batalla de Aibar.
Tapiz en el Castillo de Cortes.

CANTO VI

Siete años antes,
tras una peregrinación de doña Blanca
al santuario de Guadalupe,
se encontró con su hija mayor
y su esposo el príncipe Enrique,
queriendo poner un poco de paz en Castilla.
Fue el encuentro en el palacio real
dentro del nuevo monasterio
de Nuestra Señora de Soterraña
de Santa María la Real de Nieva,
joya del arte románico-gótico,
financiado, protegido y mimado
por los reyes de Castilla,
en manos de frailes dominicos.
Pero enferma y fatigada, la muerte le impidió
volver al palacio natal de Olite
y reposar su cuerpo, cual tenía prescrito,
en su iglesia querida de Ujué.
Juan nombró a su hijo Carlos
lugarteniente general del reino.
No le gustó al príncipe tal título,
por contrario a su *derecho de sucesión*
y descendencia,
pero aceptó, como *hijo obediente,*
seguir a su padre y señor.
Blanca de Navarra, en su testamento,
de acuerdo con el contrato matrimonial,
declara al primogénito
heredero universal del reino de Navarra y del condado de Nemours.
Pero, a la vez, le pide
que quiera tomar sus títulos
con la benevolencia y bendición del dicho señor rey su padre.
Al tiempo que quiere y ordena que este
sea tutor, curador, regidor y administrador
del príncipe Carlos.
¡Qué consejos tan prudentes y sensatos de una madre y esposa!

CANTO VII

Juan II de Aragón y Navarra seguía en Castilla
Y Carlos ocupaba su lugar en el Reino navarro.
Dos años más tarde, tras el *golpe de Rámaga*
-expulsión del Consejo Real de Castilla
de los partidarios del caudillo Álvaro de Luna,
valido del rey castellano,
máximo enemigo del *partido aragonés-*,
se comprometió don Juan
con Juana Enríquez, su prima,
hija del almirante de Castilla, don Fadrique,
con la que casó cuatro años más tarde.
Otro golpe político.
Era Juana, mujer de 23 años,
hermosa e inteligente,
capaz de toda clase de gobierno
y diplomacia.
Pero estalló de nuevo en Castilla la guerra civil,
y en la batalla de Olmedo
fue derrotado severamente
el bando aragonés.
Se vio obligado Juan a volver a Navarra,
su descanso temporal:
había perdido todas sus posesiones
y muerto su hermano Enrique,
otro señor de la guerra,
recién casado con Beatriz de Pimentel.
Pero no se dio por vencido
y, rotas una vez más las hostilidades,
con ayuda de su hermano el rey Alfonso,
sus tropas salieron de Estella
camino de Castilla.
Tras la acostumbrada tregua,
una liga de nobles castellanos,
con el favor del príncipe Enrique,
buscaba eliminar
al genio maligno de Luna.
Pero el tornadizo príncipe
tornó al bando de su padre
el rey, y la liga,
la *gran liga* en Castilla y Aragón,
quedó hecha añicos.

En sus contadas visitas a Navarra,
Juan hacía mangas y capirotos
con oficios, pagos, prebendas y finanzas
y, lo que más dolía,
regulaba los derechos,
mandatos y donaciones
del príncipe.
Los gastos de las bodas eran muchos,
los gastos de las guerras fronterizas incontables.
Hubo que vender de nuevo todo lo posible
y pedir préstamos a nobles amigos.
El pueblo rehuía los impuestos,
hijo y padre cobraban y pagaban
por su cuenta.

CANTO VIII

Fracasada la liga,
llegó inesperadamente el rey don Juan
a la ciudad de Tudela.
Un año entero estuvo esta vez en Navarra.
Vino acompañado de su hijo
natural de soltería,
don Alonso de Aragón,
y las setenta personas de su séquito.
Era su madre doña Leonor de Escobar,
dama de Leonor de Albuquerque, madre del rey.
Criado en la corte portuguesa,
fue nombrado maestre de Calatrava por el rey Juan II de Castilla,
quien le retiró tan gran merced y recio título,
al unir su suerte
con la suerte belicosa de su padre.
Este le nombró duque de Villahermosa,
Conde de Ribagorza y conde de Cortes.

Volvió don Juan esta vez, más que nunca,
como rey soberano:
desplazó funcionarios, revocó nombramientos,
repartió privilegios y multiplicó prebendas,
sustituyó oficiales y alcaides,
merinos y capitanes.
Apartó de los mandos a los aguerridos bastardos Beaumont,
leales servidores de Carlos,
y confirmó y regaló a sus fieles bastardos
Navarra y Peralta.

Obtuvo, además, de las Cortes del Reino
27. 000 florines para gastos de guerra.
Firmaba, discreto, el lugarteniente
las órdenes y compromisos de su padre.
Era julio del año de gracia de 1450.
Acababa de llegar a Olite
la reina doña Juana,
madrastra del príncipe Carlos.
Iba a llegar también don Juan,
que en Zaragoza
había presidido las Cortes de Aragón
por cobrar el subsidio de 15.000 florines
condicionados, para fines militares.
Carlos pidió también un millar de florines
para salir a su encuentro.

Cuando el rey llegó satisfecho
al palacio de Olite,
su hijo había huido hasta Guipúzcoa
con una fuerte escolta militar,
al amparo del rey de Castilla.

"Batalla de Aibar. Rendición del Príncipe de Viana".
Rafael Pertús - ca. 1601. Museo de Zaragoza.



LOS HILOS INVISIBLES DEL PRÍNCIPE CARLOS

Pedro DEL GUAYO LITRO

anelier@hotmail.com

Desde mucho antes de que llegemos a este mundo el destino de cada uno se ve influenciado por personas, conocidas o desconocidas, y por un sinfín de acontecimientos que no siempre protagonizaremos, pero todos inclinarán nuestra vida en una dirección u otra. Incluso mucho después de abandonar este planeta lo que hagamos marcará el camino de otros que ni siquiera aún habrán nacido. A fin de cuentas estamos unidos por unos hilos invisibles que traspasan el tiempo y el espacio.

Partiendo de esta premisa es necesario tomar distancia para poder ampliar el campo de visión, de tal forma que se abarque mayor contexto y lograr así conocer con más claridad la vida de cualquiera. Y es que no se pueden entender los actos de una persona si los aislamos de la realidad que le rodea, pues hasta el más mínimo suceso o detalle, por muy lejano que se encuentre, puede acabar influyéndolos de forma trascendental.

Asomémonos entonces a la figura del príncipe Carlos observando en qué contexto se sucedieron determinados momentos señalados de su existencia. De esta forma podremos entenderle mejor a él y al mundo en el que vivió.

Mucho antes de que naciese la realidad ya empezaba a cincelar su futuro, pues en tiempos de sus tatarabuelos por parte de madre, Felipe y Margarita, se inició un conflicto dinástico que marcaría Europa durante más de cien años. La vida de todos los que Carlos conoció se vio afectada en mayor o menor medida por esa gran contienda. De hecho, su bisabuelo Carlos participó activamente en la misma, pero no así el hijo de este (a la sazón abuelo materno del príncipe de Viana y conocido como el Noble), quien supo moverse con mano conciliadora, consciente de que la paz manejada de forma inteligente siempre traía más beneficios y ganancias. Precisamente su carácter y personalidad influirían muchísimo en su futuro nieto. Pero no nos adelantemos, vayamos poco a poco.



El rey Carlos VII de Francia, Jean Fouquet (Louvre).

SUS PRIMEROS PASOS

Corría el año 1421 cuando nuestro príncipe abrió los ojos por vez primera un 29 de mayo. En esas fechas la situación política en Europa estaba protagonizada por el gran conflicto entre los monarcas inglés y francés para hacerse con el trono galo, enfrentamiento conocido a la postre como la guerra de los Cien Años. Pero esa larga contienda no solo arrastraba a estos dos reinos, pues los demás territorios continentales también se veían de alguna manera afectados. Por aquel entonces la balanza estaba inclinada a favor del monarca inglés, Enrique V. Sirva de ejemplo que apenas seis años atrás había acontecido la importante batalla de Agincourt donde los soldados británicos destrozaron a la formidable caballería pesada francesa y diezmaron a la flor y nata de la nobleza gala, dejándola literalmente hundida en el barro. Los arcos galeses, una vez más, sentenciaron la batalla.



Sepulcro de Carlos III el Noble y Leonor de Trastámara en la Catedral de Pamplona.

Pues bien, a inicios de 1421 las tornas de la guerra comenzaron a dar un ligero cambio. El 22 de marzo, dos meses antes de que naciera el príncipe de Viana, la situación de Francia era tan desesperada que el delfín Carlos, futuro Carlos VII, pidió ayuda al rey Jacobo I de Escocia, quien no desperdició la oportunidad de combatir a sus históricos enemigos ingleses. Por ello hizo llegar a las filas francesas importantes tropas de refuerzo, las cuales se convirtieron en el pilar defensivo del valle bajo del Loira. Y así los británicos fueron vencidos en la batalla de Baugé. De seguro la causa de la derrota se debió a que el duque de Clarence, a quien el rey Enrique V dejó al mando de las fuerzas militares cuando tuvo que marchar a Inglaterra, se enfrentó al enemigo sin el apoyo de los arqueros. El resultado fue un auténtico desastre para las tropas y las pretensiones inglesas.

Se suceden los días y pasado poco más de un año desde el nacimiento del príncipe navarro, el 11 de junio de 1422 fue jurado heredero por todos los altos cargos y dignidades del reino. Cuatro meses después, un 21 de octubre, murió el monarca francés Carlos VI, reclamando el trono su hijo, el delfín Carlos. Pero la situación en el terreno galo, con los borgoñeses en su contra y con los ingleses ocupando la mitad de Francia, le impidió conseguir entonces la ansiada corona y tuvo

que esperar un poco más para lograrla. Curiosamente la vida de los dos Carlos, el navarro y el francés, seguirían caminos paralelos y se verían influidos el uno en el otro en más de una ocasión. Pero no adelantemos acontecimientos.

El 8 de septiembre de 1425 fue una triste jornada para nuestro príncipe. Aunque solo contaba con cuatro años de edad, la sombra de la muerte de su abuelo materno se hundió en lo más profundo de su alma. Y es que ese día abandonó este mundo el monarca noble; aquel que trajo al reino unas maneras de gobierno y un refinamiento hasta entonces desconocidos. Su influencia traspasaría el tiempo y su legado crecería y se mantendría vivo en la figura de su nieto, quien heredó de él, entre otras cosas, el gusto por las artes, la cultura y el amor por el conocimiento.

Unos meses antes, el 5 de enero, nació quién sería llamado Enrique IV de Castilla. El destino tenía pensado para ambos príncipes, el navarro y el castellano, un futuro en el que compartirían importantes hechos, pues fue hermano de Isabel, conocida tiempo después como la Católica, y esposo de Blanca de Navarra, la hermana mayor del príncipe de Viana. Dicho matrimonio no terminó bien pero ya llegaremos a eso un poco más adelante.



Juana de Arco.

También ese mismo año vino al mundo el 2 de febrero la hermana pequeña de Carlos, Leonor, una mujer que vivió de primera mano el juego de tronos que era la familia real. Sobrevivió a nuestro protagonista y a su padre y llegó a reinar, eso sí tan solo dos semanas, siendo de esta forma ella quien diera continuidad al linaje de la casa real navarra.

Cuando el príncipe cumplió ocho años, en 1429 cobraba protagonismo Juana de Arco. La increíble historia de la doncella de Orleans de seguro habría llegado a oídos de Carlos en más de una ocasión. Sabría de las hazañas de esa joven campesina que, poniéndose al frente del ejército francés consiguió victorias inimaginables y devolvió la esperanza a un pueblo rendido. Gracias a ella el delfín francés logró ser coronado en la catedral de Reims ese mismo año. De igual manera conocería que dos años después, en 1431, dejó este mundo quemada en la hoguera, pues este hecho recorrió todas las cortes europeas y forjó su leyenda.

*Matrimonio Arnolfini, por Jean Van Eyck (1434)
National Gallery de Londres.*

AQUELLOS MARAVILLOSOS AÑOS

El 30 de septiembre de 1439, a los dieciocho años, Carlos contrajo matrimonio con Inés de Cleves en el magnífico palacio de Olite. La joven princesa borgoñesa trajo a Navarra los gustos y las modas de su tierra, que por aquel entonces era famosa por sus lujos y faustos. Ese mismo año nació Juana de Portugal, mujer que sustituiría en un día no muy lejano a Blanca de Navarra como esposa del rey Enrique IV de Castilla, extendiendo una vez más de esta manera un nuevo hilo invisible entre todos. Además sería la madre de una niña llamada Juana, conocida como la Beltraneja, y con ella se escribiría otra página de la historia de España con la tinta de la sangre vertida en una guerra civil, la cual terminaría con la victoria de su tía Isabel. Pasado, presente y futuro, todo volvía a estar unido.

Mientras tanto, ajenos a estos acontecimientos, unos desconocidos marineros portugueses pisaron tierra por vez primera en las islas Azores y así el mundo comenzaba a hacerse más grande. Pero entre las sábanas de la cama de la reina parturienta y los lujos del banquete nupcial de Carlos e Isabel, no había sitio para esos anónimos individuos que cincelaban el futuro de todos a base de navíos, cartas náuticas por dibujar y mucho valor.



LA PÉRDIDA DE UNA MADRE Y EL ADIÓS A UNA ESPOSA

Volvemos a saltar en el tiempo y llegamos al año 1441. El 3 de abril se apagó para siempre la luz de Blanca I de Navarra, madre de Carlos, un desgraciado acontecimiento que supuso el punto de inflexión en la vida del príncipe y en la de todo el reino, pues esta muerte trajo funestas consecuencias para Navarra en forma de guerra civil. Falleció también ese mismo año el pintor Jan van Eyck, quien se convertiría en uno de los más célebres artistas flamencos. En su retrato del matrimonio Arnolfini dejó testimonio de la realidad comercial (de banca y crédito) que dejaba atrás el viejo mundo y se abría a un futuro completamente diferente; uno cambiante pero que aún no había mirado hacia Occidente, más allá del mar Océano. Pero poco faltaría para eso.

Once años después de su boda una nueva muerte condicionó la vida del príncipe de Viana. El 6 de abril de 1448 falleció su esposa Inés de Cleves. De esa unión no nació heredero alguno y Carlos no consiguió volverse a casar, marcando esto el destino de todo el reino.

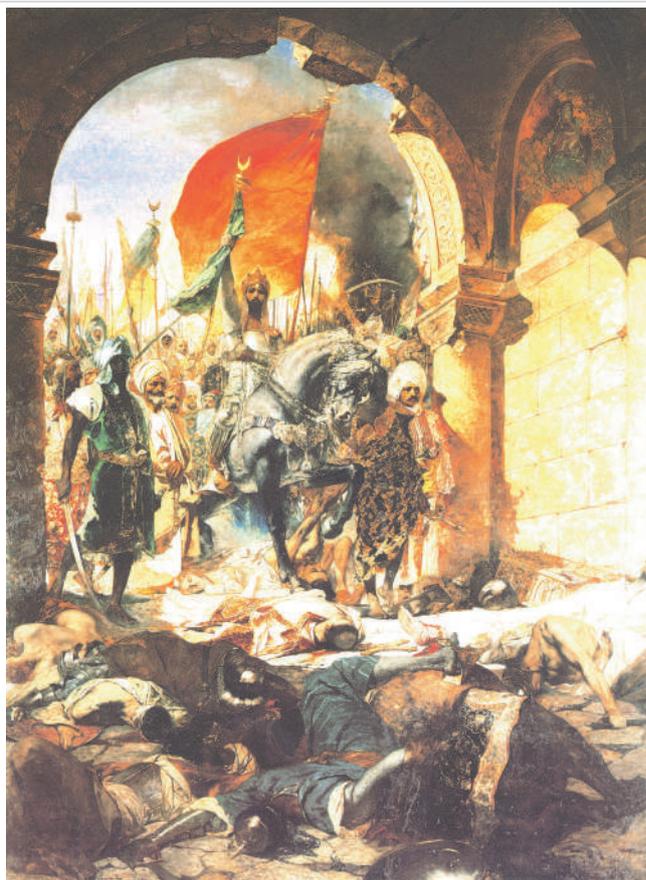
Meses después, el 4 de noviembre nació en tierras de la península itálica Alfonso II, quien llegó a ser rey de Nápoles. Este era nieto de Alfonso V de Aragón, el Magnánimo, que fue tío de Carlos de Viana y con quien mantendría una muy buena relación.

Transcurridos unos años, en 1456, el príncipe navarro realizó un gran viaje que le llevó a París (junto al rey Carlos VII), a Milán y a Roma, para terminar en la fastuosa corte napolitana de su tío, donde se rodeó de un gran ambiente cultural. Conoció allí a ese pequeño Alfonso de apenas ocho añitos de edad, a quien la vida le depararía, por un lado, desgracias ante la polífrica expansionista de Francia sobre Italia, y por otro, placeres por su gran amor hacia las artes, que le llevarían a ser un importante mecenas de los artistas del primer Renacimiento.

Y así, rodeado por las aguas del *Mare Nostrum* se abría ante los ojos de Carlos otra forma de pensamiento.

UN MUNDO EN CONSTANTE CAMBIO

Vamos viendo que la realidad y el presente que vivimos también son incontables realidades y presentes que desconocemos y que se extienden por todo el planeta de forma simultánea, llegándonos tarde o temprano sus

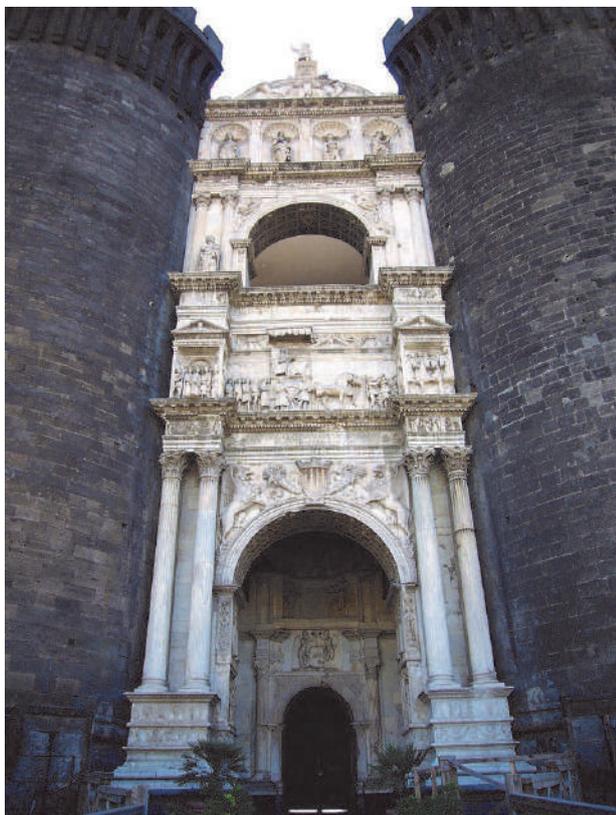


Entrada de Mehmed II en Constantinopla (1453).

ecos como si se tratase de una masa de agua en la que se lanzan a la vez un sinnúmero de piedras que crean en su superficie unas ondas que terminan por mezclarse entre sí en una sinfonía de movimiento, unidad y conexión. Pues de igual manera, mientras Navarra vivía una guerra civil al disputarse Carlos y su padre el trono, lejos, muy lejos de donde su mundo comenzaba y acababa, un suceso marcaría el destino de todos. El 29 de mayo de 1453, el día del cumpleaños de nuestro príncipe, caía la gran ciudad de Constantinopla en manos de los turcos otomanos. El inmenso ejército del sultán Mehmed II tomaba la capital del milenario imperio bizantino, cayendo de esta forma los últimos romanos. Las consecuencias para el mundo entero fueron inmensas. La noticia corrió con las alas de Mercurio y causó estupor en toda Europa. Pero no fue el miedo a una expansión turca la que hizo que girasen las tornas de la historia, sino la necesidad de buscar nuevas rutas comerciales que conectaran a Europa con las tierras del Lejano Oriente. La repercusión del cierre de la tradicional ruta oriental trajo enormes consecuencias en todos los ámbitos. Pero ese 29 de mayo, martes, en Navarra aún nadie sabía de ellas.

Cinco años después de este hecho, el 27 de junio de 1458 un nuevo grano de arena cayó en el reloj de la vida de Carlos. Ese día murió su tío Alfonso V, titular de la corona de Aragón. Los efectos políticos fueron inmediatos pues Juan, su padre y a la sazón hermano del fallecido, fue proclamado nuevo rey al ser el heredero legítimo. Mientras tanto en Castilla reinaba Enrique IV junto a su segunda esposa, Juana de Portugal, tras haberse anulado su matrimonio con Blanca de Navarra tres años atrás, alegándose que este no había llegado a consumarse debido a la impotencia del monarca. Pero la realidad era que las redes de los intereses terrenales y las alianzas políticas tuvieron mucho que ver en esa nulidad, pues al fin y al cabo Castilla apoyaba las pretensiones de Carlos al trono de Navarra en la lucha contra su padre Juan. Seis largos años tardó Juana en quedarse embarazada dando a luz a una heredera manchada con la sombra de la duda sobre su paternidad. ¿El padre era Enrique IV de Trastámara o su valido Beltrán de la Cueva? Un enigma que jamás se podrá resolver. Sin saberlo todos eran piezas de un enorme tablero de ajedrez y jugaron una partida en la que se vieron inmersos con mayor o menor fortuna.

En otro orden de cosas ese mismo año falleció el papa Calixto III y fue sustituido por Pío II, acontecimiento que afectó a la realidad de



Arco de triunfo de Alfonso V de Aragón en el castillo nuevo de Nápoles.

Carlos como heredero de la corona de Aragón. Al morir el tío del príncipe de Viana, Alfonso V el Magnánimo, Calixto III declaró extinta la casa de Aragón en Nápoles y no aceptó al hijo de aquel, Fernando I, por su condición de bastardo aun habiendo sido reconocido por su padre. El pontífice le negó el derecho de herencia e intentó proclamar el reino de Nápoles como propiedad de la iglesia. Pero la muerte del santo padre se llevó consigo esa aspiración tan terrenal y el siguiente pontífice aceptó a Fernando I como heredero legítimo de su padre. Mucho tiempo después sería su nieto, Fernando II, quien seguiría disputando tan importante reino a los franceses, pero esta vez lo haría con la ayuda de tropas españolas al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. Más esa es otra historia.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE UN PRÍNCIPE

Contaba 38 años el príncipe de Viana cuando vivió uno de los momentos más especiales de su vida. El 31 de marzo de 1460 haría su apoteósica entrada en la ciudad de Barcelona, pareciendo así posible la reconciliación entre Carlos y Juan. El monarca aragonés aprovechó la circunstancia para espetar a su hijo eso de: "Si me haces hechos de buen hijo, te haré hechos de buen padre". Pero la cosa quedó ahí, pues poco después ordenaría su detención, iniciando con ello un levantamiento en Cataluña y un recrudecimiento de la guerra civil en Navarra. Mientras Carlos permanecía encerrado, a muchos kilómetros de su celda un niño de apenas un año estaba siendo cuidado por su madre, Aixa, y velado por su padre, Muley Hacén. Disfrutaba del calor y del cariño maternal y de la protección paterna, justo lo contrario de lo que tenía nuestro príncipe. El destino que le esperaba a ese bebé, llamado Boabdil, ya estaba tiempo atrás escrito pues sería el futuro califa del reino Nazarí de Granada, el último gobernante musulmán de la centenaria al-Ándalus; pero claro, nada sabía de ello el día en el que Carlos de Viana fue hecho prisionero.

El 22 de julio de 1461 falleció el rey francés Carlos VII. Un absceso en la boca hizo que se le dejase de alimentar y muriese de hambre. La Parca jamás ha entendido de clases ni de formas y así marchaba de este mundo una figura que acompañó a Carlos de Viana toda su vida, no de una forma directa pero sí por caminos paralelos con ciertos cruces que se unieron en momentos puntuales.



Estatua de Boabdil en el Parque Histórico de San Sebastián de Navalcarnero .

Dejó una realidad en profundo cambio, sumida en una intensa transformación que desembocaría en una nueva era histórica, en un nuevo mundo: Aragón seguiría extendiéndose por el Mediterráneo y Castilla cruzaría el océano; las dos coronas terminarían por unirse y llegaría el tiempo de España; desaparecería la Granada musulmana; Navarra sería conquistada y Portugal arribaría a la India; y por último Francia, Inglaterra y todos los reinos europeos seguirían participando en el juego del poder como siempre, pero ahora con nuevas fichas, reglas y fronteras cada vez más amplias y distantes. Al final finalizaría la Edad Media para dar paso a la Edad Moderna. Así que recordemos que en esta vida todo llega, todo pasa y al final todo cambia.

PREGON

El autor es historiador y profesor.



Arriba: Escudo de los Reyes Católicos "Tanto monta".

Abajo: La rendición de Granada, por Francisco Pradilla (1882). Palacio del Senado de Madrid.



Poco después, el 23 de septiembre, la muerte alcanzó al príncipe de Viana cuando contaba con tan solo cuarenta años de edad. Su padre le acompañaría dieciocho años después, así como sus hermanas, amigos y todos aquellos con los que compartió existencia.

EL TESTAMENTO DE LA REINA BLANCA DE NAVARRA

Juan Jesús VIRTO IBÁÑEZ

juirto@pamplona.uned.es

Un 17 de febrero de 1439 la reina Blanca firmaba en Pamplona su testamento, escrito en un largo pergamino, el mismo que hoy guarda el Archivo General de Navarra, si bien pasados cinco siglos no puede leerse parte del texto inicial. Sobre tres asuntos quiere la reina disponer antes de su fallecimiento: «salud» de su alma, entierro de su «cuerpo» y los «bienes terrenales», entre otros la sucesión al trono que en 1412 había heredado de su padre, Carlos III el Noble.

MANDATOS SOBRE CUERPO Y ALMA

Sobre su alma, desea la reina Blanca morir en la obediencia de la Santa Madre Iglesia y ser enterrada en la iglesia de Santa María de Ujué. Aquí, bajo el coro, ordena construir «una sepultura de piedra labastro que sia sobre seis columnas» y encima de ella colocar una imagen suya, que suponemos orante o yacente. Tumba que estaría protegida por «una rexa de fierro bien labrada e ordenada».

Pese a las grandezas mundanas que durante su vida habían rodeado su persona, quiere la reina humillarse ante la muerte, por ello manda que a su fallecimiento su cadáver sea puesto en un ataúd, colocado en el suelo y cubierto de un paño verde con brocado de oro que estaba depositado en su guardarropa, además de otro paño de oro que al enviudar ella había traído de Sicilia. Igualmente dona a la iglesia de Ujué las ropas que había vestido en el ya lejano día en el que fue coronada reina de Navarra. Estas ropas, que servirían de mortaja a su cuerpo, serían después usadas en las celebraciones religiosas de la misma iglesia. Para una iluminación continua del templo regala tres lámparas de aceite, «que ardan a perpetuo» en servicio de Dios y de Santa María «fe por la salud de nuestra anima». Asimismo dispone que en ciudades, villas, lugares y monasterios del reino se digan mil misas «por la salud de nuestra anima e de todos nuestros defuntos» y detallalos pagos y donativos que habrían de abonarse a los celebrantes.

EL NOMBRAMIENTO DE HEREDERO DEL REINO

Llega el momento culminante del testamento: designar sucesor. De acuerdo con el fuero de Navarra y lo ya fijado en el contrato matrimonial



Retrato de la reina Blanca I de Navarra.

con su marido Juan de Aragón, el trono de Navarra y el ducado real de Nemours habría de heredarlo «el fijo mayor que sia creado». En ese momento lo era el primogénito Carlos, príncipe de Viana, por título que al nacer le había concedido su abuelo Carlos III. Blanca, como heredera del reino pero también como esposa y madre, pide a su marido y rey consorte, Juan de Aragón, que si ella moría cuando el príncipe heredero Carlos fuera de menor edad, como padre acepte la tutoría y administración de los bienes de este hijo. Y a su vez, como reina y co-

mo madre, espera que las decisiones que tome el príncipe lo sean «*con la venibolençia e vendición del dicho sennor rey, su padre*»; otros lectores del testamento lo interpretan que el hijo no debía tomar decisiones «*sin la venibolençia (...) de su padre*». Matices no pequeños para el futuro. En caso de fallecimiento de Carlos y a falta de hijos legítimos de este, como así sucedió, el título real lo heredaría Blanca, segunda hija de los reyes, y si tampoco esta los tuviera legítimos, recaería en la tercera, Leonor.

BLANCA COMO MADRE Y COMO REINA

Generosa la reina Blanca en la distribución de mandas testamentarias, reparte la dote matrimonial de 421.112 florines de oro (¿todavía no gastados?) entre el rey y los tres hijos; a estos además les deja objetos valiosos de oro y plata. Las siete mil libras que cada año entregaban las aljamas de judíos del reino respaldarían los posibles impagos dejados por la reina al morir y donaciones en dinero que señala a servidores, capellanes, secretarios, amas de palacio, ayudas para futuros casamientos, posibles deudas de la reina al tiempo de su muerte... Los legados que ordena entregar a iglesias, conventos, monasterios y otras personas del reino se cobrarían de los 30.000 florines que aún le debía su marido por contrato matrimonial y que suponemos ya en ese momento de difícil reintegro.

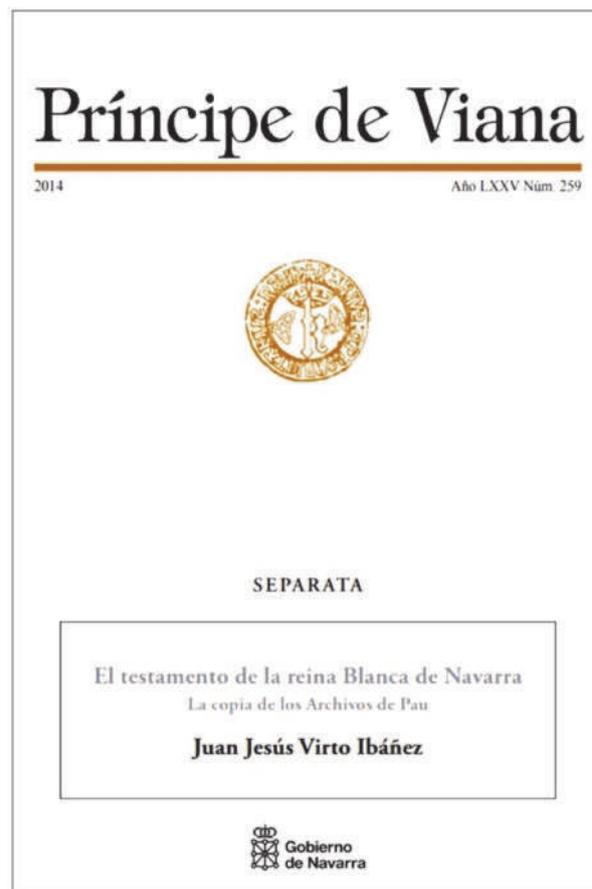
También dispone la reina Blanca en estas sus últimas voluntades que si no tuviera hijos su hermana ilegítima Juana, casada con Luis de Beaumont, las villas de Lerín y Sesma retornarían a la corona real de Navarra. Otro tanto ordena a la segunda gran familia del reino, los Pierres de Peralta en Marcilla, que si estos morían faltos de descendencia tanto la villa de Peralta como el término de la Planilla, en Caparros, también fueran devueltos a la corona real de Navarra. Perdona a Godofre, su hermano ilegítimo, al que se le habían confiscado sus bienes y desnaturalizado del reino; gracia que igualmente desearía que la concediera su hijo y futuro rey, Carlos, al cumplir «*veinticuatro años*» y, en el caso de que su tío Godofre se lo pidiera, que Carlos le entregara el condado de Monfort, situado dentro del ducado real de Nemours, por-

que era voluntad de su madre que Cortes perteneciera siempre a la corona real de Navarra.

Pasados tres años de su testamento, moría en 1441 la reina Blanca de Navarra en Santa María de Nieva, pequeña población del reino de Castilla. Para asegurar la tranquila sucesión al trono de Navarra, de poco sirvieron las disposiciones políticas y maternales de la reina Blanca en su testamento. Bien es sabido que la muerte de esta reina dio paso a la guerra civil entre dos banderías: la agramontesa, partidaria del rey viudo, vuelto a casar y padre en 1452 de Fernando el Católico, y la beamontesa, a favor del príncipe Carlos, acaudillada por su tío, Juan de Beaumont, el citado conde de Lerín.

Pasadas cuatro décadas del testamento de la reina Blanca en 1439, moría el rey Juan II de Aragón en 1479. Algunos días más tarde fallecía Leonor, tercera hija de los reyes y fiel ejecutora en el reino de la política de su padre Juan II. 

Artículo completo de acceso libre en internet, Virto Ibáñez, J. J. (2014): "El testamento de la reina Blanca de Navarra. La copia de los Archivos de Pau." Príncipe de Viana, 259, 131-158.



Firma y sello en un poder de Blanca de Navarra fechado el 18 de septiembre de 1409 recién enviudada de Martín I.

EL SIGLO XV NAVARRO

Javier I. IGAL ABENDAÑO

javier@igal.es

El reino de Navarra durante la primera mitad del siglo XV está cambiando. El siglo «desplazado» que va desde 1378 hasta 1441, abarca los reinados de Carlos III el Noble (1387-1425) y Blanca I de Navarra (1425-1441). Es el panorama donde nace Carlos de Viana y que hereda junto a su derecho al trono. El período posterior, hasta la muerte de Juan II de Navarra (1479), se resume en unas tablas cronológicas finales. En el desarrollo de los artículos de este número especial dedicado al príncipe, se completan los espacios cronológicos restantes.

1.- INTRODUCCIÓN

La necesidad de emprender el estudio y la docencia, conlleva el establecimiento de marcos de trabajo. En el campo de las ciencias históricas las líneas temporal y espacial suelen ser las principales en la acotación de la materia objeto de interés. Sin embargo, tales “rayas” están lejos de ser rectilíneas, nítidas y firmes.

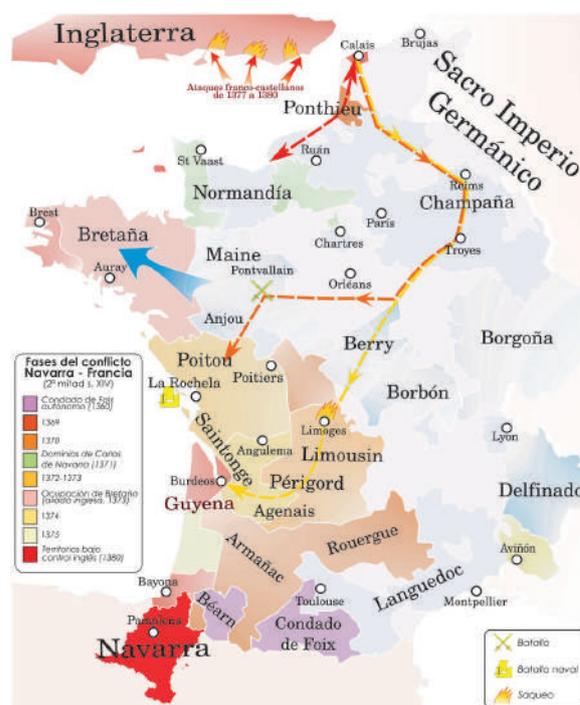
Hablar de este espacio pirenaico llamado Navarra sin abordar la historia del entorno es imposible. A caballo entre grandes reinos en expansión, se mantiene en pie, en medio de escenarios complejos, afrontando el incesante empeño de ser anexionado por alguno de esos reinos. Tras los fracasos de las aspiraciones dinásticas de Carlos II, se atiende de manera creciente a los vaivenes ibéricos. La llegada de un monarca, con un enfoque diferente, hará que la institución regia se vaya asentando en el reino, sin que cesen ausencias necesarias y exigidas por los asuntos allende los Pirineos.

Por último, en el caso de Navarra **el siglo XV es un siglo “desplazado”** en el tiempo *«porque sus coordenadas políticas e incluso la configuración de la monarquía tienen un hondo punto de inflexión»* en torno a 1378. Recalcamos lo así afirmado por Eloísa Ramírez Vaquero, profesora de Historia Medieval de la Universidad Pública de Navarra, gran investigadora de la época, y lo suscribimos.

2.- ASPECTOS POLÍTICOS

2.1 CARLOS III: ENTRE EL FRANCIA Y CASTILLA

La Europa de los siglos XIV-XV es la Europa de la «Guerra de los Cien Años» (1337-1453). Es el hecho más determinante que afectó a Inglaterra y Francia pero también a todos los reinos cristianos peninsulares. También sirvió de contexto para el desarrollo de otros hechos, como el Cisma de Occidente o de Aviñón (1378-1417), sembrando fisuras sobre la autoridad papal, en lo temporal y en lo espiritual, o como



Fases del conflictos entre Carlos II de Navarra con el trono francés, durante el siglo XIV.

las sucesivas hambrunas y epidemias, grandes pestes, que asolaron Europa durante estos años. El reino gobernado por la Casa de Evréux, cuyo solar patrimonial se localiza en Normandía, inevitablemente estará afectado igualmente.

Los trabajos de este período se centran, por razones fundamentales, en las disputas nobiliarias al alimón, en muchos momentos, con las disputas dinásticas. La misma contienda europea «de los Cien Años» evidencia la cuestión. Los monarcas navarros, como señores feudales franceses, no podían abstraerse del tema estando sus dominios en pleno cruce de intereses. Si bien son popularmente más conocidas las relaciones con Francia, es oportuno recordar las arraigadas relaciones con Inglaterra, reino presente en la vecina Gascuña y objeto precisamente por ello de los conflictos con Francia.



Carlos III en la vidriera de la iglesia de N-D de Évreux

A inicios de 1387 fallece Carlos II. El príncipe heredero, Carlos III, era ya adulto, formado, educado como un verdadero «príncipe humanista», en el ambiente cortesano parisino. Su reinado coincidirá con una larga tregua de casi 35 años tras unas largas disputas bélicas de Carlos II que había llevado a Navarra a una situación económicamente asfixiante. Carlos III verá al final de su reinado recrudecerse el conflicto, en 1420, entrando en una fase que conocerá a la legendaria figura de Juana de Arco con un Carlos VII sentado en el trono galo.

Sin renunciar a su herencia, el Noble cambia el enfoque para afrontar la política paterna haciendo de la diplomacia una herramienta fundamental de su gobierno. Los antiguos enemigos (Francia, Aragón, Castilla) debían convertirse en amigos, aliados. En su favor cuenta su larga educación como «rehen» del rey francés había forjado amistad con el heredero de aquel trono (Carlos VI de Francia) y, además, como afirma Ramírez Vaquero, *«había casado en la familia castellana de los Trastámara, donde iba ganando la confianza de su suegro y su cuñado (Enrique II de Castilla y Juan I).»*

El matrimonio con Leonor de Trastámara se celebró el 27 de mayo de 1375 y sirvió para forjar una amistad perdurable con los monarcas castellanos Juan I (1379-1390) y Enrique III (1390-1406) que, tras el compromiso de Caspe (1412) y la entronización del regente castellano, Fernando de Antequera, como Fernando I de Aragón (1412-1416), conducirá a la corte castella-

na hacia una dinámica diferente. Leonor fue coronada como reina de Navarra el 3 de junio de 1403 en Pamplona.

Estos lazos navarros con los Trastámara se ahondarán con el matrimonio de la infanta Blanca de Navarra (que será la I de su nombre) y el infante de Aragón y futuro rey Juan II. Ni la una ni el otro eran los primogénitos pero el tiempo los convertirá en monarcas de Navarra y Aragón al desaparecer antes de tiempo sus respectivos hermanos mayores.

Pero no todo fue un camino de rosas y algunas espinas se clavaron fuerte como la derivada de los acuerdos de paz de Briones (1379) que exigieron la cesión de numerosas plazas navarras. La administración heredada, eficaz y seria, era necesaria para un rey con necesidad de recursos, especialmente financieros, para afrontar su estrategia diplomática, pero también de sostenimiento de una corte principesca cercana a los cánones europeos de la época.

Diplomáticamente logra en 1393 que una guarnición navarra ocupe Cherburgo de nuevo. El alférez del reino, su primo Carlos de Beaumont, había actuado exitosamente de embajador.

En Francia aún tendría que solventar antiguos litigios firmando en la primavera de 1406 el acuerdo definitivo por el cual renunciaba a sus derechos a cambio del ducado de Nemours. En un largo, tercer y último viaje entre 1408-1411 a Francia, atravesaría el reino aragonés para rentabilizar el esfuerzo viajero y entrevistarse con su consuegro Martín el Humano y con Benedicto XIII.

Asentado en Navarra definitivamente centra su atención a la corte, propiciando el tránsito de influencias culturales. Sería en estos últimos años cuando fallece la infanta Juana (1413), primogénita y heredera del reino y, sobre todo, Leonor de Castilla (1415). Por el contrario Blanca le dará un nieto que llevará su nombre: Carlos de Viana (1421) al que nombra heredero tras su madre (1422) y le instituye el principado de Viana (1423) que se convertirá en el título propio del heredero del trono navarro. Habiendo visto fallecer en vida a la mayoría de hijos e hijas, Blanca tomará su relevo en 1425.

2.2 BLANCA I: REINA CONOCIDA, O NO TANTO

La figura de Blanca I estudiada y conocida, no deja de ser, en igual medida, desconocida. Una reina privativa no era novedoso en Navarra a diferencia de otros reinos donde regía la ley sálica. Fueron varias antes, y varias después de Blanca. Como reina propietaria, la "señora natural", mientras que Juan II es rey consorte que necesitará recabar constantemente el aval de su esposa en sus movimientos, asenti-

miento que Blanca parece no negarle nunca.

La profesora Ramírez Vaquero explica que la personalidad de Blanca palidece historiográficamente al tener a su lado *«a la personalidad sin duda más arrolladora del siglo XV peninsular, y una de las más singulares de todo el Occidente europeo»*, **Juan II de Navarra** que pasados los años, fallecida su esposa (1441) y su hermano Alfonso V (1458), sería también Juan II de Aragón. Vicens Vives dirá de él que *«fue un castellano de pura cepa, vinculado a Castilla por su nacimiento y sus gustos y, asimismo, por los intereses materiales que recibió en ella»*. Lacarra, en la misma línea, que *«el que en adelante iba a decidir los destinos de Navarra durante medio siglo era un castellano»*. Por ello, también afirmará el historiador de Estella que *«ante los intereses que andaban en juego, Navarra pesa poco, y por lo mismo no está en condiciones de decidir su propio destino»*.

A estas alturas de la historia el entramado de intereses, obligaciones, derechos y deberes existentes en los reinos hispanos era de tal complejidad que el ejercicio de poder en cada uno repercutía en el resto sin que el Mediterráneo o los Pirineos fueran frontera suficiente para implicar a Italia o Francia respectivamente.

Los nuevos reyes de Navarra suben al trono dentro de un bloque muy compacto de relaciones personales en la cima de estas tres monarquías peninsulares: Aragón, Castilla y Navarra. Carlos III había casado cuidadosamente a sus hijas buscando un equilibrio diplomático entre Aragón y Castilla. Fueron matrimonios concertados antes de saber quién heredaba finalmente el reino, salvo el último, el segundo de Blanca con Juan de Aragón (1419), sabedor que heredaría el trono. Cuando muere el rey navarro, los reyes de Castilla y Aragón eran primos entre sí. Esta compleja situación es la herencia que recibe Blanca.

En 1435, Juan II, que se había enfrascado en la defensa de su patrimonio castellano confiscado por el rey, ya se sabía heredero de Aragón al renunciar su hermano Alfonso a tener más hijos. Carlos de Viana, como hijo de Blanca y Juan pasaba a estar destinado a heredar no sólo el trono navarro sino también el aragonés. Pero sin renunciar al rico y poderoso legado castellano, como el ducado de Peñafiel, título de gran relevancia en Castilla que le permitía sentarse en la corte como el primero de los nobles.

Blanca asumía el cargo con una experiencia anterior de gobierno en Sicilia de trece años. Tenía 35 años, era mayor que su marido, y las estructuras administrativas, financieras y de justicia navarra heredadas funcionaban con eficiencia.

En 1428 Juan II es expulsado de Castilla y Blan-

ca envía a Pierres de Peralta “el Viejo”, el más fiel colaborador de la reina, a buscar a su marido. Pierres fue consejero fundamental con su padre y su hijo, Pierres de Peralta “el Joven” será un consejero excelente posteriormente con Juan II.

Blanca reclama en 1429 al rey castellano el patrimonio confiscado a su esposo que también es suyo por capitulaciones matrimoniales y porque son la herencia de su hijo Carlos, príncipe nacido precisamente en Peñafiel. En la embajada están Pierres de Peralta, Pedro de Beraiz y Ramiro de Goñi, dean de Tudela (Treguas de Majano, 1430). La paz de Toledo (22 de noviembre de 1436) dirige expresamente la compensación a la reina y su hijo al tiempo que se concierta la boda de la infanta Blanca con el príncipe de Asturias, Enrique.

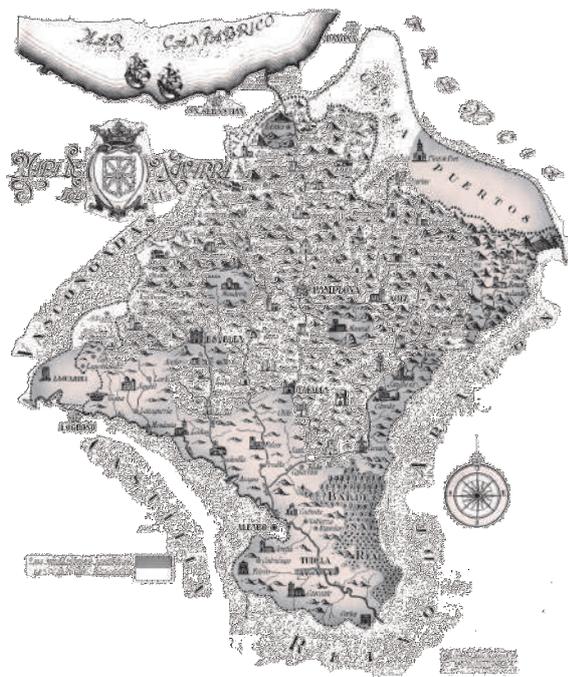
Finalmente el celo de Blanca por los matrimonios de sus hijos. La del heredero fue una cuestión cuidada tanto por Blanca como por Juan supeditada a los intereses propios de la Corona de Aragón. Inés de Cleves era sobrina del duque de Borgoña y llega a Navarra escoltada por 200 caballeros, una comitiva que trasluce la relevancia del enlace celebrado en Olite a finales de septiembre de 1439. La boda de Blanca con el príncipe de Asturias era equilibrar las alianzas con Castilla al casar a la segunda hija, con serias aspiraciones al trono, con el aspirante castellano. Doña Blanca acompaña a su hija a Castilla en 1440 para ello y aprovecha para peregrinar a Guadalupe. Pero Blanca estaba allí realizando una labor política en favor de los intereses castellanos de su marido que, en definitiva, recaerían en su hijo.

El 1 de abril de 1441 en Nieva, fallece Blanca I de Navarra. Su testamento había sido redactado dos años antes de su partida. Juan permanece en el trono y Carlos asume el título de lugarteniente de Navarra. No hubo azar.

3.- ASPECTOS ECONÓMICOS

Según el Libro de Fuegos de 1366, casi la mitad de la población eran socialmente labradores (pecheros) y sobre ellos recaía la mayor presión fiscal en unos años de grandes gastos en empresas bélicas por toda Francia. Los recursos naturales no eran muy grandes. Basada en la agricultura, con una propiedad muy repartida, era frecuente que las aldeas se despoblaran en época de malas cosechas al no poder pagar la pecha tasada.

A tenor de la ingente documentación conservada se observa cómo las transacciones comerciales predominan hasta 1429. La estructura administrativa funciona con total autonomía y normalidad aumentando el capítulo de gastos de forma extraordinaria derivado de su inver-



Mapa de Navarra en el siglo XV elaborado por Benjamín Adoáin en 1945 (Archivo Real y General de Navarra).

ingresos de la corona junto al aumento de ferias y mercados durante el reinado de Carlos III favorecido por la estabilidad política.

4.- ASPECTOS SOCIALES

A estas alturas ya se ha vislumbrado, expuesto, que la estructura social navarra, articulada alrededor de las relaciones personales y señoriales, mostraba una largo recorrido lleno de solidaridades internas bajo la coyuntura de la crisis general europea. Una coyuntura salpicada de conflictos bélicos cercanos en lo geográfico y lo dinástico que asentaron las bases a desencuentros de linajes sembrado a futuro numerosas discordias y pugnas personales enmascaradas bajo problemas sucesorios.

Esta fisura era de tal calado que trascendió la aparente resolución de la cuestión dinástica (1464, 1476) mostrando un arraigo más hondo que transformó una guerra civil en una guerra de bandos, Agramont-Peralta frente a Luxa-Beaumont, simplificado como «agramonteses» frente «beaumonteses», objeto de atención por menorizada en otro artículo de este número.

Este continuo conflicto trasciende el período tratado y llega hasta bien entrado el siglo XVI y concluirá con la incorporación de parte de Navarra a Castilla, una de esas grandes vecinas, y parte a Francia, la otra. Sin olvidar que hubo antes otra tercera parte importante de Navarra, la comarca de la Sonsierra, que ya había pasado a manos castellanas (Sentencia de Bayona, 1463).

Pero no hay que ver un hecho aislado lo sucedido en Navarra. Los colindantes reinos castellano y aragonés también sufrieron del "mismo mal", bandos internos, nobleza con poderosa fuerza, pugnas por el trono, etc. El *Compromiso de Caspe* (1412) ya mencionado catapultó a los Trastámara infantes de Aragón, especialmente a Juan II, marido de Blanca I. Es, pues, en definitiva, una época de crisis en estos estratos sociales cada vez más ávidos de poder y patrimonio.

En otros estratos, había una activa burguesía, formada por funcionarios de la administración, mercaderes, profesiones liberales, artesanos e industriales, con lazos de parentesco entre sí y ciertos intereses comunes, muy distintos de los del mundo rural.

La administración de justicia y el gobierno del reino reunía en Pamplona un buen número de oidores, consejeros, secretarios, relatores, fiscales, procuradores, etc. Sus ingresos no fueron tan elevados como el prestigio social y la influencia inherentes a estos cargos. Los grandes mercaderes motores del comercio interior y ex-

sión en residencias (Tafalla, Tudela, Olite), el aumento de la corte y otros aspectos suntuarios. Aunque restableció el crédito público, con tuvo la inflación y estabilizó los precios, la partida de gastos era excesivamente elevada aún frente a los ingresos.

La fiscalidad aumenta con la regularidad del cobro de "cuarteles" una figura impositiva que afectaba prácticamente a todos los estamentos y aumentaba progresivamente su frecuencia. Otra figura fiscal que cobra auge, la "alcabala" o "imposición", era un ingreso extraordinario procedente de un porcentaje sobre el valor de las mercancías. Solicitado a las Cortes en momentos concretos ante una necesidad específica termina progresivamente sistematizado durante todo el siglo XV.

Estas nuevas cargas, conviven con las anteriores por lo que la población pechera se ve especialmente presionada: debe abonar sus pechas y servicios al rey y debe atender a su porción de cuarteles y alcabalas para la corona. Durante el siglo XV, especialmente después de la guerra civil hará necesarias las exenciones totales o parciales.

Los recursos naturales como la viña y los olivares eran especialmente importantes en Navarra. Eran zonas vínicas la Cuenca de Pamplona, merindad de Olite y Tudela, así como Estella. Carlos III se mostró preocupado por mejorar la producción agrícola dictando ordenanzas para fomentar la plantación de olivos.

Las «ferrerías» o minas de hierro se extendían por todo el Pirineo siendo fuente importante de

terior, eran acaparadores de granos, almaceneros de vino, proveedores del ejército, exportadores de lana, importadores de paños o de productos ultramarinos. Por debajo y en estrecha dependencia de estos, estaban los revendedores al por menor, "tenderos" en las principales villas y pueblos.

Constan otras profesiones como médicos, cirujanos, abogados siendo la más buscada *escribano*, asimilable al notario de nuestros días. Por diversas leyes de cortes estuvo estrictamente limitado su número y circunscripciones.

Por último, no debe olvidarse al estamento religioso que completaba esta estructuración social repartidos entre clérigos y religiosos de distintas órdenes y congregaciones.

En tiempo de Carlos III este monarca, un rey pacificador y legislador dictó varias ordenanzas y privilegios para pacificar conflictos vecinales en ocasiones ya muy arraigados, como en 1407 en Estella (repartida en dos bandos, Ponces y Learzas), o como en 1417 regulando las probatorias por obligaciones contraídas por los judíos. Pamplona misma nace como entidad municipal única en 1423 mediante el llamado «Privilegio de la Unión». Otra reforma destacada de este tiempo fue la creación de la Merindad de Olite, en 1407, en base a términos pertenecientes a Estella, Sangüesa y Tudela principalmente.

5.- ASPECTOS DEMOGRÁFICOS

Las hambrunas y pestes, extendidas por Europa, también dejaron su hosca demográfica en Navarra por lo que «supusieron grave quebranto para una población ya muy amenguada» como apunta José María Lacarra en su *Historia política del Reino de Navarra* siendo fechas donde se registran numerosos casos de despoblamiento. Navarra conoció otras «mortandades» en los años 1362, 1380 y 1420, de efectos severos con serios quebrantos en una población ya muy menguada.

La crisis demográfica (1300-1427) que caracteriza el siglo XIV europeo atribuible parcialmente a guerras y epidemias (como la gran peste de 1348) se detecta en Navarra ya hacia 1275.

En este período se constata el descenso demográfico con un registro de desolados muy alto: 230 se anotaba en su día Ángel Martín Duque en el Gran Atlas de Navarra. Sin perder de vista que son datos referenciales, orientativos, apuntaba que tal crisis tuvo desigual efecto ya que las merindades de Pamplona y Tudela mostraron mejores datos en comparación con «Olite—casi despoblada— gracias a la afluencia de población rural» como se conoce por el Libro de Fuegos de 1366.

Merindades de Navarra y "Buenas Villas" Siglo XV



En el siglo XV, aún siendo escenario también de guerras, parece notarse una ligera recuperación donde no falta la inmigración «de los excedentes de población de las Tierras de Ultrapuertos y su periferia». Por necesidades fiscales se elaboraba un nuevo Libro de fuegos de 1428 para dejar constancia, con todo, de la serie de malas cosechas (por heladas, sequías, pedregadas y riadas, entre las causas más frecuentes) acaecidas en las primeras décadas de la centuria. Así, frente a la anterior cifra de desolados, entre 1427-1512 se apuntaba una cifra de unos 47 desolados pero sin desdeñar las posibles transferencias poblaciones entre núcleos y zonas (por presión fiscal, falta de recursos, etc) por lo que son datos orientativos.

En los aproximadamente 12.000 km² que ocupaba Navarra, se cifra entre 18.000 y 19.000 fuegos, siendo Pamplona, Tudela, Estella, Laguardia, Sangüesa y Olite los principales núcleos urbanos que representarían en conjunto a cerca de la cuarta parte de la población. Cerca de la mitad de la población era labradora (conocidos antiguamente como *mezquinos*, *collazos* y *solarriegos*). La presencia de comunidades de judíos (más de una treintena, de Pamplona hacia el sur), y de moros (sobre una quincena, concentrados en la zona más meridional) seguía siendo notable, siendo las tendencias migratorias de unos y otros opuestas con la llegada de judíos procedentes de Castilla y Francia y la salida de moros hacia Aragón.

6.- ASPECTOS CULTURALES

Mientras Italia empezaba a vivir artísticamente en el Quattrocento, y se dirigía hacia el pleno Renacimiento, en Navarra, como en el resto de Europa, aún se convivía con un gótico tardío, un gótico flamígero, nacido a finales del XIV, imperante durante todo el siglo XV amortiguándose hacia mediados del XVI.

PARA SABER MÁS

- HERREROS LOPETEGUI, Susana. (1998). *Las tierras navarras de Ultrapuertos (siglos XII-XVI)*. Ed. Gobierno de Navarra, Pamplona.
- LACARRA DE MIGUEL, J.M. (1973). *Historia política del Reino de Navarra. Desde sus orígenes hasta su incorporación a Castilla*. Vol. 3. Ed. Aranzadi, Pamplona.
- LEROY, Béatrice, RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa. (2003). *Carlos III el Noble*. Ed. Mintzoa, Pamplona.
- MARTÍN DUQUE, Ángel (dir). (1986). *Gran Atlas de Navarra. II. Historia*. Ed. Caja de Ahorros de Navarra, Pamplona.

- PAVÓN BENITO, Julia (dir). (2014). *Reinas de Navarra*. Sílex Ediciones, Madrid.
- RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa. (1990). *Solidaridades nobiliarias y conflictos políticos en Navarra, 1387-1464*. Ed. Gobierno de Navarra, Pamplona.
- RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa. (2003). *Blanca y Juan II*. Ed. Mintzoa, Pamplona.
- RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa. (2007). *Carlos III rey de Navarra. Príncipe de sangre Valois (1387-1425)*. Ed. Trea, Gijón.
- RAMÍREZ VAQUERO, Eloísa (dir). (2005). *Estudios sobre la realeza navarra en el siglo XV*. Universidad Pública de Navarra, Pamplona.

Tabla cronológica 1: 1375-1425—Reinado de Carlos III

Año	Acontecimientos	Año	Acontecimientos
1375	Carlos y Leonor contraen matrimonio en Soria (27 de mayo)	1401	Nace la infanta Margarita.
1378	El príncipe Carlos marcha a Francia.		Matrimonios de Juana con el heredero del condado de Foix, y de Blanca con el rey de Sicilia, Martín (21 de mayo). Isabel es prometida al infante de Aragón, Juan de Trastámara, hijo de Fernando de Antequera. El infante Carlos, heredero del reino, fallece.
1379	Nueva Paz de Briones (31 de marzo). Los castillos de Tudela y San Vicente y las villas de Viana, Lerín, Larraga, Miranda, Cárcar, San Adrián, Azagra, Andosilla, Bernedo, Toro, Genevilla, Zúñiga, Artajo, Ciordia, Álalos y Sartaguda quedan en manos de Juan I de Castilla.	1402	
1382	Nace la infanta Juana en Barajas (9 de noviembre), heredera del reino por su condición de primogénita.	1403	Es coronada en Pamplona la reina Leonor que ejercerá como lugarteniente en el reino en las ausencias de Carlos. Los infantes Luis y Margarita fallecen.
1383	Tratado del Espinar. Se remedia en parte las consecuencias del anterior Tratado de Briones.	1404	Carlos III nombrado duque de Nemours (París, 9 de junio), renunciando a sus derechos sobre Champaña. El condado de Evreux se pierde definitivamente.
1384	Nace la infanta María.	1407	Muere la infanta Beatriz. Ordenanza pacificadora entre vecinos de Estella. Se crea la Merindad de Olite.
1385	Nace la infanta Blanca, futura Blanca I, reina de Navarra (agosto).	1408	Juana y su esposo, el vizconde de Castelbón, lugartenientes del reino.
1386	Nacen dos infantas gemelas, una de ellas fue Beatriz.	1410	Carlos III, junto con el duque de Borgoña, gobierna en Francia.
1387	Fallece Carlos II (1 de enero). Carlos III y Leonor, reyes de Navarra	1411	Carlos III vuelve definitivamente a Navarra.
1390	Declaración de obediencia al papa (6 de febrero) y coronación de Carlos III (13 de febrero). La catedral románica de Pamplona se derrumba (1 de julio). Juana es declarada heredera (25 de julio).	1413	Muere la infanta Juana, heredera del reino.
1394	Se coloca la primera piedra (27 de mayo) de la nueva catedral gótica.	1415	Muere la reina Leonor (27 de febrero).
1396	Nace la infanta Isabel.	1421	Nace en Peñafiel el infante Carlos, hijo de Blanca y Juan, futuro Príncipe de Viana (27 de mayo).
1397	Nace el infante Carlos que pasa a ser heredero del reino.	1422	Carlos es jurado como heredero de la corona de Navarra sin hacer mención a su padre Juan de Aragón (11 de junio).
1399	Nace el infante Luis.	1423	Se crea el principado de Viana (20 de enero). Se promulga el «Privilegio de la Unión» (8 de septiembre).
		1424	Nace Blanca, tercera hija de Blanca.
		1425	Muere en Olite Carlos III (8 de septiembre).



Tabla cronológica 2: 1425-1479—Reinado de Blanca I y Juan II

Año	Acontecimientos	Año	Acontecimientos
1429	Nace Leonor, cuarta hija de Blanca.		
1427	Las infantas Blanca y Leonor son juradas como herederas del reino por las Cortes de Navarra (9 de agosto).	1462	Tratados de Sauveterre (3 de mayo) y Bayona (9 de mayo) entre Luis XI de Francia y Juan II de Aragón. Rosellón y Cerdeña sobre la mesa. En Barcelona proclaman a Enrique IV de Castilla como soberano del Principado de Cataluña (12 de septiembre)
1429	Coronación de Blanca I y Juan II en la Catedral de Pamplona (15 de mayo).	1463	Sentencia arbitral de Bayona (23 de abril).
1430	Treguas de Majano (17 de julio).		
1434	Negociación en Olite de contratos matrimoniales entre Leonor y Gastón IV de Foix (22 de septiembre). Se firman (diciembre).	1464	Acuerdo entre Beumonteses y Agramonteses (Juan II). Muere la reina Blanca II de Navarra en Orthez (2 de diciembre). Leonor se convierte en princesa de Viana, heredera del reino.
1436	Paz de Toledo. Se acuerda casar a la Blanca con Enrique, príncipe de Asturias.	1467	Acuerdo de Ejea de los Caballeros entre Leonor de Navarra y Juana Enríquez para regular la lugartenencia de Navarra (20 de junio).
1439	Carlos de Viana desposa en Olite a Inés de Cleves (30 de septiembre). La reina Blanca hace testamento antes de partir hacia Castilla para casar a Blanca con el príncipe de Asturias (17 de febrero).	1468	Isabel de Castilla, princesa de Asturias, heredera del trono en Guisando (19 de septiembre). Nicolás de Echávarri, obispo de Pamplona, consejero de Leonor, es asesinado por Pierres de Peralta "el Joven", condestable de Navarra, en Tafalla (23 de noviembre).
1440	Boda de Enrique, príncipe de Asturias, y la infanta Blanca.	1469	Isabel de Castilla y Fernando de Aragón se casan (19 de octubre). Leonor de Navarra y Gastón IV de Foix son destituidos como lugartenientes del reino en favor de su hijo, Gastón (11 de diciembre).
1441	Boda de Gastón IV de Foix y la infanta Leonor. En Santa María de Nieva fallece la reina Blanca I de Navarra (1 de abril). Carlos de Viana es nombrado lugarteniente de Navarra.	1470	Muere Gastón de Foix, hijo de Leonor y Gastón IV, conde de Foix (23 de noviembre).
1447	Juan II se casa con Juana Enríquez (17 de julio).	1471	Tratado de Olite. Los condes de Foix recuperan la lugartenencia (30 de mayo). Juan II inicia la ofensiva sobre Barcelona.
1448	Fallece Inés de Cleves en Olite (6 de abril).	1472	Muere en Roncesvalles Gastón IV, conde de Foix, lugarteniente de Navarra (10 de julio). Leonor es apartada de la herencia de Foix. Pasa a su nieto Francisco Febo bajo regencia de la madre, Margarita de Francia, princesa de Viana.
1450	Carlos de Viana abandona Navarra y se dirige a Castilla.	1474	Muere Enrique IV de Castilla (11 de diciembre). Isabel I y Fernando de Aragón le suceden en el trono (13 de diciembre).
1451	El Príncipe de Viana regresa a Navarra (marzo). Carlos firma un acuerdo con Castilla en Puente la Reina (septiembre).	1476	Acuerdos de Tudela entre Juan II, su hijo Fernando y Leonor que garantiza la paz con los beumonteses. Se establece el llamado «protectorado sobre Navarra» (2-4 de octubre).
1451	Batalla de Aibar (23 de octubre). Carlos de Viana, Luis de Beaumont y otros líderes beumonteses son aprisionados.	1479	Fallece en Barcelona Juan II (20 de enero). Le sucede su hija Leonor I como reina de Navarra (28 de enero) y Fernando II de Aragón.
1452	Nace en Sos, Fernando de Aragón, hijo de Juan II y Juana Enríquez (10 de marzo).		
1453	Carlos de Viana es liberado por su padre. Firma los acuerdos de Zaragoza (24 de mayo). La infanta Blanca es repudiada por su marido, el rey Enrique IV (2 de mayo).		
1453	Concordia de Valladolid entre Juan II y Carlos de Viana mediando María de Castilla, reina de Aragón (7 de diciembre).		
1455	Asalto a San Juan de Pie de Puerto (27 de marzo).		
1455	Batalla de Torralba (4 de agosto). Carlos y Blanca son destituidos en sus derechos y los Condes de Foix asumen la lugartenencia de Navarra.		
1457	Carlos es proclamado rey de Navarra por la facción beaumontesa (16 de marzo).		
1458	Muere en Nápoles Alfonso V el Magnánimo, rey de la Corona de Aragón (27 de junio).		
1461	Sublevación en Cataluña (febrero) y liberación del Príncipe de Viana (25 de febrero). Entrada triunfal en Barcelona del Príncipe de Viana (12 de marzo). Capitulaciones de Villafranca (21 de junio). Carlos de Viana, lugarteniente de Cataluña (27 de junio) y reconocido como primogénito (31 de julio). Carlos muere en Barcelona (23 de septiembre).		

CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA, Y LAS PUGNAS DE LA NUEVA NOBLEZA

Begoña PRO URIARTE

bprouriarte@gmail.com

La composición y origen de la nobleza castellana y navarra va a dar un vuelco con la llegada de la Baja Edad Media. La nobleza tradicional pierde peso y pasa a un segundo plano. En contraposición irrumpen nuevos apellidos que van a influir en los acontecimientos históricos y, en consecuencia, en la vida y destino de Carlos, Príncipe de Viana.

En Navarra se mantiene el número tradicional de doce casas, pero frente a los Almoravid, Aibar, Lehet, Subiza, Montagut, Cascante, Mauleón, Guevara, Urroz, Leet, Rada y Vidaurre surgen rícohombrias de nueva generación y ascienden otros linajes; la mayoría derivados de los bastardos reales de la casa Evreux.

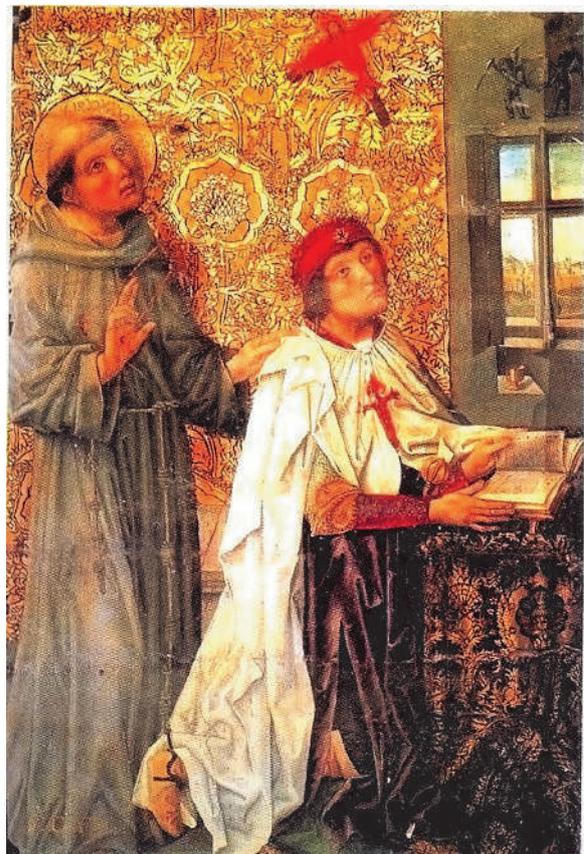
En Castilla, la Nobleza Vieja, formada por un lado por los príncipes, -representados por los Lara, Castro, Haro o señores de Cameros, que tradicionalmente ocupaban el cargo de alférez- y por otro por los barones -entre los que se encontraban los Girón o los Meneses, que desempeñaron el puesto de mayordomo real-, también pierde preeminencia. A su lado emerge una Nobleza Nueva catapultada por varios acontecimientos, entre los que se encuentran: La derrota de Juan I, rey de Castilla y pretendiente al trono portugués, en Aljubarrota (14 de agosto de 1385), lo que hace que las casas nobles portuguesas que le apoyaron, al ser desterradas, se asienten en tierras castellanas. La participación de los descendientes de los judíos en la política. Y la llegada al trono castellano de Enrique Trastámara (1366 y 1369), conocido como el de las Mercedes, puesto que concedió grandes prebendas a quienes lo apoyaron en su pugna por la corona contra su hermanastro, Pedro I el Cruel.

Es precisamente la aparición en escena del primer Trastámara lo que va a hacer rolar el viento en la península Ibérica. En poco tiempo, la dinastía bastarda, proveniente de los amos de Alfonso XI con Leonor de Guzmán, va a colonizar todos los tronos peninsulares, salvo Portugal.

Dentro de estas maniobras y pugnas de poder, seis hombres pertenecientes a cuatro linajes preeminentes de la época se cruzaron en la vida del Príncipe de Viana, enredándolo en su juego de poderes e intereses. Luna, Pacheco, Peralta y Beaumont escribieron las páginas más trágicas de la vida del príncipe más excelso.

ÁLVARO DE LUNA

Álvaro de Luna, condestable de Castilla, pertenecía al linaje aragonés de los Luna. Era sobrino nieto del papa Luna, Benedicto XIII. Su abuelo, Juan Martínez de Luna, se alineó junto a Enrique II Trastámara cuando este se refugió en sus posesiones aragonesas en una de las muchas disputas mantenidas con su hermanastro, Pedro I. Juan se implicó tanto con la causa Trastámara que terminó vendiendo tierras y casas



Retrato de Álvaro de Luna. Retablo de la capilla de Santiago de la Catedral de Toledo, por Sancho de Zamora.



Estatua de Álvaro de Luna, Cañete (Cuenca).

para apoyarla, e incluso cayó prisionero defendiéndola con las armas, en la batalla de Nájera (1367). A cambio, cuando llegó al trono, Enrique lo recompensó regalándole tierras y honores en Castilla.

La madre de Álvaro se llamaba María Fernández Jaraba, una mujer con la que su padre, también de nombre Álvaro, había mantenido una relación. Aunque nunca lo reconoció como hijo suyo, al morir este cuando Álvaro tenía siete años, sus tíos paternos lo acogieron bajo su protección y se encargaron de educarlo. Dicen de él que era un gran lancero, además de un excelente poeta y narrador, entre cuyas obras destaca el *Libro de las Claras e Virtuosas Mugerres*; que escribió contra el trato misógino que recibían las mujeres. De la mano de su tío, Pedro de Luna, arzobispo de Toledo, y gracias a la influencia de su tío abuelo, el papa, se introdujo en la corte castellana como paje del futuro Juan II de Castilla, convirtiéndose, con los años, en su valido.

Álvaro fue, junto con el mencionado rey, padrino del Príncipe de Viana. Pero también fue el mayor enemigo de su padre. Juan II de Aragón, rey consorte de Navarra, siempre tuvo fijación por el trono de Castilla y sus posesiones en este reino; entre las que se encontraban Peñafiel, Castrojeriz, Medina del Campo, Olmedo, Cuéllar, Mayorga, Haro, Belorado o San Esteban de Gormaz. Uno de los primeros encuentros entre Álvaro y el padre del príncipe se produjo en 1427. Varios nobles castellanos, re-

celosos del poder que estaba acaparando Álvaro de Luna, formaron una liga contra él. Aprovechando esta circunstancia, Juan, junto con su hermano Enrique, conocidos ambos en Castilla como los infantes de Aragón, presionaron al rey para que desterrara a su condestable. A este no le quedó más remedio que ceder. Álvaro fue obligado a abandonar la corte durante año y medio. Sin embargo, la situación empeoró en Castilla. *"E sobre apuesto movianse cada dia en la corte grandes escándalos é bullicios, é muertes de mes, é peleas tan amenudo, tan grandes é tratadas, que apenas el Rey por su persona las podía despartir, sin castigar. E los del Rey de Navarra, é Infante, con la grand presunción del favor é mando de sus señores, facian grandes fuerzas é demasías por las comarcas, e por los pueblos"*, relata Josef Miguel de Flores, en la *Crónica del Condestable*. Esta situación hizo que, a los cinco meses, Álvaro regresara a la corte.

El segundo hecho significativo es la batalla de Olmedo de 1445. Al regresar el condestable a la corte, se tomó su venganza, pidiéndole al rey que desterrase a aquellos que habían ido en su contra. De esta manera, el padre del príncipe hubo de marcharse de Castilla. Con el objetivo de recuperar tierras y cargos, los infantes de Aragón regresaron y, en 1443, ordenaron secuestrar al rey en lo que ha pasado a la historia como el golpe de Rámaga. La situación se tensó hasta llegar a las armas en 1445, enfrentándose las fuerzas unidas del rey, las de Álvaro y las del príncipe de Asturias, contra las de los infantes de Aragón, refugiados en Olmedo. La derrota de estos últimos en esta batalla tuvo serias consecuencias. El propio Enrique murió poco después por las heridas sufridas en la refriega. Mientras que Juan II terminó instalándose en Olite junto con su nueva esposa, Juana Enríquez. Esta decisión fue un duro golpe para el Príncipe de Viana, puesto que su padre seguía comportándose como rey de Navarra cuando no tenía ningún derecho sobre la corona, que tras la muerte de la reina Blanca debía haber recaído directamente en Carlos. Conse-



Sepulcro de Álvaro de Luna, capilla de Santiago de la catedral de Toledo (Sebastián de Toledo, 1489).

cuentemente, tras su nuevo enlace, Juan todavía tenía menos derecho de seguir llevándola y de intitularse rey de Navarra. La tensión de Castilla se trasladó al reino navarro y en ella vio Álvaro de Luna la manera de vengarse definitivamente de su eterno enemigo.

“La crisis interna navarra se mostró a la luz del día en 1450, con motivo de la instalación del monarca [Juan II] en Olite y la huida de don Carlos a San Sebastián. Pero no se convirtió en sangrienta realidad hasta la defección del príncipe ante las tropas castellanas en Estella. El tratado concertado en esta localidad a comienzos de septiembre de 1451 entre don Carlos, de un lado, y el príncipe de Asturias y don Álvaro, de otro, es el corolario de la acción de Olmedo. Al abrir la puerta de la guerra civil en Navarra, hacía transponer a otros reinos las pasiones desencadenadas treinta años antes en Castilla”, manifiesta Vicens Vives en *Historia crítica y reinado de Fernando II de Aragón*. El príncipe encontró una alianza envenenada en la mano que le tendió don Álvaro para librar batalla contra su padre. La consecuencia inmediata de este pacto fue la derrota del Príncipe de Viana en Aibar, el 23 de octubre, lo que supuso también su primer encarcelamiento.

JUAN PACHECO

Juan Pacheco, marqués de Villena, descendía tanto por vía materna como por la paterna de los linajes portugueses que se instalaron en Castilla tras la batalla de Aljubarrota. Hijo de Alfonso Téllez Girón y de María Pacheco, en las capitulaciones matrimoniales de sus padres se estipuló que el primer hijo varón llevaría el apellido Pacheco para poder reclamar las tierras de Belmonte, patrimonio de su abuelo materno. Su padre formaba parte del séquito de Álvaro de Luna y, gracias a ello, Juan consiguió entrar en la corte con el cargo de doncel del príncipe de Asturias, Enrique IV. Hombre ambicioso, astuto y sin escrúpulos, supo moverse con soltura en las intrigas de la corte y en los tejemanejes políticos con el apoyo de su hermano, Pedro Girón. Tomó a Álvaro de Luna como espejo en el que mirarse, y quiso para sí todos los cargos y posesiones que había tenido el condestable, pero careció de la lealtad y devoción que aquel profesó al rey castellano y lo mantuvo siempre a su lado. Con el tiempo, se convirtió en el favorito del rey Enrique, sobre el que ejerció una provechosa influencia. Y, llegado el momento, no le importó alinearse en contra de él y reclamar el trono castellano para el infante Alfonso, hermanastro de Enrique.

En la guerra civil castellana que se dio entre 1439 y 1445 aconsejó a Enrique que se alineara



Monasterio de Santa María de El Parral.
Sepulcro de Juan Pacheco,
por Juan Rodríguez y Lucas Giraldo.

con el rey de Navarra. Enrique estaba casado con Blanca, hermana del Príncipe de Viana, por lo que era yerno del rey consorte de Navarra, Juan II. *“Don Enrique, tras su boda con Blanca de Navarra, se había inclinado decisivamente por el bando que representaba su suegro, el rey de Navarra. La influencia de este último sobre su yerno se hizo notar de inmediato”*, relata Alfonso Franco Silva en *Juan Pacheco*. Poco después, seguramente tras el golpe de Rámaga y la presión del obispo de Segovia, Lope Barrientos, Pacheco le aconsejó que volviera a la disciplina de su padre.

A partir de 1460 se estableció una alianza entre el Príncipe de Viana y su excuñado, Enrique IV de Castilla, quien le prometió ayudarle en su causa contra su padre. Este llegó incluso a romper el compromiso matrimonial existente entre su hermanastra, Isabel de Castilla, y Fernando de Aragón para favorecer el matrimonio entre Isabel y Carlos. Existe una carta fechada en Zaragoza el 8 de enero de 1461 en la que Juan II de Aragón se dirige a su embajador en Portugal, Bartolomé de Reus, para tratar este hecho. *“Se ha descubierto que el príncipe de Viana había planeado casarse con Isabel de Castilla y pasarse a ese reino sin saberlo Juan II; por ello ha sido detenido el príncipe y Juan de Beaumont. Se han recibido peticiones de clemencia a favor del príncipe, pero de momento se le mantiene en prisión”*, se transcribe en *Documentos sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, de Miguel Ángel Ladero y otros

autores sobre el contenido de la carta. Juan recibió la noticia a través de un mensajero. Y bien pudo ser Pacheco quien estuviera detrás de este chivatazo. Entre él y el rey aragonés había en esos momentos buena sintonía, como se desprende de un documento fechado en Tudela, el 12 de octubre de 1460, en el que se desvela que Juan II de Aragón quiso apoyar las demandas de un grupo de nobles castellanos ante Enrique. Como compensación, pedía que se le devolviesen todas sus posesiones en tierras castellanas tal y como las tenía en 1438, excepto aquellas que pertenecían a Juan Pacheco y a su hermano, Pedro Girón.

Juan II supo poco tiempo después de este acuerdo (enero de 1461) de la existencia de la alianza entre su hijo y Enrique, lo que le hizo mantenerlo en prisión.

El voluble Pacheco volvió a la disciplina real poco después y consiguió atraerse también a los Mendoza. A partir de entonces se mostró favorable a los intereses de Enrique, quien le había acusado de estar con la liga que se había formado en su contra, ya que su hermano Girón lo estaba y el rey consideraba que este no habría prestado su apoyo sin el consentimiento y conocimiento del propio Pacheco. "*E asy [...], viendo [Pacheco] que en alguna manera le contradecía algunas cosas de las que el proponía en el consejo delante del rey, [...] mostrandose muy parçial de su arçobispo de Sevilla y que lo que el queria era lo mejor, espeçial contra el rey de Aragon, dixo que el rey en todo caso devia de yr a guerrar al reyno de Navarra [...] y que para esta guerra don Pedro Giron su hermano [...] venia con gruesa gente a lo servir*", escribe Luis Suárez Fernández.

Se convirtió así Pacheco en uno de los defensores de la causa del príncipe en sus últimos meses de vida.

LOS PERALTA

El clan de los Peralta comenzó a destacar con la figura de García Martínez de Peralta, que se convirtió en uno de los hombres de confianza de Carlos III. El linaje medró a la sombra de la corte y terminó emparentando con la casa real. Su hijo, Pierres de Peralta el Viejo, además del cargo de maestro hostel, consiguió la rícohombría en 1416. En 1422 el rey le encomendó la noble tarea de ir a buscar a su nieto a Peñafiel, lugar en donde había nacido un año antes, para escoltarlo junto con su madre hasta Navarra, donde Carlos debía educarse al ser el heredero de la corona. Por este servicio quedó además recompensado con una pensión de 900 libras. A partir de ese momento, los Peralta

aparecen siempre en primer término en los acontecimientos principales de la familia real, llegando a convertirse en el brazo derecho del rey consorte, Juan II. Gracias a los servicios hechos a la corona, Pierres el Viejo consiguió acumular poder y tierras, creando el primer mayorazgo conocido en Navarra. En 1430 los reyes Juan y Blanca le concedieron el señorío de Peralta, un enclave que hasta entonces había formado parte del principado de Viana, que correspondía a Carlos.

Su hijo, Pierres de Peralta el Joven, personaje oscuro y ladino, se convirtió en uno de los líderes principales del bando agramontés y se enfrentó abiertamente a Carlos. Defensor a ultranza de su benefactor, el padre del príncipe, fue el ejecutor de las políticas de Juan II en el reino. El príncipe le recriminó que usara las armas de Navarra en su escudo. Es cierto que Carlos III había concedido a su padre, Mosén Pierres de Peralta el Viejo, la licencia para colocarlas en quarterón. Sin embargo, al príncipe no le gustó que las utilizase el hijo ya que, con buen tino, consideraba que solo los miembros de la familia real podían utilizarlas y, que si las había lucido el padre, no significaba que el privilegio pasara directamente al hijo. "*...irritado [el príncipe] con èl [Pierres de Peralta el Joven] por esta causa [que llevara las armas de Navarra] las quitò de la sobreveste à un Passauante, ò Araldo suyo, embiandole à amenazar si en adelante bolviessse à usarlas, desayre que satisfizo el Rey [Juan] conde diendole priuilegio para que pudiesse traer la mitad de ellas...*", relata Francisco Pinel en *Retrato del Bvuen vassallo*.

Se casó en primeras nupcias con Ana de Bravante, una de las damas que llegó con la Princesa de Viana desde Borgoña. Este enlace le permitió tener información directa sobre lo que ocurría en la corte de Carlos, rodeado desde su nacimiento de miembros del clan rival de los beaumonteses.



Castillo de la Atalaya de Villena.

Como mano derecha de Juan estuvo presente en la batalla de Aibar de 1451, que supuso la primera gran derrota del Príncipe de Viana. También ocupó un lugar destacado en la concordia de Valladolid, que se firmó en 1453, entre el príncipe y su padre, y en las negociaciones que Juan mantuvo con los condes de Foix (Leonor, hermana de Carlos, y Gaston) para convertirlos en sus herederos en Navarra en detrimento del primogénito.

Cuando Carlos partió hacia Francia e Italia para buscar aliados, en 1456, Pierres el Joven marchó detrás por mandato de Juan II, ejerciendo de espía para él, con el único objetivo de desestabilizar la causa de su hijo. Para pagarse el viaje, secuestró a dos comerciantes tudelanos, los Abendahut, y los llevó con engaño al otro lado de los Pirineos, donde se los entregó a Gracián Dagramund a cambio de una considerable cantidad de dinero. La idea era que la deuda quedase saldada al cobrar Dagramund el rescate por los comerciantes. Al enterarse el rey, inició diligencias diplomáticas en Francia para ponerlos en libertad. Sin embargo, no castigó a su fiel vasallo. Antes bien, al conocer lo que había tenido que hacer para cumplir sus deseos, lo compensó creando la baronía de Marcilla para él en 1458. *"...y lo que es más, acudía al papa Calixto III, para que revocase el nombramiento del cardenal Niceno, como obispo de Pamplona, y lo hiciera recaer en la persona del abad de Santa Pía, que era deudo de Pierres y Martín de Peralta -porque tuviesen de donde satisfacer los cargos y deudas que debían-. Dióle también en propiedad la castellanía de Amposta con todos los derechos inherentes, si bien la percepción de tales derechos fue nula, al menos en los ocho primeros años"*, señala Atanasio Sinués Ruiz en

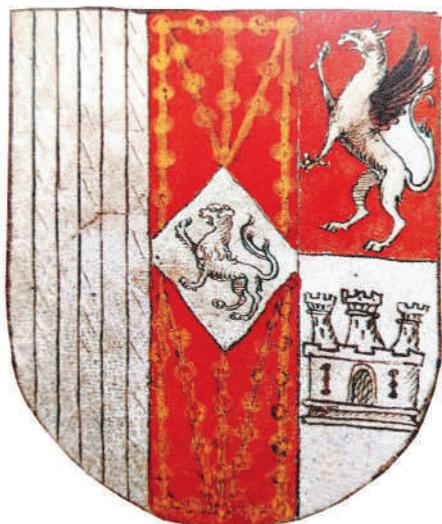
Una embajada de Juan II de Aragón al rey de Francia en 1458.

Se cree que fue el autor, junto con el mariscal, Pedro de Navarra, de las 87 acusaciones elevadas contra Carlos y que están recogidas en un documento custodiado en los archivos de Pau.

LOS BEAUMONT

Los Beaumont se mantuvieron fieles al Príncipe de Viana hasta su muerte. No quiere decir esto que defendieran siempre su empresa por absoluta fidelidad a la legítima causa de Carlos, ya que en su política prevaleció algunas veces su propio interés. Un interés que chocó de lleno con sus eternos enemigos: los agramonteses, en cuyo bando militaban los Peralta. Los Beaumont descendían directamente del infante Luis de Beaumont (hermano de Carlos II). Perteneían a una de las ramas bastardas de la familia Evreux que se formó al tener don Luis un hijo ilegítimo, fruto de su relación con María de Lizarazu, al que dieron el nombre de Carlos.

Durante la vida del príncipe destacaron los hermanos Luis y Juan, que siempre formaron parte del séquito del príncipe. Luis se casó con una hija natural de Carlos III, Juana de Navarra. Con motivo de este enlace, el rey les otorgó el título de condes de Lerín y Luis fue nombrado condestable de Navarra. En 1450, en plenas hostilidades entre Carlos y su padre, al regresar este a Navarra tras la derrota de Olmedo, Luis tomó para el príncipe la localidad de Oteiza. Estuvo también presente en la batalla de Aibar, al frente de las tropas de Carlos y cayó prisionero junto a él. Permaneció encarcelado hasta 1460, como garante de que el príncipe no se volvería a levantar en armas contra su padre tras ser liberado en 1453.



Armas de Pierres de Peralta el Joven, Libro de Armas del Reyno de Navarra.



Escudo de Luis de Beaumont, Libro de Armas del Reyno de Navarra.

Se cuenta que fue él quien disuadió al Príncipe de Viana de que se casara con María Armendáriz, a pesar de que le había prometido que la desposaría, si de su relación nacía algún vástago, como así ocurrió.

Pero si hubo un Beaumont que ejerció notable influencia sobre Carlos, ese fue Juan. La reina Blanca lo nombró ayo y tutor de su hijo y entre maestro y pupilo siempre hubo una estrecha relación. Juan fue un hombre inquieto y combativo. Aspiró a ser obispo de Pamplona, pero se encontró con la oposición directa del rey consorte de Navarra, quien tenía un mejor candidato. Se tuvo que conformar con el puesto de prior de la orden de San Juan, que era en ese momento el segundo cargo eclesiástico más importante en el reino.

Por los muchos servicios prestados hacia su persona, el príncipe le otorgó el título de vizconde de Abarca y Arberoa, en 1455; dignidad que luego heredó su primogénito, Martín.

A Juan encomendó Carlos la empresa de ir a buscar a su prometida, Agnès de Kleves, a Bilbao, y escoltarla hasta Estella, donde la esperaba el príncipe. También se apoyó en él cuando decidió abandonar Navarra en 1456, dejándole al mando del gobierno de sus asuntos como canciller y capitán general, junto a su hermana, Blanca.

A principios de 1455 lo envió a Ágreda, para tratar el concierto con su padre. Allí se encontraba también Pacheco. "...esta junta salió tan desgraciada como las otras; porque el Rey de Navarra y sus parciales, los Agramonteses no quisieron venir en las condiciones, que por la otra parte se pedían. Entendióse que D. Juan Pacheco procuraba de secreto impedir la paz de Navarra entre padre e hijo, por miedo de que, si las cosas del todo se sossegaban, él no tendría tanto poder y autoridad", señala Francisco Aleson en los Annales del Reyno de Navarra.

En 1457, con el príncipe ausente del reino, refugiado en la corte de Nápoles de su tío, Alfonso el Magnánimo, Juan de Beaumont proclamó rey a Carlos. Sucedió después de que don Juan juntara cortes en Estella con los de su parcialidad para desheredar al príncipe y a su hermana. "*Viendo esto D. Juan de Beaumont su gobernador, los de su Consejo, y muy especialmente la Ciudad de Pamplona, sin dar primero parte al Príncipe por tener bien conocida su templanza, y por parecerles sin duda, que avia peligro en la tardanza, convocaron à Cortes en Pamplona las personas, y pueblos de su obediencia, que gozaban desta prerrogativa, y en ellas le aclamaron, y juraron por Rey sin omitir solemnidad d ellas que en semejantes actos se acostumbra, dia Miercoles 16 de Marzo deste año mismo...*", señala Aleson.

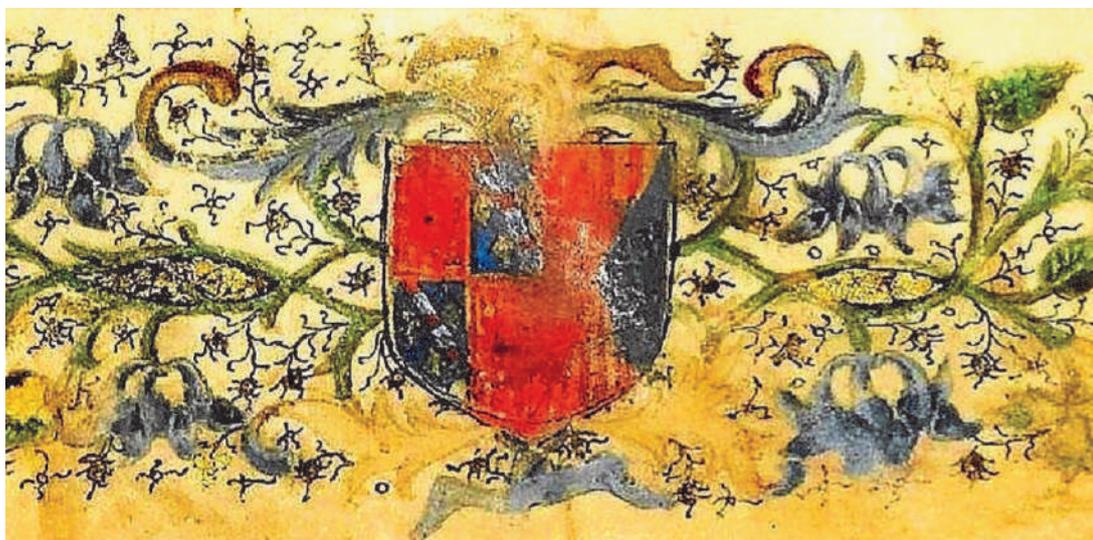
Este hecho fue recriminado por el propio protagonista, ya que se encontraba en ese momento en uno de los momentos más delicados de la relación con su padre, que podía considerarlo un acto de rebelión.

Juan se mantuvo fiel a su pupilo hasta el final. En los últimos meses de vida de Carlos fue encarcelado junto a él y permaneció en Cataluña tras su fallecimiento. Perdió todas sus posesiones en el reino y al regresar a Navarra se refugió en Puente la Reina. Allí creó un cenobio en la Iglesia del Crucifijo, donde fue enterrado.

Con este panorama es mucho más entendible el lema que el historiador Avalos de la Piscina señala como una de las divisas del Príncipe de Viana: *Utrimque roditur* (Por todos los lados, me roen).

La autora es periodista y novelista.

*Armas del Príncipe de Viana.
Iluminador Guillem de Hugoniet (libro de 1461).
Biblioteca Museo Condé*



LOS INFANTES DE ARAGÓN ¿QUÉ SE HIZIERON?

Pascual MARTÍNEZ SOPENA
sopena@fyl.uva.es

*¿Qué se hizo el rey don Juan?
Los infantes de Aragón
¿qué se hizieron?
¿Qué fue de tanto galán,
qué fue de tanta invención
como traxieron?
Las justas y los torneos,
paramentos, bordaduras
y cimeras,
¿fueron sino devaneos,
qué fueron sino verduras
de las eras?*

INTRODUCCIÓN

El poeta Jorge Manrique, que nació probablemente hacia 1440, es famoso por las "Coplas a la muerte de su padre". Las compuso en memoria de don Rodrigo Manrique, conde de Paredes de Nava, en la Tierra de Campos, al tiempo que dignatario y luego Maestre de la Orden Militar de Santiago. Y entre los pasajes más famosos de las coplas se halla éste. Sus versos evocan la vaciedad de las ambiciones humanas tomando como ejemplo las figuras del rey Juan II de Castilla y de sus primos, que fueron conocidos en Castilla como los "Infantes de Aragón". Tantos gestos grandiosos de los personajes más importantes de su tiempo –viene a sostener-, carecen de valor frente al cultivo de la honra y el ejercicio de la virtud.

Jorge Manrique sabía de lo que hablaba. Su familia había participado activamente en la política castellana del siglo XV, cuando todos los actores mencionados coincidieron, compitiendo en protagonismo entre sí y con don Álvaro de Luna, el gran privado del rey Juan. Jorge Manrique había de morir combatiendo al servicio de los reyes Isabel y Fernando en 1479, haciendo honor a su condición de noble caballero, hombre de armas y escritor reflexivo.

El mapa de la España de este momento ofrece una engañosa sensación de estabilidad. Si bien las fronteras cambiaron poco (salvo en Navarra, forzada a entregar la actual Rioja Alavesa a Castilla en 1464), las tensiones bélicas entre los reinos fueron constantes. Curiosamente, se comprueba que uno de los factores que las impulsaron fueron las estrechas relaciones de

sangre entre sus gobernantes. En tales circunstancias cabe destacar que el compromiso de Caspe (1412), había entronizado como rey de Aragón al infante castellano Fernando "el de Antequera", con lo que los estados principales de la Península quedaron en manos de dos ramas de la dinastía Trastámara, a la postre rivales.

El lector apreciará en las páginas inmediatas una perspectiva en zig-zag. El primer punto se sitúa dos generaciones antes de Jorge Manrique, mediante una reflexión sobre la política castellana de los primeros años del siglo XV, dominada por la personalidad del mencionado Infante Fernando.

Viene después una caracterización de sus vástagos, los "Infantes de Aragón": principalmente Juan, rey consorte de Navarra desde 1425, y Enrique, maestre de Santiago, que recibieron de sus progenitores una enorme herencia en Castilla y se beneficiaron de una extensa red de amigos y parientes. Los puntos siguientes resaltan el papel de los Infantes de Aragón en el reino de sus abuelos, distinguiendo dos etapas. Tras haber mantenido grandes desavenencias entre ellos, su nuevo plan de concordia parecía encaminado a dominar la política del



Retrato de Jorge Manrique, por Juan de Borgoña

reino; pero chocó con el ascenso de Álvaro de Luna, que los enviaría al exilio y les confiscó su patrimonio en 1430. Aunque los Infantes retornaron al cabo de unos años, recuperando su protagonismo aupados en el amplio rechazo a la "tiranía" de Álvaro de Luna. Pero fueron expulsados definitivamente en 1445, tras su derrota militar en Olmedo.

El último punto tiene aire de epílogo, pues el infante Juan dejó de intervenir resueltamente en la política castellana, sobre todo desde que se convirtió en rey de Aragón en 1458, sin renunciar nunca a su condición de rey de Navarra.

LA POLÍTICA CASTELLANA EN LOS PRIMEROS AÑOS DEL SIGLO

En 1406 falleció Enrique III de Castilla. Dejaba un heredero de apenas dos años, el futuro Juan II, por lo que se constituyó una regencia compartida entre su viuda, la reina Catalina, y el Infante Fernando, hermano del rey difunto y noble más poderoso del reino –a lo que no era ajeno su matrimonio con la condesa Leonor de Alburquerque, ricahembra de la misma estirpe real. Si su título de señor de Lara le acreditaba como jefe de la nobleza castellana, los dominios de los cónyuges se extendían por la Rioja (Haro, Briones), la Tierra de Campos (Paredes de Nava, Villalón, Mayorga, Uruña), las Extremaduras al Sur del Duero (Medina del Campo, Peñafiel, Ledesma, Cuéllar), y la frontera portuguesa (Alburquerque). Hay que añadir que muchas de estas villas estaban en el área de mayor peso político de Castilla, el Duero Medio y su contorno, contando entre sus aglomeraciones más populosas.

El infante era un hombre tan piadoso como hábil. Su proverbial devoción a la Virgen María se conciliaba con un carácter emprendedor y una sensibilidad por lo simbólico propia de la época. En 1404 había fundado una orden de caballería, denominada de la Jarra y el Grifo porque su emblema representaba el jarro de azucenas mariano y la figura del más poderoso de los animales fantásticos. A su alrededor se organizó algo parecido a un equipo de gobierno donde, junto a nobles afectos, dio entrada a una selección de consejeros más o menos formales. Había clérigos como el obispo de Palencia Sancho de Rojas, luego arzobispo de Toledo, y el futuro san Vicente Ferrer, famoso predicador que concretaba la predilección del infante por la orden de los Dominicos. Pero también se surtió de universitarios peritos en leyes, de notables de las villas de sus dominios, y de judíos convertidos o "cristianos nuevos", como Alvar García de Santa María, quizá autor de la crónica que pormenorizó sus éxitos.

La conquista de Antequera cimentó su prestigio. En los años 1409-1410, la campaña contra esta ciudad musulmana desempeñó gran papel en la política castellana. Presentada como una nueva cruzada, sirvió para movilizar alrededor del infante a las fuerzas vivas del reino y le permitió redistribuir grandes recursos entre sus leales de todos los niveles, de los ricoshombres a los campesinos de sus señoríos. Luego, la victoria final alimentaría la memoria y la imaginación de las gentes. Además, favoreció un objetivo del mayor calado: llevarlo al trono de Aragón tras el interregno que siguió a la muerte del rey Martín I. Para lo cual sumó a sus partidarios aragoneses –entre quienes destacaba su consejero Vicente Ferrer, muñidor principal del Compromiso de Caspe que le eligió rey en 1412 –, a quienes le venían apoyando en Castilla –clérigos y laicos, hombres de leyes y guerreros. Todos ellos se beneficiaron de las mercedes del nuevo monarca.

LOS INFANTES DE ARAGÓN: LOS HEREDEROS DE FERNANDO DE ANTEQUERA

El Infante-Rey murió en 1416, con 38 años. Hasta su muerte mantuvo su condición de regente de Castilla, lo que preservó para sus hijos una



*El rey Juan II de Castilla.
Francisco Prats y Velasco (1848). Museo del Prado.*

amplia cuota de poder en la tierra natal de todos. En efecto, sus hijos habían nacido y se criaron en Medina del Campo, la capital de sus estados. Hay alguna imagen donde todos juntos son seis jóvenes, elegantes y contentos, como dispuestos a sus altos destinos en el gobierno del reino, merced a los matrimonios que entretejían las alianzas políticas.

El mayor, Alfonso, casó con la infanta María, hermana de su primo Juan II de Castilla. Sucedió a su padre como rey de Aragón (Alfonso V, †1458). Si en principio vigiló Castilla desde su trono y a través de sus hermanos, acabó por desentenderse en 1430; eso sí, los acogió cuando se exiliaron.

El infante Juan fue, como se indicaba, rey de Navarra hasta su muerte en 1479. Obtuvo esta dignidad como consorte de la infanta Blanca, heredera de Carlos III el Noble, y la conservó durante su viudez, su segundo matrimonio y después: más de medio siglo, sin remedio para sus hijos Carlos de Viana y Blanca. Además, don Juan sucedió a su hermano mayor en el trono de Aragón en 1458. En esta última fase de su vida política perdió interés por la política castellana, donde había participado tan activamente.

En ella también intervino al máximo nivel don Enrique, el tercero de los hermanos. De talante más impulsivo que don Juan, fue maestro de la Orden de Santiago. Murió a consecuencia de una herida que recibió en la batalla de Olmedo (1445). Estuvo casado con otra hermana de Juan II de Castilla, la infanta Catalina.

Don Pedro, el hermano menor, jugó un papel a socaire de los anteriores y falleció antes que ellos, combatiendo en Nápoles. Fue conde de Alburquerque.

También tuvieron dos hermanas. La infanta María se convirtió en reina de Castilla al casarse con su primo Juan II, cerrando el entramado de matrimonios entre las dos ramas Trastámara. En fin, el matrimonio de la infanta Leonor con don Duarte, heredero de Portugal, orientó intereses familiares hacia el último de los reinos cristianos peninsulares, pero la brevedad del reinado de don Duarte frustró las expectativas.

Tras morir Fernando de Antequera, la reina viuda Leonor vivió en el convento de las Dueñas dominicas de Medina del Campo. De inmediato trasladó a sus hijos Juan y Enrique casi todo el patrimonio, salvo algunas villas como Urueña. Juan de Aragón recibió los títulos de señor de Lara, duque de Peñafiel y duque de Montblanc, más el conjunto de señoríos de la Rioja, la Tierra de Campos y el sur del Duero. Don Enrique recibió bienes en la banda fronteriza con



El rey Juan II de Aragón, retrato de Manuel Aguirre (hacia 1851-54). Diputación de Zaragoza.

Portugal y el condado de Ampurias, aparte del maestrazgo de Santiago, que le aseguraba una presencia especialmente intensa en las regiones meridionales de Castilla y León; también se cumplen en 2021 los 600 años desde que fundó Villanueva de los Infantes, destinada a ser la capital de los dominios santiagoños en La Mancha.

LOS INFANTES EN LA POLÍTICA CASTELLANA, 1ª FASE: HASTA SU EXILIO EN 1430

En 1419, Juan II de Castilla llegó a los 14 años, alcanzando la mayoría de edad. Era menor que sus primos Juan y Enrique de Aragón, de 22 y 19 años. Ante tal juventud protagonizando la política del momento y tanto poder en juego, conviene tener en cuenta otros datos. Junto al rey había hombres maduros dispuestos a ejercer el gobierno. Entre ellos, el condestable Ruy López Dávalos, jefe del ejército, y Álvaro de Luna, un noble de origen aragonés que había intimado con el rey desde su infancia. Sobre la corte se proyectaba además la sombra de los ricoshombres. Se apellidaban Enríquez, Manrique o Mendoza, y con frecuencia estaban enlazados entre sí. Varios habían estado próximos

a Fernando de Antequera y otros esperaban su oportunidad sirviendo a sus hijos o al joven rey.

La tensión que sugiere este esquema estalló de inmediato, pero no del modo que cabría imaginar. Al cabo de un año, los infantes Juan y Enrique disputaron. Aprovechando que don Juan había acudido a Pamplona a comienzos del verano de 1420 para casarse con doña Blanca, don Enrique secuestró al rey Juan II en Tordesillas. Por un momento, todo estuvo bajo su control, hasta el punto de que hizo casar a su hermana María con el monarca y forzó su propio matrimonio con la infanta Catalina. Además, convocó unas cortes que sancionaron sus actos. Aunque fuera responsable de un golpe de palacio al margen de lo que dictaban leyes, costumbres y liturgias, había quedado autorizado.

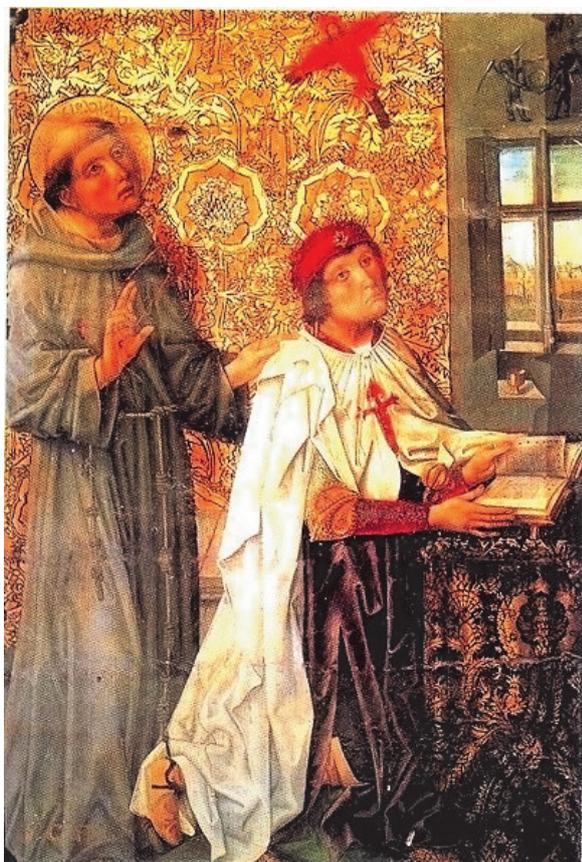
Pero la situación cambió en el otoño. Ayudado por Álvaro de Luna y con la complicidad de su primo don Juan, el rey huyó para refugiarse en Montalbán, un imponente castillo sobre el Tajo. La derrota de Enrique se produjo paulatinamente. La suma de abusos fragmentó su bando, su hermano Juan supo atraer a perplejos e indecisos, y hubo una emotiva corriente de apoyo de las gentes comunes al rey, su "señor natural". Al fin, el infante fue reducido a prisión en 1422, donde pasó tres años.

¿Se podría hablar de que Álvaro de Luna y Juan de Aragón eran el nuevo tándem rector de la política castellana? En realidad, ambos representaban dos posiciones enfrentadas.

El ascenso de Álvaro de Luna se significó en su nuevo cargo de condestable, tras la caída de Ruy López Dávalos, compañero de Enrique en su aventura. Si tradicionalmente se ha destacado su personalidad de paladín del poder regio con el concurso de la nobleza media y baja, hoy se enfatiza su carácter banderizo. Ser rey de Navarra incrementó la influencia del infante Juan de Aragón. Se estima que su política en Castilla estaba orientada a controlar a la monarquía en pro de la alta nobleza y con el aliento de Aragón... Diferencias notables, pero también coincidencias: a escala local, sus políticas tendieron a premiar a los "caballeros" de villas y ciudades a costa de los "hombres buenos pecheros". Los privilegios fiscales de aquellos contrastaban con ser estos otros los contribuyentes más destacados. Esto también significaba que coincidían en mantener sumisas a las cortes (a cuyos procuradores subvencionaba la hacienda regia, no los concejos en cuyo nombre acudían).

A la larga prevalecieron las diferencias. Tras la liberación del infante Enrique llegó la reconciliación de los hermanos, seguida de una ofensiva entre los años 1427 y 1430 contra quien se había convertido en el personaje principal, el condestable Luna. Pero ni los infantes llegaron a entenderse, ni alcanzaron acuerdos con don Álvaro, ni los bandos en que se apoyaban fueron estables. Sucesivas "ligas nobiliarias" son la expresión de la inestabilidad, y nunca hubo contrapartida parlamentaria a tanto protagonismo de la nobleza. Tampoco se evidencia un debate ideológico. Los frecuentes cambios de alineación para muchas de las grandes y medianas estirpes se asociaban más con las expectativas de recompensa: siempre a costa del patrimonio del rey, o de los propios infantes y del valido Luna, que son quienes aprovecharon para acumular más riquezas.

En sus inicios, esta crisis parece una trama urdida por Alfonso V de Aragón y culmina con el primer y breve destierro de don Álvaro. Llegó a conocer un paréntesis amable y artificioso con "las justas y los toneos" a los que se refería Jorge Manrique. Su modelo fueron las coloridas jornadas de Valladolid en mayo de 1428. En ellas, todos los protagonistas del drama y sus actores secundarios rivalizaron en presentar espectáculos suntuosos. Nunca la rivalidad fue más deslumbrante: aunque es muy posible que sobre todo sirvieran al sagaz valido para reorganizar su bando y preparar un golpe decisivo contra los infantes.



Don Álvaro de Luna (hacia 1483-95).

Estos tenían buenas razones para recelar, y diseñaron un plan con su hermano el rey de Aragón. Al cabo de unos meses, mientras el infante Pedro se sublevaba en Peñafiel, Alfonso V atacó las fronteras orientales de Castilla. Una iniciativa de aire tan turbio halló un fuerte rechazo, esto es, el rey y don Álvaro de Luna se granjearon gran apoyo. El condestable llevó las tropas reales a Peñafiel (que conquistó de inmediato) y contra los castillos de la Orden de Santiago (que se mantenían fieles al infante Enrique). La lentitud de las operaciones y la oposición de los súbditos de Alfonso V a la guerra con Castilla –considerada asunto personal de su rey–, condujeron a las Treguas de Majano (1430), que acordaron el destierro de los infantes y el secuestro de sus bienes. Mientras don Juan aceptó estas condiciones y se fue a Navarra, sus hermanos Enrique y Pedro las rechazaron; derrotados al fin, se exiliaron en la corte de su hermano Alfonso, donde todos participarían en los avatares de su política italiana.

Esta fue la época dorada de don Álvaro, que redistribuyó el patrimonio de los infantes entre sus parciales antiguos y nuevos. Así, su suegro el conde de Benavente recibió Mayorga y Villalón, el almirante Fadrique Enríquez obtuvo Peñafiel, o su medio-hermano Pedro Manrique –abuelo de Jorge Manrique–, se convirtió en señor de Paredes de Nava.

LOS INFANTES EN LA POLÍTICA CASTELLANA: 2ª FASE, HASTA LA MUERTE DEL INFANTE ENRIQUE DE ARAGÓN (1445).

Hasta 1437, Castilla conoció una relativa paz. No obstante, fue creciendo la desafección de la alta nobleza al válido del rey, acusado de codicioso y despótico. Su prianza era denostada como “tiranía”. Fue entonces cuando los ricos hombres apoyaron el regreso de los infantes de Aragón. Don Juan y don Enrique volvieron triunfalmente en 1439 y, sin duda, más expertos. Aunque los señoríos que se les devolvieron eran una porción del patrimonio que heredaran, no reclamaron, quizá esperando tiempos mejores. Por otro lado, practicaban un doble juego; mientras Enrique mostraba su apoyo a la nobleza levantisca, Juan se acercó a don Álvaro.

¿Posible paralelo con los primeros 1420? Más cabe sugerir que los mismos protagonistas en el mismo escenario disponían de una variedad limitada de papeles, como se confirmará de inmediato. Pronto, articularon otra liga nobiliaria que hizo una petición al rey: que el condestable fuera expulsado del gobierno. La inmediata concordia estableció el segundo destierro de Álvaro de Luna, que se retiró con aparente calma a su villa de Escalona.



*El rey Alfonso V de Aragón, el Magnánimo.
Copia de Felipe Ariosto (1634). Museo del Prado.*

Envalentonada, la liga dio un nuevo éxito a los infantes: obtuvo en las cortes de 1440 que el rey autorizase el matrimonio del príncipe de Asturias –el futuro rey Enrique IV–, con la infanta Blanca de Navarra, hija de la reina Blanca y del rey-infante Juan.

En el seno de la propia familia real se apoyaba a los infantes. La reina María, su hermana, y el príncipe de Asturias se habían alejado de Juan II, siempre cercano a su válido. Pero el triunfo de la liga se vio malogrado paulatinamente por sus diferencias internas y por las acciones extremas de los infantes. La más grave fue que apresaran al rey en 1443 y lo encerrasen en el castillo de Portillo.

No era la primera vez que algo así sucedía –el recuerdo del golpe de Tordesillas también nos retrotrae a 1420. Esta vez, los caballeros de Valladolid fueron quienes liberaron al monarca. El hecho había sido tan escandaloso que, con el beneplácito del príncipe de Asturias y de gran parte de la nobleza, volvió Álvaro de Luna a la corte y se aprestó a dirigir la lucha contra los infantes de Aragón.



BATALLA DE OLMEDO.

Joaquín Molina. Tinta en papel.

La coyuntura de 1445 comportó el triunfo del valido regio. Bajo su mando, las tropas del rey derrotaron al bando de don Juan y don Enrique ante Olmedo, su base de operaciones. El infante Juan se refugió de nuevo en Navarra, mientras Enrique huyó herido a Aragón; al cabo de pocos días fallecía en Calatayud. Entonces, don Alvaro pudo realizar otra de sus ambiciones: convertirse en maestre de la Orden de Santiago.

A MODO DE EPÍLOGO

La batalla de Olmedo marca el punto de inflexión de la trayectoria de los hijos de Fernando de Antequera en Castilla. De nuevo poderoso, el flamante maestre y condestable del reino buscó una alianza en Portugal que pudiese contrapesar la continua inquietud que los Trastámaras aragoneses habían animado durante un cuarto de siglo, al mismo tiempo que interfería en la política del infante Juan, que se mantenía como rey de Navarra tras la muerte de su esposa Blanca.

Don Álvaro acudió a una tradicional fórmula de construir alianzas, los enlaces matrimoniales. Habiendo enviudado su rey, forzó un nuevo matrimonio de Juan II con Isabel de Portugal, pariente regia (1447). Pero la operación salió fallida. La nueva reina sería hostil al privado desde el principio, al mismo tiempo que gozó de inmensa influencia sobre el monarca y consiguió atraer al versátil príncipe de Asturias. El valido fue desterrado de la corte por tercera vez, y de nuevo se retiró a Escalona.

Todo este relato tiene aire de movimiento pendular, pero cada circunstancia posee acentos propios. Don Álvaro no abandonó la corte esta vez contra los deseos de su rey, sino por orden suya. Su estrella declinaba, y aunque volvió pronto, se le había torcido la voluntad de los poderosos, sobre quienes Juan de Navarra seguía teniendo influencia.

Así, mientras Álvaro de Luna alentaba a los partidarios del príncipe de Viana contra su padre, este apoyaba a sus contrarios, acaudillados por Juan Pacheco, ayo del príncipe de Asturias. Don Juan, el último y más destacado de los infantes de Aragón, había casado de nuevo en 1447 con Juana Enríquez, hija del almirante Fadrique Enríquez, el más influyente de sus aliados castellanos.

El final de una larga lucha se acercaba. En 1453, sus contrarios consiguieron el arresto y ejecución de Álvaro de Luna. Casi simultáneamente, la política daba un nuevo vuelco, pues el príncipe Enrique anuló su matrimonio con la infanta Blanca de Navarra, aduciendo que no se había consumado. Lo menos que se puede decir es que fue una extraña operación. Añadamos que al año siguiente falleció Juan II de Castilla, otro de los protagonistas de este tiempo, pesoso del triste fin de su valido.

Pero, enfrentado con enemigos poderosos y próximos, permaneció incombustible durante otro cuarto de siglo don Juan, apellidado "el Grande" por unos, "Sin fe" por otros, o "Vieja vulpeja" por los terceros. Infante aragonés y ricohombre de Castilla, rey consorte y soberano de Navarra a costa de sus vástagos, y al cabo rey por derecho de Aragón y padre de Fernando el Católico.

Sin duda, este fue un tiempo difícil y es difícil de contar. Pero si contemplamos otros parámetros, como el desarrollo agrícola y ganadero, la actividad comercial, o la floración de catedrales góticas en la época, surgen reflexiones de otra naturaleza. Que la tremenda historia política coexistió con una dinámica social y económica floreciente, que discurría por debajo de ella. Las crónicas no la registran, porque no forma parte de la vida cortesana. La revela el flujo de gentes, el vigor de las comunidades, o los menudos papeles de cuentas. Y que la sociedad y la economía acusaron favorablemente la época de serenidad política que los Reyes Católicos imprimieron en los reinos unidos de Castilla y Aragón desde los años 1480. Este otro tiempo fue el de los "umbrales de España", como titulamos a la Semana de Estudios Medievales de Estella de 2011. De esta última se cumplen ahora 10 años.

El autor es Catedrático de Historia Medieval de la Universidad de Valladolid.

LAS MONEDAS DEL PRÍNCIPE DE VIANA

Miguel IBÁÑEZ ARTICA
miguelibanez@gmail.com

La desdichada historia del Príncipe de Viana, cuyo destino desde el momento de su nacimiento era convertirse en rey de Navarra, quedó truncada en los últimos años de su vida, y lo mismo ocurrió con las monedas que sus seguidores acuñaron a su nombre durante la violenta guerra civil que durante una década asoló el territorio navarro.



Figura 1.- La falsificación de moneda. (a) Ajusticiamiento de un falsificador de moneda que es cocido vivo públicamente en una caldera (imagen de un manuscrito medieval), y caldera utilizada en la localidad de Deventer (Países Bajos) donde se ejecutó al maestro de la casa de moneda en 1434 por falsificador (b); (c) grueso del Príncipe de Viana y falsificación del mismo en cobre (d).

El derecho a la acuñación de moneda en tiempos medievales era una prerrogativa real, y solamente el monarca podía autorizar su emisión, o realizar concesiones temporales de acuñación a particulares (villas, monasterios...) bajo circunstancias especiales. Por otra parte la moneda no cumplía tan solo una finalidad económica, sino que servía como medio de difusión y propaganda de la autoridad real, considerándose la falsificación de la misma como un delito de "laesa maiestatis", es decir un crimen contra el rey castigado con la pena capital, y el caso más espectacular registrado en Navarra se produce en 1362, cuando es ajusticiado en Tudela el falsificador Martín Martínez de San Vicente. Al cumplimiento de la sentencia "a facer cocer" asiste el justicia de la ciudad acompañado de nueve hombres a caballo y treinta a pie. Se emplean en la ejecución 16 cargas de leña para calentar el agua

de la caldera donde se sumergió al reo, labor realizada por cuatro hombres. Una vez "muerto et cocho", es decir, "muerto y cocido", su cuerpo fue ahorcado públicamente arrojándole a la cabeza la moneda falsa incautada (Fig. 1).

Es por este motivo por lo que las emisiones a nombre de Carlos, tienen una singularidad especial, ya que en esos momentos "oficialmente" el título de Rey lo ostentaba su padre Juan II, y como veremos estas monedas exhiben unas características muy peculiares.

La Guerra Civil de Navarra finalizó en 1464, tres años después de que el príncipe Carlos hubiera fallecido en Barcelona el 23 de septiembre de 1461, tras un encarnizado conflicto que se extendió a partir de 1451 durante más de una década, enfrentando a los partidarios del Príncipe (beamonteses) con los de su padre Juan II (agramonteses).

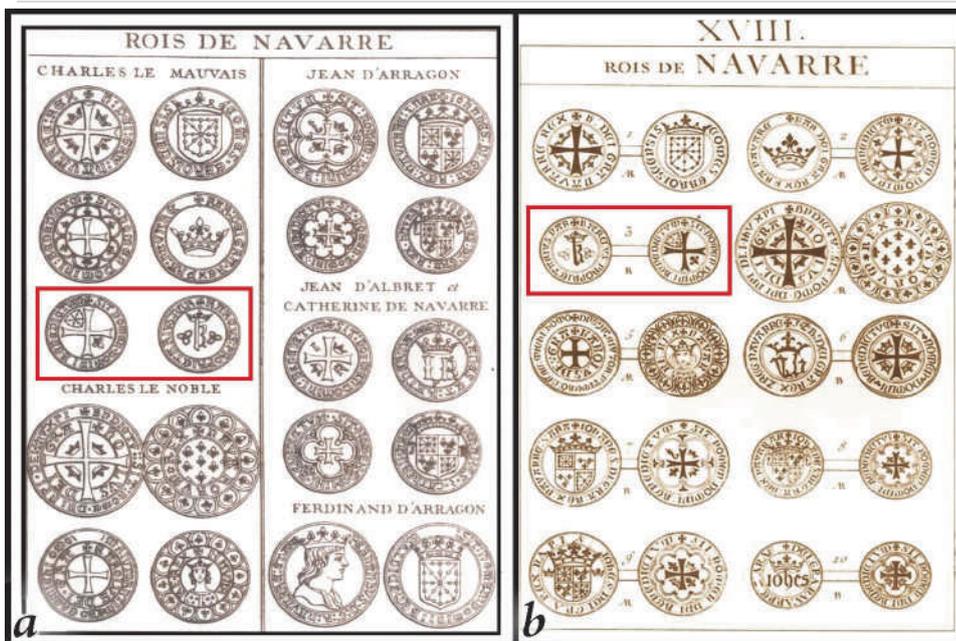


Figura 2.- Primeras referencias a las monedas del Príncipe de Viana atribuidas a Carlos II “el Malo” (encuadradas en rojo).

a: Figuras del manuscrito de M. Claude Gros de Boze (c. 1750);

b: Lámina del volumen I de Tobiésen Duby (1790).

Tras la contienda, gran parte de la documentación referida al conflicto desapareció, especialmente la que afectaba al bando perdedor, y durante siglos se ignoró que en la Navarra dividida en dos durante ese período de tiempo, existieron simultáneamente dos administraciones paralelas que fabricaron moneda; por un lado los partidarios de Carlos que acuñaron en Pamplona numerosas emisiones de varios tipos monetarios (gruesos y medios gruesos de plata y cornados y medios cornados de vellón bajo, es decir de una mezcla de cobre con una pequeña cantidad de plata), y por otra los seguidores de Juan II que hicieron lo mismo a partir de 1458, año en que Juan ascendió al trono de Aragón, tras el fallecimiento sin sucesión de su hermano Alfonso V “el Magnánimo”, y que emitieron monedas de oro (escudos y medios escudos), plata (gruesos y medios gruesos), vellón con alto contenido en plata (blancas y medias blancas) y vellón bajo (cornados y medios cornados). De los pocos datos conocidos sobre las emisiones de Carlos, sabemos que Pascual de Esparza, que en 1453 era oidor de Comptos, pasó a ser guarda de la moneda de Pamplona al servicio del Príncipe de Viana desde el 17 julio de 1455 al 9 abril de 1460.

Las monedas del Príncipe de Viana se conocen desde el siglo XVIII, pero tradicionalmente habían sido atribuidas a Carlos II “el Malo” o a Carlos III “el Noble”. La primera referencia que encontramos es la de un raro medio grueso descrito en 1790 por Tobiésen Duby, capitán de infantería e intérprete del monarca Luis XVI (Fig. 2b), tomado a su vez del manuscrito de Claude Gros de Boze, (1680-1753), guarda del gabinete de medallas del rey Luis XV (Fig. 2a), donde se señala la leyenda errónea:

“KAROLVS PROPJETARIVS NAVARRE”

en vez de:

“KARTVS:D:PROPIETARIVS: NAR”.

El numismático francés Faustin Poey d’Avant recogió en 1860 el dibujo, la leyenda y la atribución del medio grueso, describiendo por vez primera el grueso y el cornado. Las descripciones, dibujos y atribuciones a Carlos II “el Malo” de estas monedas fueron recogidas posteriormente por Aloïis Heiss en 1869, y trasladadas a la bibliografía del siglo veinte.

Sin embargo en 1868, un año antes de la publicación de Heiss, Don Pablo Iarregui, secretario del Ayuntamiento de Pamplona y vicepresidente de la Comisión de Monumentos de Navarra, envió un interesante informe manuscrito a la Real Academia de la Historia, con motivo de la incorporación al monetario del Cabildo de la Catedral de Pamplona de un grueso de este tipo (Fig. 3c). En el mismo, acompañado de un dibujo de la moneda (Fig. 3b), se discute y propone la atribución de la misma al Príncipe de Viana, leyendo correctamente la leyenda “KARTVS”, en contra de lo recientemente publicado por Poey d’Avant.

Desgraciadamente este informe no llegó a ver la luz en forma de publicación, y en la bibliografía posterior estas monedas siguieron atribuyéndose a Carlos II, hasta que un siglo más tarde, en 1978, Domingo Figuerola demostró documentalmente la pertenencia de estas piezas al Príncipe de Viana tras la muerte de Blanca de Navarra, atribución corroborada posteriormente por otros autores. El medio cornado, muy similar al cornado, pero con la inicial “K” sin corona fue descrito por Mikel Crusafont en 1982, y así ha pasado a la bibliografía posterior.

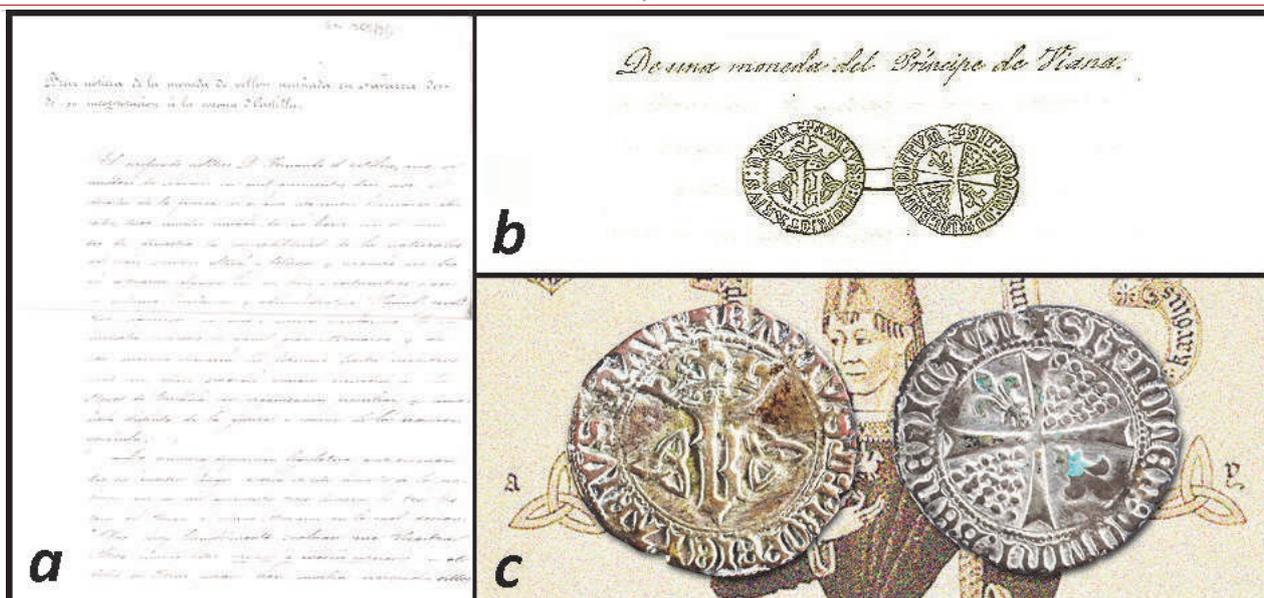


Figura 3.- a: Primera página del informe manuscrito remitido en 1868 por D. Pablo Ilarregui a la R.A.H.; b: Dibujo del grueso del Príncipe de Viana en dicho informe; c: El mismo ejemplar conservado actualmente en el monetario del Museo de Navarra.

Antes de comentar los diferentes tipos de monedas acuñadas a nombre del Príncipe de Viana, pasaremos a describir las significativas diferencias que encontramos en las monedas de plata de mayor valor, los gruesos, que en el caso de Carlos comenzarían a acuñarse hacia 1455, y los de Juan II, que empezaron a emitirse tres años más tarde, a partir de 1458.

En primer lugar podemos ver que el motivo central del anverso es en el caso de Carlos, una gran letra inicial gótica "K" coronada (Fig. 4a), mientras que en las monedas de Juan aparece el escudo cuartelado coronado con las armas de Navarra/Evreux (Fig.4b). La segun-

da gran diferencia se da en las leyendas, en el caso del Príncipe de Viana:

"KARTVS:D:PROPRIETARIVS:NAVR" (Fig. 4c),

y en el de Juan:

"IOHANES*DI*GRA*REX*NAVARRE*ET*A" (Fig. 4d).

Resulta particularmente interesante la leyenda del anverso de la moneda del Príncipe. En primer lugar llama la atención la ausencia de la palabra "REX", aunque la inicial coronada deja constancia de que se considera como tal, utilizando el ordinal "KARTVS", es decir cuarto, pudiendo deducirse de ello que se intitula como "Kartvs Kartus", es decir "Carlos IV", nombre que le correspondería como rey de Navarra y nieto de Carlos III "el Noble". La utilización del ordinal -hecho excepcional en la numismática medieval-, se inspira en las monedas castellanas de Enrique IV (1454-1474), quien utilizaba el ordinal "Enricvs Cartvs o Qvartvs" en sus monedas. Sin embargo, lo más original en las leyendas es la utilización del término "propietarivs", y en este punto conviene hacer una distinción entre dos términos diferentes, que aunque utilizados a veces como sinónimos, presentan algunos matices. No es lo mismo "posesión" que "propiedad": una persona puede poseer algún tipo de bien, pero la propiedad puede pertenecer a otra persona o estamento. El caso más claro es el de los billetes o monedas que circulan en la actualidad. Según la legislación de muchos países, una persona puede poseer un determinado número de monedas o billetes y con ellos puede adquirir bienes y servicios, pero no los puede crear ni tampoco destruir, ya que la propiedad de los mismos es del estado emisor.



Figura 4.- Diferencias entre las monedas del Príncipe de Viana y las de su padre Juan II.

En este caso, el mensaje que nos transmite la leyenda, es que Carlos es el verdadero rey propietario del reino ("Dominvs Propietarivs"), aunque circunstancialmente se encuentre en posesión de su padre. En palabras de Ilarregui hace más de siglo y medio: *"cuando se batieron las referidas monedas, había un Rey de hecho y otro de derecho, y este caso sucedió en tiempo del mencionado Rey D. Juan, en que su hijo el Príncipe D. Carlos de Viana, era el verdadero propietario de la corona que la tenía usurpada su padre"*.

Por contra en las monedas de Juan II, encontramos la leyenda *"Juan por la gracia de Dios, rey de Navarra y Aragón"*. Otro hecho a resaltar, es que Juan se apropia de las armas heráldicas que pertenecían a su hijo, el escudo cuartelado de Navarra/Evreux, armas que se remontaban a los tatarabuelos de Carlos, Juana II de Navarra y Felipe de Evreux, y que no guardaban relación con el monarca aragonés. Como veremos más adelante, estos símbolos si aparecen en los jetones o fichas de cuenta utilizados en la administración de la casa del Príncipe de Viana.

El anverso de la moneda del Príncipe de Viana presenta sendos triples lazos a los lados de la inicial coronada, símbolo establecido por su abuelo y que figura también en los jetones acuñados para su administración (Fig. 5c), adoptado como divisa abstracta o geométrica por Carlos de Viana (Fig. 5).

Con respecto a la iconografía de los reversos de las monedas, en las del Príncipe de Viana aparece una gran cruz cuartelada por escudi-

tos triangulares de Navarra y lises (Fig. 4f, Fig. 6), mientras que en las emisiones de su padre, la cruz está cantonada por coronas, lises e iniciales, que colocadas en diferentes posiciones dan lugar a un gran número de variantes tanto en gruesos como en medios gruesos (Fig. 4g). La única coincidencia en ambos tipos monetarios, es la tradicional leyenda del reverso:

"SIT NOMEN DOMINI BENEDICTVM"

(Bendito sea el Nombre del Señor),

frase que todavía se utiliza hoy en día en la Bendición Apostólica impartida por el Papa (Fig. 4h).

Tradicionalmente se da como fecha del inicio de las emisiones del Príncipe de Viana el 25 de junio de 1455 en base a un documento (Reales privilegios concedidos a los monederos de Navarra. Archivo General de Navarra, Legajo 28, car. 26) donde el Príncipe, debido a la escasez de moneda en circulación, manda acuñar moneda "gruesa et menuda", si bien estas emisiones pudieron iniciarse algo antes de esa fecha.

Se conoce también un grueso falso acuñado en cobre, (Fig. 1d), y según datos recientemente aportados por Mikel Zuza, los gruesos y medios gruesos del Príncipe de Viana eran denominados "leales" y "medios leales" por sus partidarios, tal como se refleja en la documentación conservada en los Archivos Departamentales de los Pirineos Atlánticos en Pau (documento E 540) donde se recogen las quejas redactadas por los dirigentes agramonteses contra el Príncipe de Viana y sus partidarios. En una de ellas se

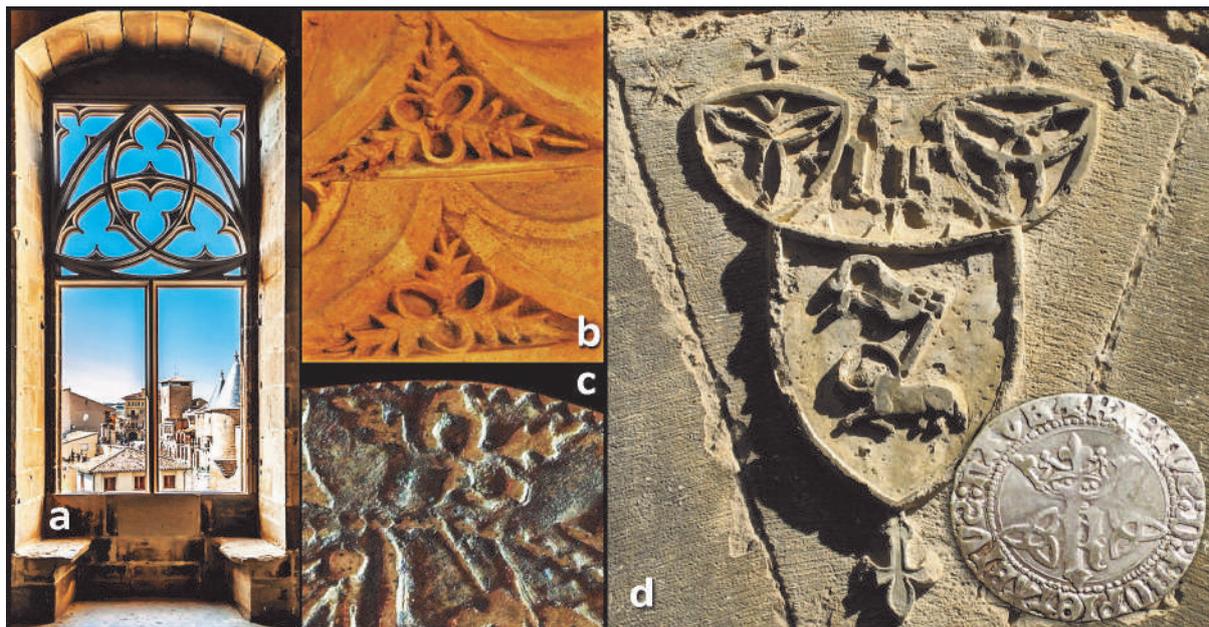


Figura 5.- Representaciones del triple lazo o trifolio:

- a: Ventana del palacio de Olite;
- b: Trifolios con adornos de hojas en una escalinata de la Catedral de Pamplona;

- c: El mismo elemento decorativo como separación de las palabras en un jetón de Carlos III;
- d: Escudo nobiliario en el alojamiento "Ruta del Tiempo" de la villa de Sos del Rey Católico, lugar de nacimiento de Fernando, hermanastro del Príncipe.



Figura 6.- Monedas de Carlos, Príncipe de Viana, sobre un documento autógrafo firmado por el Príncipe.

especifica: “Item. De cómo denotando ser rey, hizo y creó rey de armas y batió moneda, llamadas Leales y Medios Leales, dando a entender que los que servían a él eran leales y los que servían al señor rey, su padre, eran traidores”.

Otro tema mucho menos conocido y también relacionado con las monedas, es que en los servicios de la administración del Príncipe de Viana, se emitieron jetones o piezas monetiformes, utilizadas como fichas para realizar las operaciones contables sobre una mesa cubierta por un tapete (“bureau”), mediante un método muy similar al de un ábaco. Estas piezas con aspecto de moneda comenzaron a emitirse en tiempos de los monarcas de la casa de Champaña, con la singularidad de que en ellos figura el escudo de armas de Navarra, primero junto con el de Champaña, y más tarde con los de Francia o Evreux (esto último desde 1328, a partir del matrimonio de la reina Juana II de Navarra con el conde Felipe de Evreux). El escudo de Navarra aparecerá por vez primera un siglo más tarde en las monedas atribuidas a Carlos III “el Noble”. En tiempos de este monarca y de su hija Blanca, los funcionarios encargados de las cuentas regias emitieron jetones a su nombre, como es el caso de Michelet des Mares, llamado en 1380 como empleado de cuentas, y que en los años 1384 y 1385 figura como “clérigo” de la cámara del rey y encargado del guardarropa de Carlos II, ocupando posteriormente el cargo de secretario y clérigo de la cámara de los dineros entre 1386 y 1405, ya en tiempos de Carlos III “el Noble”. El segundo personaje que emitió jetones con su nombre, y más frecuente con su escudo heráldico de dos lobos, fue García López de Roncesvalles, tesorero de los monarcas Carlos III el Noble, y de su hija Blanca de Navarra entre 1404 y 1437.

Los jetones a nombre del clérigo de la cámara de los dineros del rey y del tesorero del reino que llevan sus nombres, debieron fabricarse a la vez en el mismo taller en torno a 1404, cuando quedó vacante el cargo de tesorero, ocu-



Figura 7.- Dibujos de las monedas a nombre de Carlos, Príncipe de Viana, emitidas entre 1451 y 1464. a, a' y a'': Gruesos y falsificación a''); b: Medio grueso; c: Cornado; d: Medio cornado.

pado provisionalmente por Miguel de Mares y García Pérez de Setuáin, a quienes sustituyó ese mismo año García López de Roncesvalles, quien desempeñaría el cargo durante más de treinta años. Este singular personaje es el autor de la “Crónica de Navarra” que escribió como prólogo al Libro de Comtos de 1404, texto que fue incluido casi en su totalidad en la famosa “Crónica del Príncipe de Viana”.

Existe un jetón que lleva en el anverso el escudo cuartelado de Navarra/Evreux y leyenda “N*A*V*A*R*R*E” y en el reverso una cruz con los extremos rematados con lises, cantonada por cuatro coronas, con la leyenda:

“:D:I:N:E:R:D:E:C:O:N:T:” (con la letra “C” invertida),

es decir “dinero de cuenta” o que sirve para hacer cuentas (Fig. 8a). Hay dos hechos que permiten atribuir al Príncipe de Viana estos jetones, por una parte la ausencia de corona sobre el escudo del anverso, y sobre todo la alternancia de flores hexapétalas y letras de la leyenda “NAVARRRE”, idénticas a las que aparecen en las monedas de un cornado de dicho Príncipe, donde las letras “KARTVS” presentan el mismo tipo de separación (Fig. 8b).

Finalmente y como curiosidad, si consideramos las monedas conservadas en los monetarios del Museo de Navarra en Pamplona, Museo Arqueológico Nacional y Museo de la Casa de Moneda en Madrid, Gabinete Numismático de Cataluña en Barcelona, Gabinete de Monedas y medallas de la Biblioteca Nacional de Francia en París y los que existían en la Hispanic Society de Nueva York antes de que las monedas se

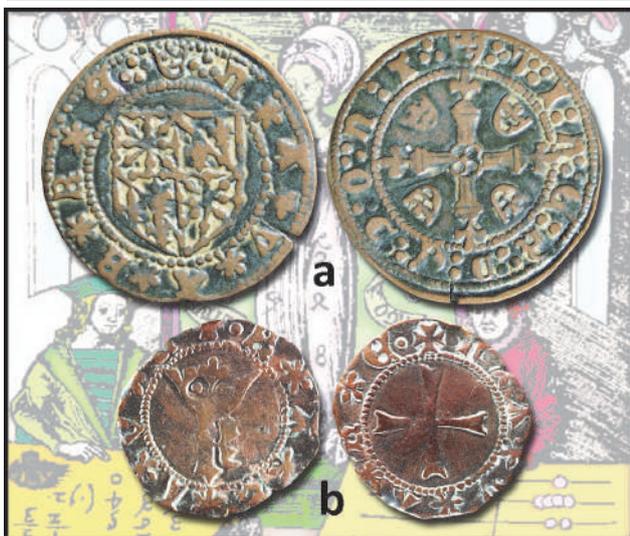


Figura 8.- Jetón de Carlos, Príncipe de Viana.

a: Jetón con escudo sin corona;
b: Cornado de Carlos, Príncipe de Viana.



Figura 9.- Gruesos de Carlos, Príncipe de Viana, vendidos en diferentes casas de subastas a lo largo del presente siglo.

vendieran y dispersaran el año 2012, nos da un total de 30 monedas, repartidas de la siguiente forma:

Gruesos: 5 *
Medios gruesos: 2 *
Cornados: 22
Medio cornado: 1

Estos datos nos dan un índice aproximado del grado de rareza de cada tipo monetario, con algunas matizaciones como el hecho de que desde la utilización de detectores de metales a partir de las dos últimas décadas del pasado siglo XX, el número de monedas "menúdas" (cornados) se ha incrementado significativamente, apareciendo nuevas variantes, e incluso una de ellas con la leyenda "KARTVS REX" (Ros, 2013: 205). Por contra otros tipos como el medio grueso, a pesar de ser la primera moneda conocida ya desde mediados del siglo XVIII, siguen siendo extraordinariamente raras, existiendo en la actualidad un solo ejemplar en colecciones públicas (Gabinete de monedas de Francia), y otros dos en colecciones privadas (uno de ellos la moneda procedente de la Hispanic Society).

Estos datos vienen a coincidir con las diferentes piezas vendidas en subastas públicas nacionales e internacionales a lo largo del presente siglo, donde la relativa abundancia de gruesos (14 ejemplares, Fig. 9) y cornados (más de 35 monedas), contrasta con un único medio cornado y dos medios gruesos (el procedente de la colección de Archer M. Hutington y otro vendido por la casa numismática francesa CGB en marzo del 2016).

Un detalle interesante es que en las monedas menudas, el cornado y el medio cornado, Juan II imita las piezas del Príncipe de Viana, colocando su inicial coronada en el anverso de los cornados, y sin corona en los medios cornados. La diferencia radica en las leyendas, "KARTVS" en las del Príncipe y "IOHANES*DEI*GRACIA*REX" en las de Juan II. Paradójicamente en la actualidad se conservan más ejemplares de cornados del Príncipe de Viana que de su padre.

Una última observación curiosa relacionada con la numismática, es que el Príncipe, como buen noble de época renacentista, coleccionaba monedas antiguas, afición heredada de su abuelo Carlos III "el Noble", y acrecentada durante su estancia en territorios italianos por su tío Alfonso V "el Magnánimo", quien también compartía esta afición. Conocemos a través del inventario que se realizó tras su fallecimiento, que Carlos poseía mil doscientas setenta y seis piezas de oro, plata, cobre y plomo, donde se incluirían monedas griegas y romanas, así como otras medievales y medallas. La valoración económica que en su momento se realizó de este conjunto viene a resultar de medio florín de oro de la época por cada moneda o medalla, estimándose el valor total de la colección en 432 libras .

El autor, además de biólogo marino, es experto en numismática medieval navarra contando con numerosas publicaciones sobre ambos campos.

CARLOS DE VIANA EN LA PINTURA ESPAÑOLA (S. XIX—XX)

José M^a MURUZÁBAL DEL SOLAR

jmmuruza@gmail.com

INTRODUCCIÓN

El siglo XIX, con corrientes estilísticas como el neoclasicismo, el realismo o el romanticismo popularizó en España la pintura de historia, que se extenderá hasta bien entrado el siglo XX. Las exposiciones Nacionales de Bellas Artes, de la segunda mitad del XIX, extendieron el gusto e interés por esta temática. Estamos ante obra de gran formato, elección por parte de los artistas de temas históricos de interés público, espectacularidad y teatralidad de composiciones, etc. Artistas como Casado del Alisal, Antonio Gisbert, Eduardo Rosales, Francisco Pradilla, Muñoz Degrain o Moreno Carbonero triunfaron con este tipo de composiciones.

Los temas a representar son variados. Aparecen temas de la historia antigua del país, La muerte de Viriato (José de Madrazo), La Conversión de Recaredo (A. Muñoz Degrain), la Caída de Numancia (Alejo Vera), La Batalla de Guadalete (Bernardo Blanco y Pérez), Pedro III el Grande en el Collazo de la Paniza (María-no Barbasán), El Compromiso de Caspe (Dióscoro Teófilo Puebla), la Expulsión de los Judíos (Emilio Sala y Francés), Wamba renuncia a la corona (Juan Antonio Ribera), El triunfo de la Santa Cruz en las Navas de Tolosa (Marceliano Santa María).

Otros temas son de la historia medieval o historia moderna española. Buenos ejemplos pueden ser Isabel la católica dictando su testamento (Eduardo Rosales), varios temas relacionados con Juana la Loca (Francisco Pradilla), La Campana de Huesca (Casado del Alisal), la Rendición de Granada (Francisco Pradilla), La Ejecución de los Comuneros de Castilla (Antonio Gisbert), La rendición de Bailén (Casado del Alisal), La Batalla de Wad-Raass (Mariano Fortuny).

Dada la temática común de este número monográfico de la Revista Pregón, centraremos nuestra atención en las pinturas relativa al Príncipe de Viana que ha producido el arte español. No vamos a entrar en ninguna consideración biográfica sobre el personaje, dado que en las páginas de esta revista encontrarán información sobrada. Trataremos de acercar, únicamente, cómo ha representando la pintura española de los Siglos XIX y XX este asunto. Existen también representaciones de Carlos de Viana desde el arte medieval o moderno, pero dada las limitaciones de un artículo no podemos tratar de ellas. Asombra el número y calidad de las representaciones del siglo XIX, debidas algunas de ellas a los mejores representan-



Fotografía 1.



Fotografía 2.

tes del género en España, Muñoz Lucena, Emilio Sala y, evidentemente, Moreno Carbonero que hizo la interpretación más célebre.

MORENO CARBONERO Y LAS COPIAS DE SU OBRA

La obra más conocida acerca de Carlos de Viana se debe al pintor José Moreno Carbonero (Málaga, 1886 – Madrid, 1942). Como recoge la web de Museo del Prado “fue el último gran pintor de historia español y uno de los grandes nombres de la pintura andaluza del siglo XIX. A la edad de veintiún años presentó su primera pintura de historia, ‘El príncipe don Carlos de Viana’, con la que obtuvo un gran reconocimiento en la Exposición Nacional de 1881 y que adelantaba las que serían sus constantes estilísticas para ese género: dibujo nítido y rotundo, pincelada limpia, jugosa y de entonación fría. Pero, sobre todo, consolidaba una concepción extraordinariamente melancólica del género que, influido por la pintura anecdótica de pequeño formato, parecía dejar a un lado los grandes momentos históricos para concentrarse en los sentimientos y actitudes humanas que estaban a su alrededor”.

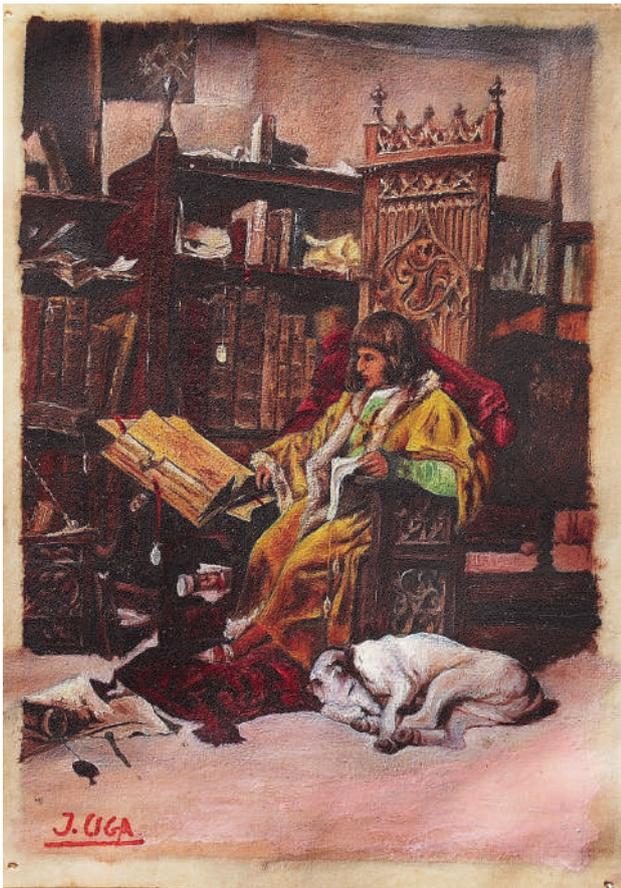
Este cuadro resulta emblemático en su género. La obra se encuentra expuesta en el Museo del Prado, aunque anteriormente estuvo en el Museo de Zaragoza. Se trata de un óleo sobre lienzo, con unas medidas de 311,5 x 243 cm. (Fotografía 1). Existe otra versión de este tema, pintada también por Moreno Carbonero. La familia San Juan (Galletas Marbú) posee, des-

de 1980, la primera versión del cuadro del Príncipe de Viana pintado en 1881 en Roma. Se trata de un óleo en lienzo, con unas medidas de 129 x 97 cm. Los propietarios cedieron temporalmente la obra a Viana, para su exposición en el marco de los eventos de 800 aniversario de la concesión del Fuero de Viana.

Recogemos su descripción:

“El príncipe se representa vestido con grueso manto de pieles y un gran medallón al cuello, acordes con su dignidad, y aparece en la soledad de la biblioteca del convento, sentado en un sitial gótico, con la única compañía de un perro adormilado a sus pies. Recostada su frágil figura sobre un almohadón y apoyando en otro su pierna izquierda, está pensativo, con un gesto de amargo desencanto y la mirada perdida, sosteniendo en la mano un legajo encuadrado que acaba de leer. Ante sí tiene un gran libro abierto sobre un atril, viéndose detrás una librería repleta de grandes tomos encuadrados en pergamino y varios rollos de documentos esparcidos por el suelo y los estantes. En esta espléndida obra de juventud, Moreno Carbonero asumió el riesgo -verdaderamente inusual en la pintura de género histórico- de reducir el contenido narrativo de la escena a una sola persona, la de su protagonista, volcando sobre él toda la intensidad argumental y dramática de la composición. Para lograrlo, concentró su atención en el reflejo de la personalidad interior del personaje, melancólico e introvertido, y en los polvorientos muebles y libros que envuelven su figura y que conforman el marco espacial de la estancia, adquiriendo éstos un protagonismo tan destacado como el del propio príncipe, acentuando así la sensación de abandono y reclusión de este intelectual personaje regio” (Extracto de Díez, J. L.: El Siglo XIX en el Prado, 2007, pp. 254-256).

Este cuadro ha sido copiado e interpretado en varias ocasiones. El Palacio de la Diputación Foral de Navarra acoge una excelente copia de la obra de Moreno Carbonero, debida a Adolfo Lozano Sidro (Priego, 1872 – 1935), un óleo en lienzo, fechado en 1905 (Fotografía 2). El pintor navarro Javier Ciga Echandi (Pamplona, 1879 – 1960) realizó un boceto de la obra de Moreno Carbonero, de pequeñas dimensiones, para un proyecto de conmemoración en Navarra del V Centenario del Nacimiento del Príncipe de Viana, que luego no se llevó a efecto. La obra es un óleo en pergamino, con unas medidas de 16 x 11 cm., fechable en 1921 y localizada en la Colección Muruzábal de Pamplona. Esta obra está incluida en la monografía del pintor navarro, debida a Pello Fernández Oyaregui (Fotografía 3). Existe otra réplica debida al artista Antonio Aguilar Casado, (Barcelona, 1871 – 1931, un óleo sobre



Fotografía 3.

tela, con unas medidas de 101 x 70 cm., fechado en 1898. Esta obra se localiza actualmente en el mercado artístico. Una sexta versión hemos localizado también en el mercado artístico, un óleo en tabla, con unas medidas de 21 x 13 cm., y que catalogaremos como una obra de Escuela Española XIX – XX.

CARLOS DE VIANA Y AUSÍAS MARCH

Julio Cebrían y Mezquita (Valencia, 1854 - Valencia, 1926) pintó el año 1884 el título *Ausiàs March leyendo sus trovas al Príncipe de Viana*. Se trata de un óleo sobre lienzo, con unas medidas de 349 x 286 cm. El cuadro pertenece al Museo del Prado y se encuentra actualmente en depósito en el Museo Cataluña. Fue Medalla de tercera clase en la Exposición Nacional de 1884. Ausiàs March era halconero real y caballero en la corte de Alfonso V el Magnánimo, Allí conoció al Príncipe de Viana con quien mantuvo una estrecha relación personal y literaria durante años. La escena, muy bien entonada y conseguida, representa el interior de un Palacio; el Príncipe de Viana está sentado en una cama, con un laúd en sus manos, mientras Ausiàs March, sentado delante, le lee un texto (Fotografía 4).

Otra obra con esta temática se debe a Agustí Rigalt Cortiella (Barcelona, 1846–1898). El cuadro responde al título de *Ausiàs March y el Príncipe de Viana*. Se trata de óleo sobre lienzo, con unas medidas de 115 x 144 cm. y fechado en 1852 (Fotografía 5). Se ubica actualmente en la Biblioteca Museu Víctor Balaguer, Vilanova i la Geltrú (Barcelona). Respecto de este cuadro podemos incluir aquí la siguiente descripción: "escena en el interior de una estancia con libros al fondo, y dos figuras en primer plano. A la derecha una figura masculina sentada en un trono decorado con el escudo de las cuatro barras de Cataluña y una figura derecha leyendo que sujeta un papel en sus manos. El personaje derecho representa el poeta Ausiàs March leyendo sus poemas al príncipe de Viana. Ambientado dentro de un "estudiolo" y decorado con el gusto característico de los humanistas del primer Renacimiento, Rigalt nos muestra una escena de tradición romántica neomedieval. En un momento en que Víctor Balaguer con otros intelectuales logra restaurar los juegos florales, este cuadro tenía una fuerte carga simbólica para todos los que promovían la *Renaixença catalana*" (texto extraído de Wikipedia).

PRISIÓN Y MUERTE DE CARLOS DE VIANA

El pintor Tomás Muñoz Lucena (Córdoba, 1860 – Madrid, 1943) realizó dos cuadros con pasajes de la vida del Príncipe de Viana. El primero de ellos lleva por título *La prisión del Príncipe de Viana*. Se trata de un óleo sobre lienzo, con unas medidas de 98 x 145 cm. y fechado en



Fotografía 4.



Fotografía 5.

1888. Este cuadro se conserva en el Museo Bellas Artes de Córdoba. La obra muestra al joven príncipe Carlos de Viana (1421-1461), encerrado en la prisión en la que fue encarcelado por orden de su padre y en la que moriría con sospechas de haber sido envenenado también por mandato paterno (Fotografía 6). La segunda obra de Muñoz Lucena lleva por título *El destierro del Príncipe de Viana*. Estamos ante un óleo sobre lienzo, con unas medidas de 134 x 190 cm. Este cuadro sigue modelos de la obra de Emilio Sala y Francés, del mismo título y se encontraba en el mercado artístico recientemente.

El pintor Vicente Poveda y Juan (Alicante, 1865 - Roma, 1935) realizó una de las obras más conocidas con esta temática. Responde al título de *Muerte del Príncipe de Viana*. Estamos ante un óleo sobre lienzo, con unas medidas de 296 x 498 cm. y fechado en el año 1887. El cuadro es propiedad del Museo del Prado y se encuentra en la ac-

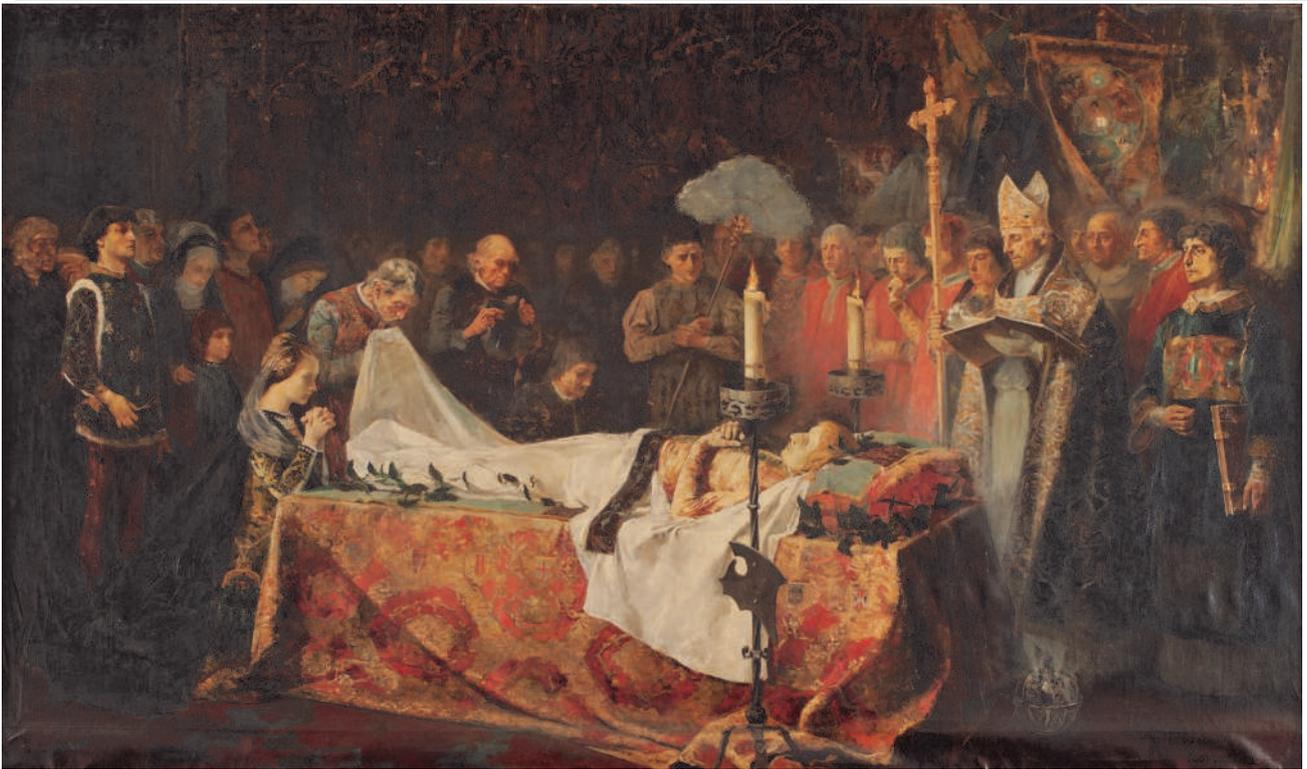
tualidad en depósito en el Hospital Real de Granada. Obtuvo la Tercera Medalla de la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1887 (Fotografía 7). La escena representa el momento de los preparativos del cadáver en el Salón Real del palacio de Barcelona (1461). Resulta un cuadro magnífico, equilibrado de composición a pesar de sus dimensiones, con un colorido muy logrado y cargado de equilibrio y emotividad.

Recogemos la siguiente descripción "*El cuadro responde a un rígido esquema marcado por las pautas reglamentarias tan típicas de la pintura histórica, a la que este tema ha sido tan fiel. Aparece en primer término la figura del príncipe muerto sobre un féretro cubierto de telas regias, flanqueado por dos hachones de luto. Un personaje besa el sudario con que va a ser amortajado, testimoniando la fama de santidad que envolvería al príncipe Carlos, su hermana Blanca permanece arrodillada y su padre Juan II de Aragón sentado con actitud abatida, mientras el obispo de Barcelona, Juan Margarit, celebra la sacra unción. No falta el detalle áulico del paje con el abanico de larga caña. Finalmente, un buen número de cortesanos rodea la escena, en segundo término, en diferentes actitudes, pero sin restar empaque al drama histórico representado*" (texto extraído de la web de Patrimonio de las Universidades andaluzas).

En el Parador de Olite localizamos otro curioso cuadro que representa *La prisión del Príncipe de Viana*. El autor de este óleo en lienzo, con unas medidas aproximadas de 90 x 120 cm., es un pintor de apellido Valdés, del que desconocemos más datos (Fotografía 8). Parece obra de mediados del siglo XX. Este alojamiento turístico de Olite, denominado *Parador Príncipe de Viana*, tiene sede en el llamado *Palacio Viejo o de los Teobaldos*. El rey Carlos III de Navarra

Fotografía 6.





Fotografía 7.

amplió una construcción anterior y lo convirtió en uno de los palacios más bellos de Europa, adosándole el llamado *Palacio Nuevo* o *Castillo*. En 1966 se inició la reforma para adaptarlo a parador de turismo. Se reconstruyó el patio partiendo sólo de cimentaciones y, gracias a la documentación, se pudieron reconstruir los ventanales góticos de la fachada.

El interés del cuadro que nos ocupa radica en el tema que representa, por cuanto en Navarra no existen muchos cuadros con pasajes de la vida de Carlos de Viana, y por el hecho de encontrarse en la Ciudad de Olite, tan ligada la vida del Príncipe. Todo ello antecede, quizás, al interés artístico de la obra, que entendemos es menor. El cuadro representa un espacio interior, oscuro y lúgubre, sin duda una celda. La composición está dominada por un gran primer plano con la figura de Carlos de Viana, recostado en el suelo y encadenado. Un obra de expresividad, con evidentes juegos de luces y sombras, destacando sobremanera el rostro atormentado del príncipe.

OTRAS PINTURAS DEL PRÍNCIPE DE VIANA

El artista catalán Claudio Lorenzale Sugrañes (Barcelona, 1814 – 1889) es autor del cuadro titulado *El Príncipe de Viana*. Se trata de un óleo sobre lienzo, fechable en torno a 1870. El cuadro se localiza en la actualidad en el Salón de sesiones del Ayuntamiento de Vilafranca, (Barcelona). La pintura representa a los embajadores de la Diputación prohibiendo la reina

Juana Enríquez acompañar al Príncipe de Viana a Barcelona (Fotografía 9). Se conserva también un dibujo preparatorio del óleo anterior. Se trata de una acuarela y tinta a la aguada sobre papel, con unas medidas de 18,4 x 25,7 cm. y fechable hacia 1866. Se localiza actualmente en el Museo Nacional de Arte de Cataluña (adquisición de la colección Casellas, 1911).

El célebre artista Emilio Sala y Francés (Alcoy, 1850 – Madrid, 1910) es el autor del título *El destierro del Príncipe de Viana*. Estamos ante un óleo sobre lienzo, con unas medidas de 311 cm x 443 cm. y fechado en 1871. La obra pertenece al Museo del Prado y se encuentra en depósito en el Museo de Málaga. Fue Premio de 1ª clase en la Exposición Nacional de Bellas Artes de 1871 (Fotografía 10).

La obra recrea el momento histórico en el que Juan II de Aragón manda encarcelar a su primogénito Carlos, príncipe de Viana, que suplica clemencia arrodillado. Acerca de esta obra anotamos “este cuadro se puede considerar un claro exponente de la llamada pintura de historia, una de las tendencias que dominan el último tercio del siglo XIX. Destaca el dominio de la técnica en el empleo del dibujo, las luces y el uso del color (habitualmente no muy encendido). La ambientación es casi arqueológica (el autor se documenta concienzudamente sobre el suceso y la época). Este cuadro se reproduce en cerámica en la Plaza de España de Sevilla.



Fotografía 8.

Sin embargo, lo que llama inmediatamente la atención son dos aspectos: el enorme tamaño de la obra y la teatralidad de la escena. El formato gigantesco sólo puede satisfacer a una institución (Ayuntamiento, organismo público) que necesita ocupar sus salones con temas ejemplares para el ciudadano, o con aquéllos que conforman la identidad nacional, en un momento en que se está definiendo el Estado liberal. En cuanto al aspecto teatral, aparatoso,

de los personajes, que parecen estar declamando en una tragedia, es muy ilustrativo de los gustos culturales de la burguesía finisecular. Los personajes pretender mostrar dignidad, puesto que están posando para relatar un momento que marca las raíces de la Nación" (texto extraído de Gabinete pedagógico Museo Bellas Artes de Málaga). Sin duda, obra también capital y emblemática de entre las relacionadas con Carlos de Viana.



El pintor catalán Ramón Tusquets y Maignon (Barcelona, 1837 – Roma, 1904) es el autor de una conocida pintura que lleva por título *La entrada del Príncipe de Viana en Barcelona*. Se trata de un óleo sobre lienzo, fechado en 1885. Se localiza en la colección particular Miquel Boada. Estamos ante una obra de abigarrada composición de personajes, plasmando la entrada triunfal y aclamada del Príncipe de Viana en Barcelona (Fotografía 11).

Fotografía 9.



Fotografía 10.

Existe una copia de la misma debida al artista José Segrelles Albert (Albaida, 1885 – 1969), realizada también en lienzo y conservada en la actualidad en colección privada.

El pintor y decorador Eduardo Santonja Rosales (Madrid, 1900 – 1966) elaboró dos pinturas que responden a los títulos *Banquete real* (Fotografía 12) y *Cortejo de damas del Príncipe de Viana* (Fotografía 13). Estas dos pinturas murales, elaboradas en los años 40, flanquearon la pantalla del antiguo Cine Príncipe de Viana de Pamplona. Mi amigo Alberto Cañada trata de este cine en las páginas de esta misma publicación. Tras el derribo del cine, las dos pinturas fueron donadas por la empresa propietaria del Cine SAIDE al Ayuntamiento de Pamplona. Actualmente decoran las escaleras del Palacio del Condestable, viejo palacio señorial del Casco Antiguo de Pamplona, hoy reconvertido en centro social y cultural.

Se trata de dos enormes lienzos de 5,74 metros de altura por 2,48 de anchura cada uno, con escenas de la vida cotidiana del Príncipe de Viana en Navarra. Una de ellas representa un banquete real en un escenario palaciego con



Fotografía 11.



Fotografía 12.

un pórtico abierto al paisaje natural (presumiblemente el Castillo Palacio de Olite), y la segunda, un cortejo de damas y caballeros o quizá una escena de caza con el Castillo de Olite al fondo. Ambas pinturas son muy características de un estilo personal, cálido y amable dentro de los cánones definidos en el art decó



Fotografía 13.

por las líneas aristadas, el geometrismo y el refinamiento elegante de sus figuras, que practicó con éxito este autor. Eduardo Santonja, nieto de Eduardo Rosales, se dedicó al dibujo, insertándose plenamente con los postulados estéticos de este art dec.

PRÍNCIPE DE VIANA: ORIGEN Y PERMANENCIA DE UN TÍTULO

Félix MARTÍNEZ LLORENTE

fjmartinez@uva.es

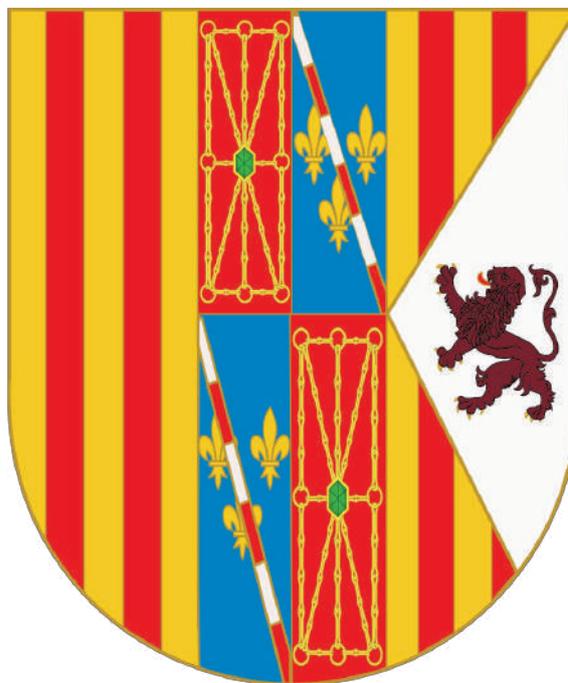
Tras la restauración de la Monarquía tradicional española, y meses antes de instaurarse el Parlamento constituyente como resultado de las elecciones que se celebrarían en junio de 1977 —en aplicación de la Ley de Reforma Política de 4 de enero de 1977—, el Gobierno de Adolfo Suárez elaboró un trascendental Real Decreto (54/1977, de 21 de enero, BOE nº 19, de 22 de enero) por el que se procedió a la rehabilitación de todos los Títulos tradicionales que históricamente habían correspondido al Heredero de la Corona española, en la persona de D. Felipe de Borbón y Grecia.

En esa misma línea abierta por el mencionado decreto, el posterior artículo 57.2 de la Constitución española de 1978 reconoció, igualmente, al príncipe heredero “desde su nacimiento o desde que se produzca el hecho que origine el llamamiento” el título y dignidad de “Príncipe de Asturias” así como “los demás títulos vinculados tradicionalmente al sucesor de la Corona de España”, lo que no venía a suponer más que un auténtico reenvío constitucional a un «derecho dinástico» preexistente, al que de esta forma se daba por subsistente.

En virtud de esa inveterada tradición, así enunciada, correspondían al Heredero de la Corona española, además del sempiterno título de Príncipe de Asturias (1388) —propio de la Corona de Castilla—, los de Príncipe de Gerona (1416), Duque de Montblanc (1387), Conde de Cervera (1351) y Señor de Balaguer (1416) —como primogénito heredero de la Corona de Aragón—, además del de Príncipe de Viana (1423), en su condición de príncipe heredero del reino de Navarra.

De todos los enunciados, fue el título de Príncipe de Viana el más tardío en aparecer, definirse y desarrollarse en el tiempo (1423), si lo comparamos con sus homólogos en el solar hispánico. También será el más temprano en quedar oculto tras la titulación oficial tradicional de la Corona de Castilla, de la que el Viejo Reino navarro pasará a ser un reino más —aunque diferenciado jurídica e institucionalmente—, desde 1515.

A la hora de su instauración se seguía la senda que había sido abierta, desde hacía casi medio siglo, en Europa, por otros monarcas europeos y peninsulares: la designación titulada de los respectivos herederos al trono, al objeto de poder dotarles de una mayor lustre y boato, cuando no de sustanciosas rentas con las que sostener y mantener la dignidad de sus respectivas Casas en unas cortes cada vez más complejas y exigentes.



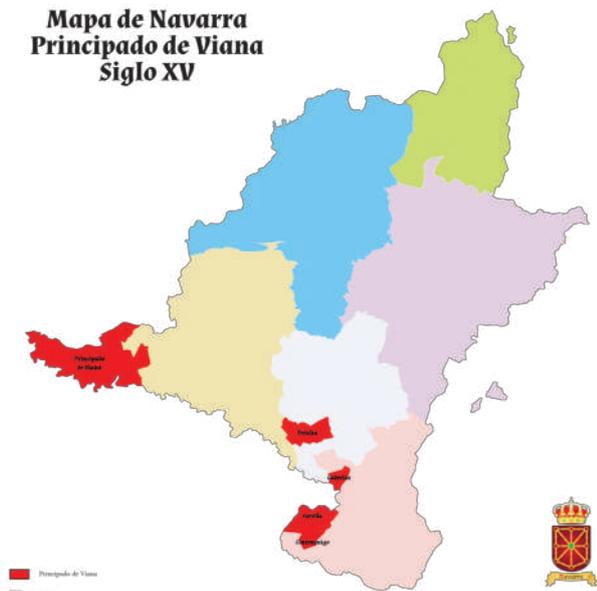
Escudo de don Carlos, I príncipe de Viana (1421-1461), terciado en palo —lo que es lo mismo, dividido verticalmente en tres cuarteles iguales—, en el que el primero reproduce un dimidiado de las armas del rey de Aragón (ascendencia paterna), el segundo un cuartelado de Navarra (1º y 4º) y Evreux (2º y 3º) (armas maternas), y el tercero la continuidad del dimidiado del primero consistente en cuartelado en aspa de Aragón (son visibles sólo dos bastones), Castilla (no visible) y León.

Desde 1343 el heredero de la corona inglesa venía siendo titulado como Príncipe de Gales. El de Francia, desde 1349, como «Dauphin du Viennois». En España, el de Aragón como «Príncipe de Gerona» —inicialmente como Duque de Gerona (1351)—, al menos desde 1416. El de Castilla —más cercano— como «Príncipe de Asturias» desde las célebres Cortes de Briviesca de 1388.

CREACIÓN DEL TÍTULO Y DESIGNACIÓN DEL BENEFICIARIO

A Carlos III el noble, rey de Navarra, duque de Nemours y conde de Evreux (1387-1425) debemos adjudicar tanto la instauración y primitiva definición institucional del título principesco, como su primera concesión. Artífice de una consolidada paz en su reino, tras su casamiento con Leonor de Castilla, hija del rey Enrique II, en 1375 –de cuya unión nacieron, al menos, siete hijos-, lamentablemente no gozó de igual suerte sucesoria, pues vio morir a sus dos hijos varones en escasamente un año.

**Mapa de Navarra
Principado de Viana
Siglo XV**



Mapa del reino de Navarra en 1423, con indicación del territorio que comprendía el Principado de Viana (en rojo) y el señorío de Corella y Peralta (en azul).

La herencia del trono, en manos de su hija primogénita Juana (1382-1413) desde 1402, será asumida tras el fallecimiento de ésta por la segunda de las hijas, doña Blanca (1388-1441), quien sucederá finalmente al padre. Casada en primeras nupcias con Martín el joven, rey de Sicilia (1401-1409), heredero de la Corona de Aragón, a la muerte de éste celebró nuevos esponsales con Juan de Aragón y Sicilia, hijo de Fernando I de Aragón.

El nuevo esposo, oriundo de Castilla –había nacido en Medina del Campo, en 1398- y naturalizado aragonés por la llegada al trono de Aragón de su padre, Fernando I, ostentaba los títulos señoriales de señor de Lara, duque de Peñafiel y de Montblanch, conde de Mayorga, señor de Castrojeriz, Medina del Campo, Olmedo, Cuéllar, Haro, Villalón, Belorado, Cerezo y Balaguer. Además, era hermano del futuro rey Alfonso V.

En sus capitulaciones matrimoniales, roboradas el 5 de noviembre de 1419, se llegó a estipular que los derechos a la corona de Navarra pasarían tras su deceso al hijo de ambos y, si ella falleciera antes que su esposo sin sucesión, don Juan debería abandonar Navarra pues «como extranjero» no tenía derecho a la sucesión sobre el reino. Pero nada se estipuló sobre qué papel tendría el futuro rey consorte de Navarra en el caso de la muerte de la esposa con hijos mayores de edad, lo que llegó a ser, finalmente, fuente de conflicto futuro.

El enlace, celebrado en la Catedral de Pamplona el 10 de julio de 1420, establecía una dúplice y novedosa alianza política –con Castilla y con Aragón-, aunque con una importante condición: la de que Carlos III no superase su condición de viudo en la que había ingresado a la muerte de la reina Leonor el 27 de febrero de 1415, posibilitando con ello la sucesión exclusivamente en la persona de los herederos de su hija.

Catorce días después de la boda, los esposos se trasladaron a los estados de Juan de Aragón en Castilla, concretamente a la villa ducal de Peñafiel. Los hijos vinieron pronto: Carlos, el primogénito varón, nació en dicha población el 29 de mayo de 1421. Siguiendo la tradición se le impuso como nombre el patronímico de su abuelo materno. Le siguieron tres hijas: Juana (1423-1425), Blanca (1424-1464) –que llegará a ser II Princesa de Viana y reina titular de Navarra (de 1461 a 1464); y Leonor (1426-1479) –igualmente Princesa de Viana (III) y reina titular de Navarra (de 28-I a 12-II de 1479)-.

Su nacimiento era una noticia largamente esperada por su abuelo, que había visto peligrar la sucesión de la corona en no pocas ocasiones en los últimos años. Cuatro meses más tarde (1 de octubre) se celebró el bautismo del neófito en la villa de Olmedo –también señorío de su padre-, ejerciendo de padrinos el rey Juan II y su valido don Álvaro de Luna.

Cuando no había pasado un año del nacimiento de don Carlos, doña Blanca, a petición de su padre, regresó con su hijo a Navarra (abril-principios de junio de 1422), dando cumplimiento con ello a las capitulaciones nupciales que exigían el que el heredero se criase en el reino materno. Se le asignó a la infanta una pensión de 900 libras/mes mientras residiese en la corte, adicionales a las 7.000 libras que ya percibía.

A los pocos días de retornar a Navarra, el 11 de junio de 1422, el rey Carlos III convocó Cortes en Olite al objeto de proceder al debido juramento del heredero, el futuro príncipe don Car-



Privilegio del rey Carlos III el Noble otorgado en Tudela el 20 de enero de 1423, instaurando el Principado de Viana en favor de su nieto Carlos

(AGN, Comptos, Caj. 122, nº 5. Orig. Perg., con sello de cera colgante).

los, con apenas un año de edad, ante los tres estamentos del reino, a pesar de que su madre ocupaba aún tal posición. Don Carlos es jurado como “rey y señor natural” de todo el territorio, lo que se haría efectivo tan pronto como se produjese el fallecimiento tanto de su abuelo el rey Carlos III, como de su madre.

Tras esta ceremonia y por espacio de más de un año el rey Carlos III va a permanecer en la villa de Tudela. Pocos días después de la Epifanía (6 de enero) de 1423 fue jurada como heredera del reino, en su grado y orden, otra nueva infanta: doña Juana, hija de la reina Blanca, nacida en septiembre de 1422, quien fallecerá tres años más tarde.

Finalmente, el 20 de enero de este mismo año de 1423 se va a producir un acontecimiento de suma trascendencia: la expedición solemne por el rey de un diploma por el que se procedía a la instauración del *Principado de Viana*, como título del heredero del reino, pero cuya titularidad venía a recaer no en la persona de su hija, la infanta doña Blanca, sino en la de su nieto, don Carlos.

La creación del Principado de Viana guarda estrecha y directa relación con la singular personalidad de su creador. Nacido en Mantes-la-Jolie, fue criado en la lejana corte francesa de Evreux, donde fue adiestrado en los secretos de la etiqueta y del ceremonial de la corte parisina, siempre al servicio y lucimiento del rey y de la corte. Desde 1411, cuando llevaba más de

quince años en el trono, alcanzó una ansiada paz y estabilidad política que allegó prosperidad y crecimiento al reino, favoreciendo el establecimiento de una corte vigorosa y pujante.

En su afán por ensalzar la realeza, la dignidad regia y todo su entorno de ceremonial, puso todo su empeño en que la vida cortesana gozase del mismo empaque del que disfrutaban ya otras cortes europeas.

La constitución e instauración del título y dignidad de Príncipe de Viana, y su consiguiente otorgamiento en favor de su nieto Carlos, al recaer en su persona la anhelada esperanza de una herencia varonil del trono, guarda estrecha relación con todo lo enunciado.

Este nuevo «título» pasaba a encabezar una «pirámide de dignidades», la cúspide en una prelación de títulos nobiliarios de clara naturaleza feudal, entre los que parece existir y primar una estrecha vinculación sanguínea con el monarca.

El diploma de concesión, expedido por la Cancillería regia en la villa de Tudela de Navarra el 20 de enero de 1423, se encuentra en la actualidad en el Archivo Real y General de Navarra (Comptos, caj. 122, nº 5).

Del análisis de su tenor podemos apreciar la adopción por parte del rey Carlos III de dos diversos, pero complementarios, acuerdos: de un lado, la creación y establecimiento de un territorio, dotado de personalidad singular y dife-

renciada en el seno del reino de Navarra, al que pasaba a denominarse como *Principado de Viana*.

Se hallaba integrado por un total de 13 villas, 38 aldeas y 8 castillos, pero a diferencia de los otros «principados» de herederos, no presentaba unos contornos geográficamente homogéneos, ni de una asentada personalidad o cohesión previa. La mayor parte de ellos se hallaban ubicados en el extremo más suroccidental del reino, en la merindad de Estella, frontereros con Castilla: Viana, como cabeza del Principado; las villas de Laguardia, San Vicente de la Sonsierra, Bernedo, Aguilar, Genevilla, Lapoblación, San Pedro y Cabredo, con sus aldeas en Val de Campezo; Corella; los castillos de Marañón, Toro, Ferrera y Buradón; el señorío de Corella, Peralta, Cintruénigo y Cadreita.

Ciertamente, mediante la entrega de ese amplio conjunto de villas, lugares y castillos se venía a dotar al príncipe titular de un amplio abanico de rentas anuales con las que poder hacer frente a los gastos de su nueva posición, mediante una desahogada autonomía financiera, al menos en teoría.

El principado de Viana y los bienes territoriales que le integran gozaban de la consideración jurídica de imprescriptible, indelegable, indivisible e inalienable, pasando a formar parte del honor y patrimonio disfrutado, usufructuaria y vitaliciamente, por el heredero de la Corona. Sin embargo, semejante prohibición de disposición patrimonial no fue respetada del todo en años venideros, pues algunos de sus bienes iniciales fueron objeto de venta a terceros (como las villas y castillos de Corella, Peralta y Cadreita, en 1446 y 1448).

Pese a lo que podamos imaginar, y a diferencia de otros títulos homólogos como el de Asturias o de Gerona, los estados integrantes del Principado de Viana nunca dispusieron de una administración propia, autónoma y diferenciada en el reino, ni tan siquiera con unos oficiales que recaudaran separadamente las rentas que proporcionaban aquellos dominios, al mantenerse siempre inserta en el patrimonio regio. Es más, las rentas que se obtenían (en torno a 3.000 libras), no alcanzaban ni de lejos a cubrir las necesidades pecuniarias cotidianas del propio titular de la dignidad, que en el año 1426, por ejemplo, llegaron a ascender a 7.428 libras, y en 1436 a 14.000 libras.

En una segunda parte del documento, el rey procedió a la instauración y primera concesión del título y honor de «Príncipe de Viana» en la persona de su nieto, don Carlos. Detrás de semejante decisión apreciamos un dúplice objetivo: otorgar una posición de honor y dignidad personal y social al príncipe niño, a pesar de hallarse todavía algo alejado del trono, reconociéndole con ello una dignidad superior a la de su madre, la verdadera heredera del trono; y, en segundo lugar, reforzar la figura del futuro heredero indiscutible de la corona, una vez superados con él los angustiosos vaivenes sucesorios sufridos por el reino en años precedentes.

De esta forma el establecimiento del Principado de Viana, como título propio del heredero de la corona navarra constituye, en última instancia, una creación simbólica, a través de la cual la propia institución monárquica es ensalzada y prestigiada en el seno de una sociedad eminentemente feudal. Aparecerá ligado, en adelante, al aparato áulico y al régimen corte-



Medalla acuñada con ocasión de la petición formulada por el Ayuntamiento de la ciudad de Viana, en noviembre de 1982, al entonces príncipe don Felipe de Borbón y Grecia, para que tomase posesión de su principado navarro en dicha ciudad. En el anverso, el perfil del príncipe con la leyenda PHILIPPVS BORBON ET GRECIAE 1982; en el reverso el escudo de la ciudad de Viana, timbrado de corona principesca y rodeado del collar de la Orden del Toisón de Oro, con la leyenda PRINCEPS VIANAE.



Alegoría del nacimiento del infante de España don Carlos Clemente Antonio de Borbón (1771-1774), hijo primogénito del futuro rey Carlos IV de España, obra de Jacinto Gómez Pastor (1772) (Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid). Con ocasión del nacimiento de este infante se solicitó por el Ayuntamiento de Viana la adopción restauradora del título de Príncipe de Viana para la persona del neófito.

sano instaurado por el rey Carlos III, en consonancia con el resto de las cortes europeas.

En la elección personal por el rey Carlos III de la villa en la que recaería el título -la fronteriza villa de Viana-, es altamente probable que influyera la proximidad fonética con la denominación de que disponía la capital del Delfinado francés, sede del principado ostentado por el heredero de este reino: Vienne. Hasta ahí llegaría la anhelada homologación con sus referentes europeos.

DESARROLLO INSTITUCIONAL FUTURO DEL TÍTULO: INTENTOS REHABILITADORES

Al fallecimiento del desdichado príncipe don Carlos de Aragón y Évreux (1423-1461), el título del que había sido acreedor sufrirá análoga suerte a la que tuvo su primer poseedor. Hasta el momento en que se produzca la incorporación de Navarra a la Corona de Castilla, la sucesión al frente de la dignidad no fue ni regular, ni tranquila.

Sus hermanas, la infanta doña Blanca (1461-1464) y la infanta doña Leonor -futura soberana de reinado efímero- junto a su esposo Gastón

de Foix (1464-1469; como gobernadora del reino de 1469 a 1479, aunque en viudedad desde 1472), lo ostentaron pocos años. Gastón de Foix, hijo de la reina Leonor, lo disfrutará escasamente un año (1469-1470). Le sucederán al frente del título Francisco Febo (de 1470 al 12 de febrero de 1479), Catalina de Foix (de 1479 a 1483), Ana de Albret o Labrit (con alguna interrupción en su ejercicio: 1492-1496; 1496-1501 y del 17 al 25 de abril de 1503), y Juan (1496). Tras éste último, fueron acreedores del título, aunque sin tomar posesión efectiva del mismo, un príncipe que nació en 1500 y cuyo nombre no consta; Andrés Febo (1501-1503) y, finalmente, don Enrique de Albret o Labrit (1503-1555), el último de los príncipes dinásticamente navarros.

Tras la integración del reino de Navarra en la Monarquía Universal hispana en 1512, la ostentación por el heredero de dicha Corona del Título de Príncipe de Viana vino a caer, inexorablemente, en el olvido, en favor de aquel título que como propio de los titulares de la Corona de Castilla -Príncipe de Asturias- pasaba a ocupar el lugar principal -y exclusivo- entre el elenco de títulos que al heredero correspondían.

Ello no impedirá el que los príncipes españoles viajen en ocasiones a Navarra para ser reconocidos y jurados por sus Cortes como herederos de la Corona, a condición de jurar los fueros personalmente o mediante el virrey, hasta bien entrado el siglo XIX.

Así, sabemos, que el propio príncipe Felipe, futuro rey Felipe II (1556-1598) –Felipe IV de Navarra-, lo efectuó el 20 de agosto de 1551. Coincidiendo con la presencia de este rey en Tarazona, al objeto de celebrar Cortes, en 1592, se desarrolló una visita al reino de Navarra, en noviembre de ese año, con el fin de que su hijo «el Serenísimo Príncipe os vea y conozca, y entendáis el cuidado que tenemos y hemos de tener siempre de vuestro bien», a la par que para ratificar el juramento que, como heredero, había realizado en su nombre el virrey don Francisco Hurtado de Mendoza, el 1 de mayo de 1586, «pues ya tiene edad para ello».

Pese a esto, la defensa futura de la permanencia del título recayó más en los propios súbditos navarros que en las instituciones representativas que, con posterioridad a la integración, desempeñaron el gobierno y administración del territorio foral.

Así, la urbe cabecera del Principado, la ciudad de Viana, se manifestó en no pocas ocasiones a favor de su mantenimiento en el seno de la Monarquía Universal hispánica como título propio del heredero de la Corona.

La primera ocasión en la que aconteció fue bajo el reinado del rey ilustrado Carlos III de España –VI de Navarra-, en el año 1771. Ante el próximo alumbramiento por la Princesa de Asturias, María Luisa de Parma, esposa del Príncipe de Asturias don Carlos –futuro Carlos IV-, del que fuera su primer hijo y presumiblemente futuro heredero –el infante Carlos Clemente Antonio, nacido el 19 de septiembre de 1771 y fallecido escasamente cuatro años más tarde, el 7 de marzo de 1774-, la corporación de Viana se dirigió al rey Carlos III para manifestarle que “desde la agregación e incorporación de este Reino al de Castilla no se había vuelto a verificar el que se diera y distinguiera al Primogénito e inmediato a esta Corona el dictado y título de Príncipe de Viana” haciendo votos por que “la futura sucesión, que tanto debemos anhelar, ha de ser astro que nos alumbrará distinguiéndose con el título de Príncipe de Viana”.

Vista parcial de la Ciudad de Viana, cabeza del Principado.





Ayuntamiento de la Ciudad de Viana.

La segunda de las ocasiones en la que se solicitó la restauración del título principesco al rey debió esperar más de centuria y media. Fue en 1923, cuando con ocasión del V Centenario de la Institución del Principado de Viana por el rey Carlos III (1423), la corporación municipal del Ayuntamiento de Viana, a instancias de su secretario, don Valeriano Sanz Sagüés, adoptó el acuerdo, con fecha 31 de mayo de 1922, de solicitar de Su Majestad el rey don Alfonso XIII el que *“su hijo primogénito ostente a la par que el título de Príncipe de Asturias el de Príncipe de Viana”*, así como el que con dicha ocasión tomase *“posesión del Principado de Viana en esta ciudad, como cabeza y metrópoli del Principado y como tal jurado por Navarra”*. Al mismo se unió la Diputación Foral Navarra meses más tarde, en marzo de 1923, trasladándose esta última comisionada a Madrid el 14 de dicho mes y año, aunque sin llegar a obtener respuesta afirmativa a sus deseos por parte de la Casa de Su Majestad el Rey.

La última y más fructífera ocasión de restauración del título de Príncipe de Viana para el heredero del trono de España se produjo en 1982, cuando apenas

había transcurrido un lustro desde la promulgación de la Constitución de 1978 y cerca de una década desde la restauración de la Monarquía en la persona del rey Juan Carlos (1975).

A iniciativa del nuevo Ayuntamiento de Viana –elegido democráticamente en 1979–, en sesión de 12 de noviembre de 1982, se acordó *“dirigirse oficialmente a la Casa Real rogándole para que el Príncipe Don Felipe ejerza la titularidad del Principado de Viana, cuya proclamación tendría lugar en esta ciudad, cabeza de dicho Principado”*. Sin embargo, habrá que esperar hasta el mes de enero de 1997, para que, con ocasión de cumplirse el 575 Aniversario de la instauración del título principesco, se efectúe un nuevo ofrecimiento a la Casa Real, que será finalmente aceptado, efectuándose una «toma de posesión» simbólica del Principado y Señorío de Viana por parte de Su Alteza Real el Príncipe don Felipe, con ocasión de su visita oficial a la ciudad. 



El autor es Catedrático de Historia del Derecho de la Universidad de Valladolid.

LA EXPOSICIÓN “CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA (1421-1461)”: CONTRIBUCIÓN DEL ARCHIVO REAL Y GENERAL DE NAVARRA AL VI CENTENARIO

Félix SEGURA URRA

fsegurau@navarra.es

El Archivo Real y General de Navarra se ha sumado al **VI Centenario del Nacimiento del Príncipe de Viana** con la celebración, en su salón de actos, de una exposición temporal titulada “**Carlos Príncipe de Viana, 1421-1461**”, concebida como la aportación de la institución al elenco de actos y eventos conmemorativos organizados por las distintas entidades y asociaciones interesadas en su recuerdo.

Con esta muestra, que se inauguró el 24 de mayo de 2021, pocos días antes de cumplirse la efeméride, el Archivo Real y General de Navarra ha querido contribuir a un mejor conocimiento de la figura del Príncipe de Viana. Por ese motivo ha huido de un planteamiento ex-

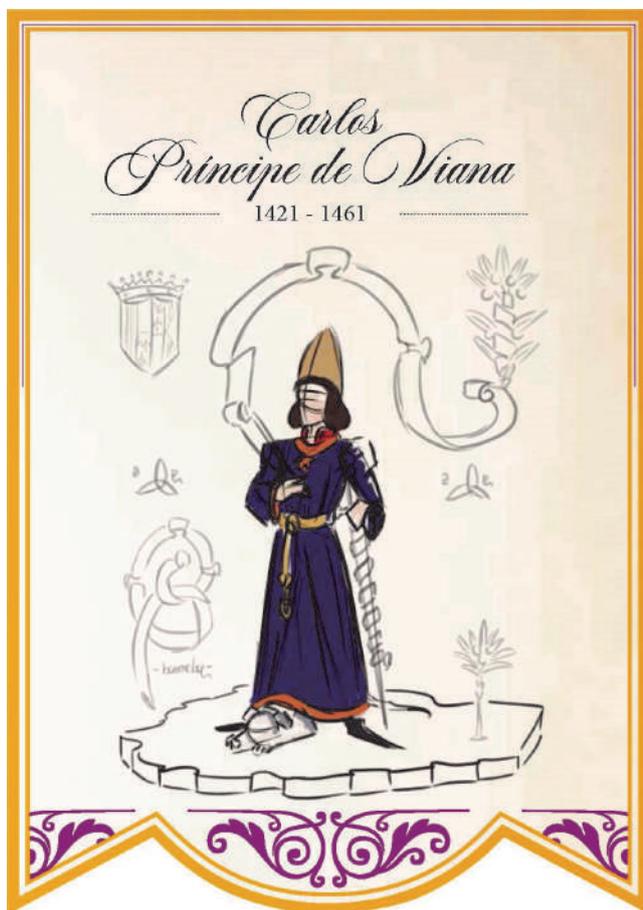
positivo clásico y tradicional para trasladar una imagen más actual y moderna en el acercamiento a un personaje fundamental de la historia de Navarra y en el tablero político hispano de finales de la Edad Media.

A través de un recorrido cronológico y temático, diez paneles ilustrados con un marcado carácter divulgativo y didáctico, acompañados de una selección de documentos de archivo, han sintetizado en diez escenas biográficas la azarosa trayectoria vital de Carlos de Trastámara. Gracias a este planteamiento abierto y dinámico, plasmado en paneles con forma de pendones historiados, la muestra se ha programado en las principales localidades navarras vinculadas al Príncipe de Viana. Esto ha permitido acercar al gran público una figura histórica perfectamente reconocible para toda la sociedad, pero en gran parte desconocida, que ahora ha podido ser redescubierta a través de sus claves interpretativas fundamentales.

La convivencia entre la rigurosidad en la interpretación del personaje –con arreglo a la lectura que ofrecen los documentos de archivo– y el marcado espíritu divulgativo de la exposición ha quedado asegurada gracias a la participación de dos expertas en cada uno de estos ámbitos. Eloísa Ramírez Vaquero, catedrática de Historia Medieval de la Universidad Pública de Navarra y reconocida experta en la materia ha sido la responsable del comisariado de la exposición y por tanto artífice del discurso expositivo, de los textos y de la selección de documentos. Y las ilustraciones, necesarias para situar las escenas biográficas del Príncipe de Viana, han sido obra de la diseñadora gráfica Claudia Cañada Echevarne, que también se ha encargado de los materiales didácticos.

PENDONES HISTORIADOS

Los diez pendones explicativos y figurativos trazan los hitos principales de la biografía de Carlos de Viana: su nacimiento en 1421 en Peña-



Banderola de la exposición



Aspecto general de la muestra.

fiel, la concesión del Principado de Viana, su adiestramiento y educación siendo niño en el palacio de Olite, su matrimonio con Inés de Cleves, la muerte de su madre la reina Blanca, el enfrentamiento con su padre el rey Juan II y la guerra civil de Navarra, su viaje hasta la corte de Alfonso V en Nápoles, la entrada triunfal en Barcelona acompañando a su padre como heredero de la Corona de Aragón y finalmente su fallecimiento en 1461 y su entierro en el monasterio de Santa María de Poblet.

Los paneles contienen como motivo principal una ilustración evocadora del acontecimiento que representan y un texto explicativo de la escena y de su contexto histórico. Cada uno de ellos se ha localizado geográficamente en las distintas ubicaciones vinculadas a la trayectoria vital del Príncipe de Viana como fueron, en este orden, Peñafiel, Tudela, Viana, Olite, Estella, Pamplona, Aibar, Nápoles, Barcelona y Poblet, un recorrido que no deja de ser un fiel trasunto de la vocación universal del personaje y al mismo tiempo de su fuerte arraigo en su propia tierra.

El primero de los paneles, a modo introductorio, comienza con una presentación que sitúa al Príncipe de Viana en el mundo convulso en el que le tocó vivir, el de los reinos peninsulares

de finales de la Edad Media, condicionado a las aspiraciones de unos y otros bandos en litigio en el reino de Navarra y en el resto de escenarios vinculados a su linaje: Castilla, Nápoles, Sicilia, Cataluña.

El segundo panel, titulado “Carlos nace en Peñafiel” sitúa la escena en la localidad castellana de Peñafiel poco después del 29 de mayo de 1421, fecha de su nacimiento, e introduce al personaje en el entramado familiar que condicionó su vida como primogénito de Blanca de Navarra, heredera de Carlos III el Noble, y de Juan de Aragón, duque de Peñafiel, hermano de Alfonso V el Magnánimo rey de Aragón.

El tercer panel “**El título de Príncipe de Viana**” recuerda la creación, el 20 de enero de 1423, del principado por Carlos III el Noble para su nieto, el primero en recibir el título ligado a esta buena villa, cuyas rentas sostendrían su casa. La concesión se inspiraba en la tradición que habían inaugurado otros monarcas europeos al instituir una titulación específica para sus primogénitos y herederos a la corona – Príncipe de Gales en 1301, Delfín de Viennois en 1349, Duque de Gerona en 1351, Príncipe de Asturias en 1388–.

El cuarto panel “El Príncipe y el dragón” rememora un episodio vivido por la familia real en el



Un detalle de la exposición

palacio de Olite durante unas Navidades en las que Carlos recibió como regalo del día de Reyes un dragón articulado, una anécdota que permite fijar la atención sobre el intenso adiestramiento y educación que recibió el príncipe durante su infancia. Aunque viajaría con su madre a tierras castellanas, el príncipe Carlos se criaría en el reino, tal y como se había establecido en las capitulaciones matrimoniales de sus padres y teniendo en cuenta que las Cortes convocadas por Carlos III el Noble en 1422 lo habían reconocido como heredero al trono en estricto orden sucesorio a continuación de su madre.

El quinto panel abandona la infancia del príncipe y lo introduce en la edad adulta a través de la escena **"Carlos e Inés"** que representa su primer encuentro en Estella con Inés de Cléves, princesa procedente de una de las cortes más poderosas de Europa, la de Borgoña, por su condición de sobrina de Felipe el Bueno duque de Borgoña e hija de Adolfo duque de Cléves. El enlace nupcial se celebraría en Olite el 30 de septiembre de 1439.

A continuación, el sexto panel **"El funeral de la reina Blanca"** anuncia el sombrío panorama que se avecinaba de manera inexorable sobre el príncipe y el propio reino tras el fallecimiento de la reina en 1441. Las prolijas referencias documentales a los solemnes funerales celebrados en la catedral de Santa María de Pamplona dejan espacio para reflexionar sobre la disputa sucesoria que se abría con la conocida cláusula del testamento de la reina, fechado dos años antes, en la que imponía al heredero recibir el trono con el beneplácito de su padre Juan II.

El siguiente panel, **"Aibar. La rendición"** presenta el punto álgido de la pugna entre rey y heredero, padre e hijo, que arrastró al reino a una guerra civil en la que la batalla de Aibar, librada el 23 de octubre de 1451, supuso el inicio del en-

frentamiento bélico entre las irreconciliables facciones nobiliarias, agramonteses en apoyo de Juan II y beaumonteses agrupados en torno a Carlos de Viana. La escena describe el momento de la rendición del príncipe ante su hermano bastardo Alonso de Aragón, maestre de Calatrava, siguiendo el relato del cronista Jerónimo Zurita.

En ese contexto de marcadas hostilidades, el Príncipe de Viana inició en 1456 un largo periplo por varias cortes europeas que finalizó en **"La corte de Nápoles"** al amparo de su tío paterno Alfonso V el Magnánimo, rey de la Corona de Aragón. Este octavo panel se detiene en el entorno cortesano napolitano para recordar el ambiente humanístico que retuvo al príncipe durante algo más de un año bajo la protección de su tío. El esperado arbitraje en el conflicto paternofilial que se esperaba del monarca aragonés no llegó a producirse debido a su repentino fallecimiento el 27 de junio de 1458. El Príncipe de Viana abandonaría los territorios italianos rumbo de nuevo a Barcelona.

En ese nuevo contexto, que alteraba profundamente la situación política pues convertía a Juan II en monarca de varias coronas y a su primogénito Carlos en heredero de un vasto territorio, se produjo el 15 de mayo de 1460 la **"Entrada familiar en Barcelona"**, motivo principal del noveno panel, un ritual previsto para la entrada triunfal y aclamación del soberano Juan II en la ciudad y que, en palabras de la comisaria, vino a simbolizar una frágil reconciliación entre padre e hijo.

Pocos meses más tarde y después de una intensificación en el enfrentamiento entre ambos, la noche del 22 al 23 de septiembre de 1461 fallecía Carlos Príncipe de Viana. Tras unos espléndidos funerales celebrados en la catedral de Barcelona, su féretro y la comitiva fúnebre entraron en **"Poble, el último destino"**, objeto central del último panel. Heredero permanente



Otro aspecto de la exposición.

de una corona que no pudo alcanzar, su repentina muerte cuando apenas contaba con 40 años sacudió al reino de Navarra de manera irremediable y dejó abierto un cruento enfrentamiento entre las facciones navarras que costaría décadas cerrar.

DOCUMENTOS ORIGINALES Y MATERIALES DIDÁCTICOS

Junto al núcleo principal de estos paneles historiados, la exposición también ha brindado una oportunidad única para contemplar piezas escogidas del legado documental del Príncipe de Viana que custodia el Archivo Real y General de Navarra, principalmente en el fondo Cámara de Comptos que, como es sabido, reúne los documentos más excepcionales de la casa real navarra.

En total se han expuesto quince documentos originales seleccionados por la comisaria, algunos de ellos desconocidos y nunca antes mostrados en vitrina, otros por el contrario muy manejados por los historiadores, aunque quizás no tan reconocibles para el gran público. Documentos como el privilegio de concesión del Principado de Viana datado en Tudela el 20 de enero de 1423, los gastos de la boda del Príncipe de Viana con Inés de Cleves en 1439, de los funerales de la reina Blanca en la catedral de Pamplona en 1441, un magnífico ejemplar de la Crónica de los Reyes de Navarra e incluso órdenes de pago escritas por el Príncipe de Viana de su puño y letra, por señalar algunos de los más relevantes.

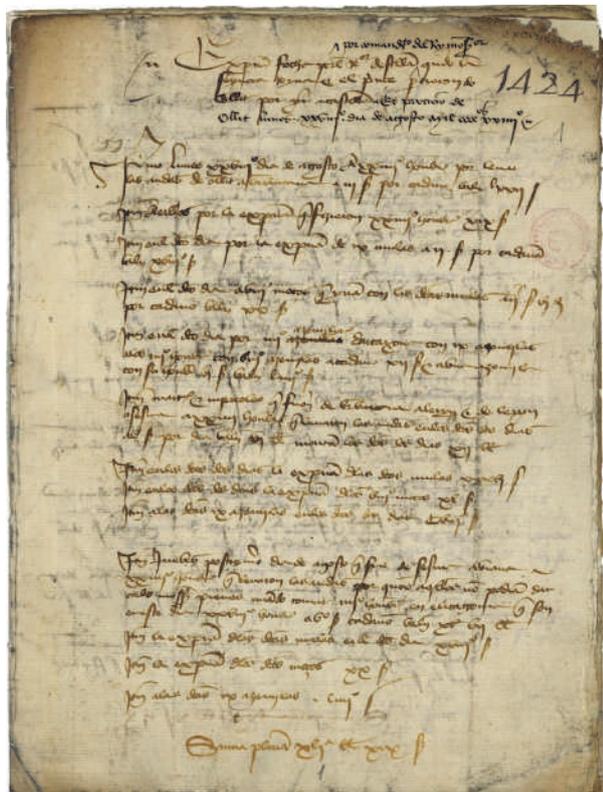
Las imágenes de todos estos documentos son consultables a través de un código QR enlazado con la web del Archivo Real y General de Navarra, donde se ha creado una página específica con el contenido de la exposición.

El marcado carácter didáctico e incluso familiar de la muestra se ha reforzado con varios materiales que se ofrecen a través de la mencionada página web, abriendo con ello una ventana a un público que generalmente suele quedar relegado en las muestras organizadas por el Archivo Real y General de Navarra. Por un lado, un relato sobre la vida del Príncipe de Viana dirigido al público infantil, que recrea las mismas escenas de los paneles mediante ilustraciones más detalladas y coloreadas acompañadas de un texto adaptado a su edad, ambos igualmente realizados por Claudia Cañada Echevarne y Eloísa Ramírez Vaquero. Y en segundo lugar un cuaderno de actividades infantiles en torno al mencionado relato, todo ello de descarga gratuita a través de la web.

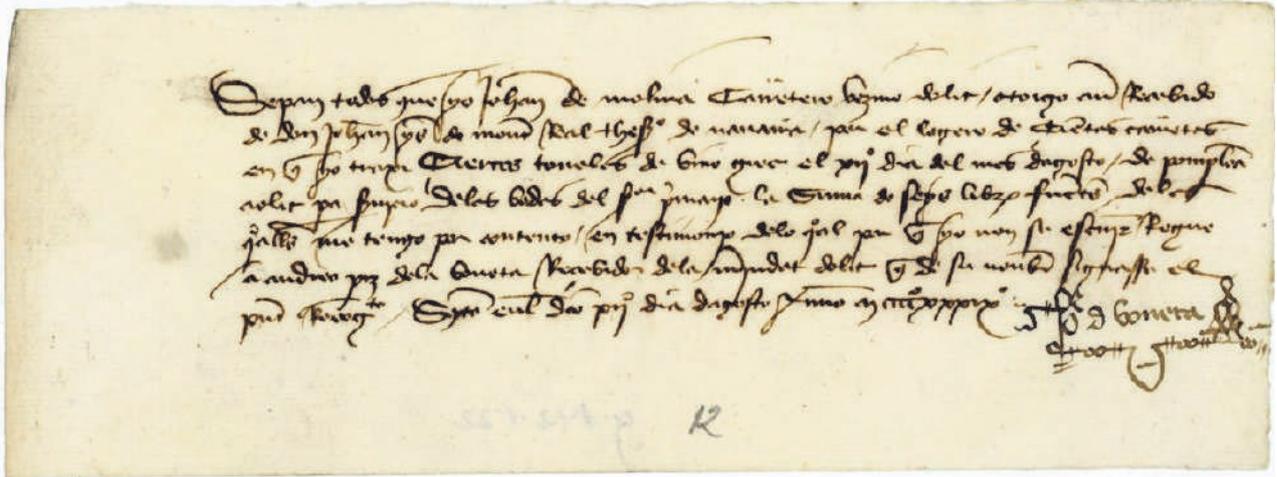
ITINERANCIA POR NAVARRA

La exposición “Carlos Príncipe de Viana, 1421-1461” fue inaugurada el 24 de mayo de 2021 – unos días antes de cumplirse los 600 años de la efeméride– por Rebeca Esnaola Bermejo, consejera de Cultura y Deporte del Gobierno de Navarra, en el salón de actos del Archivo Real y General de Navarra. La muestra estuvo abierta hasta el domingo 27 de junio, todos los días de la semana en horario de 10:00 a 14:00h y de 17:00 a 20:00h y se editó un folleto explicativo con las imágenes y textos de los paneles, de distribución gratuita. El contenido y las demás actividades asociadas han quedado disponibles para su consulta y descarga gratuita en el apartado de actividades y exposiciones de la página web de la institución www.agn.navarra.es incluida la conferencia impartida por la comisaria en el salón de actos de la institución el 15 de junio de 2021.

Una vez finalizado el montaje en el Archivo Real y General de Navarra, a partir del mes de julio y hasta finales de año la exposición, exclusivamente en su contenido panelado, es decir, prescindiendo de los documentos de vitrina, se programó en algunas de las localidades de Navarra con una vinculación más estrecha a la figura del Príncipe de Viana con objeto de acercarla a todo el público interesado. En concreto la muestra pudo contemplarse en los siguientes lugares a lo largo del año 2021:



Gastos del viaje del regreso de la reina Blanca con su hijo (1424) - AGN.



Adquisición de vino para la boda del príncipe Carlos e Inés de Cleves (12 de agosto de 1439). AGN.

- Pamplona, Archivo Real y General de Navarra, del 24 de mayo al 27 de junio.
- Viana, Casa de Cultura, del 2 al 25 de julio.
- Olite, Palacio Real, del 13 de agosto al 19 de septiembre.
- Fitero, Monasterio de Santa María, del 1 de septiembre al 8 de octubre.
- Sangüesa, Palacio de Vallesantoro, del 23 de septiembre al 12 de octubre.
- Tudela, Centro Castel Ruiz, del 15 de octubre al 1 de noviembre.
- Estella, Casa de Cultura "Fray Diego de Estella", del 5 al 21 de noviembre.
- Pamplona, Casa de la Misericordia, del 20 de noviembre al 23 de diciembre.
- Puente la Reina, Casa del Vínculo, del 1 al 20 de diciembre.

Créditos de la muestra:

- ♦ Organización: Archivo Real y General de Navarra
- ♦ Comisariado: Eloísa Ramírez Vaquero
- ♦ Ilustraciones: Claudia Cañada Echevarne
- ♦ Montaje: Muraria S.L.
- ♦ Diseño: José Miguel Parra

El autor es Director del Archivo Real y General de Navarra.



Costo de dorar el pomo, cruz y estoque que el príncipe de Viana llevó en su boda (9 de octubre de 1439). AGN.



Archivo Real y General de Navarra (Pamplona). Fotografía de Javier I. Igal

IMAGINARIO PARA UN PRÍNCIPE

Pedro LOZANO BARTOLOZZI

plozano@unav.es

Pecio desvencijado de algún naufragio de inventario, el libro es un hojaldre de páginas acariciadas por los dedos del tiempo. Secas pero leves, con los bordes rizados, a veces maltrechas, letraheridas, impresas con fuerza por lasquenetes de Maguncia. Las palabras se acomodan en litúrgica salmodia, en monacal peregrinaje jacobeo.

Observo con más detalle. Algún hechicero trafulca las hojas en mariposas, las letras en filigranas de pendolista, los textos en pergaminos miniados. La tapa, frágil, es verde con orla floreada.

Leo con ceremonioso respeto el prólogo del editor: *“En la corrección de la Crónica de los reyes de Navarra, escrita por D. Carlos, príncipe de Viana, no he tenido objeto que el de hacer un obsequio debido a la memoria de las virtudes de este célebre personaje, digno de mejor fortuna. Cuatro códices diferentes, al cual más viciado por los copiantes, me han servido de guía.”*



Representación moderna del Príncipe de Viana.

La edición del libro es del año 1843, en la imprenta de D. Teodoro Ochoa, en Pamplona, D. José Yanguas y Miranda es el mentor. Mi curiosidad aumenta: *“Los cuatro códices aunque conocidamente proceden de un mismo original, se diferencian en su contexto por el descuido e ignorancia de los copiantes que han ido acumulando yerros sobre yerros, muchas veces incomprensibles.”*

El embrollo, digno de las pesquisas de Guillermo de Baskerville, aumenta porque *“no faltan razones para sospechar que el Príncipe dejó su obra sin darle la última mano; que la escribió bajo dos diferentes planes y que la copió varias veces, suprimiendo y añadiendo algunas particularidades.”*

La Crónica revive como fábula, leyenda o invención borgiana y no me resisto a reproducir su fantástica opertura: *“Cierta es que después de pasada aquella universal destrucción del mundo por el Deluvio, castigo que Dios nuestro señor envió sobre los humanales aquellos que, por su divina clemencia se salvaron, se estendieron e acresentaron las poblaciones en este siglo, e fueron señoreadas las Españas por Tubal quinto hijo de Japet, el cual pobló a Tudela e Tafalla e Osca: los españoles por el se titularon Cetubales; e despues, por su grant esfuerzo e osadia, el ferocissimo Hércules, príncipe de los tebanos, vino a entender en la conquista de España, la cual asaz tiempo señoreó con su vigorosa virtud; e así por los tebanos fueron las Españas luengos tiempos señoreadas, e después por los troyanos fueron eso mesmo señoreadas, e después por los de Egipto; e después por los griegos e los de Caldea, e estos poblaron la ciutat de Pamplona.”*

Este asombroso y surrealista texto lo compuso el príncipe de Viana, durante su primer cautiverio (1452-53) y lo concluyó, al parecer en 1454, a su vuelta a Pamplona. Sin dejar de pertenecer al campo de las obras históricas, bien debe ser igualmente catalogada como una novela de aventuras góticas, al estilo inventado por Walter Scott, como Ivanhoe o Rob Roy, e incluso emparentar con los libros de caballería que entusiasmaron a Alonso Quijano.

El príncipe, poseedor de una biblioteca con obras en griego, latín, francés, castellano, catalán e italiano, tesoro libresco imponente incluso

para monasterios y palacios, se muestra así como un humanista, un erudito y un escritor que ya otea el esplendor artístico del Renacimiento.

Las peripecias e interpretaciones de esta Crónica de los reyes de Navarra volvemos a encontrarlas en otros escritos diversos del Príncipe como las Éticas de Aristóteles, dedicada al rey de Nápoles, Alfonso el Magnánimo, hermano de su padre Juan II de Aragón. Isabel de Castilla tenía un ejemplar impreso, con las cubiertas coloradas y cerraduras de latón. Georges Desdevises añade que fuera de estas obras puede citarse cierto número de tratados y de fragmentos diversos que siguen inéditos. El Padre Mariana menciona versos muy bellos y canciones, de los que no hay rastro ni en los archivos reales. Se sabe que el poeta catalán Ausias March fue amigo íntimo de D. Carlos y que éste poseía obras de Aretino, Petrarca y Dante. Pero en este trabajo no insistiré más en la figura del Príncipe como escritor y depositario, con tristeza envuelta en cortesía, el hojaldrado de páginas sobre el pavés heráldico vencedor del olvido.

LOS DADOS DEL DESTINO

Shakespeare, considera Ortega y Gasset, organiza con prolijo cuidado el reparto de los pesos estéticos en cada obra y logra así un perfecto equilibrio. Compone como Rubens.

Carlos de Aragón, príncipe de Viana, es un personaje dramático colosal, un carácter digno de figurar en el universo de las obras teatrales de Shakespeare, un heredero de seis reinos que nunca reinó, un héroe acosado en enfrentamientos tormentosos, rodeado de intrigas, guerras y frustraciones.

En el cuadro icónico de Moreno Carbonero, el príncipe se encuentra solo, meditando, tal vez fatigado. Un lebril blanco duerme acostado a su vera. Carlos vestido con boato, capa magnífica de pieles, collar de oro, reposa en un ostentoso sillón de roble tallado, bajo dosel. Sus pies apoyan en cojín de terciopelo carmesí y su mano derecha en el atril ante un enorme libro abierto enseña inéditos pensamientos. Con la otra mano, más firme, sujeta un libro menor. No vemos más personas, pero sí una muralla de gigantescos volúmenes, gruesos lomos de piel, tejuelos, sellos de lacre, un facistol con pesado y rotundo cantoral oscuro. El príncipe no sabemos si languidece o sueña, si se encuentra encerrado, cautivo en la biblioteca o por el contrario, es su refugio más consolador.

El retrato separa al príncipe del mundo. Nadie le acompaña. El lebril blanco y los libros sombríos, casi lóbregos, completan el cuadro. La composición de equilibrios estéticos, de colores, de contraste pictórico academicista aísla al



Ilustraciones representando a Carlos de Viana. Francisco Aznar (1881).



Armas del Príncipe, de izquierda a derecha, Navarra, Aragón y Sicilia.

personaje de su mucho más anchurosa y trágica vida. Ciertamente vemos una muestra de arte historicista, pero que en mi opinión simplifica precisamente la riqueza histórica del retratado. Y además me temo que esta imagen melancólica se ha impuesto en la mitología popular.

Poco tiene de Shakespeare y de Rubens este D. Carlos, que sí ofrece una figuración más acorde con su infortunada existencia en el cuadro de Ramón Sala, representando el arresto del príncipe, rogando piedad a su padre tras entregar su espada. Incluso Juan de Beumont presencia la implacable escena.

La referencia a Shakespeare permite una comprensión más teatral y especialmente con mayor elenco de actores y escenarios, que poco tiene que envidiar a quienes aparecen en obras como Ricardo III, Enrique IV, El mercader de Venecia, El Rey Lear e incluso Hamlet.

El 29 de mayo de 1421, la princesa Blanca de Navarra dio a luz, en Peñafiel, a un niño. Su padre Juan de Aragón quería llamarle Fernando, pero ante la insistencia de los navarros se bautizaría como Carlos, en recuerdo de su abuelo Carlos el Noble. El rey Juan tendría luego otro hijo a quien poder llamar Fernando, que por los dados del destino pasaría a la historia como Fernando el Católico. El nuevo heredero de la casa Evreux sería apadrinado por el rey de Castilla.

Creo que ni siquiera el genio de Shakespeare hubiera sido capaz de imaginar un comienzo equiparable a este azaroso nacimiento.

La trama teatral de la agitada vida del príncipe, iniciada curiosamente en Castilla, continuará por escenarios sucesivos tan variados como Navarra, Aragón, Francia, Nápoles, Sicilia, Ca-

taluña y Mallorca, cayendo el telón que puso final a sus aventuras y desventuras el 23 de septiembre de 1461 en Barcelona.

Si la escenografía es una paleta de coloridos paisajes, una sucesión de estampas palaciegas, campestres, marineras, guerreras, montañesas, festivas y dolientes, un caminar vivo de decorados impresionistas, el elenco de actores, figurantes, intérpretes, comediantes y faranduleros es aún más digno de Shakespeare.

Blanca de Navarra, Juan de Aragón, Juana Enriquez, Enrique IV de Castilla, Alfonso V el Magnánimo, Inés de Cleveris, Leonor, Gastón de Foix, Fernando el Católico, Isabel de Castilla, Catalina de Portugal, Francisco Sforza, el condestable Luis de Beaumont, Carlos VII de Francia, Brianda de Vaca, Pierres de Peralta, Pedro de Navarra, Lancelot de Sarasa, Juan de Luxa, el papa Calixto III, el arzobispo de Zaragoza, el almirante de Castilla Fadrique Enriquez, Galceran de Requesens, Arnau Guillem Pastor, el maestro de Montesa, el conde de Modica y conjuntos corales como la enfrentada nobleza navarra, los catalanes que vieron en el príncipe su mejor gobernante y alzaron pendón por él, los cortesanos humanistas de Nápoles, los guerreros que combatieron en las contiendas sucesorias y dinásticas que envolvieron a Castilla, Navarra, Aragón y otros feudos, señoríos y dominios, sin olvidar los intereses de la incipiente burguesía y las influencias de obispos, abades y embajadores. Todo un retablo de las maravillas para un gran dramaturgo.

Los dados del destino alteraron con tal suma de encumbramientos y desgracias a D. Carlos que también nos recuerda la pesadilla de Segismundo, el personaje atribulado de La vida es sueño. Encadenado o al menos desposeído y

cautivo lo estuvo el príncipe como se cuenta del pesaroso anti-héroe calderoniano.

Al morir Alfonso el Magnánimo y convertirse Juan II en rey de Aragón, el príncipe, su hijo primogénito se erigía en heredero de todas las coronas de su padre. Ya reconocido en Navarra, pasaba a ser la persona llamada a reinar en Aragón, Valencia, Mallorca, Cerdeña y Sicilia y gobernador general de Cataluña. Si además hubieran progresado los intentos de casarlo con Isabel de Castilla, posiblemente hubiera sido el unificador de los distintos territorios de España. Juan II, siempre temeroso de su hijo e influido por los manejos de su segunda esposa Juana Enriquez, favorecía el matrimonio de su otro hijo Fernando con la princesa castellana.

D. Carlos murió a los cuarenta años sin dejar un sucesor legítimo, pero sí engendró bastardos. En su testamento menciona dar a sus hijos naturales, Ana, Felipe y Juan los 366.000 florines de oro que conserva de su madre Blanca de Evreux.

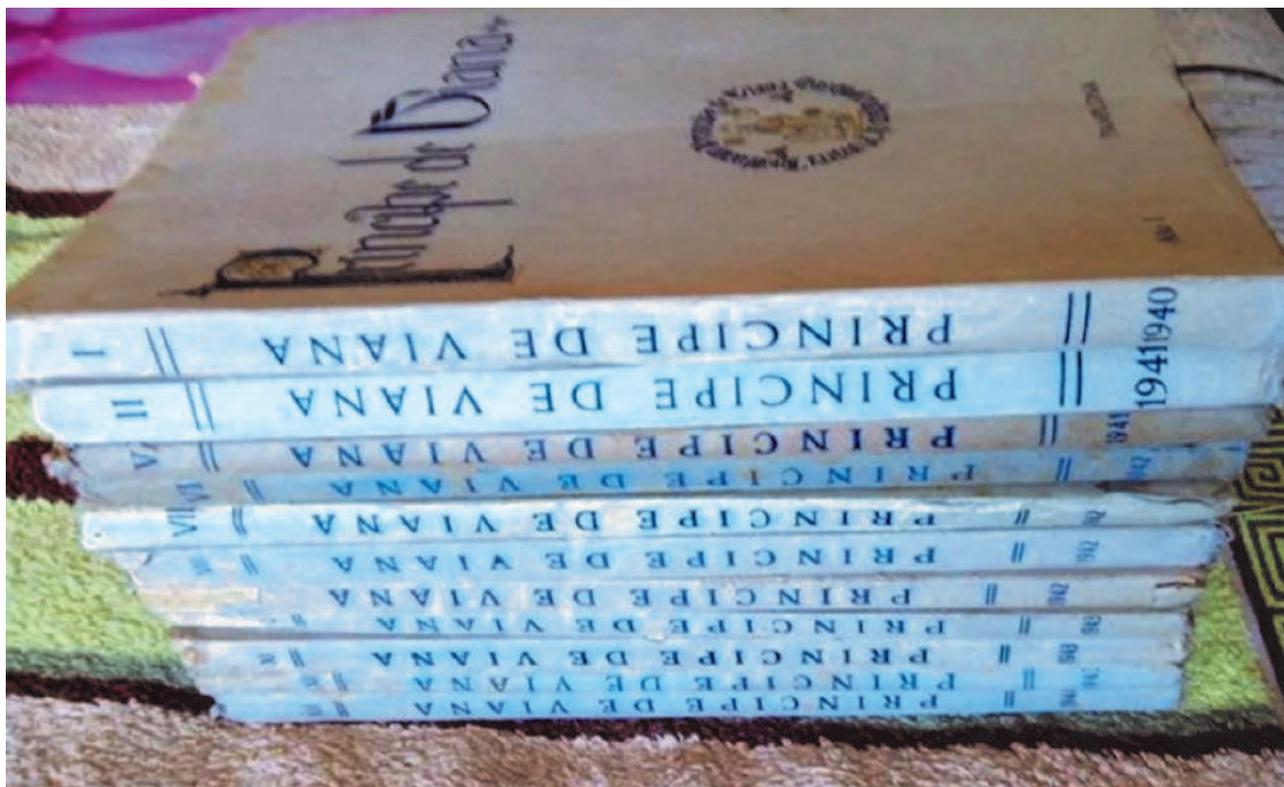
No termina aquí la leyenda. Según diversos investigadores, como ha expuesto en esta misma revista Pregón el Dr. José Javier Viñes, durante su estancia en Mallorca, el príncipe tuvo una amante, Margarita, a quien se atribuye haber tenido un hijo que cambiaría la historia del mundo; cuyo origen nunca se ha podido documentar y tal vez conociese a su hermanastro Fernando. Se trataría de Cristóbal Colón.

TROVA DE JUGLARÍA

El título de Príncipe de Viana, instaurado para los sucesivos herederos de la corona navarra ha sido ejercido por otros descendientes o linajes desde Gastón de Foix en adelante, hasta la actual princesa de Viana, Leonor de Borbón, que curiosamente lleva el mismo nombre que la hermana de D. Carlos, Leonor de Trastámara, casada con Gastón de Foix y madre del segundo titular del principado de Viana. Como es bien conocido, Enrique de Albret ostentará luego el título y su hija Juana al casarse con Antonio de Borbón y convertirse su primogénito Enrique en rey de Francia, traspasará los derechos y títulos de los Albret a la dinastía Borbón. Los dados del destino vuelven a jugar y hacer saltar el título principesco de una Leonor a otra Leonor, por encima del tiempo.

Sin embargo cuando se menciona al príncipe de Viana y especialmente desde el siglo XX hasta hoy día, apenas se relaciona el título con los distintos sucesores dinásticos que lo han llevado y únicamente se identifica con el desafortunado Carlos de Aragón, hijo de Juan II y Blanca de Navarra.

Esta reflexión es aplicable tanto a la iconografía como a la literatura o a la investigación académica. En cierto modo, el título se vincula al personaje que lo inauguró.



Lote con las primeras revistas de la Institución Príncipe de Viana.

Las peripecias teatrales que hemos venido considerando reaparecen con inesperadas transformaciones y trasmutaciones y disfrazan, o mejor dicho, recrean al príncipe que vivió en el siglo XV en nuevos personajes e incluso en objetos, edificios, instituciones...

CONRADANZA DE MALABARISMOS

La Institución Príncipe de Viana es un organismo cultural creado en 1940 por la Diputación Foral de Navarra que continúa sus actividades, ahora vinculadas a la Dirección General de Cultura y a la Consejería de Cultura.

El mismo año se fundó la Revista Príncipe de Viana, dedicada a los estudios históricos y culturales sobre Navarra y su patrimonio, dirigido a la comunidad científica y que a lo largo de su valiosa contribución a la divulgación de estos temas ha sido reconocida como una publicación con una existencia editorial sólida y una difusión selectiva, pero cualificada e internacional.

Otra novedad de gran importancia que igualmente lleva el título es el premio Príncipe de Viana de la Cultura, establecido mediante Decreto Foral 56/1990 de 15 de marzo. Su finalidad es *"el reconocimiento de la tarea llevada a cabo por personas, grupos o instituciones en cualquiera de los ámbitos de la cultura bien sea mediante el ejercicio de la creación, el estudio o la investigación bien mediante su promoción y fomento."* El premio se ha venido entregando tradicionalmente en el monasterio de San Salvador de



Juegos en el interior del instituto Príncipe de Viana.

Leyre. El príncipe Don Felipe de Borbón, como heredero de la corona y por ende del título de Viana era la persona encargada de hacer entrega a los galardonados.

La ceremonia coincidía con un solemne homenaje a los Reyes de Navarra. En el año 2012 se modificaron los premios y se desvinculó la entrega por representantes de la Casa Real y su presencia en ambas ceremonias.

Esta trasmutación y en este escamoteo seguramente intervinieron con extraños hechizos las pendencias y disputas entre agramonteses y beamonteses. D. Carlos tal vez se enfadaría en su tumba, que según los sabios está en el monasterio de Poblet y según otros, no menos doctos, son huesos extraviados en alguna de sus metempsicosis.

Volviendo a los volatines principescos añadiremos que también en el año 1940 que debería rebautizarse como el año de D. Carlos, se inauguró, en palabras del filmotecario Alberto Cañada *"uno de los locales emblemáticos y señoriales de Pamplona; el cine Príncipe de Viana, situado en el centro de la calle García Castañón y en el arranque del II Ensanche."*

Incansables malandrines se dieron cuenta de tan vanguardista reparación de D. Carlos en una sala más moderna que las sombras chinescas y no pararon de incordiar hasta lograr la partición del gran salón en tres minicines el año 1982 y su cierre definitivo, que tuvo lugar en julio de 2005.

Pero el transformismo principesco supo defenderse. La ciudad ya contaba con una gran plaza circular que recibió el nombre de príncipe de Viana. Era y es una hermosa confluencia de calles que luego juegan al corro chirimbolo. La rotonda presume de jardines versallescos y una fuente surtidor tan imponente como la romana de Trevi.

LA ENSEÑANZA EN PAMPLONA

Historia de un Instituto

Lección nupcial del «Príncipe de Viana»

Por Vicente Galbete
Catedrático de Geografía e Historia

Recuerdos del instituto Príncipe de Viana.



En la cercana plaza de la Cruz topamos de nuevo con el príncipe, en esta ocasión ógora de bachilleres, pozo de ciencia, foro ilustrado que atiende por Instituto Príncipe de Viana.

En época más próxima D. Carlos se nos disfraza con la bata blanca de los galenos y alternativamente pasa consulta como neurólogo, tera-

*Centro de consultas externas "Príncipe de Viana".
Complejo hospitalario de Pamplona.*

peuta, internista, otorrinolaringólogo, urólogo, oftalmólogo y me parece que hasta de cirujano y pediatra, entre otros sanadores menesteres, aunque trasladándose hasta el vecino edificio que protege la Virgen del Camino. En el centro de especialidades del complejo hospitalario, así lo proclaman grandes letreros y pequeñas recetas.

Compensaremos este desvarío médico con un corto viaje hasta Murchante, donde llegaremos a las Bodegas Príncipe de Viana, una de las

mayores y más prestigiosas de Navarra. Es buen escenario para terminar la representación teatral, brindando con una festiva copa de vino. El sumiller de palacio nos aconseja Reserva 1423 Premium. Una buena elección.

D. Carlos era señor de Viana, fundada por Sancho el Fuerte como mascarón de proa en la línea del Ebro. Su dentada estampa domina la llanada donde se despide de Navarra la ruta jacobea que viene desde los bosques de Orreaga. El príncipe es un personaje granado de nuestra historia con perfil entre atormentado, poético y dramático, como cuadra a quien vivió en esos años del Otoño de la Edad Media, que dijo Huizinga, y ya presente el Renacimiento cercano.

Retomo el hojaldre de páginas acariciadas por los dedos del tiempo. D. Carlos no figura aún entre los príncipes que se fueron, seguramente porque nunca se marchó. Los actores unas veces hacen mutis por el foro y otras asoman desde la trampilla del escenario.

En el ecosistema digital y cibernético que nos atrapa en sus redes confundiendo lo real con lo inventado, lo auténtico con lo falso, el conocer con ojos y oídos prestados que ya predijo Gracián, invocar la figura controvertida de este célebre personaje, digno de mejor fortuna, es un modo de cuestionarnos el ser y el tiempo. Como diría Michael de Montaigne, *"aún las cosas presentes las poseemos solo con la fantasía."*



El autor, periodista y escritor, ha sido Director de la Revista Príncipe de Viana (1992-1995).

La ciudad de Viana, origen del título.



LA INSTITUCIÓN PRÍNCIPE DE VIANA: OCHO DÉCADAS AL SERVICIO DE LA CULTURA DE NAVARRA

Francisco Javier ZUBIAUR CARREÑO

fjzubiatur@unav.es



Emblema histórico de la Institución Príncipe de Viana .

Desde su creación, en 1940, por la Diputación Foral de Navarra, la Institución Príncipe de Viana ha conseguido redoblar los esfuerzos en pro de la defensa y desarrollo de la cultura de Navarra, emprendidos desde mediado el siglo XIX por la Comisión Provincial de Monumentos Histórico-Artísticos, que había puesto en marcha un ilusionado programa de actuaciones, siempre condicionado, no obstante, por los limitados recursos de la época.

Es difícil de dimensionar lo mucho que la Institución Príncipe de Viana ha hecho por la cultura de nuestra tierra en estas algo más de ocho décadas. Para hacerse una idea de sus resultados, basta pensar que ya en 1946 la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando le concedía su Medalla de Honor, en reconocimiento a su intensa labor en torno al patrimonio histórico de sus primeros años de existencia, que se vio confirmada en 1998 con el Premio Nacional de Restauración y Conservación de Bienes Culturales que otorga el Ministerio de Edu-

Primera sede desde su fundación en 1940 hasta el año 1993.



cación y Cultura, consecuencia en buena medida del perfecto conocimiento del Patrimonio Artístico gracias a la colaboración de la Institución con otras entidades concernidas -el Arzobispado de Pamplona y la Universidad de Navarra- que iniciaron en 1980 la edición del *Catálogo Monumental de Navarra*, tras veinte años de investigación sistemática que lo han convertido en una referencia metodológica indispensable.

El éxito de la Institución Príncipe de Viana se podría cifrar, con la perspectiva que da el tiempo, en dos aspectos: el primero es el de su temprana creación, cuando en España este género de instituciones locales tardarían muchos años en desarrollarse, sin la ventaja que ofrecía a Navarra su particular Régimen Foral, que facilitaba un alto grado de competencia en la materia. La conciencia histórica del viejo Reino fue sin duda un acicate sobreañadido al espíritu fundacional a favor de la cultura, que, en todas sus manifestaciones, heredamos de nuestros mayores. El deseo de responder a estas necesidades históricas ya se advierte en las palabras de su fundador -Tomás Domínguez de Arévalo, Conde de Rodezno- con sus referencias al



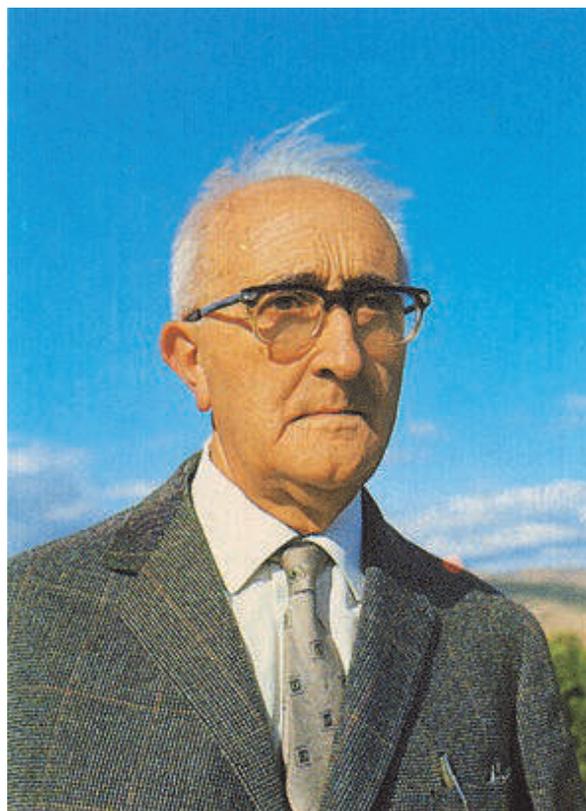
José M^a Lacarra.

pasado glorioso en los estatutos de la Institución, publicados por su revista oficial, desde entonces llamada *Príncipe de Viana*, a la que se sumaron en 1969 *Fontes Lingvae Vasconum*, *Studia et Documenta*, y *Cuadernos de Etnología y Etnografía de Navarra*, y más tarde *Trabajos de Arqueología Navarra* y el *Suplemento de Ciencias* de aquella revista fundacional, como publicaciones científicas de nivel ampliamente reconocido. El Vicepresidente de la Diputación Foral aludía a la necesaria conservación de los monumentos, el cultivo de las Bellas Artes y convivencia con todo el tesoro espiritual y sentimental del pueblo navarro, *"si se quiere enfrentar designios de perpetuidad -escribía- en sus singulares características"*.

Segundo aspecto, desapercibido, de los valores de la Institución (y del Gobierno que la sustentó durante tan largo desenvolvimiento), ha sido el de la continuidad de sus esfuerzos humanos y económicos. La Institución Príncipe de Viana, en sus ocho décadas de existencia, ha puesto en marcha recursos modestos (si los comparamos con otras áreas del poder foral), pero bien administrados, con conocimiento de causa, de forma sistemática, gracias a haber contado con la sensible colaboración de un magnífico grupo funcional y la colaboración de destacados personajes del saber, que desde 1985 se integraron en el Consejo Navarro de Cultura.

Al prestigio alcanzado no ha sido ajena la alta cualificación de sus directores históricos: José María Lacarra, modelador de la moderna historiografía de Navarra; y José Esteban Uranga, correspondiente de las Academias de las Bellas Artes y de la Historia. La dirección de ambos ocupa las tres primeras décadas de su existencia. Se puede decir que la misión de los que continuaron su labor -Vicente Galbete, Fernando Redón, José Javier Iturbide, José María Romera, quien suscribe estas líneas, Tomás Yerro, Juan Ramón Corpas, Camino Paredes, Pedro Luis Lozano, Ana Zabalegui, Fernando Pérez Gómez, Adoración López Jurío e Ignacio Apesteguía, más quienes la ostentaron interinamente, José María Yáñez y Juan José Grau, fue el de promover una progresiva labor de alta coordinación de los equipos humanos de ellos dependientes, dada la multiplicidad de sus funciones, que ha crecido sin parar en los últimos años, sobre todo desde la asunción total de sus competencias propias por el Gobierno de Navarra en 1982.

Hoy, el panorama de la cultura de Navarra es muy distinto al de 1940 y ello, sin duda, se debe al estímulo ejercido por esta Institución, que no ha buscado tanto su propio protagonismo como la promoción de cuantas iniciativas culturales nacen en el seno de la propia Comunidad. Ella sigue responsabilizándose de la mejor conservación del patrimonio mueble e inmueble, así como del patrimonio documental y bibliográfico, al que se han sumado



José Esteban Uranga.



Directores de Institución Príncipe de Viana y Consejeros de Cultura del Gobierno Navarra en el Monasterio de Irache: Entrega por el Ministerio de Educación y Cultura del Premio Nacional de Restauración, 1999. De izquierda a derecha: Francisco Javier Zubiaur, Fernando Redón, José María Yárnoz, los Consejeros Román Felones y Javier Marcotegui, Tomás Yerro y José María Romera.

las innovaciones tecnológicas para lograr una mejor divulgación de los fondos patrimoniales, con intención participativa y fines educativos (así el portal digital culturanavarra.es o la web que permitirá ver al detalle los capiteles del claustro de la Catedral de Tudela). El Museo de Navarra se ha convertido en un centro cultural, además de depósito donde se conservan los bienes artístico-arqueológicos de la Comunidad. La Red de Bibliotecas Públicas es una bien implantada malla que por todo Navarra ofrece la posibilidad de consulta y préstamo del rico patrimonio bibliográfico de que disponemos.

A todo ello se suman otras muchas actividades tendentes a estimular la creación artística, los convenios con entidades de incidencia cultural -desde la música al folklore-, los programas propios surgidos como hijuelas de los Festivales de Navarra (los Festivales de Creación Audiovisual, del Punto de Vista, de Teatro de Olite y de Danza Contemporánea), Concursos Internacionales bienales de Canto Julián Gayarre y de Violín Pablo Sarasate, e Internacional de Pintura, los cursos de perfeccionamiento para agentes culturales de los ayuntamientos navarros, el sostenimiento de una Escuela de Teatro y de la Or-

questa Sinfónica Pablo Sarasate, la extensión de albergues del Camino de Santiago, la coordinación de los museos navarros y un largo etcétera donde cabría considerar las publicaciones, las excavaciones arqueológicas, la restauración de bienes muebles e inmuebles, la protección de los patrimonios documental, bibliográfico, audiovisual e industrial, que están favoreciendo un mejor conocimiento de lo nuestro aunando investigación científica con su consecuente extensión cultural gracias a un propósito divulgador que se ha ido afianzando con el paso de las décadas, pero que nunca le fue ajeno a la Institución, favorecido ahora por la experiencia sociocultural de sus últimos directores.

Durante este tiempo cada uno de los responsables de la Institución ha procurado mantener, actualizar e innovar en la medida de los presupuestos a disposición los objetivos fundacionales. Es cierto que algunos de sus proyectos no perduraron en el tiempo, algo que pueden explicar las diferencias ideológicas de los Gobiernos en cuya estructura administrativo-política se insertó la Institución Príncipe de Viana como Dirección General de Cultura de ellos dependiente, pero en suma el devenir de la

Institución se ha asemejado en estos años a una larga cadena donde cada equipo directivo ha añadido su particular eslabón haciéndola cada vez más resistente y recrecida. Por tanto, no cabe hablar de evolución continuista, sino de progresión y avance.

Ahí están, para demostrarlo de manera ostensible, la extensa Red de Casas de Cultura lograda con la indispensable colaboración de los Ayuntamientos; nuevos y ejemplares equipamientos como el Archivo Real y General, la Biblioteca de Navarra, el Museo Etnológico Julio Caro Baroja (en disposición de ser abierto cuando los responsables políticos de nuestra Administración se aperciban de su enorme valor cultural), el Museo Jorge Oteiza, el apoyo a los creadores en especial en el medio rural y otros logros que puedo olvidar, que si bien se nos revelaron el año de su inauguración no se explican sin dilatadas gestiones previas y estudios detallados. Otros equipamientos no vendrían sin causa justificada, como es el caso de Baluarte, inexplicable sin mediar antes la dinámica acción cultural generada por nuestra Institución, o la Filmoteca Navarra, en buena parte consecuencia de los ciclos de arte cinematográfico del Museo de Navarra y de conquistas como la Film Commission a fin de facilitar rodajes cinematográficos en nuestra Comunidad Foral.

En los últimos años, ya con una estructura consolidada, la Institución ha promovido la legislación concerniente a sus campos de actuación, como la Ley Foral del Patrimonio Histórico y Cultural, la Ley Foral de Museos y Colecciones Museográficas Permanentes de Navarra, la Ley Foral Reguladora del Mecenazgo Cultural y de sus Incentivos Fiscales y La Ley Foral de Derechos Culturales. Asimismo, el Departamento en que se integra ha elaborado un Plan Estratégico de Cultura de Navarra para los años 2017-2023, con diez líneas maestras que parten de la detección de las necesidades culturales en nuestra Comunidad, la puesta en valor de los sectores culturales y la generación de una hoja de ruta para todo el territorio en los próximos años, buscando integrar tradición y modernidad, y mundo urbano con rural. Este Plan, por su propia ambición, pone sobre la mesa la cuestión siempre latente del encuentro de pareceres de las distintas fuerzas políticas de Navarra, de forma que se garantice -ahora sí- esa continuidad que dé los frutos deseados para el progreso de la Comunidad Foral de Navarra. 

El autor, historiador y museólogo, fue Director de la Institución Príncipe de Viana (1991-1995)

PARA SABER MÁS:

- DOMÍNGUEZ DE ARÉVALO, Tomás (1940) "Nuestros propósitos". *Príncipe de Viana*, I, (1), págs. 5-8.
- MARTÍN DUQUE, Ángel J. (1990) "Lacarra y De Miguel, José María". *Gran Enciclopedia Navarra*, VI, págs. 376-378.
- PÉREZ OLLO, Fernando (1990) "Uranga Galdiano, José Esteban". *Gran Enciclopedia Navarra*, XI, págs. 195-196.
- ROMERA GUTIÉRREZ, José María (1990) "Cincuenta años de la Institución "Príncipe de Viana" (1940-1990)". *Príncipe de Viana*, LI (189), págs. 7-14.
- ZUBIAUR CARREÑO, Francisco Javier (1990) "Institución Príncipe de Viana". *Gran Enciclopedia Navarra*. Pamplona, Caja de Ahorros de Navarra, VI, págs. 138-141.
- JUSÚ SIMONENA, Carmen (1993) "La revista *Príncipe de Viana* en la acción editorial del Gobierno de Navarra: Primeras aproximaciones". *Príncipe de Viana*, LIV, (200), págs. 507-538.
- ZUBIAUR CARREÑO, Francisco Javier (2015) "La Institución Príncipe de Viana, 1991-1995". *Príncipe de Viana*, LXXVI, (263), 2015, págs. 1127-1145.
- DIARIO DE NAVARRA (2017) "Plan estratégico de Cultura de Navarra (2017-2023)". *Diario 2*, 23 de diciembre, pg. 67.
- MUTILOA ORIA, Mercedes (2018) *La Institución Príncipe de Viana. Creación y política cultural, 1940-1948*. Pamplona, Gobierno de Navarra.
- ZUBIAUR CARREÑO, Fco. Javier (2019) *Actuaciones de la Institución Príncipe de Viana. Año 1949*: <https://www.zubiaurcarreno.com/actuaciones-de-la-institucion-principe-de-viana-ano-1949/>



Portada del número 58 de la serie "Navarra. Temas de Cultura Popular" dedicado a la figura del Príncipe de Viana.

EL PRINCIPE DE VIANA

PREMIO A LA CULTURA DE NAVARRA “PRÍNCIPE DE VIANA”

J. de Ayanz

info@ayanza.org

El Premio Príncipe de Viana fue instaurado en 1990 para conmemorar el 50º aniversario del nacimiento de la Institución Príncipe de Viana; organismo creado por la Diputación Foral de Navarra en 1940 con el fin de fomentar la cultura, en especial la conservación del patrimonio, el cultivo de las bellas artes y la preservación del legado del pueblo de Navarra. El Premio se instituyó para reconocer a personas o entidades que hubieran destacado en el ámbito cultural.

ANTECEDENTES

El 21 de noviembre de 1984 se firma el Decreto Foral “por el que se crea el Consejo Navarro de Cultura” siendo publicado en el Boletín Oficial de Navarra de 3 de diciembre siguiente. La fecha de publicación, tenía, tiene, una marcada significación como lo demuestra que sólo un año después se institucionalizara el “Día de Navarra” coincidiendo con el santo patrón, Francisco de Javier.

Una década antes se había establecido la *Medalla de Oro de Navarra*, aún vigente, de irregular concesión al principio pero desde 1988 ininterrumpidamente.

También tuvo su peso la creación en 1981 de los Premios Príncipe de Asturias, ahora Princesa de Asturias abarcando un ámbito más nacional e internacional y abordando una mayor variedad de aspectos (labores científicas, culturales, sociales y humanitarias).

EL CONSEJO DE CULTURA DE NAVARRA

La Diputación Foral crea el 10 de diciembre de 1931 el **Consejo de Cultura de Navarra**, cuyo reglamento orgánico fue aprobado el 27 de abril de 1933 pero que apenas tuvo unos meses de vida. De uno de sus primeros actos, el homenaje al navarro Juan Huarte de San Juan (15 de octubre de 1933), aún conserva Pamplona recuerdo en el monumento, firmado por Fructuoso Orduna, en los Jardines de la Media Luna, junto al Colegio de Médicos. Este órgano llegó a editar una revista, “Cultura Navarra” con la publicación de seis números que no gozaron de la acogida deseada y merecida según se recogía en sus páginas al cierre de la misma. Aquel consejo estaba compuesto por dos diputados forales, los alcaldes de Pamplona,



*Una sesión del Consejo Navarro de la Cultura en 2008
(Imagen del Gobierno de Navarra)*

na, Tudela, Tafalla, Estella y Aóiz, así como profesores de institutos de enseñanza y de la Escuela de Magisterio, vocales de la Caja de Ahorros de Navarra y Caja de Ahorros Municipal de Pamplona, así como otras personas libremente designadas como Arturo Campión, Julio Altadill o Victoriano Juaristi y José M^a Huarte, archivero de Diputación en funciones de secretario.

EL CONSEJO NAVARRO DE CULTURA

Si la creación de la Institución “Príncipe de Viana” en 1940 daba continuidad a la anterior *Comisión de Monumentos Histórico-Artísticos de Navarra*, en 1984 se crea el actual **Consejo Navarro de Cultura** como un órgano consultivo del departamento de Cultura del Gobierno de Navarra según se indicaba en el preámbulo del decreto foral. Entonces era Consejero de Cultura y Turismo Román Felones, y, como tal, era el presidente siendo el entonces director del Servicio de Cultura “Institución Príncipe de Viana” el vicepresidente.

Formado por 20 miembros nombrados por el Consejero de además de los respectivos titulares de la direcciones generales de Patrimonio Cultural y Turismo y Promoción.



En 2019 se le cambia la denominación, **Consejo Navarro de la Cultura y las Artes**, además de la composición y las atribuciones pero manteniendo la que nos importa y ocupa:

«Es el órgano competente para proponer la concesión del premio.»

EL PREMIO “PRÍNCIPE DE VIANA”

Sobre la Institución Príncipe de Viana expresamente ya se ocupa Francisco Javier Zubiaur en este número. Con ocasión de su 50º aniversario se instituyó el **Premio “Príncipe de Viana”** «para reconocer a personas o entidades que hubieran destacado en el ámbito cultural.»

Desde sus inicios en 1990, la entrega del galardón se venía realizando en el marco del Monasterio de San Salvador de Leyre, en una jornada en la que se celebraba el tradicional Homenaje a los Reyes de Navarra; por ello eran invitados a participar los Príncipes de Asturias y Viana desde 1993. Desde 2016 el nuevo gobierno decide cambiar el emplazamiento, pasando a celebrarse en el Palacio Real de Olite, y desvincularse tanto del acto del Homenaje a los Reyes de Navarra que se celebra en Leyre, como de la Casa Real.

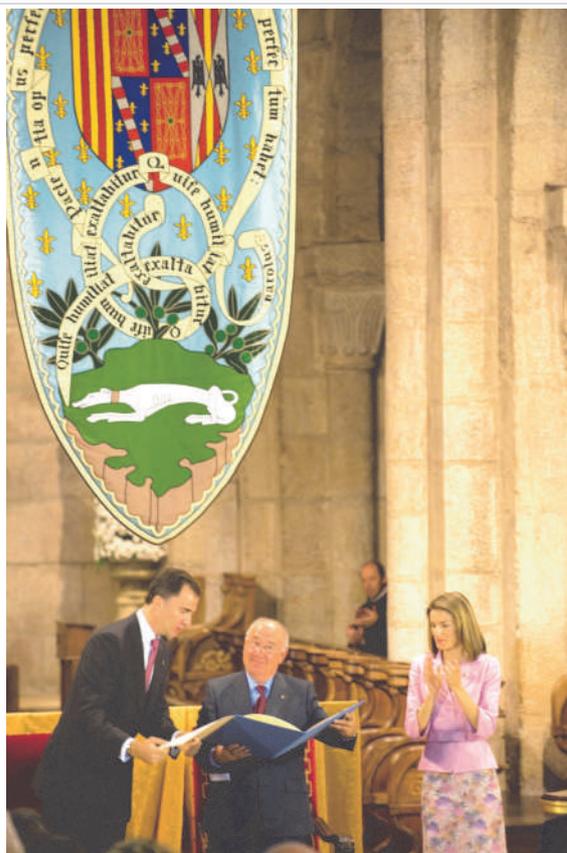
También en 2019, con motivo del VIII Centenario de la fundación de la ciudad, el premio Príncipe de Viana 2019 se entrega en Viana.

El premio de 2020, condicionado por la situación generada por la pandemia del COVID-19, se celebró en la iglesia de los Franciscanos de Olite cerrada al culto desde hace algunos años.

Hasta este año 2021, han sido 31 las personas distinguidas en sus 31 ediciones, más dos instituciones, el Orfeón Pamplonés y la Coral de Cámara de Pamplona. En la edición de 2017 fueron dos los premiados.

LOS OTROS “PRÍNCIPE DE VIANA”

Aunque no siempre se añade la coletilla, se asocia al campo de la Cultura los galardones entregados. Pero ha habido, en distintos momentos, otros “Príncipe de Viana”.



El actor Alfredo Landa recibiendo en 2008 el galardón de manos del entonces Príncipe de Asturias y Viana, Felipe, junto a su esposa Letizia, en el Monasterio de Leyre.

En 2010 se crean los llamados **Premios Internacionales ‘Príncipe de Viana’**. Junto al premio tradicional a la Cultura, que ese año fue a manos del lingüista Jürgen Untermann, se habían incorporado otros: el **Premio Internacional Navarra a la Solidaridad** creado por el Gobierno de Navarra y la Caja Laboral en 2001, pero que empezaron a entregarse al año siguiente y un **Premio Príncipe de Viana de la Atención a la Dependencia** que tuvo poco recorrido siendo entregado en dos ediciones. El **Premio Príncipe de Viana de la Solidaridad** en 2012 volvió al formato inicial, tanto en su denominación como en el desarrollo del acto de entrega, desapareciendo el de Dependencia. **PREGÓN**



RELACIÓN DE PREMIADOS

AÑO	NOMBRE	ÁREA
1990	José Goñi Gaztambide	historiador eclesiástico
1991	Eugenio Asensio	filólogo y crítico literario
1992	Orfeón Pamplonés	colectivo
1993	Rafael Moneo	arquitecto
1994	Francisco Ynduráin	filólogo y crítico literario
1995	Julio Caro Baroja	etnógrafo e historiador
1996	Pablo Antoñana	escritor
1997	Pedro Miguel Echenique	físico
1998	Montxo Armendáriz	director de cine
1999	Álvaro D'Ors	romanista
2000	Concepción García Gainza	historiadora del arte
2001	Miguel Sánchez-Ostiz	escritor
2002	María Bayo	soprano
2003	Juan José Aquerreta	artista plástico
2004	Fernando Redón Huici	arquitecto
2005	Javier Manterola Armisén	ingeniero
2006	Javier Tejada	físico
2007	Pedro Iturralde	músico
2008	Alfredo Landa	actor
2009	Agustín González García de Acilu	músico
2010	Jürgen Untermann	lingüista
2011	Faustino Menéndez Pidal de Navascués	heraldista
2012	Antonio López García	artista plástico
2013	Daniel Innerarity	filósofo
2014	Tarsicio de Azcona	historiador
2015	Ramón Andrés	escritor y musicólogo
2016	Ignacio Aranguren	profesor y director de teatro
2017	José Lainez y Concha Martínez	coreógrafos y bailarines
2018	Coral de Cámara de Pamplona	colectivo
2019	Tomás Yerro	filólogo y crítico literario
2020	Carlos Cánovas	fotógrafo
2021	Teresa Catalán	compositora e investigadora

LA PLAZA DEL PRÍNCIPE DE VIANA EN PAMPLONA

Juan José MARTINENA RUIZ

jj.martinena.ruiz@hotmail.com



1935-1940. El centro de la plaza lo ocupaban en aquellos años unos jardincillos. En 1957 se instaló la actual fuente luminosa. A la derecha de la foto, donde hoy se levanta la casa de los periodistas, se puede ver la caseta de recaudación de arbitrios (Archivo Municipal).

Pl notable escritor pamplonés Manuel Iribarren, biógrafo del Príncipe de Viana, dejó escrito que el atractivo de su persona emana del cúmulo de desdichas que le afligieron. Posiblemente hay algo de eso, pero en cualquier caso, por tratarse de una figura que ocupa un lugar importante en la Historia de nuestro antiguo reino, el Príncipe merecía tener dedicada una plaza en un sitio céntrico y destacado de su capital. Así lo consideraron los regidores de Pamplona, con total acierto, cuando al principio de la década de 1920 llegó el momento de poner nombre a las nuevas calles del Segundo Ensanche, cuya primera fase se construyó y urbanizó entre los años 1921 y 1936.

Pero hay que decir que ya en 1916, cuando todavía no se habían derribado las murallas, el Ayuntamiento de la ciudad, en sesión celebra-

da el 22 de marzo de dicho año, a propuesta del catedrático y abogado don Fernando Romero, acordó dar el nombre de plaza del Príncipe de Viana a la actualmente denominada de San Francisco. Dicha plaza, entonces recién urbanizada, surgió de la demolición del vetusto caserón de las cárceles reales, que databa de mediados del siglo XVI y se derribó en 1910, junto con la antigua Audiencia cuya fachada daba a la plaza de Consejo. Aquella resolución municipal tuvo un recorrido breve, ya que diez años después un nuevo acuerdo asignó a la referida plaza de San Francisco su nombre actual, que recuerda la iglesia de los franciscanos que ocupó parte de su solar hasta la Desamortización de 1835, y trasladó la denominación de Príncipe de Viana a una nueva plaza del Segundo Ensanche.



1928. Las dos primeras casas que se construyeron en la plaza, que todavía estaba sin urbanizar. La de Garraleta a la izquierda y la de López a la derecha (Archivo Municipal, Colección Arazuri).

PRIMERO SE LLAMÓ PLAZA CIRCULAR

Cuando en 1920 el arquitecto Serapio Esparza trazó los planos del Nuevo Ensanche, diseñó una trama urbana a base de manzanas cuadradas, según el modelo ideado en 1859 por Ildefonso Cerdá para el Eixample de Barcelona. Con el fin de romper, siquiera mínimamente, la monotonía de esa gran estructura cuadrada, Esparza introdujo dos plazas circulares, que son las actuales del *Príncipe de Viana* y de las *Merindades de Navarra*. La primera de ellas, a la que dedicamos este artículo, es hoy uno de los centros neurálgicos de nuestra ciudad, sobre todo en lo que se refiere al tráfico de vehículos, con todos los problemas que ello supone, ya que confluyen en ella nada menos que siete vías urbanas: tres calles y cuatro avenidas.

En sus primeros años de existencia se llamó, incluso oficialmente, *Plaza Circular*. De hecho, todavía queda gente mayor, aunque cada vez son menos, que la sigue llamando así. Como ya anotó el Dr. Arazuri en su obra *Pamplona, calles y barrios*, su actual denominación le llegó en segunda instancia, ya que como hemos dicho, desde 1916 hasta 1926 llevó ese nombre la plaza de San Francisco. Fue el 22 de diciembre de 1926 cuando la Comisión Permanente del Ayuntamiento acordó proponer el cambio; sin embargo, parece que la propuesta no tuvo un efecto inmediato, ya que en el Pleno del 3 de abril de 1930, el concejal Sr. Garjón solicitó “se

dé el nombre de *Plaza del Príncipe de Viana* a la *Plaza Circular*, por ser el nombre que se quitó cuando se repuso el de *Plaza de San Francisco* a la que está frente a las escuelas”. Oída la moción, el alcalde manifestó, y así consta en acta, que “*tendrá en cuenta lo expuesto*”, como de hecho, así ocurrió. Hay que decir, a título de curiosidad, que más de cuarenta años después, en sesión del 28 de mayo de 1974, el Pleno del Ayuntamiento, en esta ocasión a propuesta del entonces alcalde José Javier Viñes, aprobó recuperar la anterior denominación. Un cambio ciertamente efímero, ya que el 29 de octubre, cuando solo habían pasado cinco meses, el mismo pleno acordó restablecer el nombre de *Príncipe de Viana*.

LAS PRIMERAS CASAS DATAN DE 1925

Los edificios que presentan fachada a la plaza, con la única excepción de la conocida como “*Casa de los periodistas*”, se construyeron entre los años 1925 y 1939. De ellos, uno de los primeros fue la llamada casa de Garraleta, un industrial pamplonés de la época. Aunque su portal lleva el número 16 de la avenida de San Ignacio y su trasera da a la calle Sancho el Mayor, cuenta con un frente que da a la plaza, que es el comprendido entre las dos calles citadas. La casa se construyó en 1925.

De las mismas fechas data la que tiene el portal número 1, donde actualmente tiene su sede el partido Unión del Pueblo Navarro. Esta casa, que ocupa el sector de la plaza comprendido

entre la avenida de San Ignacio y la calle Arrieta, con la única excepción de un acreditado restaurante, carece de locales comerciales en su planta baja, en la que hay un entresuelo con balconcillos sin resalte. La periodista Adriana Ollo, en un documentado artículo publicado hace algún tiempo en Diario de Navarra, decía entre otras cosas que la proyectó en 1924 el arquitecto José Yárnoz para residencia de la familia del conocido industrial Toribio López. El solar, de 891 metros cuadrados, por entonces el mayor del Segundo Ensanche, lo había adquirido dos años antes Justo Martinicorena por un precio de 44.564 pesetas, con intención de levantar allí una casa, cuyos planos se encargaron a Serapio Esparza, el mismo que diseñó la planta general del propio Ensanche. Aquel proyecto no se llegó a realizar, al no haber podido contar su promotor con la financiación necesaria, y también fracasó un segundo plan para edificar en la parcela unos chalés. En vista de ello, el dueño del solar se lo traspasó al Sr. López, que fue quien levantó la casa actual en 1925. El catálogo del plan municipal de edificios destaca de ella especialmente los elementos decorativos de su fachada, en los que se aprecia un cierto regusto Art-Decó *"que se superpone a una composición más estricta, de cierta inspiración neoclasicista"*.

El reducido frente comprendido entre la calle Arrieta y la avenida de la Baja Navarra corresponde a la llamada Casa de los Periodistas, la más moderna de toda la plaza, ya que fue edi-

ficada en 1957. El proyecto lo firmó el arquitecto Domingo Ariz y su presupuesto ascendió a 3.700.000 pesetas. Por entonces, según cuenta José Joaquín Arazuri, muchos pamploneses la llamaron maliciosamente *"el tapabocas"*, porque se decía que el Ayuntamiento había cedido el terreno para su construcción, en un lugar tan céntrico, con el fin de contentar a los profesionales de la prensa y evitar de ese modo que criticasen negativamente las actuaciones municipales. La manzana ocupa una superficie más bien reducida y la casa tiene su único portal hacia la calle Arrieta, en la que lleva el número 29. En el solar de la casa había un transformador de electricidad subterráneo y anteriormente, desde el derribo del portal de San Nicolás en 1921 hasta 1943, una caseta de recaudación de arbitrios municipales, ya que antiguamente este era el lugar en el que la carretera que partía de dicho portal se bifurcaba hacia la izquierda en la carretera a Francia, hoy avenida de la Baja Navarra, y hacia la derecha en la carretera a Zaragoza, actual avenida del mismo nombre.

A continuación, el tramo situado entre la avenida de la Baja Navarra y la calle Sangüesa lo ocupa un solo edificio, el que tiene el portal número 2, que fue erigido en 1930 según proyecto del arquitecto José Alzugaray. La licencia municipal se le había concedido un año antes a Pedro Zamarbide. Originariamente la casa tenía cuatro pisos, hasta que en 1963 se le añadieron tres más, bajo la dirección del tam-



1945. Casa situada en el tramo comprendido entre la avenida de la Baja Navarra, entonces de Franco, y la calle Sangüesa. En 1963 se le añadieron tres pisos y quedó con el aspecto que presenta actualmente (Archivo Municipal, Colección Arazuri).

bién arquitecto Francisco Garraus, cuyo proyecto siguió fielmente la línea y el estilo de la fachada preexistente, incluso en lo que se refiere a las torres, situadas en los dos ángulos y que rematan en sendos chapiteles. En los años 30 ocupaba las bajas el concesionario de la marca de automóviles Chevrolet. Más tarde, desde 1964 hasta 1984, tuvo su sede en esta casa la edición para Navarra del periódico bilbaíno La Gaceta del Norte, que de 1969 a 1981 dirigió con su reconocida competencia nuestro buen amigo Pedro Lozano Bartolozzi. Antes que él estuvo en ese puesto Joaquín Goñi y después Arturo Gracia, aunque ya para entonces casi sin personal y con bastante menos tarea informativa.

UNA OBRA DE VÍCTOR EUSA

En el tramo siguiente, el comprendido entre la calle Sangüesa y la avenida de Zaragoza, se levanta un edificio de viviendas, cuyo único portal lleva el número 3, que por su originalidad figura merecidamente en la Guía de arquitectura de Pamplona, editada por el Colegio de Arquitectos en 1994. Lo proyectó Víctor Eusa en 1929 y es sin duda alguna el más significativo de toda la plaza y uno de los hitos urbanos que más destacan dentro de la anodina y monótona fisonomía del Segundo Ensanche. La guía de la que acabamos de hacer mención lo comenta en estos términos: "*Como es habitual en*

las obras de Eusa de esa época, se emplean el ladrillo rojo y el hormigón, y se advierte su admiración por Otto Wagner y la arquitectura vienesa de principio del siglo XX, especialmente en los remates. El diseño de la fachada y de su decoración es si cabe aún más elaborado y brillante que en otros de sus edificios".

Y más adelante destaca también la estudiada composición de las fachadas, con especial detalle en las esquinas y el cuerpo central situado sobre el portal que se abre a la plaza, recursos con los que logra cierta monumentalidad elegante, si bien más discreta y menos expresionista que en otras obras del mismo arquitecto, como el Seminario, la iglesia de la Milagrosa o el colegio de los Escolapios. Referida a este edificio hay una noticia curiosa, que la recoge el Catálogo monumental de Navarra, en el que también figura, y es que en sus primeros años era conocido popularmente como "*la jaula de oro*", debido al esmalte dorado que lucía originalmente la rejería de sus balcones.

En el tramo situado entre la avenida de Zaragoza y la del Conde de Oliveto no hay detalle alguno digno de mención. De las dos casas que lo forman, que datan de hacia 1940 y que comparten una sola fachada uniforme, ninguna tiene su portal por la parte de la plaza, sino que dan cada uno a una de las dos avenidas citadas. Lo mismo ocurre con el sector comprendido entre la citada avenida del Conde



Entre la calle Sangüesa y la avenida de Zaragoza se encuentra la casa más original de la plaza, conocida en otro tiempo como "la Jaula de Oro". Es obra del arquitecto Víctor Eusa, que firmó el proyecto en 1929 (Archivo Municipal).

de Oliveto y la calle de Sancho el Mayor. El edificio de viviendas que la conforma, también de hacia 1940, integra dos fincas urbanas diferentes, una cuyo portal lleva el número 4 de la plaza y otra que tiene su entrada por la calle Sancho el Mayor, en la cual lleva el número 8.

EL MAGNO CONGRESO EUCARÍSTICO DE 1946

Posiblemente, el acontecimiento de mayor importancia que haya conocido esta plaza en sus noventa años de historia fue el Congreso Eucarístico celebrado en Pamplona en septiembre de 1946, coincidiendo con los actos de la Coronación canónica de la imagen de Santa María la Real, que preside el altar mayor de la catedral. Con tan fausto motivo se erigió en medio de su espacio central un enorme baldaquino con cuatro grandes columnas salomónicas, cuyo altar fue el escenario principal de los solemnes cultos que entonces se organizaron. La prensa de la época ofreció en aquellos días amplios y detallados reportajes de aquellos fastos, paradigma de otros muchos que tuvieron lugar en nuestra ciudad y en toda España, en aquella época tan distinta de la actual, inspirada en muchas facetas de la vida

pública y privada por el espíritu de lo que ahora los historiadores denominan el Nacional-Catolicismo.

LA FUENTE LUMINOSA

En 1957, el mismo año en que se iniciaron las obras de la casa de los periodistas, de la que ya hemos hablado, el Ayuntamiento encargó a una empresa especializada de Barcelona un proyecto de fuente luminosa, con el fin de instalarla en el espacio central de la plaza, que hasta esa fecha estaba ocupado por unos modestos jardincillos. Celebrada la preceptiva subasta, se adjudicó su construcción a Tomás Lautre, de la empresa Canterías Pamplona, y su coste fue de unas 275.000 pesetas. Se inauguró en la Nochebuena de aquel mismo año. La taza central de la fuente tiene un diámetro de 5 metros, mientras que el del estanque circular que la rodea mide 19 metros.

Casi simultáneamente tuvo lugar la instalación de otra fuente monumental, de aspecto y características muy similares, que todavía existe, en el centro de la plaza de las Merindades, que en aquella época estaba dedicada al general Mola. **PREGON**



Monumental baldaquino erigido en medio de la plaza con ocasión del Congreso Eucarístico del año 1946 (foto Julio Cía. Archivo Municipal).

EL CINEMA PRÍNCIPE DE VIANA (1940 - 2005)

Alberto CAÑADA ZARRANZ

UN NUEVO CINE

En el año 1938, la empresa Erroz y San Martín ostenta el monopolio de la exhibición cinematográfica en Pamplona. Regenta el Teatro Gayarre, el coliseo Olimpia y el cine Novedades. A pesar de las dificultades obvias para que un negocio prospere en medio de una guerra, esta empresa constructora apuesta por el sector cinematográfico y adquiere un solar del Ensanche para levantar un local destinado a la proyección de películas.

La noticia de esta adquisición pronto fue de dominio público y el proyecto de construcción de un nuevo cine se acogía de buen grado, pues los locales de la ciudad no daban abasto para absorber la demanda de películas: «aunque parezca extraño los [cines] que hay son insuficientes. Ahí está lo que ocurrió anteayer domingo, que se quedó mucha gente, pero mucha gente, sin espectáculo porque el teatro y los dos cines, así como el frontón, se llenaron de bote en bote por la noche» (Diario de Navarra, 15-11-1938). Quizá fuera esto un poco exagerado, ya que esta plenitud en los aforos se lograba en contadas ocasiones, pues la afluencia de público disminuyó considerablemente en los años de la guerra.

Durante el año 1939 se desarrollaron a buen ritmo las obras de edificación del nuevo cine, que durante varias décadas sería la referencia o el modelo del resto de salones de la ciudad. Fue el local favorito de los pamploneses durante los años 40, 50 y parte de los 60. Inaugurado el 29 de junio de 1940, tras sucesivas reformas alcanzó el siglo XXI conservando su fachada, su nombre y su esencia como cinematógrafo, hasta que finalmente, cediendo antes sus principales enemigos –la crisis del cine y el negocio inmobiliario– sucumbió en una noche de julio de 2005. En su lugar hoy se levanta un edificio de viviendas. Hasta el día de su derribo en 2005, en la fachada se podía leer CINEMA PRINCIPE DE VIANA y, sobre un frontis, la fecha de su inauguración en números romanos: MCMXL.

EQUIPAMIENTO DEL CINE

El nuevo cinematógrafo, proyectado por José Yárnoz, disponía de 1.293 butacas repartidas entre la sala (650), la primera planta de palcos (360), donde se situaba una zona de butacas opuestas a la pantalla (213 butacas) y unas plateas en los costados de la sala (con 48 sillas tapizadas), y por encima un piso de gallinero o anfiteatro, pero con asientos (36 tapizadas y 247 de madera), nada de bancos corridos que



Exterior del cine Príncipe de Viana (Fotografía Galle)



Vista del interior del cine (Fotografía Galle).

desmerecían la categoría del local. Los palcos 1 y 3 estaban a disposición del Ayuntamiento (alcalde, concejales y secretario). La pintura era verde suave –casi como la que se mantuvo hasta el derribo–, con cortinas en rojo y guta-percha malva para las butacas. En la sala destacaban a ambos lados de la pantalla dos grandes pinturas murales, en formato vertical, realizadas por Eduardo Santonja Rosales, que representaban sendas escenas de los tiempos del Príncipe de Viana (una boda y una cacería). En 2017, el Ayuntamiento recuperó estos lienzos de sus almacenes, donde habían sido depositados tras su cesión por parte de SAIDE, y cuelgan desde el mes de noviembre de aquel año de las paredes del Palacio Condestable de la calle Mayor de Pamplona. El escudo de este noble presidía la cornisa frontal de la sala. Todo ello se mantuvo reforma tras reforma hasta el final. El acceso a las localidades se hacía a través de innumerables y laberínticos pasillos y escaleras. En la parte opuesta a la entrada, una sala parecida a la cripta de un palacio, forrada de espejos y columnas de negro mármol, ofrecían un desahogo a la angostura del recibidor; allí se ubicó en un principio el bar del cine, que acabó relegado a un rincón bajo las escaleras principales de acceso a los palcos. Grandes copas de mármol de cuyo corazón surgía un foco de luz daban una iluminación versallesca al interior del local.

El nuevo cine tenía acceso por la calle García Castañón y por la calle Estella (junto al n.º 4), donde un largo pasillo se empleaba como salida de espectadores escoltada por pequeños escaparates comerciales. La empresa de exhibición tuvo durante muchos años sus oficinas en esta zona del local.

La dotación del material de cabina, estaba compuesta por dos cronos Simplex, dos linternas Peerles Magnarc, un proyector de vistas fijas Dialux, dos cabezas sonoras RCA Photophone y un amplificador doble RCA Victor Photophone. La pantalla, de la casa Westone, era casi cuadrada, de 4,50 x 4 metros; años más tarde se sustituiría por otra más ancha para permitir las proyecciones en Cinemascope. Como era costumbre en todos estos años –hasta la reforma de 1982–, el telón que ocultaba la pantalla se abría para comenzar la sesión, operación que casi siempre provocaba un murmullo general en la sala y preparaba a los espectadores para el espectáculo que se avecinaba; primero los anuncios fijos (placas de cristal), generalmente de comercios locales, luego las películas publicitarias, el NO-DO, algún tráiler y por fin, la película. Previamente, el público había tenido ocasión de escuchar, a través de los altavoces de la sala, la música que se pinchaba en el tocadiscos de la cabina, generalmente de género clásico.

LA INAUGURACIÓN Y LOS PRIMEROS AÑOS

Este equipamiento se estrena el viernes 28 de junio de 1940 en una sesión privada para la prensa y autoridades. Al día siguiente da comienzo la vida pública de este local con la programación en funciones de 19:15 y 22:30 de tres películas. Por una parte, el Noticiero Actualidades UFA n.º 458, un corto documental filmado por el navarro Miguel Mezquíriz Fiestas de San Fermín en Pamplona, y el largometraje Mentirosilla (Mad About Music, Norman Taurog, 1938), protagonizada por Deanna Durbin y Herbert Marshall. Se trataba de un drama musical que obtuvo cuatro candidaturas al Oscar, cuyo título aludía a los embustes que contaba una niña interna en Suiza para no desenmascarar a sus padres, una actriz de éxito en los EEUU y un progenitor desconocido.



Aspecto del hall interior del cine.(Fotografía Galle)



Sala grande tras la reforma de 1982. Las pinturas de E. Santonja flanqueando la pantalla.

La inauguración de este cine se acoge con entusiasmo y las expectativas se superan con creces en cuanto los pamploneses conocen su interior. Los elogios son unánimes y hacen justicia a un salón de cine de la capital navarra; nuevo, espacioso, con dos plantas superiores y ricamente engalanado, satisface plenamente las demandas de los aficionados. Inmediatamente se convierte el cine preferido de los pamploneses.

Desde el comienzo el nuevo cinematógrafo quiso dar imagen de selecto, aunque sus baratas localidades en la planta superior facilitaban el acceso a los que disponían de menos recursos. En 1958, una butaca de sala se adquiría por 10 pts. (0,06 €) y una de General, por 5 pts. (0,03 €).

Tener localidades diferenciadas fue un riesgo compartido con el Gayarre o el Olimpia, donde el público más alborotador se ubicaba en el significativamente lugar conocido como «gallinero», un lugar desde el que el cine se veía de otra manera «distinta, apasionada, con gritos, aplausos y abucheos; con un calor tan cercano y un olor tan solidario» (J. M. Iriberry, en el artículo «A vista de gallinero», Diario de Navarra, 4 de agosto de 2005). Los incidentes los sofocaban regularmente los serios acomodadores (algunos con formación militar), pero en alguna ocasión tuvo que intervenir la policía.

La programación del "Príncipe" (como se le empezó a conocer) fue más cuidada y no se programaban sesiones continuas o programas dobles, que resultaban más propias de estable-

cimientos de menor categoría. Fruto de esta selecta programación, en este local se estrenaron en sus primera décadas de vida películas como Blancanieves y los siete enanitos (Walt Disney, 1938) [noviembre, 1940], Ninotchka (Ernst Lubitsch, 1939) [noviembre, 1941], ¡Qué verde era mi valle! (John Ford, 1941) [noviembre, 1945], Casablanca (Michael Curtiz, 1942) [febrero, 1947], Locura de amor (Juan de Orduña, 1948) [octubre, 1948], Ladrón de bicicletas (Vittorio De Sica, 1948) [octubre, 1950], El halcón y la flecha (Jacques Tourneur, 1950) [enero, 1951], Un día en Nueva York (Stanley Donen, 1949) [abril, 1951], Eva al desnudo (J. L. Mankiewicz, 1950) [febrero, 1952], Un americano en París (Vincente Minnelli, 1951) [enero, 1953], Cantando bajo la lluvia (S. Donen y G. Kelly, 1952) [junio, 1953], Niágara (Henry Hathaway, 1953) [octubre, 1953], Crimen perfecto (Alfred Hitchcock, 1954) [abril, 1954], Esa pareja feliz (Luis García Berlanga y J. A. Bardem, 1951) [abril, 1954], Los caballeros las prefieren rubias (Howard Hawks, 1953) [diciembre, 1955], El séptimo sello (Ingmar Bergman, 1956) [mayo, 1961], Esplendor en la hierba (Elia Kazan, 1961) [enero, 1963], Agente 007 contra el Dr. No (Terence Young, 1962) [octubre, 1963], El verdugo (Luis García Berlanga, 1963) [junio, 1964] o El gran combate (John Ford, 1964) [enero y noviembre de 1966].

REFORMAS DEL CINE

Entre abril y julio de 1966 se acometieron una serie de reformas en el cine especialmente dirigidas a conseguir mayor espectacularidad a

las proyecciones. Se hacen las adaptaciones necesarias para conseguir proyectar filmes de 70 mm. y eso se notó en la programación inmediata, que no dejó de ser sorprendente, encadenando varios títulos de primera fila como My Fair Lady (George Cukor, 1964) [película en 70 mm con la que se abre el cine renovado, el 6 de julio], Lord Jim (Richard Brooks, 1965) [copia en 70 mm, agosto, 1966 y mayo, 1967], Primera victoria (Otto Preminger, 1965) [en 70 mm, agosto-septiembre, 1966], El tormento y el éxtasis (Carol Reed, 1965) [en 70 mm, septiembre, 1966], El Cid (Anthony Mann, 1961) [en 70 mm, septiembre-octubre, 1966], 55 días en Pekín (Nicholas Ray, 1963) [octubre, 1966], West Side Story (Robert Wise, 1961) [octubre, 1966], etc.

En la pantalla del Príncipe de Viana se contemplaron filmes de éxito como El mundo está loco, loco, loco (Stanley Kramer, 1963) [febrero, 1967], Sonrisas y lágrimas (Robert Wise, 1965) [abril, 1967], La jauría humana (Arthur Penn, 1966) [abril-mayo, 1967 y junio, 1968], ¿Arde París? (René Clement, 1966) [junio, 1967], Lawrence de Arabia (David Lean, 1962) [octubre, 1967], Doctor Zhivago (David Lean, 1965) [noviembre, 1967 y junio, 1971], La Biblia (John Huston, 1966) [diciembre, 1967], El señor doctor (Miguel M. Delgado, 1965) [febrero, 1968], protagonizada por Mario Moreno Cantinflas y una de las películas que consiguió estar cuatro semanas seguidas en este cine, algo prácticamente insólito hasta la fecha. El Príncipe de Viana era más bien un local de estreno que servía de escaparate para estrenar películas que luego circulaban por otros locales de la SAIDE.

Más películas para el recuerdo: 2001, una odisea en el espacio (Stanley Kubrick, 1968) [enero, 1969 en 70 mm y julio, 1971], Adivina quién viene esta noche (Stanley Kramer, 1967) [marzo, 1969], Chitty Chitty Bang Bang (Ken Hughes, 1968) [diciembre, 1969], Grupo salvaje (Sam Peckinpah, 1969) [agosto, 1970 y noviembre, 1971], Besos robados (François Truffaut, 1968) [abril, 1971], Bonnie & Clyde (Arthur Penn, 1967) [junio-julio, 1971], Diamantes para la eternidad (Guy Hamilton, 1971) [julio, 1972], ¿Qué me pasa doctor? (Peter Bogdanovich, 1972) [noviembre-diciembre, 1972], La huella (Joseph Leo Mankiewicz, 1972) [diciembre, 1973], Cabaret (Bob Fosse, 1972) [abril-mayo, 1974 y marzo, 1978], Serpico (Sidney Lumet, 1973) [octubre, 1975], MASH (Robert Altman, 1970) [marzo, 1977], Asignatura pendiente (José Luis Garci, 1977) [septiembre, 1977], Malas calles (Martin Scorsese, 1973) [diciembre, 1977], Arriba Hazaña (José M.º Gutiérrez Santos, 1978) [septiembre-octubre, 1978], Jesús de Nazaret (Franco Zeffirelli, 1977) [diciembre, 1978-enero, 1979], Blade Runner (Ridley Scott, 1982) [febrero 1983], Gandhi (Richard Attenborough, 1982) [abril 1983], Paris, Texas (Wim Wenders, 1984) [enero 1985], Terminator (James Cameron, 1984) [febrero 1985], Memorias de África (S. Pollack, 1985) [abril 1986], Pretty Woman (Garry Marshall, 1990) [octubre 1990], El silencio de los corderos (J. Demme, 1991) [septiembre 1991], La edad de la inocencia (M. Scorsese, 1993) [febrero 1994], etcétera, títulos que dejaron huella a su paso por el Príncipe de Viana.



La sala grande tras la última reforma del año 2000.



Sala pequeña tras la conversión en multisalas (1982 (Fotografía ACZ).

EVENTOS DESTACADOS

El Príncipe de Viana fue el primero que programó sesiones de cine durante la Semana Santa. Durante los años cuarenta y cincuenta, el Jueves, el Viernes y el Sábado Santo (a veces también el Miércoles), los cines suspendían sus funciones (por Orden Ministerial) para que los feligreses dedicaran su tiempo a asistir a los actos religiosos y además no hubiera ocasión para la «distracción». Solamente se permitía la proyección de filmes autorizados. A comienzos de los años sesenta, el Príncipe ya anuncia filmes como *Las rosas del milagro* (Julián Soler, 1960), película que abordaba desde la fe y el fervor el asunto de las apariciones de la virgen de Guadalupe en México [26/3/1964, Jueves Santo], o *El Evangelio según san Mateo* (Pier Paolo Pasolini, 1964) [15 de abril de 1965, Jueves Santo]. En febrero de 1978, cuando se comenzaba a legislar para eliminar las prohibiciones en lo que respecta a programación de películas, la Dirección General de Cinematografía recordaba que en Semana Santa solamente se podían exhibir películas toleradas, es decir, aquellas que pueden ser visionadas por toda clase de públicos. Sin embargo, había quien pensaba que la Ley se podía reinterpretar y que se podían proyectar todas las películas, incluidas las de mayores 18, excepto las clasificadas «S». El Viernes Santo de aquel año, 24 de marzo de 1978, en el Príncipe de Viana se pudo ver *Los gitanos se van al cielo* (E. Lotianou, 1976), cuya clasificación era «Mayores 18 o mayores de 14 acompañados». Los tiempos empezaban a cambiar.

El 18 de abril de 1959 tuvo lugar en el Príncipe de Viana la clausura de la II Semana del Cine organizada por el Cine Club Lux de las Congregaciones Marianas. El padre Staehlin S.J., experto en cine, dio una charla titulada «El cine factor social» y posteriormente presentó la película *La strada* (Federico Fellini, 1954), que contempló un cine abarrotado.

En octubre de 1964 se organizaron por primera vez en Pamplona, y en el cine Príncipe de Viana, las proyecciones del Festival Internacional del Film publicitario, que entonces celebraba su X edición. La Muestra la organizaba Movierecord s. A. y Estudios Moro, en colaboración con la Agencia publicitaria que gestionaba los anuncios de las salas de SAIDE (Elsó Publicidad). Esta primera sesión tuvo lugar el domingo 18 de octubre a las 11:00 y se proyectaron los filmes ganadores del Festival celebrado en Cannes. Previamente se pasaron varios documentales de encierros de San Fermín de diversos años. La sala estaba totalmente llena. En años siguientes, ya hasta final de siglo, se sucedieron estas sesiones de cine publicitario que se pudieron ver también en el Carlos III, en el Rex (febrero 1979) o en el salón de los PP Escolapios (marzo 1980).

El cine Príncipe de Viana fue sede de las proyecciones cinematográficas que se organizaron en el ámbito de los Encuentros de 1972. Impulsados por el mecenas Félix Huarte y su hijo Juan, patrocinados por el Ayuntamiento de Pamplona y la Diputación Foral, y organizados por el grupo Alea (con Luis de Pablo y José Luis Alexandre como cabezas visibles), se celebra-

ron entre el 26 de junio y el 3 de julio de 1972 y tuvieron a la ciudad en vilo debido a las llamativas, innovadoras y vanguardistas representaciones artísticas de diverso carácter tanto en recintos abiertos (la calle incluida) como cerrados. En el cine de la calle García Castañón se proyectaron, en sesiones matinales casi todos los días (11:00), películas de George Meilès, Dziga Vertov (*Enthousiasme*, 1930), J. L. Godard (*Tous les garçons s'appellent Patrick*, 1957), Cine experimental (*Sheet* [Ian Breakwell, 1970], *Firebird* [Peter Stampfli, 1969], *Tartaruga* [1968]) y *Concierto de Karl H. Hodicke*, Cine experimental de Dennis Oppenheim (*Rocked Stomach*, 1970; *Fusion*; *Tooth & Nail*, 1971; *Back Track*, 1970; *Extended Armour*, 1970; *Gingerbread Man*, 1970; *Nail Sharpening*, 1970 y *Towards Becoming a Devil*, 1970) y *La celosía* (Isidoro Valcárcel Medina, 1972), ...ere erera baleibu izik subua aruaren (José Antonio Sistiaga, 1968-1970), etcétera.

El Príncipe tampoco fue ajeno a la oleada de cine erótico que invadió las pantallas a partir de 1975. Aunque siguió siendo un cine con programación más «decente», no eludió la proyección de títulos como *Perversión* (Francisco Lara Polop, 1974) [enero, 1975], *Joven y bella deshonrada con honor* (Sergio Martino, 1973) [marzo, 1976], *El vicio y la virtud* (Roger Vadim, 1963) [agosto, 1976], *Dios mío, cómo he caído tan bajo* (Luigi Comencini, 1974) [septiembre-octubre, 1976], *Erase una vez un trasero* (Georges Lautner, 1976) [julio-agosto, 1977], *El eroticón* (Jim Clark, 1970) [junio, 1978], *Los pecados de la casta Susana* (Franz Antel, 1969) [agosto, 1978], *El ginecólogo de la Mutua* (Joe D'Amato, 1976) [junio, 1979] o *La doctora arma el lío* (Nando Cicero, 1977) [febrero, 1980].

A finales de los años setenta, a pesar del respiro que para la taquilla supone el estreno tanto de filmes prohibidos por la censura en los últimos cuarenta años, como la invasión del sugerente cine erótico, la asistencia al cine se va encogiendo y cuesta cada vez más ver las salas llenas. Claro que los locales de la SAIDE en funcionamiento en ese momento tienen un mínimo de quinientas butacas. Conseguir una entrada media relevante es muy difícil en estos casos; el patio de butacas está claramente desaprovechado. Es algo que no solo sucede en Pamplona, sino que ya se viene padeciendo en otros lugares de España y del resto del mundo. La solución aplicada para aprovechar estos grandes locales es, generalmente, ejecutar una reforma importante que convierta una gran sala en varias de tamaño más reducido. Las principales ventajas estriban en que los gastos de personal son los mismos y hay más oferta de títulos para el espectador. Esta fórmula, que primero se aplicará al cine Olite (1980), se proyectará inmediatamente para el Príncipe de Viana. Aprobado el proyecto, entre el 18 de julio y el 12 de noviembre de 1982 se cerró el cine para acometer las obras que lo dejarían transformado en un multicine de tres salas. La sala grande, en la parte superior, conservó la decoración original. Se eliminaron las localidades superiores (palcos y anfiteatro) y el aforo

quedó en 498 butacas. En la parte inferior, al nivel de la calle, dos salas gemelas con 203 localidades. La fachada permaneció intacta, a excepción del rótulo de neón que se colocó sobre la marquesina. Pasados casi veinte años, en 2000, una nueva reordenación del cine acomete un cambio total de decoración. La sala grande se queda con un aforo algo más reducido (410), una de las salas de abajo se queda con 180 butacas, y se habilita una nueva de 75 asientos; todo ello para ganar en confort. En el espacio que ocupaba la sala más cercana a la calle se habilitó un local que fue arrendado a un establecimiento de restauración (*La Plata*). Sin embargo, poco duró este último intento de salvar el cine. En 2004, la SAIDE consulta al Ayuntamiento sobre la posibilidad de ocupar el edificio del cine por otro de viviendas; la respuesta positiva acelera las decisiones y en julio de 2005 (el día 14) el Príncipe de Viana proyecta sus últimos metros de película. Las tres películas proyectadas este día fueron *La casa de cera* (Jaume Collet-Serra, 2005), *Valiant* (Gary Chapman, 2005) y *Batman Begins* (Christopher Nolan, 2005). Al día siguiente comenzará el desmontaje y vaciado para dejar vía libre a las máquinas de derribo. Fin para el cinema de más glamour que ha tenido Pamplona.

PRE
GON

El autor es doctor en Ciencias de la Información, director de programación de la Filmoteca Navarra y autor del libro "Los cines de Pamplona (1940-1980)".



Derribo del cine en octubre de 2005 (Fotografía ACZ).

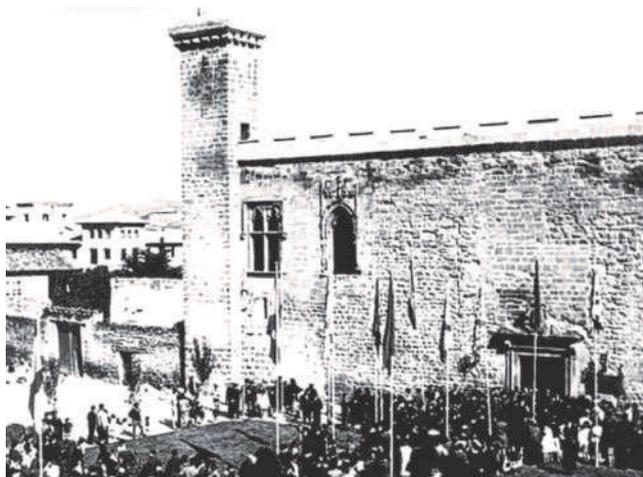
EL PARADOR PRÍNCIPE DE VIANA

Íñigo MURUZÁBAL OSCOZ

muruzabal725@gmail.com &

José M^a MURUZÁBAL DEL SOLAR

jmmuruza@gmail.com



Fotografía de la inauguración del Parador, el 17 octubre de 1966.

INTRODUCCIÓN

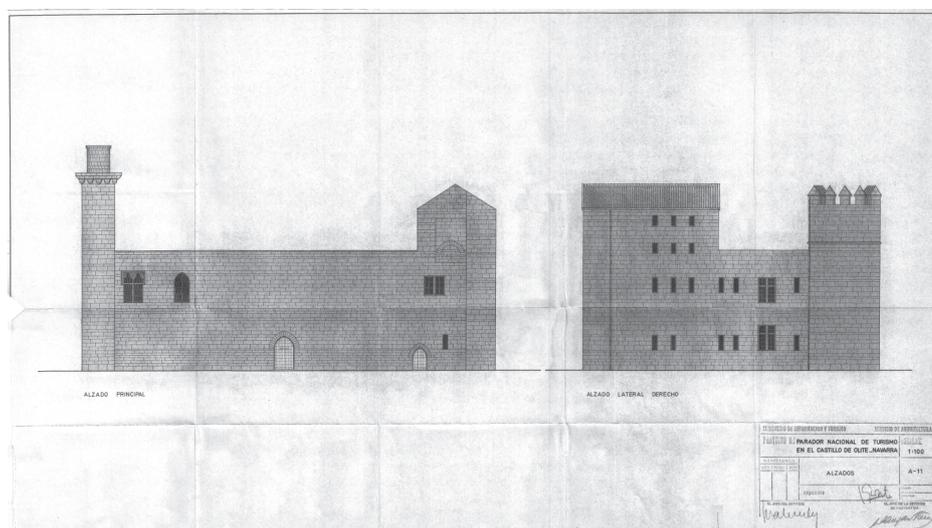
El Palacio de los Teobaldos, también conocido como el Palacio Viejo, es un antiguo edificio utilizado desde 1966 como el Parador de Olite, correspondiendo al edificio antiguo dentro del conjunto conocido antaño como los *Palacios Reales de Olite*. El Palacio Nuevo se correspondería al Palacio Real de Olite propiamente dicho y objeto de visitas hoy día, el cual fue construido en el siglo XV por Carlos III el Noble. Entre ambos conjuntos llegó a existir un tercero conocido como el Palacio de la Reina o del Merino, convertido luego en granero, y hacia 1361 hay constancia de obras en otro más, el del infante don Luis siendo ahora mismo todo ello un solar entre ambas construcciones.

Planos del proyecto de rehabilitación para Parador de turismo, del arquitecto Ignacio Gárate.

La construcción sufrirá, como el resto del conjunto de Olite, los avatares de la Guerra de la Independencia cuando Espoz y Mina decide, por cuestiones tácticas y estratégicas, su destrucción junto al de Tafalla. Durante el resto del siglo XIX sufre expolios y saqueos como ya denuncia Juan Iturralde y Suit, en su exhaustivo estudio plasmado en la *Memoria sobre las ruinas del Palacio Real de Olite* de 1870 presentada a la Comisión Nacional de Monumentos Históricos y Artísticos, apremiando a su restauración. Se tardará más de 50 años en atender su demanda. Mientras la Diputación Foral de Navarra compra en 1913 las ruinas del monumento y en 1923 convoca un concurso para encomendar los proyectos de restauración que ganaron los arquitectos Javier y José Yarnoz. Poco después, por la Real Orden de 17 de enero de 1925, se declara *Monumento Histórico-Artístico*, publicándose en la Gaceta de Madrid del 22 de enero de 1925.

HISTORIA

El Palacio Viejo presenta una planta rectangular reforzada por torres en las cuatro esquinas. Se ha identificado con el *praetorium*⁸ o centro de acuartelamiento, punto fuerte de todo el sistema defensivo. En su construcción se ha empleado la denominada técnica del *almohadi-*





Fachada del Parador de Turismo Príncipe de Viana de Olite en la actualidad.

llado. Así, en las torres y muros se presentan en sus cimientos evidencias de su origen en la época romana, más concretamente, del siglo I d. C. Sería, pues, un edificio contemporáneo al recinto amurallado que envuelve el núcleo primitivo de Olite.

Estaba asentado sobre un terreno escarpado, junto al río Cidacos, en una ubicación privilegiada, dominando visualmente la llanura olitense, cuyo interés estratégico se basaría más en ser un punto de cruce de calzadas romanas, en concreto, la que vendría de *Cara* hacia *Pompelo* y una perpendicular procedente de *Ilumberri* a Santa Criz y en dirección hacia *Cascantum* y *Calagurris*. Este asentamiento romano se aprovecharía en época visigoda

cuando se recoge con la mención de Isidoro, obispo de Sevilla la fundación de Olite durante el reinado de Suintila.

Sancho el Fuerte había construido un primer palacio que sería mejorado por sus sucesores, los condes de Champaña. Será a mitades del siglo XIII cuando se haga la primera mención documental actualmente conocida. Hay constancia de que Teobaldo I y, especialmente, Teobaldo II pasaron varias estancias en él. Aquí radica su denominación de *Palacio de los Teobaldos*. Durante el siglo XIV también son mencionadas con frecuencia estancias de Felipe III, Juana II y Carlos II, quienes se dedicaron a acondicionarlo. En ausencia de los monarcas fue residencia de senescales, gobernadores y lugartenientes que regían Navarra como Clemente de Launay, Hugo de Conflans, Alfonso de Rovray, Pedro Ramón de Robastens o el infante Luis de Beaumont, hermano de Carlos II.

El mismo Carlos III, durante diez años, antes de emprender las obras del Palacio Nuevo, arregla y reacondiciona las dependencias de este palacio, adquiere en 1388 las primeras casas para descongestionar y ampliar el antiguo palacio, además de iniciar en 1399 las obras del palacio de la reina, la ampliación de los jardines y otras mejoras. La disposición interior actual es totalmente nueva, aunque hay documentos medievales que hablan de la distribución original: un patio central, rectangular, con graneros, caba-



Puerta principal de acceso.



Vista interior del Parador.

llerizas y despensa. Había una gran torre central, o *Torre de los Milagros*, derribada en 1414. Adyacente a la torre de igual nombre estaría la *Capilla de San Jorge*.

En la fachada principal actual aún se observan dos grandes ventanas góticas construidas en 1414 para la llamada *Cámara Larga* y realizadas por los ayudantes de Jehan Lome. También junto a la fachada principal estaba en una planta inferior la gran *sala de la Cort* o tribunal del Rey.

Hay constancia de que los reyes Catalina de Foix y Juan de Labrit realizaron también reformas importantes en el edificio. En 1556 se les da

a los Marqueses de Cortes 50.000 maravedís anuales para hacer las reparaciones necesarias. Pero será de 1579 a 1589 cuando se realicen transformaciones importantes. La nueva puerta principal, único testimonio de ello, fue realizada en 1584 por el virrey de Navarra, el marqués de Almazán. La antigua puerta principal parece que estaba debajo de los ventanales.

Así, pues, durante los siglos XVI, XVII y XVIII se conocen numerosas reparaciones más así como el progresivo desmantelamiento de los tejados con la retirada de plomo. Durante el reinado de Felipe II, 1584, se construyó la puerta que hoy da acceso al Parador. Tiene portada manierista de piedra con dintel coronado por un blasón muy deteriorado. En el dintel se lee la siguiente leyenda:

"REINANDO EN LAS ESPAÑAS Y NUEVO M(UNDO E)JL CATHOLICO REX DON PHELIPPE NUESTRO SEÑOR, EL EXCMO. SR MARQUES DE ALMA(ZAN) DE SU CONSEJO DE ESTADO, SU BISSO REY Y CAPPITAN GENERAL, MANDO (REED)IFICAR Y CON NUEVAS OBRAS REPARAR ESTA CASA REAL, MDLXXXIII".

Incluso en el siglo XVIII se propone la enajenación con vistas a recaudar fondos. Durante la Guerra de la Convención, en 1794, hay noticia del primer incendio, de carácter leve, en la Torre de la Prisión, pero, con todo, aún en 1802, aunque precariamente, se conserva la mayor parte de las dependencias.



Ventanales góticos en la fachada del Parador.



Fotografía de Arxiu Mas con las vistas del Palacio Viejo (Comisión de Monumentos históricos y artísticos de Navarra, 1916) - AGN.



Vista parcial del Palacio Viejo de Olite (1930), por José Belzunce González (AGN)

En 1813, con la Guerra de la Independencia la suerte de los dos palacios fue unida a la determinación del general Espoz y Mina de no dar cuartel al ejército napoleónico, o en palabras suyas, «a fin de tener expedita la carretera desde Pamplona a Tudela y obviar que el enemigo pueda alojarse». Fueron, pues, los avatares de esa guerra la que consumió bajo las llamas esta edificación cuyos restos a lo largo del siglo XIX sufrirán una degradación continua. En reiteradas ocasiones, sin éxito, tratara el ayuntamiento de Olite de hacerse con la propiedad. En fechas similares, de forma paralela, la Comisión de Monumentos Históricas y Artísticas en Navarra empieza a mostrar especial interés en el asunto y trata de impedir el cumplimiento del ayuntamiento de construir casas y escuelas en la parte habitable de las ruinas y en 1870 solicita la declaración de monumento nacional a la Academia de San Fernando.

EL PARADOR DE TURISMO

En los primeros días de 1963, visitó Navarra el Director General de Fomento del Turismo. En su visita manifestó la posibilidad de construir un Parador Nacional en las ruinas del Palacio viejo de Olite. La Diputación recaba la opinión de la Institución Príncipe de Viana, que estudia con mucho interés la propuesta. Visto el informe favorable de la Institución Príncipe de Viana, la Diputación Foral, en sesión de 8 de marzo de 1963, acordó expresar al Ministerio de Información y Turismo su conformidad a la posibilidad de construir y explotar un Parador Nacional de Turismo en los restos del Palacio viejo. La



Fotografía de Arxiu Mas, vista del Palacio Viejo (Comisión de Monumentos históricos y artísticos de Navarra, 1916) - AGN.

Diputación Foral, por acuerdo de 23 de octubre de 1964, aprueba el proyecto de Parador, redactado por el arquitecto Ignacio Gárate Rojas, presentado por la Dirección General de Turismo, del Ministerio de Información y Turismo. Las obras se adjudicarán en diciembre de 1964. El 17 de octubre de 1966 se inaugura el Parador Nacional de Turismo del Príncipe de Viana.

Se reconstruyó el patio partiendo sólo de cimentaciones y, gracias a la documentación, se pudieron reconstruir los ventanales góticos de la fachada. El resultado final fue un pequeño parador de 800 metros de planta, con apenas 14 habitaciones y zonas comunes. Debido a su insuficiente tamaño se creó un anexo diferenciado para las habitaciones unido por una loggia en un estilo similar al conjunto palaciego.

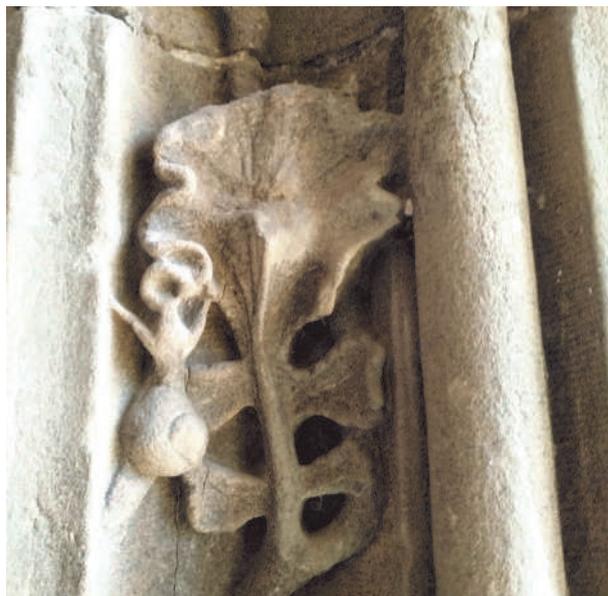
Desde 1966 forma parte de la red de Paradores de Turismo. La web de Paradores españoles dice de él, "Uno de los conjuntos gótico-civiles más bellos de Europa se encuentra en Olite. Allí estuvo el palacio de los reyes de Navarra cuya parte más antigua se ha habilitado como parador. Su caprichoso y anárquico perfil lleno de recovecos, torres, almenas, galerías y jardines es una pura evocación de la Edad Media".

Olite es famosa por su perfil caprichoso e irregular. Sólo en el palacio que hoy es parador hay tres torres distintas. En la esquina nororiental, la torre de la prisión, almenada y antigua sala de armas de la guardia; en la esquina suroriental, la torre de San Jorge, también almenada y

donde Sancho el Fuerte construyó una pequeña capilla. En la fachada principal se levanta la más alta torre, la de las cigüeñas, antigua atalaya, de planta cuadrada y rematada por una pequeña torre circular.

Entre sus muros de piedra se esconden rincones que contribuyen a realzar la atmósfera medieval. Vidrieras, arcadas y otros elementos propios del medioevo se conservan en el interior y en la fachada del palacio-castillo. Las columnas y arcadas de ladrillo del comedor resultan ser un excelente escaparate de productos autóctonos como espárragos de Navarra, los pimientos de piquillo, el cordero al chilindrón o el bacalao ajoarriero, comida tradicional que se puede degustar en un excelente restaurante adjunto. El acogedor confort resulta incomparable para degustar en sus salones los platos de su amplia carta, las reuniones de trabajo o las celebraciones familiares.

El parador permitirá al turista realizar un recorrido sosegado por las estrechas callejuelas de Olite, pasear al abrigo de nobles casonas de piedra con escudos de armas, galerías medievales y espléndidas iglesias. La visita al Palacio Real, residencia predilecta de Carlos III el Noble, ubicado junto al Parador, y monumento más visitado de Navarra, es imprescindible. El clima convierte a la localidad en un paraíso idóneo para la vid y el buen vino, por lo que aquí se podrá visitar bodegas y degustar exquisitos caldos. Además, cada mes de agosto se celebran en la villa las Fiestas Medievales, en las que reyes y princesas, magos y juglares, halconeros y arqueros hacen regresar a la ciudad a la Edad Media. Visitar Olite, y alojarse en este parador, es un auténtico privilegio. **PRE GON**



*¡Los caracoles suben a la parra...!
Parador Príncipe de Viana en Olite.
(Fotografía de Javier I. Igal)*

OLITE Y EL VI CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE CARLOS

Francisco Javier CORCÍN ORTIGOSA

javiercorcinortigosa@gmail.com

Damos cuenta, a continuación, de los actos que se han desarrollado en la ciudad de Olite, a lo largo del año 2021, dentro de la conmemoración del VI Centenario del Nacimiento de Carlos de Evreux, Príncipe de Viana. Todas esas actividades han sido desarrolladas por el ayuntamiento de la ciudad, por el Colegio Príncipe de Viana de Olite y por la Comisión de Medievales de Olite.

AYUNTAMIENTO OLITE / ERIBERRIKO UDALA 600 Aniversario del Príncipe de Viana

Viernes 28 mayo

17:00 h. Placeta. Instalación del mercado
19:30 h. Casa de Cultura, documental de RTVE "Paisaje con figuras" de Antonio Gala

Sábado 29 mayo

18:00 h. Placeta. Pregón del heraldo real. Desfile de cortejo. Apertura del Mercado.
19:30 h. Casa de Cultura. Conferencia del historiador Mikel Zuza sobre el Príncipe Carlos.
21:00 h. Plaza Carlos III. Inauguración de la muestra "El Príncipe al cubo"

ᄀᄀᄀᄀᄀᄀᄀ

COLEGIO PRÍNCIPE DE VIANA DE OLITE Ayuntamiento de Olite / Eriberriko Udala

Proyecto de trabajo educativo "Ayudando al Príncipe de Viana" por los alumnos/as de 3º curso. Tutoras Miriam Marco y Rebeca Guerra.

Miércoles 14 abril

- Visita al Parador Príncipe de Viana.
- Charla sobre el Príncipe de Viana en el salón del cuadro del príncipe preso por su padre. Visita a la torre de la Prisión. Entrega de diplomas por Virginia Rull, directora del Parador, nombrándoles caballeros, con el compromiso de difundir la historia del Príncipe.

Miércoles 21 abril

Charla en el salón de actos del Colegio sobre el Príncipe de Viana y Olite.

Viernes 28 mayo

10:00 h. Salón de actos del Colegio Príncipe de Viana. Presentación códigos QR con la biografía del Príncipe, elaborados por los alumnos de 3º Primaria.

Jueves 9 diciembre

10:30 h. Colegio Público Príncipe de Viana: Acto de inauguración de la placa con los códigos QR del proyecto educativo "Ayudando al Príncipe de Viana"

ᄀᄀᄀᄀᄀᄀᄀ



Miniatura del Príncipe de Viana - Valentin Cardedera - mediados siglo XIX.

ASOCIACIÓN FOTOGRÁFICA FOTOBERRI XXVI Rally Fotográfico de Olite-Erriberri

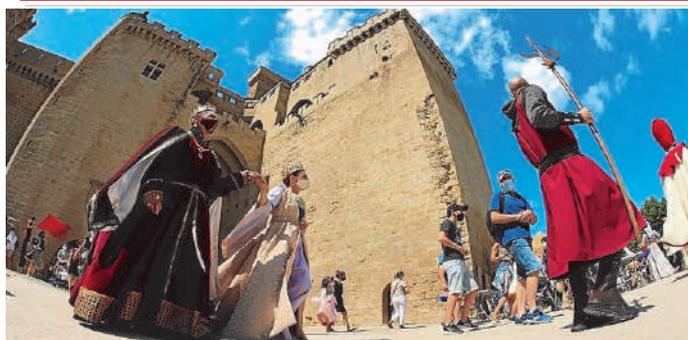
"Carlos IV de Navarra, Príncipe de Viana: el rey que no pudo ser"

30 de mayo: Ganador Raúl López. Burlada

ᄀᄀᄀᄀᄀᄀᄀ

XXVII FIESTAS MEDIEVALES Ayuntamiento de Olite-Erriberri Comisión de Medievales Consorcio de Desarrollo Zona Media Gobierno de Navarra Guiarte Servicios Turísticos

Mercado de antaño—Desfile del cortejo real



El cortejo real paseando por Olite.

Jueves 5 agosto

Parador de Olite "Príncipe de Viana".

19:30 h. Conferencia "Carlos, Príncipe de Viana y Olite", a cargo de Javier Corcín.

Sábado 7 agosto

12:30 h. Palacio Real de Olite. Taller infantil "El dragón del Príncipe".

13:00 h. Visita guiada al retablo de Santa María – El príncipe de Viana y la casa real en la iglesia de Santa María. Por Javier Corcín.

19:30 h. Parador de Olite "Príncipe de Viana". Semblanza literaria del Príncipe de Viana. Homenaje literario y musical a cargo del Grupo de teatro Los Cadalzos de Olite y Ensemble "Paulino Otamendi".

Domingo 8 agosto

19:30 h. Sala del Rey del Palacio Real de Olite. Elegía a Doña Agnes de Cleves. Homenaje poético musical a cargo del Grupo de teatro Los Cadalzos, la soprano Amaia Huarte y Ensemble "Paulino Otamendi".



Cartel de la conmemoración situado en Olite.

PALACIO REAL DE OLITE

13 de agosto al 19 de septiembre

Exposición organizada por el Archivo General de Navarra "Carlos de Viana, 1421-1461", con ilustraciones de Claudia Cañada Echevarne y textos de Eloísa Ramírez Vaquero

ENCUENTRO OLITE – PEÑAFIEL

Sábado 18 de septiembre

19:30 h. Centro Cultural de Peñafiel. Conferencia "Olite: historia, arte y vino", a cargo de Javier Corcín. "Semblanza literaria del Príncipe de Viana" con la participación del grupo de teatro Los Cadalzos, de Olite.

Cartel del encuentro Peñafiel—Olite.

ENCUENTRO PEÑAFIEL - OLITE

CONFERENCIA

"Olite: Historia, arte y vino"
Ponente: D. Javier Corcín

"SEMBLANZA LITERARIA DEL PRÍNCIPE DE VIANA"

Con la participación del grupo de teatro "Los Cadalzos"

18

Septiembre

Sábado 18

19.30h

Auditorio

Centro Cultural

Las invitaciones podrán recogerse en la Biblioteca a partir del lunes 13 de septiembre.

HISTORIA

LAVID

ARTE

EL VINO

Peñafiel celebra el VI centenario del nacimiento del Príncipe de Viana 1421/2021

ACTIVIDADES CONMEMORATIVAS DEL VI CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL PRÍNCIPE DE VIANA EN PEÑAFIEL

Pilar GONZÁLEZ DE LAS HERAS

biblioteca@penafiel.es

La celebración del VI centenario del nacimiento de Carlos de Trastámara y Evreux ha sido, sin duda, el acontecimiento cultural más importante del año. Gracias a las dos exposiciones organizadas por el Ayuntamiento de la localidad: "Peñafiel, cuna de un príncipe" y "Tesoros", y al ciclo de conferencias dedicadas a conocer su figura y su tiempo, hemos descubierto la fascinante vida de un hombre que estaba destinado a ser rey, aunque la fortuna le reservó otro final.

Las actividades comenzaron el 24 de mayo a las 19,30 h., en el auditorio del centro cultural, con la proyección de «Príncipe de Viana», capítulo nº 30 de la serie Paisaje con figuras, dirigida por Mario Camus, con guiones del escritor Antonio Gala para RTVE, y protagonizado por Álex Sila y Julio Núñez, que se emitió el 7 de febrero de 1985.

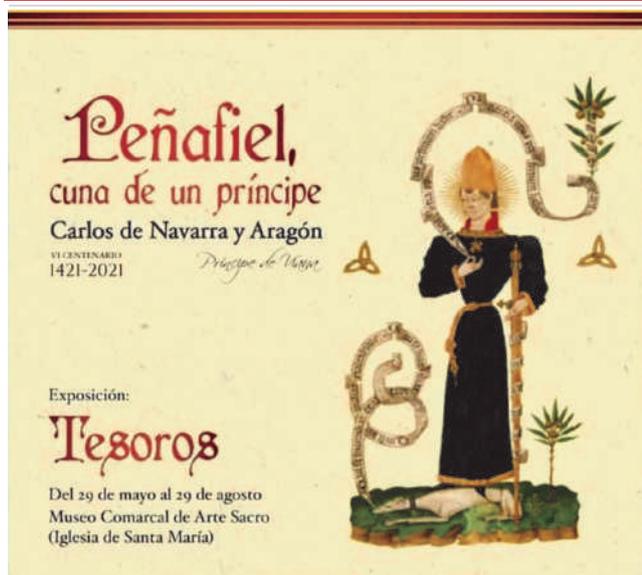
El 25 de mayo, tuvimos la oportunidad de escuchar a D. Juan Ramón Corpas Mauleón, comisario del proyecto del VI Centenario del naci-

miento del Príncipe de Viana en Peñafiel, director (1999- 2011) de la Institución Príncipe de Viana y coordinador del proyecto, que eligió para su presentación el título: "De Peñafiel a Olite (de Castilla a Navarra): La educación de un príncipe"

El Miércoles, 26 de mayo, el escritor D. Santiago Torralba nos descubrió la faceta humanista de Carlos, Príncipe de Viana: "Carlos, Príncipe de Viana: el humanista".



Presentación del programa de actos
(15 de febrero de 2021).



Cartel del VI Centenario del nacimiento del Príncipe de Viana.

La jornada del jueves, 27 de mayo, se dedicó a la hipótesis que une al Príncipe de Viana con Cristóbal Colón, defendida por D. Gabriel Verd Martorell, periodista, investigador y presidente de la Asociación Cultural Cristóbal Colón: "El Príncipe de Viana y la hipótesis colombina".

El broche a esta primera semana de conferencias, lo puso Dña. Eloísa Ramírez Vaquero, catedrática de Historia Medieval en la Universidad Pública de Navarra con su conferencia "Carlos de Aragón, cuna y destino".

El 29 de mayo, coincidiendo con la fecha del nacimiento del Príncipe, se organizaron diferentes actividades:

12.00h, repique y volteo general de campanas; Inauguración institucional de la exposición "TESOROS".



Momento de la inauguración de la Exposición "Tesoros" en el Museo de Peñafiel (29 de mayo de 2021).

18.00h, Concierto de toques tradicionales de campanas.

19.00h, Concierto de Música vocal española de los siglos XV y XVI. Cuarteto vocal Atelier.

El segundo bloque del ciclo de conferencias comenzó el 3 de junio con la siguiente programación:

3 de junio, jueves: "Crónica de los Reyes de Navarra del Príncipe de Viana". Ponente:

Dña. Julia Pavón Benito. Catedrática Historia Medieval, Universidad de Navarra. Decana Facultad de Filosofía y Letras.

8 de junio, martes: "El Peñafiel del Príncipe de Viana". Ponente: D. Jesús de la Villa Polo, comisario del VI Centenario del nacimiento del Príncipe de Viana en Peñafiel, catedrático de la Universidad Autónoma de Madrid, área de conocimiento Filología clásica y director del Museo de Arte Sacro de Peñafiel.

10 de junio, jueves: "La influencia de los grandes linajes: Álvaro de Luna/ Juan Pacheco – Los Beaumont/ Los Peralta". Ponente: Dña. Begoña Pro Uriarte. Periodista y escritora.

17 de junio, jueves: "Príncipe de Viana: origen y pervivencia de un título". Ponente: D. Félix Martínez Llorente. Catedrático de Historia del Derecho y de las Instituciones Españolas, Universidad de Valladolid. Heraldista.

24 de junio, jueves: "Los infantes de Aragón/ ¿qué se hicieron?". Ponente: D. Pascual Martínez Sopena. Catedrático de Historia Medieval en la Universidad de Valladolid.



Escudo de Peñafiel (Fotografía de Javier I. Igal)



La exposición en el convento de San Pablo de Peñafiel.

A lo largo de los meses de noviembre y diciembre se organizaron visitas escolares y todos los alumnos desde 1º de primaria hasta 2º de Bachillerato, así como alumnos del grado de Historia Medieval de la UVA. Las visitas, que corrieron a cargo de Dña. Pilar González de las Heras, sirvieron para acercar la figura del príncipe y la historia local a los niños y jóvenes.

El 6 de agosto se inauguró oficialmente la exposición "Peñafiel, Cuna de un Príncipe", en el Claustro del Convento de San Pablo y que permanecerá abierta durante todo el año 2021.

El 18 de Septiembre, en el auditorio del Centro Cultural, tuvo lugar un encuentro cultural entre Olite y Peñafiel, coordinado por D. Javier Corcín y en el que participó el grupo de teatro "Los Cadalzos" de Olite. El encuentro consistió en una conferencia titulada "Olite, historia, arte y vino" y una semblanza literaria teatralizada, del Príncipe de Viana.

Todos los sábados de septiembre y octubre se realizaron visitas guiadas a las exposiciones, realizadas por el comisario, D. Jesús de la Villa Polo y por la coordinadora de las actividades del proyecto del VI Centenario del nacimiento del Príncipe de Viana en Peñafiel, Dña. Pilar González de las Heras.

Además de estas visitas guiadas, fueron muchos los grupos de navarros que se acercaron a conocer Peñafiel y que fueron atendidos, como se merecían, desde las concejalías de cultura y turismo del Ayuntamiento de Peñafiel.

El ayuntamiento tiene previsto organizar, después de las fiestas navideñas, nuevas actividades relacionadas con la gastronomía y el turismo, que sirvan para unir estas tierras castellanas, que fueron la cuna del Príncipe de Viana, con Navarra. **PREGON**

La autora es responsable de la biblioteca de Peñafiel.

Vista de Peñafiel desde el castillo.



PREGÓN SIGLO XXI

ASOCIACIÓN CULTURAL NAVARRA DESDE 1943



ISSN 1969-116X



9 771969 116002

Contraportada:

Composición especial: "Los sueños de un príncipe"

"Esta obra ha contado con una subvención del Gobierno de Navarra concedida a través de la convocatoria de Ayudas a la Edición del Departamento de Cultura, Deporte y Juventud".

"Lan honek Nafarroako Gobernuaren dirulaguntza bat izan du, Kultura, Kirol eta Gazteria Departamentuak egiten duen Argitalpenetarako Laguntzen deialdiaren bidez emana."

Gobierno de Navarra  Nafarroako Gobernua

